ALFAGUARA

# Luis Eduardo Hoyos

## El peor año



Narrativa Hispánica

ALFAGUARA

# Luis Eduardo Hoyos

## El peor año



Narrativa Hispánica

# Luis Eduardo Hoyos

## El peor año

ALFAGUARA

*A Salomón*

*Apiádate de mí, porque*
*el corazón es lento*
*en aprender lo que la*
*mente contempla*
*a cada instante.*

EDNA ST. VINCENT MILLAY

Hay que aprender a endurecer el corazón

# 1

—Yo nunca hubiera podido ser médico —dije.

—¿Por qué? —preguntó el médico.

—Porque no hubiera sabido qué hacer ante el dilema de dejar morir a la gente o matarla.

En ese momento el médico separó su vista de la pantalla del computador, dejó de digitar en el teclado y me miró a los ojos, por fin me miró a los ojos.

—Lo que usted dice es terrible.

—Era solo una broma —le dije, y sonreí.

—Curioso sentido del humor —repuso él, mientras retornaba al computador y abandonaba de nuevo mi mirada.

Volvimos a quedar en silencio. Solo se oían los golpes de sus dedos contra el teclado. El chiste es viejo. Lo hace, creo, el personaje principal de *Niebla*, la novela de Miguel de Unamuno, cuando decide no estudiar Medicina en contra de la voluntad de sus padres. No le dije nada de eso al médico, claro. Me quedé pensando en mi imprudencia y en que puedo ser imprudente cuando me pongo nervioso.

Estaba nervioso. El médico acababa de revisar unos exámenes y unas radiografías de mi hombro derecho que indicaban una rara protuberancia y buscaba programar la cirugía para extraerla. De los exámenes no se podía aún establecer que la formación anómala no fuera maligna. Es decir, no se sabía aún a ciencia cierta que no tenía

cáncer. Pero por su forma, y porque no se veía que tuviera raíz, podría ser más bien una bola de sebo suelta, un lipoma, que, de todas maneras, era necesario sacar. Y después someter a una biopsia. Para descartar un cáncer.

«Para descartar»; siempre el médico hablaba en esos términos negativos. Y yo me quedé pensando en por qué no más bien decir: «para confirmar». ¿Cuál es la diferencia? En realidad, desde la perspectiva del resultado, ninguna. Porque en cualquier caso si se confirma es porque no se descarta y si se descarta es porque no se confirma, o porque se confirma que no, que no hay cáncer, o lo que sea. Pero si digo una cosa o la otra, y no tengo los ojos puestos en el resultado, sí hay diferencia: es una diferencia de actitud. En mi caso, podría ser mejor hablar de confirmar que hay cáncer debido al historial de mi familia. Toda, o casi toda, ha muerto de cáncer. Me acordé de que cuando le encontraron un tumor canceroso a mi mamá fue porque lo buscaron hasta dar con él. Era tal el cuadro de síntomas (oscilaciones muy drásticas en la presión sanguínea, mareos sin aparente explicación, pérdida de peso) que después de muchos exámenes y de no detectar nada, los médicos se dedicaron a buscar un tumor. Hasta que lo encontraron. Y ahí fue. A los tres meses murió. De la peor manera: como católica, o sea, hasta que mi Dios decidió. Ahogada en sus propias flemas y casi descerebrada por la morfina contra el dolor.

La diferencia de actitud entre confirmar o descartar un cáncer tendrá que ver con la de ser pesimista u optimista. Lo que recuerda el otro comentario bobo de ver el vaso o medio vacío o medio lleno. Comparación que no toca lo decisivo. Porque el punto crucial es otro: ¿optimista o pesimista con respecto a qué?, ¿a la vida? Si se

busca descartar el cáncer es porque se busca afirmar la vida y eso está orientado por una actitud optimista. Seguro. Cómo negarlo. Y si se busca confirmar el cáncer, porque no hay nada mejor que hacer, entonces se busca lo que niega la vida y entonces se es más bien pesimista. Tampoco esto admite muchas dudas.

Pero yo sí las tenía. No me parecía que tuviera mucho sentido ser optimista o pesimista con respecto a la vida después de que le hallaron un tumor canceroso a mi hijo Pedro Juan cuando tenía dieciocho años. Murió mucho antes de cumplir los veinte. De la peor y de la mejor manera. De la peor porque padeció durante ese tiempo el temor nocturno, solitario e intenso a la muerte, y la esperanza débil y sin sentido, ella misma sombría. Todo ello en medio de dolores que no cesaban, sometido a terribles tratamientos: quimioterapias y radioterapias muy fuertes, punción de médula. Y de la mejor, porque finalmente él mismo optó por la eutanasia. Yo lo acompañé.

Esto acababa de ocurrir en mi vida, o en nuestras vidas —la de su madre Leticia, con la que yo no vivía ni tenía mucho contacto desde hacía cerca de dieciséis años, la de Alicia, su hermana media de diez años que vivía en Alemania con Silke, su madre—, cuando apareció la bola de sebo, o de lo que fuera, en mi hombro derecho. Y entonces para mí no era claro que habría que descartar algo o más bien confirmar algo, que habría que ser optimista o pesimista con respecto a la vida. Porque si hacía apenas unos meses había muerto de cáncer tu hijo de diecinueve años, que fue por mucho tiempo uno de los centros de tus preocupaciones, que rondó casi constantemente por tu memoria y tu imaginación y con el que hablaste varias veces del futuro, como si fuera el tema más

importante a los dieciocho años, no es posible estar seguro de que la vida sea algo con respecto a lo cual haya que ser optimista. Pero tampoco pesimista. No solo es cierto que la vida se acaba —eso es parte de su definición— sino que es frágil y azarosa y se puede acabar en cualquier momento. Ella misma es la fuente primigenia de todos los sufrimientos. La vida es dolor. Y eso también es verdad, aunque no sea la única verdad sobre la vida.

—Entonces usted dirá para cuándo programamos la cirugía —dijo el médico con los ojos puestos en el computador—. Durante todo abril estaré por fuera. Tendría que ser en mayo, cualquier jueves o viernes, que son los días que opero.

—¿Profesor?

—Sí, ¿perdón?

—Le dije algo. ¿Para cuándo programamos la cirugía? —Y me habló con evidente irritación. Pero aun así no me miraba.

—Ah, sí, lo siento. Es que me distraje momentáneamente porque estoy algo nervioso.

—¿Por qué?

—Pues por el tumor y porque me va a operar.

—Todavía no sabemos si es un tumor. Por sus características externas estoy casi seguro de que no es maligno. De todas maneras se enviará a patología y ahí sabremos todo. Es parte de los protocolos. No tiene por qué estar nervioso. Se trata de una intervención muy sencilla, ambulatoria. Pero es necesario hacerla con anestesia general, porque está cerca de la clavícula. De modo que usted tiene que quedarse varias horas en la unidad de recuperación. Lo mejor es que saque un día completo para eso. Le daré una semana de incapacidad.

—Bien —dije yo con docilidad.

—¿Qué jueves o viernes de mayo puede?

—Déjeme mirar —le respondí, mientras buscaba mi agenda en mi maletín de trabajo.

Yo sabía que mayo era un mes tan ocupado para mí como cualquier otro, pero no tanto por los jueves y los viernes. Busqué en todo caso la agenda, o hice el ademán de buscarla, pues para la programación de mi vida yo no necesito agenda. Lo que llamo mi agenda, que es efectivamente una agenda de las que venden en cualquier papelería, es más bien un «control de tareas», como los que usábamos en el colegio. Anoto en ella la lista diaria de las cosas que tengo que hacer, y voy tachando lo que voy haciendo. Y eso me hace sentir muy orgulloso de mí mismo. Igual que en el colegio. En mayo había unas cosas que hacer que no estaban dentro de mi vida regular y simple, pero sabía muy bien qué eran y cuándo. El problema eran más bien el posoperatorio y ese médico que me caía mal porque nunca me miraba a los ojos.

—¿Tiene que ser en mayo? —pregunté.

—Creo que es mejor hacer esto lo más pronto posible. Mientras más temprano erradique uno este tipo de cosas es mejor —respondió.

—Pues hagámoslo en abril —dije.

—En abril no puedo, le dije.

—¿Dijo?

—Sí. Dije —y no me miró. Siguió con los ojos en la pantalla, algo impaciente. Uno es el paciente y el médico el impaciente, pensé. Y casi lo digo.

—¿Y antes?

—Antes está muy encima. Ya tengo todas las cirugías de este mes programadas.

Nos quedamos en silencio unos minutos mientras yo pasaba las páginas de mi agenda de manera más bien mecánica. Sentí que me miraba, impaciente, aprovechando que yo tenía los ojos en la agenda. No quería que me operara una persona que era incapaz de mirarme a los ojos mientras me hablaba. Me imaginé acostado sobre la mesa de operación con mi hombro descubierto mientras este petardo que no mira a los ojos abría mi piel con un bisturí y sacaba de mi cuerpo una masa informe e inmunda. ¿Cómo puede meter sus dedos dentro de mi piel y tocar mi sangre, así sea con guantes de plástico, y arrancar un pedazo de mí, así sea un tumor benigno o maligno, una persona que no me mira a los ojos cuando me habla? Iba a estar completamente anestesiado. ¿Qué más da si este señor mira o no a los ojos? De repente pensé que tampoco quería hacerme operar. Me imaginé toda mi vida viviendo con mi bola de sebo en el hombro derecho. Sería parte de mis rutinas diarias después de la ducha y frente al espejo: mirar mi bola de sebo, palparla. Seguro es solo una bola de sebo y este tipo que no mira a los ojos cuando habla con uno únicamente quiere facturar una intervención quirúrgica ante el seguro y, además, sumarle a la cuenta anestesia general, que es la más cara.

—Pues entonces mayo, qué le vamos a hacer —dije.

—Es su decisión —dijo con arrogancia y haciendo valer su superioridad en toda la situación.

—Usted es el que define las prioridades en su vida —añadió—. ¿Qué día de mayo?

—No sé —dije.

—Pues defínalo, profesor, y se lo dice a mi secretaria, pero ojalá pronto porque yo tengo que organizar mi agenda.

¿Por qué este imbécil me decía «profesor»? Para quitarme valor, claramente. Para ponerme lejos de él, por debajo de él. Se les suele decir en Colombia «profesor» a los profesores para degradarlos, para recordarles que ocupan uno de los peores lugares que puede ocupar un profesional en la escala social. Es como si se fuera profesor por no haber sido capaz de ser un profesional. Pensé que eso debería tenerme sin cuidado, pero cuando dijo la palabra con notorio desdén, sentí una molestia incluso física, una suerte de reguerito de bilis en el estómago. Y para vengarme en silencio de él, le dije en mi mente que era un autómata extirpador de tumores y una máquina facturadora.

—El quince.

—El quince es jueves —dijo él después de buscar un calendario en el computador, del que no separaba los ojos—. Perfecto. Hable a la salida con mi secretaria. No olvide traer la orden con la autorización de su EPS. Mi secretaria le dirá qué debe hacer para prepararse para la intervención. Tiene que venir acompañado.

En ese momento hizo el ademán de pararse. Y ese gesto provocó que yo me parara primero. Entonces se paró él definitivamente y me extendió la mano. Fue un gesto frío e inhumano, incomprensible. Con todo, ahí me miró a los ojos por un instante y se dirigió a la puerta del consultorio. Sentí como que me jalaba para que saliera. Y salí. Me dirigí al escritorio de la secretaria, que estaba muy cerca de la puerta del consultorio. Era una sala de espera sin ventanas en la que había unas siete personas sentadas en asientos rígidos, fijados a la pared y unidos por debajo por un tubo negro. El médico le dio

unos papeles a la secretaria, le dijo algo, que no alcancé a escuchar, tomó a su vez una carpeta, llamó a alguien por su nombre y desapareció. Lo siguió una de las personas que esperaba y la puerta del consultorio se cerró.

# 2

Había estado en otro consultorio médico por última vez algunos meses antes. No por mí, sino por Pedro Juan. La consulta estuvo presidida por su oncólogo tratante, el doctor Vargas, pero parecía más bien una especie de junta médica con la familia del paciente y con el paciente. El consultorio era luminoso porque quedaba en un piso alto y daba a un balcón con una jardinera, hacia el oeste, la parte plana de la ciudad. A través de un ventanal que había detrás del escritorio del oncólogo entraba la luz cálida de la tarde. Junto a él, de pie, estaban una médica y un médico muy jóvenes. La mujer hacía las veces de asistente del oncólogo. El joven era a su vez el asistente del radiólogo, a quien representaba en la reunión, y estaba al tanto de todas las circunstancias. También había una enfermera que entraba y salía del recinto constantemente. Pedro Juan, su madre y yo estábamos sentados frente al médico. Todos conocían a Pedro Juan y se referían a él con confianza y con cariño. Se habían ocupado de su tratamiento durante el último año. No era la primera vez que nos reuníamos en ese consultorio, pero esa sí fue la última. El objeto de la consulta era comunicarnos la situación real de mi hijo y sus perspectivas: ninguna.

El oncólogo hizo una exposición del caso. Nos repitió cosas que varias veces ya nos había dicho. Lo único nuevo fue la noticia de un tratamiento reciente con radioterapias muy localizadas, internas, que en realidad tendrían un mínimo efecto curativo y servirían

principalmente como paliativos contra el dolor y para impedir la expansión del tumor. Giró su rostro en dirección al asistente del radiólogo y le preguntó:

—¿No es así?

El joven asintió y dijo con timidez que en algunos casos, muy pocos, se presentaba mejoría en cánceres avanzados y localizados. Pero que ellos no lo veían muy probable en este caso.

—Nada se pierde con intentar —dijo Vargas, como diría cualquiera.

Buscaba formas suaves, pero no por ello menos desalentadoras, formas cobardes, de decirnos que, como todos sabíamos, la situación de Pedro Juan no tenía esperanza y que lo único que restaba era el cuidado paliativo. Su enfermedad no tenía cura. Era, como dicen ellos, pero él no lo decía, una enfermedad terminal. Por momentos se dirigía a sus ayudantes y al otro personal presente en tono didáctico o buscaba interesarse por el estado actual de Pedro Juan. Pedro Juan callaba a mi lado o respondía solo con frases cortas.

En un momento miré a mi hijo. Sus ojos estaban inundados de lágrimas que, sin embargo, no rodaban por su rostro. Quiso decir algo pero su voz se quebró. Todos lo mirábamos en silencio. Yo tuve la reacción inmediata de tomarle una mano. Él se dejó. Estaba cálida.

—¿Puedo decirle algo, doctor? —dijo por fin.

—Por supuesto, Pedro Juan.

—Pero quiero que sea a solas, por favor.

A una indicación del médico, el personal tratante empezó a desfilar hacia afuera. Yo solté la mano de Pedro Juan y me dispuse a

pararme de mi silla.

—No, no —dijo él—. Mi papá y mi mamá se pueden quedar.

Nos quedamos. Pedro Juan acercó el cuerpo al escritorio del oncólogo. Recostó en él los codos y se tomó la cabeza con las dos manos. En su cabeza repuntaba algo de pelo, fino, muy ordenado. Ya habían pasado unas semanas desde la última sesión de quimioterapia y él no tenía ese día la gorra con la que cubría su calvicie. Sobó su propia frente. Sus labios temblaron. Pude apreciar el perfecto torno de su cabeza y la belleza de su boca.

—Doctor, quiero pedirle algo —dijo.

—¿Qué será, Pedro? —preguntó el doctor.

Ese «Pedro» estaba reservado para nosotros. Que el oncólogo se refiriera a mi hijo por su primer nombre y no por el nombre compuesto me produjo una mezcla de sentimientos. Por una parte me inspiró confianza. A eso ayudaba sin duda la calidez del consultorio y el bonito jardín que teníamos enfrente. Pero también me pareció una intromisión inexcusable. Pedro le decíamos a Pedro Juan su madre, su hermana media y yo. Para los demás, Pedro se llamaba Pedro Juan. A mí me ocurría que cuando me refería a él en tercera persona lo solía llamar Pedro Juan, pero cuando hablaba con él o cuando hablaba de él con gente cercana lo llamaba Pedro. Intercalaba así, sin darme cuenta, una especie de distanciamiento respecto de mi hijo con una necesidad de acercarme a su vida y de acercarlo a la mía.

Ahora da todo igual. Ni siquiera importa lo que en ese momento me importó: que el médico encargado de la enfermedad terminal de Pedro Juan lo llamara Pedro, se acercara de ese modo a él y a mí,

cuando era claro que después de la muerte de mi hijo nunca más iríamos a saber algo de ese señor.

Pedro Juan miró fijamente al médico y empezó a hablar interrumpido por un llanto contenido.

—Mire, doctor —dijo. En el mismo momento se detuvo. Lloró. Volvió a tomar su cabeza y pasó de nuevo su palma por la frente. Sentí que mi hijo tenía mucho que decir y que tenía dificultades para pronunciar algo importante sobre la muerte, algo que conmovería la mente de un médico profesional.

—Doctor, le quiero pedir… Le quiero pedir que no me deje morir, por favor.

Todos callamos. Su madre y yo también lloramos. Fueron llantos reprimidos, silenciosos, prudentes. Yo quise volver a tomar la mano de Pedro Juan pero sentí que él necesitaba en ese momento estar separado de todos y de todo. Pedro Juan no tenía nada que decir sobre la muerte, sobre la propia muerte. Nadie tiene nada que decir sobre su propia muerte cuando se está muriendo. Daba la impresión, no obstante, de que antes de empezar a hablar tuviera todo para decir. Pero que ante la inminencia de su propia muerte fuera inútil decirlo. Y entonces, de entre las muchas palabras que hubieran podido surgir, solo salió una tristísima declaración de impotencia, de sumisión también inútil a un médico oncólogo experto en llevar a la gente hasta la muerte. Una declaración de desesperación. Todos sus pensamientos fueron pulverizados por la desesperación.

—Hago lo que puedo —dijo el médico.

Todos hacemos lo que podemos. También cuando no podemos hacer nada. Por eso decimos eso. La frase es inocua e hipócrita. Lo que el médico quiso realmente decir, pero no se atrevió, fue: «yo no

puedo hacer eso». Y ¿por qué tendría que decirlo?, ¿qué ímpetu de sinceridad nos obliga acaso a pedirles a los otros, y a este médico, en esta situación, que no se refugien en eufemismos y en medias verdades? La desesperación de Pedro Juan era genuina y su petición absurda e inútil no hizo más que aumentarla. Le llegó como respuesta una verdad a medias. La expresión del deseo del médico de salvarle la vida junto con la confirmación indirecta y cortés de que no solo él, sino nadie en absoluto, podía hacer eso. Y esto era lo que pedía Pedro Juan. Su petición fue una forma de agarrar la desesperación por el cabestro. La respuesta indirecta del médico fue como una ayuda para que se montara al potro que acababa de atajar. Y a partir de ese momento y durante los siguientes meses, los últimos de su vida, Pedro Juan montó en el potro salvaje de la desesperación, hasta que al final lo domó.

# 3

Los últimos meses de su vida Pedro Juan vivió conmigo. Yo me acababa de separar por segunda vez y llevaba poco tiempo viviendo en Colombia. Había pasado doce años en Alemania, a donde fui con una beca posdoctoral. Tuve la beca por dos años para trabajar en un proyecto de investigación sobre «El dios del racionalismo» en la Universidad de Fráncfort. Allá conocí a Silke, con quien me casé y tuve una hija, o mejor, con quien tuve una hija y me casé. Antes de partir para Europa trabajaba como profesor de Filosofía Moderna en la Universidad Nacional de Colombia. La universidad me había concedido dos años de licencia para hacer mi investigación posdoctoral. Al cabo de ese tiempo nació Alicia. Logré que me prorrogaran por un tiempo más la licencia, pues yo no quería renunciar a Colombia y Silke y yo queríamos instalarnos por un tiempo en Bogotá. O eso decíamos. Pero tal cosa nunca ocurrió. Lo que sí ocurrió fue que nunca viví con Pedro Juan, salvo los dos primeros años y los últimos meses de su vida.

Durante la mayor parte de mi larga estadía en Alemania no dejé de tener contacto regular, telefónico y por internet, con mi hijo. Vinimos una vez a Colombia y él, años después, pasó allá un verano con nosotros, poco antes de terminar el colegio y de que le diagnosticaran el cáncer. Pero, en estricto sentido, nunca había vivido con él. No sabía lo que era una vida cotidiana normal con mi hijo. Después de separarme de Leticia mi relación con Pedro se

limitó a los fines de semana; ni siquiera a los fines de semana completos sino a los domingos; ni siquiera a todos los domingos.

Empecé a aproximarme a Pedro Juan sobre todo cuando ya estaba muy lejos de él, quiero decir, cuando los dos vivíamos en continentes distintos. De suerte que mi relación con él después de sus diez años o algo así, no antes, fue, aunque regular, principalmente por internet y por teléfono. Habíamos estado juntos dos años antes de que enfermara, en las vacaciones de verano, y teníamos vagamente proyectado seguir viéndonos. Para mí eso se convirtió en un propósito difuso que, no obstante, parecía haber encarrilado a la realidad años atrás al abrir una cuenta de ahorros con el nombre «Pedro». Cada vez que podía metía en ella algún dinero y pensaba: para mi futuro con Pedro Juan. Solo yo sabía de la existencia de esa cuenta. Le daba especial valor y nunca la olvidé. No era nada del otro mundo, pero resultó de mucha ayuda durante los primeros meses de mi nueva vida en Bogotá, los últimos de la vida de mi hijo. No estaba pensada para eso. Cálculos monetarios como ese resultan no servir para nada deseado sino para cualquier cosa. Y esa cosa cualquiera, indeseada, fue la más dolorosa de mi vida, de nuestras vidas. Quizás por eso también la más importante, hasta ahora.

La relación entre Pedro y Alicia también se creó por internet. En los dos períodos de vacaciones juntos, muy alejados entre sí en el tiempo, se consolidó y adquirió alguna intensidad. La diferencia de edad era muy grande, pero eso no impidió que Pedro Juan y Alicia se encariñaran mutuamente desde el primer día en que se encontraron. Estaban ya acostumbrados a verse regularmente en la pantalla del computador. Y cuando por fin estuvieron juntos por primera vez no se quisieron separar. Me enorgullezco un poco de eso

porque creo haber hecho partícipe a Alicia de mi contacto constante con Pedro Juan. Pensé alguna vez que él podría irse a vivir un año con nosotros en Alemania o que podría buscar la forma de hacer una especialización después de terminar los estudios de Psicología que tenía ya previsto realizar en Bogotá. Pero le encontraron un tumor maligno, especialmente agresivo, un rabdomiosarcoma (palabra abominable) muy cerca de todo: de los testículos, de la próstata, de los riñones, de la columna vertebral, del intestino.

En medio de la enfermedad de Pedro Juan mi ruptura con Silke se precipitó. Él y yo terminamos viviendo juntos durante casi medio año en Bogotá, si es que a eso se le puede llamar vivir, pues durante ese tiempo lo que hice fue más bien cuidarlo.

Cuando Pedro aún vivía con su madre y yo ya estaba instalado en Bogotá, lo visitaba regularmente y lo acompañaba a sus terapias y a sus consultas. Una mañana estaba con él a solas en la sala de su apartamento mientras Leticia se preparaba en el baño para salir a trabajar. Entonces él se acercó a mí y en voz baja me dijo:

—Sácame de aquí.

—¿Por qué? ¿Qué ocurre? —le pregunté.

—Estoy desesperado. Mi mamá está más loca que nunca. Llévame a tu casa. Después te puedo contar todo. Te lo ruego —y me miró fijamente a los ojos de modo suplicante—. Además —agregó después de un breve silencio— esta semana empiezan a cambiar las tuberías del apartamento.

—¿Cómo así? —pregunté de nuevo.

—Sí. Mi mamá dice que la tubería vieja galvanizada es cancerígena y que hay que cambiarla. Es posible que empiecen mañana mismo a hacerlo.

—La tubería vieja galvanizada siempre debe cambiarse —observé —. Pero ¿por qué ahora justamente?

—Porque es cancerígena, según ella. Ya te lo dije.

Esa misma semana Pedro Juan se mudó a mi apartamento.

Para mí, y para cualquiera, era evidente que a Leticia la enfermedad de su hijo la había descompuesto. También era notorio que su nerviosismo inquietaba mucho a Pedro Juan. Lo que nunca alcancé a ver hasta ese momento es que la circunstancia de vivir con su madre fuera tan insoportable para él. Encontraba cómodo que Pedro viviera con Leticia y me aliviaba el pensamiento de que ella lo cuidaba con mucha dedicación. Pero al escuchar el relato de Pedro Juan sobre la vida cotidiana con su madre en esta fase ya tan avanzada de su enfermedad pude comprender que él, pese a todo su agradecimiento y a su íntima cercanía con ella, no pudiera soportarla. El amor no es el mayor de los bienes, así como la muerte tampoco es el peor de los males. Esas dos frases son la exacta abreviatura de esta novela.

Leticia nunca pudo aceptar que Pedro Juan moriría. Durante el primer año de la enfermedad ni siquiera consideró en serio su gravedad. Estaba segura de que su presencia de ánimo sería el factor decisivo de su curación. Se sentía llamada a salvar a su hijo. Concibió todo como una prueba divina de la que saldríamos bien librados por el amor.

Vino entonces, muy al inicio de la enfermedad, la operación para extraer el tumor. Estaba situado en una zona compleja, muy cerca de órganos vitales y era en extremo difícil sacarlo completamente sin «comprometer», decía el cirujano, algunos de esos órganos. Entonces cabía el riesgo de que no se pudiera «raspar» bien la zona y quedaran vestigios del tumor. Que fue lo que ocurrió.

Cuando inmediatamente después de la operación el médico habló de eso y de lo difícil que había sido el procedimiento, del tiempo que había que esperar para saber si todo había salido bien, yo ya presentía que Pedro Juan moriría pronto.

—Qué alivio que haya salido tan bien la operación —me dijo Leticia cuando la recogí en un taxi para ir a ver a Pedro Juan al otro día al hospital.

—¿Quién te dijo que salió bien? —pregunté.

—Vargas. Nos lo dijo ayer, a la salida.

—Yo entendí otra cosa —le dije.

—¿Qué entendiste?

—Que había sacado todo el tumor, pero que no había podido raspar la zona por completo, o algo así. Esa fue la palabra que usó: raspar.

Ella calló unos segundos.

—Pues sí. Pero lo importante es que sacó el tumor —dijo, sin reparar en que el médico había sugerido que ese no era un detalle menor y que por eso había que esperar para decir algo con alguna certidumbre.

—¿O no? —me preguntó al cabo de un rato.

—No estaría tan seguro —le respondí.

—Oye, ¿qué te pasa? A esto hay que meterle buena energía. O si no, nos jodemos —me dijo alzando un poco la voz al pronunciar las últimas palabras.

La expresión «nos jodemos» no salió con naturalidad de su boca. Leticia no era soez y esa frase le imprimió cierta disonancia y desagrado a la situación. Sentí que la forma tan diferente como ambos asumíamos ya desde el principio el destino de nuestro hijo nos iba a traer problemas. Pero no atendí debidamente a ese sentimiento ni lo seguí. Solo meses después, cuando Pedro Juan me rogó que lo sacara de la casa de su madre, pude ver aquel latente malestar con claridad.

Yo callé. El taxi se detuvo ante un semáforo y observé a los transeúntes que pasaban enfrente de nosotros. Había algo de irreal en eso. Todo el mundo va para algún lado, pensé. No ir a ninguna parte es imposible para un ser humano. Pero ¿para otro animal? Por ejemplo, ¿para un perro callejero? Uno ve deambulando por ahí a los perros callejeros. ¿Es verdad que no van a ningún lado? Puede ser, pero en todo caso siempre buscan algo, comida, abrigo; los machos siguen el rastro de una hembra en celo. Esa es una forma de ir a alguna parte. Me pareció de todas maneras extraño que todas las personas que veía caminando fueran de modo tan decidido a alguna parte. Como si sirviera de algo ir a alguna parte cuando nos podemos morir en cualquier momento. No sé si esa distracción repentina tenía que ver con que me faltaron algunas horas de sueño la noche anterior, la noche después de la operación de Pedro Juan, o con el sentimiento cierto de que él moriría pronto. O con ambas cosas. Era en ese momento un sentimiento que me desconectaba de Leticia, de su ánimo afirmativo, y que me puso en una actitud

contemplativa, distante y pura, no atormentada, respecto de los seres humanos que veía caminar frente a mí mientras esperábamos en el taxi que el semáforo cambiara a verde. No había dormido bien la noche anterior y mi hijo aún adolescente moriría pronto. No me era posible entender en ese momento que todo el mundo fuera para alguna parte, que todo el mundo buscara con esmero lo que le pareciera bueno, o lo que necesitara. Me llamó la atención que en ese semáforo no hubiera vendedores ambulantes ni personas dispuestas a lavar los vidrios de los carros.

—¿Sabías que Vargas es el mejor cirujano oncólogo pediatra que hay en Colombia y uno de los mejores de Latinoamérica?

—No. No lo sabía —respondí.

—Pues es bueno que lo sepas —afirmó ella. Y agregó:

—Yo le tengo mucha fe a ese médico. Él va a salvar a Pedro Juan. Vas a ver.

—Ojalá —dije yo en calma. Pero ella notó mi descreimiento.

—Vas a ver —reafirmó Leticia—. Estoy segura. La fe lo es todo.

«La fe es todo», corregí mentalmente. El «lo» sobra. Pero sin ese «lo» la frase no tendría el énfasis puramente emocional que Leticia quería imprimirle. Y con razón: en eso consiste la fe: en ser mero énfasis. O fuerza, si se quiere, aunque sea una fuerza subjetiva y solitaria. Sentí que Leticia me era lejana, pero atribuí esa distancia a lo mismo de siempre: a que desde hacía más de quince años no tenía nada en común con ella, salvo ese accidente no premeditado que nos llevó a tener un hijo. Cada uno de los dos había dado su propio sentido y significación a ese hijo y nuestra comunicación en todos los años de la existencia de Pedro Juan giró solo en torno a asuntos prácticos relacionados con él. Por eso no me extrañaba

sentirme en ese momento alejado de Leticia. No noté, sin embargo, que lo que me separaba de ella era su forma de negar con terquedad (con «fe») que Pedro Juan se estaba muriendo. Al principio no me pareció tan relevante nuestro desacuerdo; después de todo tenía algo de cierto el hecho de que había que esperar con alguna confianza que la operación y las primeras fases del tratamiento produjeran un efecto curativo. Pero con el tiempo nuestras diferencias se fueron marcando con mayor nitidez. Y entonces yo empecé a vivir de modo disociado: por una parte teníamos que estar juntos y fortalecernos mutuamente en esta dolorosa adversidad, pero por otra parte tenía que arreglármelas con la idea que empezó a cristalizar en mí después del primer informe de Vargas al salir de la operación: había que acompañar a Pedro Juan hacia su muerte pronta y segura. Con sosiego, con tranquilidad. Sí, por supuesto, con amor. La muerte no es el peor de todos los males.

Pedro Juan tardó cerca de un año en morir.

# 4

Cuando Leticia me llamó a Alemania para decirme que estaba muy preocupada por unos dolores intensos que Pedro sentía cada vez que iba al baño yo creí que exageraba. Insistía en que era algo grave y yo le sugerí que no era bueno anticiparse a las cosas hasta que no lo hubiera visto un médico. Tenían cita esa semana. Ella repetía que Pedro Juan se quejaba mucho.

Traté de averiguar más sobre los dolores y sugerí que pidieran cita con un proctólogo. Lo que decía Leticia podría coincidir con unas hemorroides agudas. Traté de decirle a Leticia que no tenía ningún sentido que pensara en lo peor. En ese momento me riñó, porque según ella yo estaba sugiriendo que su reacción era histérica. Me excusé con alguna mentira y le dije que dejáramos lo de su reacción y volviéramos a Pedro. Seguro, insistí, que eran unas hemorroides y que se las iban a curar como alguna vez me las curaron a mí.

Esa misma semana hablé con Pedro Juan. Me contó que, en efecto, lo habían remitido a proctología y que en unos días tendría exámenes y tratamiento. Estaba tranquilo. No pensaba en nada grave, aunque me decía que los dolores eran agudos y fuertes. No todo el tiempo, por fortuna. Le conté que cuando las hemorroides se estrangulan pueden ser muy dolorosas. Le pregunté si había sangrado. Me dijo que no. Eso no me pareció bueno. Quedamos de hablar, como siempre.

No mucho más de una semana después volvió a llamar Leticia. Le habían encontrado un tumor a Pedro Juan. Estaba ya en manos de oncólogos. Los exámenes de sangre y el rápido crecimiento del tumor indicaban que era maligno. Había que operar muy pronto y llevar una muestra a patología, no tanto para saber si había cáncer sino para verificar qué tipo de cáncer era. Se esperaba lo peor. Leticia lloraba más de lo que hablaba. Tuve que obligarme a tener paciencia. Después de que me llegó la información principal, entrecortada por el llanto, pude comprender que había que dejar que Leticia llorara. No hablé mucho. No había mucho que decir. Estaba paralizado.

—Ya mismo empiezo a buscar un vuelo para Bogotá lo más pronto posible —dije.

—Por favor —dijo ella.

—¿Qué dice Pedro?, ¿cómo está?, ¿dónde está?

—Se fue para la universidad a entregar unos papeles para la inscripción, o algo así. No contesta al celular. ¡Ay, Dios mío!

—¿Cuándo vuelve? —pregunté.

—No sé. Pronto. No sé.

Pensé que yo también podría llamarlo y preguntarle todo a él, pero mi cabeza estaba congestionada. Quise tener al menos una fecha aproximada de la operación, pero Leticia solo sabía que tendría que ser pronto. Había que viajar de inmediato. Le pedí mecánicamente que le dijera a Pedro Juan que me llamara cuando supiera algo de él.

Colgamos. Miré al vacío por unos momentos. No puede ser, pensé. La tristeza llenó mi mente y sobrecogió mi cuerpo. Lloré. Estaba solo. Alicia estaba en el colegio y Silke en su trabajo, como siempre.

Tomé el teléfono y volví a llamar a Leticia. Quería tener la forma de comunicarme con el médico responsable.

Mi vida empezaba a dar un vuelco. Otro vuelco. Esa misma noche hablé con Silke y con Alicia y empecé a preparar mi viaje para Colombia. Se trataba en principio de acompañar a Pedro Juan en la operación y de estar en Bogotá solo por un par de semanas, pero yo sabía que ese viaje también era para preparar mi regreso definitivo. Antes de que ocurriera la enfermedad de Pedro había contactado dos universidades privadas en las que podría trabajar. También averigüé si un reintegro en la Universidad Nacional al cabo de tantos años era posible. Después de todo, no había dejado de hacer mis cosas en Europa, como dictar algunos seminarios y conferencias, y había logrado publicar algunos artículos en revistas especializadas. También un pequeño libro sobre *Dios y la libertad según Spinoza*. Cosas que encontraba más o menos anodinas, pero que a la gente de los institutos de filosofía les parecen muy apreciables. Me refiero sobre todo a los artículos. El libro me gustaba. La universidad no rechazó la solicitud de reintegro, pero tampoco la aprobó. Había que esperar a que se habilitara una plaza. En el peor de los casos tendría que atenerme a un nuevo concurso docente que se abriría, al parecer, muy pronto. De cualquier manera, estaba pensando en mi regreso a Colombia para ese año o el siguiente cuando recibí la llamada de Leticia con la noticia de la grave enfermedad de mi hijo.

Solo pensar en un viaje a Colombia, aunque fuera mucho antes de lo planeado y por tan poco tiempo y en las circunstancias en que se daba, también me vino bien. Mi vida con Silke me asfixiaba. Literalmente me asfixiaba. En el último año había ido dos veces a urgencias de una pequeña clínica que había en el barrio porque me

faltaba el aire. Había oído decir que la gente se puede volver asmática por presiones laborales o situaciones anímicas opresivas. Pensé que me podía estar pasando algo así. Pero las dos veces me devolvieron a la casa sin hacerme nada después de un chequeo básico general. No era nada. No se trataba de una asfixia bronquial, sino mental. El hecho es que me faltaba el aire, aunque las dos veces que estuve en la clínica, justo cuando empezaron a hacer los chequeos, volví a respirar con normalidad. El médico general, que nos atendía a todos en la familia desde hacía años, tampoco consideró que hubiera algo de qué preocuparse. Me aconsejó que me tranquilizara y me recomendó que no dejara de hacer ejercicio, que volviera a nadar, como lo hacía antes. Eso no es solo bueno para la respiración sino también para la espalda, decía.

Mi asfixia no se debía a nada, sino a todo; no era una asfixia con una causa, era una asfixia integral. Volví a nadar tres veces por semana, como lo había hecho por mucho tiempo.

A mí me gustaba la vida en Alemania. Era apacible, ordenada y segura. Me sorprendo a mí mismo en este momento diciendo que disfrutaba del orden y de la seguridad. Y trato de reprochármelo, pero no puedo. Me gustaban. Me gustan. Así como me enloquece la vida en Colombia justamente por lo mismo: por su desorden y por su inseguridad.

Cuando se acabó el tiempo de mi beca, empezamos a vivir solamente del sueldo de Silke. Yo me ocupaba de Alicia y de todo lo relacionado con la casa: la compra, el aseo básico, la cocina, también básica. Nunca he sido un buen cocinero. Pero llegué a perfeccionar el arte de hacer arroz integral. También aprendí a diversificar las salsas para la pasta. En una época solo hacía pasta

con pesto o con salsa de tomate, comprados en lata o en frasco. Con el tiempo fui añadiendo otras cosas y me volví experto en sofreír verduras frescas para mezclar con el espagueti o el penne, según el caso. Era, todavía lo es, como meditar: picar el ajo, cortar la cebolla, los tomates, lavar un brócoli o una coliflor, o unos champiñones y cortarlos finamente para hacer un sofrito con todo eso. Aprendí a disfrutar en esa época del tiempo muerto, sin pensamientos, mientras se cocina, aunque nunca fuera más que modesto lo que cocinaba.

Al principio me gustó esa vida. Y me acomodé bien a ella cuando tomé la decisión de renunciar a la universidad en Bogotá. Una noche se me hizo claro que eso de estar solicitando que me renovaran la licencia no remunerada no era una forma de mantener mis lazos con Colombia sino más bien un mecanismo mental para no estar en ninguna parte. Ni aquí, ni allá.

Alicia era una niña de fácil cuidado. Dormía bien y de corrido. Casi todas las mañanas de sus primeros dos años de vida me pude dedicar a leer y a continuar con lo que llamaba «mis investigaciones». Por las tardes me ocupaba de ella. Le daba de comer, la llevaba al parque o a la piscina cubierta, dependiendo de la estación. Hacía todo con ella. Le encantaba montar en metro y era muy sociable.

Pero las cosas empezaron a cambiar después de los dos o tres primeros años de vida de Alicia. Yo empecé a sentir la necesidad de la universidad, o de algo parecido a la universidad. Volví a ir al instituto de filosofía y contacté de nuevo al profesor con el que adelanté mi investigación posdoctoral. Empecé a asistir regularmente a su coloquio semanal de doctorandos e investigadores. También

envié ponencias a congresos de filosofía en Europa. Fui un par de veces a España, estuve en Ámsterdam, en Berlín, y en otras ciudades alemanas leyendo ponencias o presentando conferencias en pequeños círculos académicos. Tuve algunos trabajos como traductor hasta que conseguí algo más o menos estable como profesor de Español en la Volkshochschule de Giessen, muy cerca de Fráncfort.

Esas actividades académicas esporádicas, que suenan a gran cosa pero que no eran más que cualquier cosa, y el hecho de que tuviera una entrada más o menos regular, modesta, pero suficiente incluso para mandar algo de dinero a la madre de Pedro Juan y consignar a la cuenta clandestina con su nombre, no impidieron que empezaran a posarse en mi vida cotidiana el desánimo y el aburrimiento. Vivía en Alemania seguro y tranquilo, sin sobresaltos y sin demasiada presión. Pero la melodía de mi vida era más bien melancólica, el aburrimiento su bajo continuo.

Mi comportamiento empezó a cambiar poco a poco. Cada día quedaba menos de la excitación de los primeros años de la vida de Alicia, en los que todo era emoción. Me empecé a volver irritable y taciturno. Silke era la persona que más notaba mis cambios, o mejor, la que más directamente los padecía. Alicia seguía siendo mi principal fuente de alegría, casi la única. No Silke. Nuestro sexo se volvió repetitivo, rápido e infrecuente.

Un día de noviembre, nebuloso y frío, deshojado, Silke tuvo la idea de que viajáramos a Colombia de paseo. Alicia tendría apenas cuatro años, Pedro Juan unos trece. Hicimos el viaje muy poco después, en enero del año siguiente. Dejamos el enero sombrío y helado de Alemania y lo cambiamos por el enero soleado, seco y alegre de

Colombia. Alicia y Pedro Juan se vieron en persona por primera vez. También Silke y Pedro Juan se conocieron. Fuimos los cuatro al mar caribe. Caminamos mucho por la playa. Parecíamos felices, como son felices las familias con niños, y los niños. Pero mi alegría no era mi alegría sino la de mis hijos. Ser padre consiste en dejar de vivir directamente para hacerlo en función de los otros y para ellos. Y lo que yo necesitaba en ese momento de mi vida era mi propia felicidad, franca y desnuda. No la felicidad que me llegaba por la felicidad de los demás. Me convencí entonces de que ser padre consiste en renunciar a la primera forma de felicidad y adoptar con firmeza la segunda. Y decir siempre: «soy feliz». Aunque falte uno mismo. O porque falta uno mismo, no como fuente sino como destino de la felicidad y el bienestar. No se vive por completo la condición de ser padre si no se aceptan la abnegación y la entrega. Pero nadie que pretenda ser una persona completa y satisfecha de sí misma puede llegar a serlo en la mera abnegación y en la entrega.

Había que empezar a preparar un viaje a Colombia para acompañar a mi hijo en una operación riesgosa que tenía el propósito de sacar de su cuerpo la muerte encapsulada e invasora. A diferencia del reflejo de felicidad que nos producen los hijos, el sufrimiento que causa su sufrimiento es directo. Ese desequilibrio parece una prueba más de que la felicidad suele ser suntuaria mientras que el sufrimiento toca en serio la realidad de la vida humana. Digo eso como padre y cada vez que lo digo intento llamar en mi auxilio a Spinoza, el filósofo que más se ha esforzado por demostrar que existir con conciencia y estar alegre son dos partes de lo mismo. Pero no me queda fácil agarrar eso «mismo» pese a que lo entienda. Cuando somos padres, las raíces que alguna vez

nos aferraron a la vida ya no son las que se van metiendo en ella por cualquier lado, como las de cualquier árbol solitario que las hunde en la tierra, sino que son raíces que nos amarran a un único sentido: la vida de los otros, la de los hijos. El sufrimiento que produce un hijo que sufre nos corta la mirada, nos angosta el paisaje. Los hijos son heridas abiertas que nunca cierran solas. Hay que obligarlas a cerrar. No hace falta buscar el infierno en otro mundo. Está aquí, de muchas formas. Y una de ellas es que un hijo enferme, sufra, y se apague en nuestros brazos. Hay que aprender a endurecer el corazón.

# 5

Llegué a Bogotá una semana antes de la operación de Pedro Juan y regresé a Fráncfort tres semanas después con el proyecto de volver a Colombia unos meses más tarde, para quedarme ahí del todo. La operación de Pedro Juan fue de «alta complejidad». Esa fue la expresión utilizada por el cirujano oncólogo. La recuperación fue también complicada, lenta, tortuosa. De hecho, tuve que aplazar una semana mi regreso a Alemania debido a esas dificultades. Partí cuatro días después de que a Pedro le dieran de alta. No era posible quedarme por más tiempo. Tenía que atender mis compromisos en Giessen y no podía darme el lujo de renunciar de modo anticipado a mi trabajo. Al contrario, durante los pocos meses que estaría en Alemania antes de volver definitivamente a Colombia tendría doble carga de cursos en la Volkshochschule, pues necesitaba dinero para mi instalación en Bogotá.

Desde la habitación en la que estuvo casi dos semanas en recuperación y sometido a delicados cuidados médicos (lavados con agua oxigenada, cambios constantes de las gasas y los vendajes en una herida de más o menos cinco centímetros en la zona llamada pararrectal, debajo de los testículos, una de las peores zonas para un tumor o para cualquier cosa); desde esa habitación, digo, hasta la salida de la clínica, Pedro Juan fue llevado en una silla de ruedas. Por razones del protocolo clínico, dijo una enfermera, pues él ya estaba en condiciones de caminar. Pero eso no era cierto. Pedro

Juan no podía caminar. Se paró de la silla de ruedas apoyado en mí por un lado y en la enfermera por el otro. También había otro ayudante, que corrió la silla hacia atrás. Mi hijo caminó por su cuenta hacia el taxi que contratamos para llevarlo a casa. No fueron más de cinco pasos. Lo hacía lentamente, con dificultad, y aún apoyado en nosotros. Según él, eso no se debía al dolor sino a su prevención de que la herida se abriera. Molestaba la piel en el sitio de la cirugía, decía, pero nada comparado con los dolores de hacía unas semanas causados por el tumor. La herida ya estaba aparentemente cerrada y curada, pero aún no habían sido retirados los puntos de la sutura. Y todo parecía muy frágil. Era necesario volver una semana después para la remoción de los hilos quirúrgicos y para una primera cita de control. Yo ya no estaría ahí.

La forma de andar de Pedro Juan no era la de un impedido cualquiera. Podría uno pensar en un muchacho joven al que le acababan de enyesar una pierna y por eso era necesario ayudarle a caminar, o en un soldado también joven de esos que uno ve en las noticias que sacan de zonas de guerra apoyados en auxiliares de la Cruz Roja, o también en un futbolista fuerte y enérgico que abandona cojeando un partido después de una patada. Pero así no se veía Pedro Juan. Parecía más bien un anciano que caminaba despacio e inseguro y que miraba al suelo con miedo.

Mientras le ayudaba junto con la enfermera a llegar al carro, me vino a la memoria un video que él me había enviado apenas pocos meses atrás. En él, Pedro bajaba por el muro lateral de una escalera de cemento montado en un skateboard. Cuando terminaba el muro en el primer escalón de abajo para arriba, daba un salto y atrapaba

la patineta en el aire, caía al suelo parado y se detenía en seco con fuerza y destreza. Nunca más volveríamos a ver algo así.

Esa misma tarde compré un bastón para él en una tienda muy elegante en cuya vitrina había visto exhibido por esos días un paraguas que quise para mí. El bastón era de madera fina y liviana. Una sola pieza de bambú oscuro y sin adornos desde el mango curvo, que era como la parte superior de un signo de interrogación, hasta la punta inferior, y que remataba en un simple protector de caucho. También compré el paraguas, del mismo estilo y de la misma madera. Todo me costó un montón de plata colombiana. Por fortuna todavía podía hacer mis cuentas en euros. El bastón es la principal herencia que conservo de Pedro Juan. Lo tuvo y usó por muchos meses, con pocas interrupciones, desde el día en que le dieron de alta después de la operación hasta su muerte.

Después de llevarle el bastón a mi hijo a la casa de su madre y de estar con él un rato, volví al apartamento de Guillermo Sarmiento, un viejo compañero de la universidad que nunca terminó la carrera y se dedicaba desde hacía un buen tiempo a la actuación teatral y en televisión.

Guillermo Sarmiento no era, en estricto sentido, amigo mío. O bueno, sí. Vacilo porque he perdido el interés en la amistad y no sé lo que digo. Hace muchos años que no me hace falta la amistad. O si me hace falta no lo noto. Podría decir sin tanto enredo que Guillermo fue en una época amigo mío, que perteneció a mi «círculo de amigos» de hace muchos años en Bogotá. Pero pasó mucho tiempo sin que supiera de él, o él de mí. Hasta que apareció en una

oportunidad en Alemania. Estaba de paseo por Europa en un tour organizado y había decidido quedarse unos días adicionales por su cuenta para conocer algo más. Estuvo con nosotros unas dos semanas, aunque en realidad casi no las pasó con nosotros. Yo le organicé un recorrido por algunas ciudades que él visitaba un par de días para después volver a nuestra casa. Lo llevé un día en tren al Rin por el famoso paso de Loreley. También le mostré la ciudad en bicicleta. Estábamos en verano y pudimos pasar una noche animada en mi Biergarten preferido, frente al Meno, a la sombra de unos olmos verdes y frondosos. Me gusta el olor de los olmos en verano.

Por esa estadía pensé que Guillermo podría estar muy agradecido, o que creyera tener una deuda conmigo. Nos dijo varias veces durante su visita que su casa era la nuestra, que vivía solo en un apartamento espacioso en el que podríamos caber los tres: Alicia, Silke y yo. No parecía que lo dijera por simple cortesía. El hecho es que cuando supe que tenía que viajar de urgencia a Bogotá para acompañar a Pedro Juan en su operación, no se me ocurrió llamar a nadie más que a Guillermo. En realidad, no tenía nadie más a quien llamar. Si a Guillermo no se le hubiera ocurrido visitarme en Alemania unos años atrás, yo tal vez hubiera tenido que quedarme en un hotel aquellas semanas en Bogotá.

Contacté, entonces, a Guillermo y le expuse mi situación de emergencia. Lamentó lo que le ocurría a mi hijo Pedro y aceptó con gusto que me quedara en su casa. Después de haberle escrito sentí con algo de alivio que hasta la vida más complicada puede ser muy simple. Lo mismo pasará con la amistad, supongo. No debería decir que no me hace falta.

Viví en ese apartamento las tres semanas largas que estuve de paso por Bogotá para asistir a la operación de Pedro Juan. Solo en la primera semana estuve con Guillermo, pues pronto después de mi llegada salió de gira con una obra teatral por varias ciudades del país. La circunstancia era más que favorable.

Ya declinaba la tarde cuando entré al apartamento vacío. Me dirigí a la cocina y tomé una botella de whisky que estaba sobre un mesón y que Guillermo y yo habíamos dejado empezada en algún momento de la semana que estuvimos juntos. Serví un trago con hielo y me fui a la sala. Ahí tenía mi computador portátil y algunas de mis cosas. Pensé en oír algo de música y relajarme. Habían sido días difíciles. Días sin soledad y sin meditación.

Spinoza sostenía que vivir en la ignorancia o presa de suposiciones y ficciones sobre cómo son las cosas es lo que más nos produce infelicidad e inquietud. Por eso, según él, el conocimiento preciso, «claro y distinto», de los eventos salva y nos brinda tranquilidad. Si el conocimiento salva y libera, pensé mientras apuraba mi trago de whisky y prendía el computador, debo saber qué tiene Pedro Juan exactamente. No puse música.

La abominable palabra rabdomiosarcoma se incorporó a mi léxico en esos días y fue parte de mucho de lo que decía y pensaba en todos esos meses. Empecé a buscarla en la red. Ya lo había hecho varias veces desde que nos dieron el diagnóstico después de la biopsia. Pero siempre pasaba de una página a otra, de un enlace a otro, con prisa y sin mucha dedicación. Esta vez estaba dispuesto a retener mejor las cosas y a hacerme una sólida idea de la enfermedad de Pedro Juan. Quería saber qué tenía mi hijo y por qué lo tenía.

Rabdomiosarcoma: «tumor maligno de los tejidos blandos en los músculos estriados que se presenta especialmente en niños y adolescentes», es decir, en seres humanos que aún no han terminado de crecer. Se hablaba insistentemente de un «tumor maligno del tejido conjuntivo». Quise saber lo que era eso. Leí varias páginas sobre el tejido conjuntivo (así, en singular) y sobre los tejidos blandos, a los que aquellas me remitían. Lo único útil de esa lectura fatigosa fue entender que los tejidos son algo esencial para el sostén del organismo. Están por todas partes. Algunos amarran tendones y cartílagos, los llamados blandos están principalmente en los músculos.

Me pareció notorio que se dijera en algunas de esas enciclopedias en internet que los tejidos están compuestos por algo que se llama «substancia fundamental». O sea que filósofos y anatomistas no estamos tan lejos unos de otros, pensé, y sonreí desolado. La substancia fundamental de los tejidos no es, sin embargo, nada abstracto: es un material acuoso y gelatinoso en el que están las células y las fibras del organismo.

Era obvio que me estaba metiendo en una selva asfixiante. Sin embargo, seguí un rato más dando vueltas por otras páginas porque quería saber algo de los músculos y tejidos estriados, a los que la enfermedad de Pedro debía su nombre, y sobre los músculos esqueléticos, algo que había mencionado Vargas en la primera de sus explicaciones y que se me quedó grabado en la memoria por su valor más bien literario y paradójico. Yo tenía la idea de que una cosa son los músculos y otra los huesos, o sea el esqueleto. Pero no; hay además músculos esqueléticos.

Continué, entonces, buscando. Al cabo de un rato me encontré en medio de un berenjenal de términos técnicos e imágenes que me marearon. Me detuve. Respiré profundo y tomé otro sorbo largo de whisky. Esto es una pendejada, pensé. Esta vaina es un laberinto sin salida. Miro lo de los tales músculos esqueléticos, a los que habría que dedicarles un poema, o una oda, y dejo así. Vargas los había mencionado, de modo que si quería saber algo de lo que pasaba en el cuerpo de mi hijo tenía que saber a qué se refería lo que me parecía un oxímoron.

«Los músculos esqueléticos», seguí leyendo, «son los que están inervados» (o sea que reciben función por un nervio) «a partir del sistema nervioso central, y debido a que este se halla, en parte, bajo control consciente, se llaman músculos voluntarios. La mayor parte de los músculos esqueléticos están unidos» («está unida», querrá decir; pero es necio esperar que un redactor de Wikipedia respete la concordancia de número) «a zonas del esqueleto mediante inserciones de tejido conjuntivo llamadas tendones. Las contracciones del músculo esquelético permiten» («hacen posible», diría cualquier redactor normal) «los movimientos de los distintos huesos y cartílagos del esqueleto» (¡qué imagen!). «Los músculos esqueléticos forman la mayor parte de la masa corporal de los vertebrados».

Qué problema para un filósofo: decir que algo está «bajo control consciente» porque está («en parte») en relación con el sistema nervioso central. Ay, Dios, si estos divulgadores científicos supieran de lo que están hablando. Me pareció que los filósofos se esmeran por saber de qué están hablando sin que para ellos tenga mucha importancia conocer las cosas. Mientras que los científicos buscan

conocer las cosas y los tiene sin cuidado saber de qué y cómo están hablando. Que entre el diablo y escoja.

Lo cierto, en todo caso, es que en una zona inferior y muy íntima del cuerpo de mi hijo (de mi hijo vertebrado, pensé, e inmediatamente me reprendí por decir semejante pendejada) había un músculo esquelético en el que se habían empezado a producir y a propagar de forma vertiginosa células cancerosas. ¿Qué carajos más había que saber? Ah, sí, las causas. Lo de siempre: quizás factores hereditarios, formas de vida, tipos de alimentación. Nada preciso.

¿Supe gracias a ese viaje delirante en internet qué tenía Pedro Juan y de qué moriría? En cierto sentido sí. Al menos me informé de la letalidad de su enfermedad. ¿Fue salvador y liberador ese conocimiento? No estoy seguro. Eso que había obtenido en mi pesquisa me parecía más información que conocimiento. El único conocimiento, en estricto sentido, es el que se vive o se adquiere por haber vivido. No es verdad, porque haber vivido algo no garantiza saber qué sea eso que se ha vivido. ¿Y si no hubiera nada que lo garantizara? Pensé que de todas maneras la información que acababa de obtener y que yo trataba de filtrar en mi mente ya algo destemplada por el whisky sí era una forma de conocimiento. De un conocimiento exterior a mí, pero en cualquier caso de un conocimiento.

¿De qué me liberó ese conocimiento si es que me liberó? Al menos de una cosa: de creer que podía hacer responsable a Dios de la enfermedad de Pedro Juan. Otra vez Spinoza: echarle la culpa a Dios de lo que nos pasa es producto de la ignorancia y es una forma de conciencia desgraciada, de la conciencia que nos impide reconciliarnos con el hecho de que en nuestra vida confluyen

muchas circunstancias que no dependen de nosotros ni de nadie y que por eso muchas de esas cosas, quizás las principales, las que conciernen a la vida y a la muerte, no pueden ser alteradas a voluntad.

Grité entonces en mi mente mientras manoteaba en el aire, a lado y lado de mi cara: ¡Yo no necesito saber que mi hijo tiene un cáncer en los tejidos blandos al lado de sus órganos genitales de adolescente para llegar a entender eso, carajo!

Si me hubieran dicho que Pedro moriría de gripa también lo habría entendido. Porque soy un ateo. Y si no lo fuera, si fuera un creyente como Leticia, o como Silke (¿por qué siempre me he metido con mujeres creyentes?), no encontraría ninguna diferencia entre el rabdomiosarcoma y la gripa: en cualquiera de los dos casos pediría a Dios que Pedro Juan no muriera y si hubiera muerto de cualquiera de las dos cosas me habría dicho: se hizo la voluntad de Dios. Y si se hizo la voluntad de Dios, será por algo inescrutable para nosotros. La clave está, entonces, en capturar la diferencia entre la visión de nuestra vida según la cual lo principal de ella, la «substancia fundamental», ocurre sin la intervención de voluntad alguna (ni humana ni divina) y aquella otra que nos lleva a creer que todo lo que nos ocurre, sea bueno o malo, nos ocurre porque Dios lo ha querido así. Si la primera visión causa sosiego y la segunda desgracia no es porque el conocimiento salve, pues es infinitamente superior lo que ignoramos que lo que conocemos, sino porque hemos decidido que él nos salve, así como también hemos decidido de un modo que se nos antoja razonable esperar que todo pueda ser conocido y comprendido. Pero esa esperanza es también un tipo de fe. Me tomé en ese momento la cara, tapé mis ojos con mis manos y

lloré. Me recosté en el sofá con la cabeza levantada, mirando al techo. Respiré profundamente y le pedí una pausa a mi mente desbocada.

Tenía que encontrar un punto en el que pudiera detenerme. Y entonces resumí: el único conocimiento salvífico sobre el hecho de que Pedro Juan tiene un tumor maligno en algunos de sus tejidos blandos es que por ser este un tipo de cáncer que da sobre todo a niños y a adolescentes se produce en cuerpos que están creciendo y desarrollándose, de suerte que por eso mismo el tumor se reproduce y crece con especial rapidez. Las células y los tejidos de un joven se reproducen y crecen para la vida. Las células y los tejidos de un joven con rabdomiosarcoma se reproducen y crecen para la muerte. Eso es todo. El sentido de la vida no es más que la conciencia del sinsentido de la vida, me dije en voz alta, como si conversara con alguien.

Un nudo apretaba mi garganta áspera y me dolía. Sequé mis lágrimas y respiré hondo nuevamente. Miré de modo distraído algunos objetos. La mesa de la sala en el apartamento de Guillermo estaba muy bien dispuesta, tal vez demasiado. Había dos libros de arte acostados el uno sobre el otro. Se notaba que eran más para adornar que para cualquier otra cosa. Al lado de los libros había una pequeña escultura de metal anaranjada. Se trataba de tres cilindros irregulares sobre una plataforma negra. Me gustó. El único desorden de esa mesa era el que yo causaba con mis cosas. Noté que me estaba emborrachando pero, o a lo mejor por eso, me serví otro trago de whisky con hielo.

# 6

Llegué tarde al consultorio del doctor Vargas. Era una de esas citas a las que no se puede llegar tarde. Pero llegué más de media hora tarde. Entré sudoroso y excitado, fuera de mí, a la sala de recepción.

—Buenos días —dije entre jadeos a la secretaria—, tengo una cita con el doctor Vargas.

—¿Su nombre?

—Francisco Salamanca.

—¿A qué hora es la cita?

—A las nueve —respondí.

—Falta un cuarto para las diez —dijo ella con tranquilidad.

—Sí, lo siento, el tráfico está endemoniado.

Buscó en la pantalla.

—No aparece su nombre en la lista.

—Debe ser porque me la dio ayer —dije—. Viajo mañana al exterior. Yo no soy el paciente.

—¿Nombre del paciente?

—Pedro Juan Salamanca Díaz, es mi hijo.

—Espere un momento, por favor. Siéntese en la sala —me dijo, mientras tomaba el teléfono interno y llamaba.

Habló con el médico, le dio mi nombre y el de mi hijo y le repitió lo que yo le había dicho. Hubo un silencio. El médico decía algo, evidentemente. Luego colgó.

—El doctor lo atenderá en un momento, ahora está ocupado con otra persona.

—Gracias —le dije, e hice expreso mi alivio.

—Relájese —me dijo con amabilidad—. Saliendo a la derecha, en el corredor, hay un dispensador de agua. Tome un poco si quiere. Tiene tiempo.

—Gracias —repetí, y le sonreí.

Salí al corredor por el agua. Tomé dos vasos seguidos y me serví un tercero. Tenía la garganta seca. Volví a la sala de espera con el vaso en la mano. Era un pequeño vaso de plástico, endeble, que hundía y parecía que fuera a romper con mis dedos solo por sujetarlo. Anticipé que tendría que ir en algún otro momento por un cuarto vaso.

Había dormido muy poco la noche anterior. Casi nada. Apagué la luz de la mesa de noche después de las doce, cansado, pero me desperté a las dos y media de la madrugada y no pude volver a conciliar el sueño sino hasta bien entrada la mañana. Pasadas las ocho me desperté herido por la luz del sol. ¡Mierda, la cita!, exclamé sobresaltado.

Puse a hacer café en una cafetera italiana para una sola taza. Corté un pedazo de queso blanco rancio que había en la nevera y lo comí a mordiscos con un paquetico de galletas saladas. Tomé el café apresuradamente. Me cepillé los dientes, me lavé la cara como pude y salí corriendo del apartamento. Tenía que atravesar buena parte de la ciudad para llegar al consultorio de Vargas. No lograría llegar a tiempo. Dejé entonces de mirar el reloj. Haría todo por llegar lo más rápido posible pero no me importaría ya saber a qué hora llegaría. Había que llegar, ya después vería qué tan tarde llegué.

Mira adelante, nunca al reloj, me ordené. No pierdas la cabeza. De nada sirve. No por eso llegarás a tiempo, o más temprano. Pero lo que de nada servía era decirme eso. Ya la cabeza estaba perdida.

No sabría decir a ciencia cierta por qué me desvelé esa vez de forma tan intensa y larga. Pero sí podría señalar que esa noche algo empezó a cambiar en mis noches. Hasta el día de hoy. Digo que no sé bien por qué me desvelé «esa vez» porque siempre me he desvelado. Podría contar con los dedos de una mano las noches que en mi vida de adulto he dormido de corrido. Aunque siempre he dormido, mal que bien. Mis desvelos, digamos, normales, son de más o menos una hora. Y eso ha sido parte de mi vida desde hace muchos años. Casi nunca me duermo antes de las once de la noche. Y por lo regular, casi invariablemente, me despierto cerca de las dos o tres de la madrugada. Pero muy raras veces, al menos hasta esa noche, ocurre que me quedo despierto por más de una hora. Pueden ser dos, pero eso no sucede, o no sucedía, con mucha frecuencia. Había aprendido a manejar sin ansiedad esa hora de mi vida en la soledad y la oscuridad. Fue un trabajo de años. La destinaba a vagar en pensamientos, no a concentrarme en ninguno; y también a leer, sobre todo a leer. Cosas ligeras, nada de filosofía. La filosofía siempre consigue despertarme y pone a trabajar mi cabeza. Me gustan las biografías y los libros de historia. Me gustan porque cuentan hechos, cosas que no se pueden cambiar ni pueden ser de otra manera. Es lo que siempre he leído, y sigo leyendo, en mis desvelos normales, domesticados.

Pero mi desvelo en la noche previa a la cita que tenía a solas con el doctor Vargas fue muy distinto. No puedo decir que estuviera especialmente intranquilo, aunque sí que tenía la cabeza llena de

cosas. Me desperté, como dije, a las dos y media de la madrugada y no pude volver a dormir sino hasta las seis de la mañana, o algo así. Al principio leí, como siempre, pero al cabo de un buen rato se empezaron a precipitar a mi mente muchos pensamientos desordenados, imágenes. Los dejaba correr sin mucha preocupación, como en una suerte de meditación, que es lo que también suelo hacer en mis noches de insomnio: me pongo boca arriba, llevo las manos al plexo solar, le doy calor con ellas, separo un poco, no mucho, las piernas y respiro pausada y profundamente. Solo que esta vez no podía volver a dormir. Pensé que había podido ser algo que había comido, o el café, el mucho café que había tomado la tarde anterior, o la expectativa de la cita con Vargas, o la proximidad del viaje de regreso a Alemania. Podía ser todo a la vez: también el hecho ya inminente de desarmar mi vida con Silke, con Alicia, o el otro hecho de armar una vida en Colombia; una vida que no tendría de dónde armar porque no tenía trabajo, ni amigos, ni mujer y pronto seguramente ni siquiera estaría mi hijo.

¿No será todavía pronto para pensar en la muerte de Pedro Juan?, me pregunté. Tal vez no. Estaba demasiado impedido a la salida de la clínica; parecía un viejo moribundo. Tal vez sí. No ha cumplido aún diecinueve años y quiere ir a la universidad, está haciendo las vueltas para entrar en ella. Cualquier cosa puede pasar. Para todo hay que estar preparado. Hay tanta gente que ha tenido cáncer y vive aún, pensé, e intenté darme algún alivio.

Así y todo no podía dormir. En algún momento creí que ese insomnio tenía causas puramente físicas, pues yo no sentía ninguna excitación particular. Mi vida no era buena, y yo estaba al borde de todas mis cosas, y mis cosas cada vez más cerca del abismo. Pero

me sentía, al menos en esa cama, más o menos tranquilo. Prendí varias veces la lámpara de la mesa de noche. Intenté leer una y otra vez. Volví a posar mis palmas sobre el plexo solar. Inhalé a profundidad y exhalé largamente con fuerza contenida. Nada. Logré dormir apenas con el canto de las primeras mirlas. Las mirlas bogotanas, me dije. Recordé de repente que estaban todo el año ahí, y me maravillé.

A partir de ese insomnio algo empezó a cambiar en mis noches. Empecé a desvelarme con más frecuencia por más de una hora o dos, hasta el canto de las mirlas o la salida de la luz del sol. Empezó a ocurrir eso, hasta hoy, repito, varias veces a la semana. He ido aprendiendo a dormir entonces por las mañanas, pero no siempre lo logro. Sucede, así, que vivo cansado y desconcentrado, lejos de mí, y por eso de todo lo demás, durante el día; pero muy cerca de mí por las noches. Cerca de mí de un modo desesperante, salvaje; solo, a oscuras, en silencio, despierto y concentrado. ¿Lejos de todo lo demás? Pues sí, si todo lo demás duerme.

Más o menos desde aquel insomnio, antes de la cita con Vargas, antes de mi partida para Alemania, mis noches, hasta el día de hoy, empezaron a ser de dos tipos: unas normales, como siempre, en las que despierto cerca de las dos de la mañana y leo o caliento con las manos el plexo solar mientras pienso sin rumbo y sin afán por una hora o dos en cualquier cosa, o leo algo de historia, hasta volver a quedar dormido. A ese tipo de insomnio lo he llamado benigno, domesticado. Pero hay otras noches en las que despierto también a esa hora aproximada y no vuelvo a dormir. No siempre es fácil establecer la diferencia. Pero cuando lo logro y sé, por ejemplo, que estoy en una noche de insomnio del segundo tipo, el maligno, el

salvaje, no insisto más con la lectura o con el calor de mis manos sobre el estómago, sino que me levanto, preparo un café, o un té negro, y leo filosofía, o escribo.

Estuve sentado casi dos horas en la sala de espera. El médico atendió no a uno, sino a tres pacientes antes que a mí. Y con cada uno se tomó su tiempo. No podía culparlo de la demora, por supuesto, pues yo mismo había llegado tarde. Él tenía que seguir con su orden del día. Me lo merecía. Tomé varios vasos de agua y pude ir por un café de máquina. Debido a la prisa que tuve al salir de la casa de Guillermo olvidé llevar algo para leer. Y no había conexión a wifi en la sala de espera. De hecho, mi celular parecía incomprensiblemente bloqueado. Lo apagué. Estaba, entonces, confinado en mis propios pensamientos; una desgracia. Ya había pasado buena parte de la noche flotando en ellos, como en una laguna de basura.

También podía mirar las revistas viejas que había arrumadas en la mesa de centro de la sala de espera. Otra desgracia. Decidí pedir un bolígrafo y una hoja de papel a la recepcionista y me puse a escribir una lista de las cosas que tenía que hacer y de lo que tenía que comprar para Alemania. Aspirina e hilo dental, mucho hilo dental para Silke. La aspirina es de Bayer, una firma alemana, pero resulta que en Colombia es muchísimo más barata que en Alemania. Curioso. No pasa lo mismo con los Mercedes-Benz, claro. Tenía que comprar algo muy bonito para Alicia. Ropa. Pero también un juguete. Mi mamá decía que a los niños siempre se les debe dar un juguete, así sea pequeño, cuando se les regalan cosas, por ejemplo en la Navidad. Porque si no, decía, se contribuye a formar seres huraños y desalmados. Alicia ya no estaba para cualquier clase de

juguetes. Había que buscar muy bien. Seguramente Pedro Juan también querría enviar algo. Ese pensamiento me produjo tristeza. Dejé lo de la lista, miré algunas de las revistas y después seguí flotando somnoliento en el humedal de mis pensamientos. Hasta que por fin oí mi nombre y pude entrar al consultorio del doctor Vargas.

Lo primero que hice fue excusarme por haber llegado tarde y traté de dar todas las explicaciones. Nada de eso lo conmovió o le importó. Fue muy amable desde el principio. A mis excusas reaccionó diciendo:

—Nada grave, tranquilo. Aquí siempre hay qué hacer —y sonrió con amabilidad.

Me sentí de inmediato protegido por su buen ánimo. De algún modo ya había expiado mi falta de puntualidad con mi larga espera. El consultorio era cálido y luminoso. Pero no dejaba de ser un consultorio médico, en una clínica moderna. Ningún mueble tenía vida propia o historia.

—Siéntese —me dijo.

Y yo me senté.

Entonces fue directamente al grano, evitando de modo consciente que mediaran formalidades.

—Bueno, la recuperación de Pedro Juan va bastante bien. Mejor de lo esperado —dijo.

—¿En serio? Yo lo vi caminando muy impedido.

—Es normal, antes camina —dijo—. Tuve que hacer una incisión muy grande y muy profunda.

—Es una zona complicada, delicada —agregó, corriendo hacia atrás su asiento.

Tomó una hoja de papel de la resma que había bajo una impresora al lado de su computador, sacó uno de los bolígrafos que tenía adheridos en el bolsillo de su bata blanca y empezó a hacer un dibujo con trazos amplios y seguros que ocupaban toda la hoja.

—Mire —me dijo—. Esta es la zona en donde estaba el tumor; aquí está el ano, aquí están los testículos, aquí la próstata; estos son los riñones. Un poco más adelante en la parte posterior tenemos la vejiga. Ahí en donde le dibujo el tumor hay ahora un hueco. Todo esto está flojo porque el tumor estaba localizado en una masa muscular y cartilaginosa que sostenía esta parte del cuerpo y que fue removida por completo.

Y al decir eso trazó con fuerza un círculo que envolvía prácticamente todo lo que había dibujado.

—De manera que hay que dar tiempo a que el cuerpo vuelva a reconstruir todo este tejido muscular —concluyó, y volvió a repasar el círculo que ya había dibujado con un trazo fuerte y enfático.

—Pero usted dice que la recuperación va bien.

—Sí, va bien, pero hay que tener paciencia. Su hijo es joven, y fuerte, pero hay que esperar. No ha pasado todavía un mes desde la operación. Ni siquiera he quitado los puntos. Por ahora necesita mucho reposo, mucho líquido y dieta blanda. En un par de semanas tendría que empezar con una terapia física.

Hubo un silencio. Me sentía bien en el consultorio de Vargas. Me agradaban su claridad y su calor. Pese a que todo lo que él decía siguiendo el dibujo me sugería una situación espantosa, su forma de hablar me producía sosiego.

—Hay una cosa que le quiero preguntar… O bueno, dos. Pero una principalmente para poder irme tranquilo —le dije. En ese momento

tomé el dibujo que había hecho el médico y me asombró el hecho de que fuera un buen dibujo.

—Pregúnteme —dijo él en tono cordial.

—Inmediatamente después de la operación usted nos dijo que había raspado lo mejor posible la zona, o algo así, pero que no podía asegurar del todo que no hayan quedado vestigios del tumor. Ese día estaba un poco aturdido, ¿podría explicarme otra vez cómo es la cosa?

Tomó otra hoja de papel en blanco e hizo el mismo dibujo, pero sin el tumor. En donde estaba el tumor en el primer dibujo dejó muy bien contorneada una especie de cavidad, un hueco. Este dibujo era más limpio que el anterior; ya no tenía los rayones ni los repasos. El médico se esforzaba por mantenerlo limpio. Daba la impresión de que a Vargas le complacía dibujar. Cuando terminó el esquema lo acercó a mí y sacó del bolsillo de su bata otro bolígrafo, de tinta roja. Se veía que era un fetichista de los bolígrafos y las plumas, porque tenía tres de diferente color colgados en el bolsillo pectoral izquierdo de su bata y muchos otros en un portalápiz en un extremo del escritorio.

—Este es el borde externo más extremo del tumor —y repasó con el bolígrafo de tinta roja, con sumo cuidado, el límite del hueco que había dejado el tumor extraído.

—De acuerdo con mis cálculos y las imágenes diagnósticas que hicimos, hasta aquí tendría que llegar la raíz del tumor —agregó, indicando un espacio milimétrico entre el límite exterior repasado en rojo y la parte interna de la cavidad en la que había estado situado el tumor—. Lo ideal en estos casos es que uno corte y saque más tejido alrededor del tumor.

—Raspar —interrumpí.

—No, cortar y sacar —dijo—. Lo que yo hice fue raspar, porque no podía cortar y sacar más tejido debido a la zona en la que estaba localizado el tumor.

—Si el tumor está en una pierna —continuó—, en la pantorrilla, por ejemplo, que es un sitio en el que suelen también presentarse este tipo de tumores, uno corta y saca hasta medio centímetro, o más, desde la parte externa de la raíz hacia afuera, para estar seguro de que sacó todo. Pero eso no se podía hacer aquí. Hubiéramos tenido que extraer la próstata y buena parte del aparato reproductivo. Muy difícil.

—¿Y entonces? —pregunté. Y en ese momento noté que estaba mucho más aturdido que la primera vez. No me podía ver a mí mismo en ninguna parte pero podría asegurar que estaba pálido.

—Pues nada —dijo—; hay que confiar en que la raíz se fue completamente con el raspado que hice.

En ese momento retocó con cuidado el dibujo, justo en la parte que demarcaba el tal raspado.

—¿Y si no? —pregunté.

—Si no, toca iniciar una quimioterapia —respondió sin vacilación.

—¿Y cuándo se sabe eso?

—Pronto. En un mes o dos, más o menos, Pedro Juan tiene que hacerse exámenes de sangre específicos y una nueva resonancia magnética. Lo más importante ahora es la recuperación de la operación.

—En todo caso —añadió— hay una buena noticia. Y es que sacamos el núcleo del tumor y una parte de la zona aledaña sin comprometer ningún órgano vecino. El tumor estaba bastante

encapsulado y eso es bueno. Suponiendo que hayan quedado vestigios, una quimioterapia para combatir un tumor reducido, o para solo vestigios de un tumor, tiene muchísima más probabilidad de éxito que una orientada a combatir el tumor completamente.

—O sea que fue buena la decisión de operar primero y después, dado el caso, aplicar quimioterapia, como nos lo explicó —dije yo, repitiendo algo que Vargas había dicho al principio del hallazgo del maldito rabdomiosarcoma.

—Absolutamente —dijo él con énfasis—. No había otra opción.

—Y usted, ¿qué cree?

—¿Qué creo de qué? —preguntó.

—De que haya que hacer quimioterapia. ¿Qué probabilidades ve?

—Difícil decirlo ahora. Hay que esperar un poco —respondió—. No será mucho. El sarcoma es un cáncer de crecimiento acelerado. Si quedaron vestigios lo sabremos pronto. Y si no quedaron, también hay que esperar cinco años para dar por superado definitivamente un cáncer, y más aún uno de este tipo.

—Especialmente agresivo —completé, como siguiendo una lección de memoria.

—Exacto —repuso—. Pedro Juan tiene que someterse a controles semestrales durante los próximos cinco años.

—Vivir con una persona querida que tiene cáncer no es fácil —dijo después de un breve silencio—. Pero es sobre todo difícil para la persona que lo padece. Y ustedes tienen que saber eso. El paciente de cáncer necesita mucho acompañamiento y mucha fortaleza de parte de la familia. Y más aún cuando se trata de alguien tan joven. Es probable que Pedro Juan tenga todavía la enfermedad en su cuerpo. Aún no podemos saber eso. Hemos terminado la primera

fase, la de la operación. Que ha salido bien, dentro de lo que cabe. Viene la recuperación, que será dura y requiere cuidado. Ya veremos después qué fases vengan. En cualquier caso, ustedes tienen que estar ahí. Es importante.

—Desde luego que es importante —dije.

—¿Cuándo es que usted viaja?

—Mañana por la noche —respondí.

—¿A Alemania, me dijo?

—Sí, a Alemania.

—¿Usted vive en Alemania?

—Así es —respondí.

—¿Hace mucho?

—Desde hace doce años largos —dije.

—Debe hablar bien el alemán, entonces —dijo, como cualquier adolescente.

—Pues sí. Me esmero. Igual, doce años es mucho tiempo. Aunque aprendí la lengua de adulto, o sea que tengo mucho acento y no la hablo completamente libre de errores.

—¿Es muy difícil el alemán? —preguntó otra vez en su tono de adolescente.

—Pues no sé —respondí—, es como todo, supongo. Al principio cuesta trabajo, pero uno le coge el tiro con el tiempo.

—¿Y dónde vive en Alemania?

—En Fráncfort —respondí.

—Estuve una vez en el aeropuerto, haciendo escala.

Todo el mundo ha estado alguna vez en el aeropuerto de Fráncfort haciendo escala para algún otro lado. De repente quedé enmudecido

y sin ganas de decir nada. Me sentí como hamacado en una gran tontería. Pero no me resistí. No tenía fuerza. Ni ganas.

—Yo estuve una vez en Alemania, en Stuttgart, en un congreso mundial de oncología pediátrica. Me encantó. Lástima que haya sido tan corto, pero me encantó.

Me quedé mirándolo en silencio, entregado.

—Lo que más me gustó fue la limpieza —añadió—. ¡Qué país tan limpio! ¿No es cierto?

—Pues eso depende de donde se meta uno —respondí.

—Sí, claro. Pero en general. Las avenidas, los parques. Los hospitales. Nos mostraron varios hospitales. Increíblemente limpio todo.

¿Y este huevón pretendía acaso que no fueran limpios los hospitales? Entonces, como si no hubiera oído nada de lo último que dijo, afirmé:

—De todas maneras, por ahí en cuatro meses estaré de vuelta en Colombia.

—¡Qué bien! —afirmó—, su hijo debe estar muy contento.

—Sí. Está muy contento.

El médico debió suponer que yo volvía a Colombia por Pedro Juan. No tenía por qué saber que mi vuelta a Colombia y la enfermedad de Pedro eran una coincidencia. ¿Por qué tendría que saberlo? ¿Qué importancia tenía eso acaso?

Tomé los dos dibujos, los puse uno al lado del otro y los aprecié por unos instantes. Luego le pregunté:

—¿Los puedo conservar?

—Claro. Lléveselos —respondió—. Pero si le interesa, también puede tener imágenes diagnósticas. A su hijo le han debido dar

algunas.

—No, no —dije—. Estas me gustan. Están bastante bien. Se ve todo muy claro.

—Como quiera.

—Me dijo que tenía otra pregunta —agregó.

—¿Cómo? —pregunté—. Bueno, en realidad tengo muchas preguntas… Usted sabe, algo como esto lo deja a uno muy descolocado.

—Por supuesto, me imagino.

—No recuerdo ahora cuál era la otra pregunta —añadí, y volví a sentir mi aturdimiento.

—Bueno, ya vendrá. Usted sabe que estamos aquí para ayudar. Tiene mi correo electrónico. Y también mi número telefónico. Puede escribirme cuando quiera, también por WhatsApp.

—Muchas gracias. Y gracias por atenderme.

—De nada. Tenemos que confiar en que todo salga bien. Hay que tener mucha fuerza, señor Salamanca.

—Sí, yo sé —respondí, mientras me disponía a pararme de mi asiento. En ese momento me acordé de la otra pregunta. Entonces me volví a acomodar. Y le dije:

—Ya me acordé.

—¿De qué?

—De la otra pregunta.

—Dígame.

—Cuénteme una cosa: ¿cuáles son las causas de un rabdomiosarcoma?, ¿usted qué sabe?

—Ojalá supiéramos algo con precisión —respondió—. Pero no lo sabemos. Nadie lo sabe. Podemos conjeturar que hay algunos

factores de riesgo, como los hereditarios, o sea, la información que traemos en el ADN. También se consideran factores de riesgo algunas formas de vida, que no son las más sanas, o nuestros tipos de alimentación. En fin, se trata de un conjunto de causas más que de una causa, pero no las tenemos establecidas. Y eso no solo es así con este tipo de cáncer, sino con muchos otros.

—La cosa con los sarcomas —agregó después de una pausa— es que se presentan muchas veces en personas que no tienen factores de riesgo evidentes.

Pensé que para oír eso mejor me hubiera quedado leyendo Wikipedia en la casa en lugar de atravesar toda la ciudad bajo la presión y el cansancio. Pero me pareció algo irracional ese pensamiento. Así que lo dejé. Traté de superar la molestia que me produjeron las últimas palabras del médico dejándome sumergir nuevamente en el ambiente apacible del consultorio. Después de todo tenía una explicación aceptable de lo del raspado y un par de buenos dibujos que daban una representación, digamos, sinóptica, de lo que ocurría en la parte baja del cuerpo de mi hijo. Vargas no es, ni puede ser, un especialista en explicar tumores, sino en sacarlos. Su trabajo es en realidad técnico; no consiste en explicar la vida sino en curar los cuerpos vivos cuando se enferman, o en mantenerlos con vida hasta donde más se pueda. Así sea por pedacitos. Eso me decía. Pero sentí que al salir del consultorio de Vargas estaría muy inquieto. Daba la impresión de que solo estar ahí me brindaba tranquilidad. Su resignación médica y amable, su frialdad materialista aunque ignorante de las causas, me daban sosiego.

Me despedí de él con cierta calidez. Tal vez lo digo porque su mano estaba, en efecto, cálida. Me deseó buen viaje y buena suerte con todo. «Con todo» significaba con Pedro Juan, porque él no sabía nada más de mí. Cuando esperaba el ascensor para llegar al primer piso e irme de ahí pensé: ¿cómo diablos puede salvar el conocimiento si somos náufragos en un océano de ignorancia? Pues así, como lo hace este médico: conociendo solo por pedacitos. Cortar y sacar, susurré para mis adentros en el ascensor. Y si no, pues raspar. Punto.

Tenía hambre y estaba cansado. Había pasado casi toda la mañana en la sala de espera del consultorio. Ya era mediodía y yo había desayunado muy poco. Habría que buscar un sitio para almorzar. En esas andaba cuando me tropecé con un pequeño restaurante instalado en un garaje. Algo bastante modesto y no del todo aseado. Algo más bien sucio; no debería decir otra cosa. Era un desayunadero en el que estaba escrito con tiza blanca en una pizarra, entre otras cosas: «caldo de costilla». Ya no es hora de desayunar, pensé, pero qué bueno caería en este momento un caldo de costilla con mucho cilantro. Hace cuántos años no comía un caldo de costilla.

Si es que vas a agarrar, agarra fuerte

# 1

Hay en el jardín botánico de Fráncfort, el Palmengarten, un gigantesco árbol de magnolias que florece solo tres semanas al año en la primavera, o a lo sumo cuatro. Se llena de flores blancas (rosadas en la base) de pétalos gruesos que sobresalen desde el verde oscuro y brillante de sus hojas anchas. Sus muchas ramas se retuercen, algunas se entrelazan entre sí, en una explosión expansiva, desordenada y vigorosa. Yo iba todos los años, muchas veces con Alicia, por esa época al Palmengarten a verlo junto a los cerezos. Lo hace mucha gente. Ese árbol de magnolias en flor y el jardín botánico en primavera se han vuelto una atracción turística de la ciudad. Pensé que como mi ida a Colombia a acompañar a Pedro Juan en su operación coincidiría con ese tiempo, me perdería ese año la floración del magnolio. Me la perdí. Muy pronto después de mi regreso fui a visitarlo, sin Alicia, que estaba en el colegio. Seguía verde oscuro y brillante, seguiría así durante todo el verano, frondoso, enorme. Pero tenía ya muy pocas flores blancas, casi todas desperdigadas, perdidas aquí y allá entre su grandeza indiferente. El suelo de su sombra seguía tapizado de magnolias, aunque ya no tan blancas ni rosadas; muchas de ellas podridas y mojadas, rotas y pisoteadas.

Los últimos días habían sido lluviosos. ¿Cuántos años tendrá este árbol?, me pregunté, mientras ponía mis palmas sobre su tronco. Esa pregunta y ese gesto deberían consolarme por no haber

presenciado su floración en esa primavera. Lo quise abrazar pero me contuve. Mi abrazo, en todo caso, no hubiera abarcado ni la mitad del grosor de su tronco, o de sus troncos, porque ese árbol empezaba a bifurcarse desde muy cerca ya de donde surgía de la tierra. Respiré hondo. Sentí el aroma lejano de sus flores confundido con el olor acre de los pétalos podridos que se mezclaban en el suelo con la hierba y el barro. Me alejé de él para apreciarlo nuevamente por completo, como solía hacer cuando estaba florecido. Había pocos visitantes. Brillaba el sol, aunque el cielo no estaba completamente despoblado de nubes. Era un jueves por la mañana y yo tendría que salir en unas dos horas para Giessen a dar mis primeras tres clases de Español después de mi regreso de Colombia. Tenía tiempo para caminar por el jardín botánico y darle una vuelta al lago de los lotos, de los enormes nenúfares y los juncos. Quizás podría sentarme un rato en una banca a la orilla del agua y dejar que el sol templado acariciara mi rostro. Fue lo que hice. No pensaba en nada preciso. Fluían por mi mente sobre todo sentimientos. Estaba tranquilo, pero también algo cansado. Sentía aún los efectos del viaje y del cambio de horario. Tuve que secar con algunos pañuelitos de papel las gotas de la lluvia matutina que aún quedaban como perlas sobre una banca lacada. Me senté en ella, abrí los brazos al sol, los expandí, y cerré los ojos. Pero al cabo de muy pocos minutos se posó una nube gris sobre esa parte del mundo. Y la enfrió. Iba a llover. Me dirigí con parsimonia al café del jardín botánico. Estaba casi vacío a esa hora. Busqué una mesa cerca de uno de los ventanales. El árbol de magnolias no estaba muy cerca de ahí y sin embargo no era necesario buscar demasiado

para ver cómo su follaje era el eje del fondo imponente de muchas de las cosas de ese lugar.

A través del ventanal vi caer la lluvia y con el primer sorbo de un café doble, muy caliente y muy fuerte, empezaron a agolparse en mi mente pensamientos. No sentimientos o sensaciones, como cuando estaba sentado en la banca al lado del lago de lotos, sino pensamientos, cosas que me decía. Me pregunté por el sentido que podría tener la visita al árbol de magnolias todos los años por esa época. Se trataba sin duda de mi saludo íntimo a la esperada primavera. Varias veces celebré ese pequeño ritual con Silke, pero casi siempre lo hice solo o con Alicia. Porque me gustaba hacerlo sobre todo entre semana. Ha ido a tal punto creciendo el atractivo de ese árbol de magnolias que durante las escasas semanas de su floración es prácticamente imposible acceder a él los fines de semana. La multitud se agolpa a su alrededor y no es fácil, ni grato, estar cerca de él. Es necesario contentarse con verlo de lejos, cosa que también impresiona, pero sobre todo si uno puede apreciarlo al rato de cerca, después a media distancia, y si puede volver con calma para pararse debajo de él y más tarde alejarse.

La poca flexibilidad del horario de trabajo de Silke le impedía ir a ver el árbol entre semana, el tiempo en el que hay menos visitantes. Cuando Alicia era una bebé, yo iba con ella al jardín botánico como parte de nuestras salidas diarias a pasear. Después de admirar el árbol caminaba por el jardín botánico empujando su cochecito. De acuerdo al tiempo y a si ella no dormía, la sacaba a que gateara por el césped. Tengo la imagen de ella misma, algunos años después, empujando un coche vacío, ya no de bebé, por los mismos senderos del jardín. O no, no vacío. En el coche estaba Malú, su muñeca, que

no era su muñeca sino su hija. A Malú nadie la podía tratar como una muñeca. A veces uno se equivocaba y le decía:

—Vamos a salir ya, Alicia. Coge tus cosas, coge tu muñeca y lo que vas a llevar.

—Malú —replicaba con mucha seriedad—; se llama Malú. Malú no es una muñeca, ¿cuántas veces te lo he dicho?

—Lo siento, se me olvidó.

—Siempre se te olvida.

Según su ánimo ese olvido era el motivo de una larga discusión o incluso de un altercado. Podría ocurrir que Alicia se encerrara molesta por una media hora en un mutismo sin ventanas. Lo mejor en esos casos era no buscarla sino esperar a que se le pasara el descontento. Con el tiempo aprendí a tratar a Malú como mi nieta.

Años después Malú dejó de ser importante. Aún está en la habitación de Alicia, en su propia cama en un rincón, junto a otras cosas, como una pequeña cocina de madera que heredó de su abuela materna y un comedor también de juguete, pero parece ya haber pasado al olvido. Al menos como su hija.

Fue Alicia la que propuso ir a visitar el jardín botánico en las últimas dos primaveras. Aunque creo que no lo hizo por el árbol de magnolias, o por el jardín, sino por el helado de pistacho que podía comer conmigo con toda libertad. Silke restringía severamente, cuando no prohibía de forma tajante, el consumo de helado y en general el de golosinas.

—El dulce genera adicción en los niños —repetía continuamente—. Y si los adultos no lo controlan o no enseñan a los niños a controlarlo, eso puede incluso atrofiar su crecimiento.

Alicia y yo comíamos, entonces, helado a escondidas. Y el de pistacho a las afueras del jardín botánico era en realidad notable. Gracias a actos como ese de desobediencia y complicidad, que solían venir al principio por sugerencia de Alicia y que por lo regular estaban llenos de su alegría, empecé a encontrar agrado en mi condición de padre. Porque esa complicidad me hacía sentir ligado a mi hija, reconocido por ella y satisfecho de mí mismo, libre.

Pensé, entonces, que el jardín botánico también podría tener ese significado liberador y alegre. Recordé que a partir del momento en que Alicia ya hablaba de modo muy articulado y podía comprender muchas cosas, empecé a creer que las visitas al jardín botánico deberían tener un propósito pedagógico. Eso complacía mucho a Silke y a mí me producía un orgullo que, ahora que lo pienso, era falso. Alguna vez llevé a Alicia a los invernaderos que simulaban el clima tropical. Allí podía uno pasar por varios de los pisos térmicos que hay en Colombia. Hay una sección con orquídeas y arbustos de café y otra muy grande, caliente y húmeda, con pastos largos y cañas y ruidos simulados de chicharras. También hay un pequeño desierto. Todo muy bien dispuesto, muy organizado y muy artificial, dentro de construcciones puntiagudas de vidrio.

—Así es Colombia en muchas partes —le decía, mientras me acercaba a los letreritos fijados a los árboles con sus nombres y se los leía.

Pero a Alicia solo le interesaban en esa época dos cosas en la vida: las personas y los perros. Cuando estábamos en el jardín botánico había que añadir una tercera: el helado de pistacho. Y claro, dentro del jardín tenía que olvidarse de los perros, a los que les estaba vedado el ingreso. Así y todo, me acompañó sin mucha

resistencia en mis algo forzadas visitas didácticas. Su paciencia se vencía fácilmente, de suerte que con el tiempo acordamos tácitamente dejar todo eso y no forzar nada falso. Y entonces íbamos al jardín botánico principalmente a que fluyeran en libertad dos cosas: nuestra visita parsimoniosa, pero no larga, al árbol de magnolias blancas, que era nuestro saludo personal a la primavera, y el deleite silencioso de cada cual con su helado de pistacho.

Seguía lloviendo. Caían gotas de agua gruesas y aisladas entre sí. Pero había algunos claros azules en el cielo. Pensé que sería una lluvia pasajera. Pasajera. Esa palabra. Ese concepto, mejor. Se me ocurrió que no se podría vivir si se lo relativiza todo o si se ve todo simplemente como temporal y pasajero. Como esa lluvia, o como esas tres o cuatro semanas de floración del árbol de magnolias. Hay que vivir cada instante de esta lluvia, cada uno de los días de esas tres o cuatro semanas de la floración del magnolio, cada minuto de ellas, como absoluto. O si no, no se puede vivir. En eso consiste la alegría, en anular el paso del tiempo. La pesadumbre, en cambio, nos lo recuerda. Pero nos lo recuerda de un modo paradójico y cruel, porque en la pesadumbre todo dura. No se anula en ella el paso del tiempo, al contrario, en la pesadumbre sentimos ese paso lento y denso. Al punto que olvidamos que ella también es pasajera.

Cuando algo nos alegra de verdad, en cambio, olvidamos el paso del tiempo. No es que algo dure o sea fugaz, o que queramos que dure o sea fugaz, cuando nos alegramos genuinamente, sino que en la alegría el paso del tiempo se suspende. En la alegría nos entregamos sin preocupación, sin medida ni cálculo, a una especie

de inconsciencia. Nuestra vida tendría que participar en algo, así sea solo por momentos, de esa inconsciencia e intemporalidad de la alegría, de otro modo sería insoportable. Ese es el problema de todas las metafísicas y cuya solución está en la mística: ¿cómo comprender que el paso del tiempo queda anulado si cada instante se ve como absoluto y único? Es eso tal vez lo que Spinoza llama «el amor de Dios»: ver las cosas *sub specie aeternitatis*, bajo una cierta forma de la eternidad, es decir, desde la intemporalidad, en el puro y único presente. No es que lo eterno sea lo que no tiene fin en el tiempo sino lo que no está en el tiempo, lo intemporal.

Mi problema en el café del Palmengarten, frente al ventanal que me ponía contra este pedazo de naturaleza domesticada que explotaba por su cuenta en esta nueva primavera tardía, era que todo esto que pensaba me pareció en ese momento de mi vida de mucho significado para cualquier experiencia humana. La fugacidad que lamentamos, la de la primavera, por ejemplo, la de la floración de este árbol de magnolias, o la duración de lo que nos apesadumbra y cuyo fin no alcanzamos a ver, solo nos dicen algo porque estamos atados a la conciencia, porque vivimos preocupados sin remedio de nosotros mismos y de nuestras pocas cosas. Y eso nos impide vivir en el presente. ¿Por qué no disfrutaba ahí y ahora, tal como estaba, la presencia del árbol de magnolias, sin tener que pensar que me había perdido este año su floración?

De repente, me sentí luchando contra mí mismo en medio de un vértigo mental: pensé que ser feliz tiene que ver con que cada instante se viva como absoluto, pero que al mismo tiempo nadie puede aspirar a la tranquilidad del ánimo si no acepta reconciliado la fugacidad de la vida, es decir, si no se desentiende de lo absoluto.

Porque desde el punto de vista de las cosas que nos preocupan no se puede vivir en lo absoluto. Nada lo es. Me sentí agobiado por dos pensamientos opuestos que reñían entre sí. Sentí que no podía vivir sin los dos, pero pensar en ambos me produjo una suerte de mareo del alma.

Había entrado ya de lleno la primavera. Afuera, sin embargo, llovía y hacía frío. La floración del árbol de magnolias blancas ya había pasado. Alicia no estaba conmigo en esta visita de primavera al jardín botánico. Ya Alicia iba al colegio y si quería ir a ver el árbol de magnolias con ella tendría que ser por las tardes. Pero fui a visitarlo de mañana. Pensé que si en unos meses regresaría definitivamente a Colombia no sabría cuándo sería la próxima vez que vería el árbol de magnolias en primavera. A lo mejor nunca más.

En breve tendría que ir a la estación del metro para tomar una conexión al tren de cercanías que me llevaría a Giessen. Nada quedaba lejos y todo era fácil de calcular. Pero la estación del metro estaba situada a unas tres cuadras largas del café. Por fortuna tenía conmigo el paraguas de madera de bambú oscura que compré en Bogotá el día en que dieron de alta a Pedro Juan. El día en que también compré su bastón. Fui a la tienda especializada y fina a buscar su bastón. Lo del paraguas fue un capricho para mí. Y no lo había estrenado. Lo abriría orgulloso por primera vez desde la puerta del café del Palmengarten hasta la estación del metro bajo una lluvia quizás pasajera, como todo. Como Pedro Juan, me dije. Pero ese pensamiento me pareció desencajado. No lo seguí.

Acerqué mi cuerpo al radiador de la calefacción que estaba muy próximo a mi mesa en el café del Palmengarten. El calor subió por las piernas y se esparció por mi pecho y mi espalda produciendo en

mí un inconfundible bienestar. Me adormecí brevemente. Noté que había olvidado una galletica Leibniz que me habían servido con el café. Me la comí. De repente me invadió un sentimiento de decepción. Caí en la cuenta de que esa decepción era constante en Alemania y marcaba mucho de mi vida en ese país.

# 2

De regreso a casa, al final de la tarde de ese jueves, salí de la estación del metro más cercana con una idea fija: llamar a Pedro Juan. Por esos días empezaban sus sesiones de fisioterapia para recuperarse de la operación. A unos metros de la salida de la estación hay una parada de bus que lo deja a uno enfrente de la puerta del edificio en el que yo vivía por entonces con Alicia y con Silke. Prefería caminar desde la estación hasta la casa, salvo que estuviera muy cargado o muy cansado. Sin embargo, tenía la costumbre de acercarme a la parada con el objeto de mirar el horario del bus que me servía. Pasaba cada quince minutos, y si acababa de pasar no valía la pena esperar el siguiente. La casa estaba a unos veinte minutos a pie, con paso firme, por una calle curva y larga que se iba convirtiendo progresivamente en un callejón hasta desaparecer o desembocar en otras calles en la cima de una colina. La Bergerstrasse, algo así como la espina dorsal de Bornheim, el barrio animado y pintoresco en el que vivíamos.

Me gustaba mucho esa calle estrecha y llena de vida y curvas. Estaba flanqueada a lado y lado por heladerías, cafés y restaurantes que comenzaban por esta época, y hasta mediados de septiembre, a sacar sus mesas a las aceras. La calle era larga y torcida, empezaba casi en el centro de la ciudad, junto a un parque coreano con dos pagodas unidas por un puente, jardines uniformes y un lago, y terminaba en una pequeña cuesta, justo a una cuadra de distancia

de nuestra casa. Más o menos a dos terceras partes de su recorrido estaba el centro del barrio, Bornheim-Mitte. Allí era cortada por una plaza en la que había mercado callejero de verduras y frutas, de aceitunas y pan, de quesos y vino, dos veces a la semana, los miércoles y los sábados. Pero después de desembocar en la plaza, seguía subiendo hacia la colina con el mismo nombre: Bergerstrasse (calle de la montaña).

Esa calle es uno de los recuerdos más definitivos y entrañables de mi vida en Alemania. No solo porque recorría una parte, aunque corta, de ella, la parte alta, varias veces a la semana, o porque me complacían sus festivales de verano y su mercado callejero de los miércoles y los sábados, sino porque fue el lugar que escogí para dar largos paseos nocturnos en el momento más tenso y desesperante de mi relación con Silke. En el último invierno que pasé en Alemania salí muchas veces a la calle a tomar un aire por las noches; la recorría de un extremo al otro, del parque coreano hasta la colina en la que moría. Eran caminatas rápidas, por el frío, que me servían para equilibrar mi ánimo y llegar cansado y, por así decir, ejercitado a la casa para poder dormir. Y no solo eso: muchas veces en ese período de asfixia matrimonial y familiar evitaba llegar temprano a casa y entonces solía detenerme en alguno de sus bares para tomar un trago, leer algo de prensa, o simplemente mirar al vacío con una cerveza en la mano. A veces también me distraía mirando el fútbol que pasaban por los televisores colgados de las paredes. El fútbol es el *perpetuum mobile* de este mundo. Nunca para. Siempre hay fútbol.

Pero ese día, el mismo día en el que reanudé mis clases de Español en la Volkshochschule de Giessen, bajé del metro en la

estación de Bornheim-Mitte con el único propósito de caminar rápido por la calle a la que tanto cariño le tenía y llegar pronto a casa para llamar a Pedro Juan. Atardecía. Llevaba pocos días en Alemania desde mi regreso de Colombia y apenas si había tenido una cena en calma con mi hija y mi mujer. Digo con las dos juntas porque la noche anterior había comido y conversado con Silke. Alicia, en cambio, tuvo que ir a la cama a la hora acostumbrada: las ocho de la noche. Esa era una de las más firmes directrices de su madre. Desde que tenía cuatro años, o quizás antes, Alicia debía ir a la cama a las ocho de la noche, pasara lo que pasara. Como no siempre estaba lista para dormir a esa hora, y esto, por supuesto, fue siendo más frecuente con el tiempo, le era permitido quedarse un rato con la lámpara encendida o jugando con sus cosas, pero siempre dentro de su habitación. Después de las ocho de la noche no podía salir de su cuarto. Si no es así, decía su madre, los adultos no tienen vida propia.

La noche anterior, pese a ser la primera después de mi regreso de Colombia, no fue distinta. Alicia quería estar un rato más con nosotros, quería que leyéramos algo juntos antes de dormir, quería ver las noticias conmigo, pero llegaron las ocho de la noche y ya era muy tarde para cualquier cosa. Empezaba el tiempo de los adultos. Después de un ruego en el que argumentó que hacía varias semanas no me veía y de un breve forcejeo con su madre, yo intervine.

—Mira, linda, hagamos una cosa —le dije—: te prometo que mañana vengo temprano, estamos juntos, leemos un rato y si quieres vemos un poco de televisión.

—Las noticias —repuso seria.

—Bueno, las noticias —dije.

Ella miró a su madre con un gesto triunfal. Silke no aceptaba que Alicia viera las noticias conmigo y yo veía de vez en cuando la edición de las siete de la noche. Le parecía que las noticias eran muy violentas para una niña de la edad de Alicia. Yo siempre le decía a Silke que las noticias eran más aburridas que violentas, que dejara que Alicia las viera conmigo. Muy pronto se cansaría con seguridad de ese plan y su deseo de verlas desaparecería.

—Es más o menos evidente que la prohibición —solía agregarle— es la que aviva el deseo. Si aflojas la primera, seguro que se relaja el segundo. Por otra parte, el mundo es así, violento, y no tiene nada de malo que los niños se vayan enterando de eso junto a sus padres. En cualquier caso, siempre se terminarán enterando.

Pero Silke era en ese punto, como en muchos, inflexible y terca. Al notar que su madre no reaccionó a mi promesa de ver las noticias con ella al otro día, Alicia aprovechó para emprender una última pequeña avanzada:

—¿Por qué no hoy? —preguntó—. Quiero estar un ratico más con ustedes… por fis.

Ese «por fis» lo había aprendido Alicia de Pedro Juan y era una muestra del buen nivel, o mejor, del nivel tan natural que tenía su español coloquial. Me hizo sonreír. Le tendí mis brazos, la acerqué a mi cuerpo, acaricié su pelo y su rostro, le di un beso en la mejilla, y le dije:

—Hoy es tarde ya, linda. Yo mismo estoy cansado por el viaje y ya casi me iré a la cama. Las noticias de hoy ya pasaron. Además tu mamá y yo queremos hablar un ratico a solas. Te prometo que mañana estamos juntos un buen rato. Es más, te prometo que mañana llamamos a Pedro Juan y hablamos con él.

—¿Prometido?

—Prometido —afirmé—. Además, te prometo que el viernes almorzamos en el restaurante chino y después hacemos algo bonito.

Los viernes Alicia salía del colegio a las once y media de la mañana. Ese día yo preparaba almuerzo para los dos y después hacíamos algo juntos. Por ejemplo, la compra semanal o una salida al parque a caminar. Aunque muchas veces también nos quedábamos en casa, cada uno en sus cosas, o ella se reunía con alguna de sus amigas. Ir al restaurante chino de la calle era uno de sus planes favoritos.

—¡Sí! —exclamó y me dio un beso—. Tú me recoges —ordenó en tono serio y teatral.

—Yo te recojo.

Entonces se despidió con un beso de su madre, que seguía la escena en silencio, complacida y más o menos enternecida, pero también algo debilitada en la negociación. Después me dio otro beso a mí. Y se fue a su habitación.

—No deberías ser tan inflexible con lo de la hora de ir a la cama —le dije a Silke cuando quedamos solos en la cocina—. Por unos minutos más que se quede aquí no pasa nada. Después de todo Alicia ya tiene diez años.

—Déjalo, así está bien —replicó en voz baja, cuchicheando—. Alicia necesita estructura. Mañana tiene que levantarse muy temprano. Además, no ha dormido bien en las últimas semanas y se está cansando en el colegio. Eso hace que baje su rendimiento.

Yo callé.

—Podemos hablar de eso otro día, si quieres —continuó en voz baja—. He hablado con la profesora. Ella es la que me ha dicho que

Alicia se ve a veces cansada en las clases.

Seguí en silencio. Odiaba, odio, el cuchicheo de Silke. Me parece que uno habla en voz alta si va a hablar, o mejor se calla. Pero no cuchichea. Silke sabía, por supuesto, de mi aversión al cuchicheo. Entonces también calló. Recogió algunos de los platos que quedaban en la mesa, los enjuagó superficialmente y los metió a la máquina lavadora. Después se dirigió a la puerta de la cocina y la cerró. Volvió a sentarse a la mesa frente a mí y me preguntó por Pedro Juan. Me miró a los ojos compasiva. Su rostro era adusto, su voz suave. No hablaba alto, pero ya no cuchicheaba. Me quedó muy claro, sin embargo, que ella no quería que Alicia se enterara de nada.

—No sé bien qué pensar —le respondí—. La operación salió relativamente bien, al parecer. Pero no tengo un buen presentimiento.

Entonces repetí la consabida frase:

—Es un cáncer muy agresivo.

Silke suspiró profundo, me siguió mirando fijamente a los ojos con mucha seriedad y me tomó una mano por encima, por el dorso, no por la palma. Yo mantuve mi mano inmóvil y ella muy pronto la soltó. Le hice un resumen de la situación, de lo que Vargas había dicho, del estado de ánimo de Pedro, del de Leticia. Pero no ahondé demasiado en mis impresiones, ni en mi estado de ánimo. No tenía ninguna gana de ser amigo íntimo de Silke en ese momento. Tampoco quería su compasión. Mi relato fue descriptivo. También hablamos de mi viaje a Colombia para el verano próximo y yo dije algo vago sobre mis planes. La enfermedad de Pedro Juan parecía algo muy determinante en ese viaje. No hablamos de nuestra

separación. No parecía necesario. O tal vez no era oportuno. Recuerdo que también se me ocurrió en ese momento que tal vez no nos separaríamos. Pero ese pensamiento era muy volátil, no tenía asidero. Si ese pensamiento tuviera raíz nos hubiéramos tomado la mano de forma diferente. Aunque tampoco sabía eso.

Aún destellaba el sol en el cielo cuando llegué a la casa al final de la tarde del jueves. Sin embargo, ya no se podía ver como una bola de fuego. Se había hundido. Su luz en el firmamento era pareja y fría, un reflejo. Era en todo caso su luz, dispersa, prometedora. Desde la colina se alcanzaban a ver incluso algunas vetas rosadas en el horizonte. El cielo se había despejado definitivamente. Teníamos ya, no desde hacía mucho, el horario de verano y los días se empezarían a alargar progresivamente. Las noches se empezarían a acortar.

—¡Papi! —gritó Alicia desde la cocina cuando me oyó entrar al apartamento. Estaba comiendo el Abendbrot con su madre.

—¡Hola, hola! —respondí mientras me cambiaba los zapatos de calle por los de casa.

—¿Cómo está usted? —le pregunté ya en la cocina y le estiré la mano como se hace entre adultos. Ella siguió el juego.

—Bien, ¿y usted, señor Salamanca?

—Yo muy bien, gracias.

—Hola —le dije a Silke.

—Hola —respondió ella con una sonrisa sin significado.

Recordé los días lejanos en los que Silke se separaba de todo lo que hacía o pensaba para saludarme. Esos días no volverían. No los

extrañé.

—Alicia —agregó—, cuéntale a tu papá lo que acabamos de hacer.

—No sé —dijo Alicia.

—¿Cómo así que no sabes? —le dijo la madre inquisitiva—. ¿Qué vimos?

—Ah, sí —dijo Alicia—. Vimos las noticias.

—¿En serio? —pregunté con mucha curiosidad.

—Sí —afirmó. Y agregó sin entusiasmo—: pero las de los niños.

—¿Cómo así? ¿Hay noticias para niños? —pregunté.

—Son muy buenas —dijo Silke.

Sobre la mesa había rodajas de queso y jamón, un tomate y un rábano, pan cortado en una cesta. Había un plato vacío con cuchillo y tenedor en mi puesto; también una jarra de agua aromática fría de hibisco. Se veía que ellas acababan de cenar y que las cosas estaban dispuestas para mí por si llegaba en algún momento. Me lavé las manos en el lavaplatos y me senté a la mesa. Por su estatura, Alicia tenía que dejar suspendidos los pies en el aire cuando se sentaba a la mesa. Esa imagen me enternecía, me enternece.

—¿Y qué dijeron en las noticias? —le pregunté a Alicia—. ¿Me las podrías contar mientras como?

—Mostraron cómo bajaban a un señor viejo por una escalera de los bomberos de un quinto piso… Porque no lo podían bajar por las escaleras del edificio porque estaba en la cama y la cama no cabía por las escaleras y él no podía caminar.

—¿Y por qué no podía caminar?, ¿por viejo? —pregunté.

—Sí. Pero también porque le dio un infarto —respondió.

—¿Y por qué no usaron una cama más pequeña, una camilla?

—Sí la usaron, pero tampoco cabía.

—Pobre, ¿y dónde fue eso?

—En Seckbach —dijo.

—Eran noticias locales, entonces —anoté.

—No solo —intervino Silke—. También mostraron noticias de otras partes.

—Pero muy poquitas, solo al principio —dijo Alicia.

—¿Dijeron algo del barco con refugiados frente a Lampedusa? —pregunté. Lo había visto en los titulares de prensa al pasar por un quiosco de periódicos. Pero no sabía detalles.

—No. ¿Qué pasó? ¡Cuéntame! ¿Dónde está Lampedusa? —preguntó Alicia muy curiosa y animada.

—Lampedusa es una isla cerca de Italia, en el Mediterráneo. No sé muy bien qué pasó. Solo vi el titular en la prensa. Hay más de cincuenta muertos. Se hundió un barco con refugiados que venían de África. Había varios niños, parece.

—¡¿En serio?! —exclamó—. ¿Por qué se hundió?

—No sé los detalles. Hay que ver qué dicen en las noticias. Puedo imaginar que el barco en que venían estaba sobrecargado. Esa gente viaja en condiciones muy precarias. Es horrible —dije.

—¿Podemos ver las noticias de los grandes? Quiero saber qué pasó en Lampedusa… Por fis. Ayer me prometiste que veríamos hoy las noticias.

—No puedo creer que no hayan dicho nada sobre eso en las noticias para niños. Está en todos los periódicos.

—Seguramente lo dijeron —dijo Silke—. Es que las pusimos un poquito tarde. —Y frunció su rostro como queriendo decirme con eso que lo dejara, que no insistiera en el asunto.

—¿Ustedes no querían hablar con Pedro Juan? —agregó con la obvia intención de distraer a Alicia—. ¿Qué hora es en Colombia?

—Es buena hora —dije, aceptando con ello que no tenía ganas de resistir—. Voy a buscar a Pedro Juan para que se conecte al computador. Ayer fue imposible.

—Quiero saber qué pasó en Lampedusa —insistió Alicia.

Quedamos un rato en silencio. Fue un silencio tenso. Sentí, como muchas veces, que se decidía algo importante: mi posición frente a mi hija y mi posición frente a su madre. Todo, hasta lo más insignificante, se me volvió importante en un instante. Me pareció que entraban en juego mi concepción de la educación y mi rabia contra Silke por sus certidumbres y sus miedos, que me parecían en ese momento el resultado de una forma boba de vivir. Tenía que actuar de modo contenido, pero firme, y siempre teniendo buenas razones a la mano. No me podían desquiciar los malos sentimientos. Me llegó como un relámpago la frase de Spinoza: *non ridere, non lugere, neque detestari, sed intelligere*. Mi versión libre es en imperativo y en segunda persona singular: «no rías, no llores, no odies. ¡Entiende!». Suelo decírmela a mí mismo.

—Vamos a hacer una cosa —dije, mirando el reloj—. Vamos a poner las noticias de las siete, que ya casi empiezan, y vamos a ver solo la primera noticia, que seguramente será la de lo que pasó en Lampedusa. A mí también me interesa saber. Y después llamamos a Pedro Juan. ¿Vale?

Silke se quedó en silencio. No aprobó mi solución, pero tampoco la desaprobó. Simplemente se comió su inconformismo y paseó su mirada por el suelo. No habría confrontación. Alicia expandió su rostro con entusiasmo.

Una fila de cadáveres humanos envueltos en bolsas plásticas negras y rodeada de fotógrafos y guardias costeros yacía sobre la playa. Serían unos veinte los cadáveres. Había también un par de bolsas pequeñas, que seguramente contenían los cuerpos de algunos niños. La imagen estuvo pocos segundos en la televisión. Suficientes para quedar electrizado. Mostraron también a una mujer de unos cuarenta años con el rostro agotado y las cuencas de los ojos muy marcadas que abrazaba a un niño y lloraba. Ambos estaban cubiertos con una manta y eran auxiliados por personal de la Cruz Roja y de los servicios de guardacostas. La mujer tenía el pelo aún mojado. Estaban en la cubierta de una lancha grande de metal de la marina italiana, junto con otros sobrevivientes. La embarcación se agitaba con las olas. Seguramente el mal tiempo del mar, decían, había contribuido al naufragio. Hablaban de treinta muertos y de una suma similar, aún sin precisar, de desaparecidos. Habían zarpado de la costa libia pero todos ellos venían del África profunda. Mostraron una breve entrevista en el terreno con el jefe de operaciones de rescate de la guardia costera italiana y al final dijeron algo sobre las rutas usuales de refugiados africanos que buscan llegar a Europa atravesando el mar Mediterráneo. No fue la noticia con la que abrió el noticiero. La primera fue un reporte acerca del debate en el parlamento alemán sobre la actual política migratoria que, según el informe, amenazaba con hacer romper la coalición de gobierno. Los dos asuntos están relacionados, pensé, pero es obvio que en el orden de prioridades del editor del noticiero, primero es lo primero. Quise decirlo, pero me contuve.

Alicia siguió en silencio, con mucha atención, la noticia del naufragio de los refugiados. Se había acomodado previamente con propiedad en el sofá al frente del televisor. Sus piernas estaban muy rectas y los pies estaban elevados en el aire. Quería demostrar con sus gestos que estaba preparada para ese importante ritual de los adultos. Después de que pasó la noticia permaneció en silencio. Yo busqué sus ojos. Alicia estaba conmovida.

—¡Qué horror! —exclamó Silke, pero sin subir el tono de la voz, y obturó inmediatamente el control remoto para apagar el televisor. Tonta y autoritaria, pensé irritado. Suspiré. Respiré hondo. Quedamos todos en silencio por un momento.

—Oremos —dijo Alicia de repente.

—¿Cómo? —pregunté.

—Oremos —repitió y se paró. Puso las palmas de sus manos la una contra la otra, en gesto de oración, las acercó a su pecho, y cerró los ojos. Murmuró el padrenuestro. Después nos tomó de las manos y calló por un momento. Ahora el conmovido era yo. Nunca quise una educación religiosa para mi hija. Ese fue un asunto de su madre. No participé de esa educación religiosa, pero tampoco me opuse a ella. Y en ese momento en el que Alicia oraba por unos refugiados muertos en un naufragio me sentí conmovido. El gesto de Alicia me hizo ver que hay algo infantil en la religión. Pero su ocurrencia de orar en esa circunstancia grave me indicó también que Alicia estaba ya en condición de entender qué es y qué no es importante en una vida humana. La oración me hizo bien.

Entonces Silke acercó la cabeza de Alicia a su cuerpo y la acarició. Se abrazaron. Después de un breve silencio le propuso con dulzura que se preparara ya para la cama, que se cepillara los dientes y se

lavara la cara, como todas las noches, para que después de eso llamáramos a Pedro Juan. Mientras Alicia estaba en el baño su madre me dijo:

—Estas cosas son muy fuertes para los niños, Francisco.

—Pero si lo hizo muy bien. Alicia es una niña muy madura. No la subestimes.

—No la subestimo —replicó—, la protejo.

—Muy bien —continué—, pero entonces no la sobreprotejas.

—¡Yo no la sobreprotejo! —afirmó con severidad subiendo el tono.

Callé. Podría ser el inicio de una discusión que arruinaría la noche. Me fui a la cocina y ordené y limpié la mesa del comedor. Después salí otra vez a la sala y empecé a buscar a Pedro Juan por el teléfono. Respondió casi al instante. Estaba en casa. Podríamos vernos por el computador. Y fue lo que hicimos. Aún no había comenzado con la fisioterapia, me contó. Habían pospuesto su inicio para la semana siguiente. Le acababan de retirar los puntos quirúrgicos sin ninguna novedad. Pero era mejor esperar una semana. Todo parecía normal. Él mismo estaba de buen ánimo y sentía que la recuperación iba bien y a buen ritmo. Había que seguir cuidándose con la dieta. Estaba delgado. Lo vi en su rostro, o me lo imaginé. No sé. Alicia habló animadamente con él. Él menos, pero se notaba que le alegraba ver a su hermana media. Ella sabía que Pedro había sido sometido a una delicada operación. No sabía, sin embargo, que se trataba de un cáncer. Silke pensaba que era mejor que no lo supiera. De cáncer había muerto Luna, la perra de unos vecinos italianos, que Alicia cuidaba ocasionalmente cuando era muy chica. Ese fue su primer contacto con la muerte y, según Silke, había sido golpeada duramente por esa experiencia. En todo caso,

sostenía Silke, Alicia asociaba la palabra «cáncer» con ese primer contacto suyo con la muerte y por eso era mejor no mencionarla. Yo no tuve la precaución de decirle a Pedro Juan que no mencionara la palabra «cáncer» en su conversación con Alicia. Por fortuna no lo hizo. Seguramente él también quería desterrar esa palabra de su vocabulario. Si el tumor había sido extirpado, la palabra tendría que ser desterrada. Todo el mundo asocia la palabra «cáncer» con la muerte.

Mientras Alicia y Pedro Juan seguían hablando en la sala, Silke me indicó que quería decirme algo en la cocina. Me recordó que no era bueno que Alicia se enterara de que Pedro Juan tuvo un cáncer. «Tuvo» —dijo. Y yo dejé que ese gesto de buena voluntad resonara en mi mente: «tuvo».

—Bueno —le dije—, aunque algún día se tendrá que enterar.

—Seguramente —replicó—, pero no tiene que ser ahora. Te lo pido, por favor.

«Por fis», pensé, y me pareció que cada uno de nosotros dos era una persona más o menos pendeja a su manera.

—No te preocupes —le dije.

Cuando regresé a la sala, Alicia le estaba contando a Pedro Juan lo de los refugiados náufragos en el mar Mediterráneo. Pedro no sabía de la noticia pero le dijo a ella que no era la primera vez que eso ocurría. Y ella se quiso informar. Él le contó vagamente de cosas similares que había visto también en noticias e informes. Había pasado en Grecia, en España, también en Malta y en Italia, países mediterráneos de la Unión Europea a los que llegaban refugiados por el mar, explicaba. Alicia escuchaba con atención. Yo seguía de

lejos la conversación. No quería intervenir. Me gustaba mucho ver el modo como ellos desarrollaban sus diálogos.

De repente, Silke entró a la sala e interrumpió la conversación. Saludó a Pedro, se saludaron. Le preguntó por su salud. Le dijo que se alegraba por el resultado de la operación y por su rápida recuperación. Y les pidió que no hablaran muy largo, pues ya para Alicia era hora de ir a la cama. Podrían volver a hablar el fin de semana, les propuso; pero más temprano. Se despidió entonces de él y se retiró a su cuarto, a nuestro cuarto. Mis hijos se dijeron un par de cosas más, no muchas, y después se despidieron. Yo me quedé a solas por unos instantes con Pedro Juan. Le dije que pronto volveríamos a hablar. Le reiteré mi pedido de que me mantuviera informado de todo. Le dije también que me encantaba verlo bien y de buen ánimo. Mi sentimiento era genuino. No tuve mucho más que decir. Él tampoco. Nos hacíamos falta. Eso también era, como nunca, genuino. Le envié un saludo a Leticia y nos despedimos.

El apartamento quedó en silencio. Todas las puertas estaban cerradas. Alicia permanecía en su cuarto con la luz ya apagada, Silke en el nuestro con la luz encendida. Me puse los audífonos y busqué más noticias por internet. Todas repetían más o menos lo mismo. Eché un vistazo a las noticias de Colombia. No daban casi relevancia al incidente de Lampedusa. Ya tenemos allá bastante con nuestro propio naufragio, me dije. Y bueno, está más o menos claro lo que pasó. Ahora lo pertinente es saber qué se piensa sobre lo que pasó. La opinión. Eso que tanto desprecian los filósofos y que, sin embargo, ocupa permanentemente a todo el mundo. Me pareció impertinente ese pensamiento. No quería seguir mirando la red. Me aburría. Apagué entonces el computador.

Tampoco tenía gana alguna de estar a solas con Silke en la habitación. Intenté leer un poco pero me sentí inquieto, no podía concentrarme. Entonces decidí salir. La noche estaba despejada, algo fría para la época, pero despejada. Me dirigí a la habitación y le dije a Silke que saldría a tomar un poco de aire fresco.

Recorrí dos veces la Bergerstrasse completa, desde la colina hasta el parque coreano, desde el parque coreano hasta la colina. Dos veces por una acera y dos veces por la acera contraria. Esa podría ser una caminata de unos seis kilómetros. Suficiente para conciliar el sueño y sentirme físicamente ejercitado. Se me hizo muy evidente que lo que más me gustaba de caminar por esa calle por las noches era la sensación de seguridad. Con frecuencia lo hacía a altas horas. Se podía uno perder tranquilo en el flujo de sus pensamientos, o detenerse sin aprensión frente a una vitrina, o se podía entregar simplemente a la contemplación de los otros transeúntes, o de los borrachos en alguna esquina, en alguna banca. Sin miedo. Siempre solo. Aquí, pensé, las únicas preocupaciones son las que uno lleva en el alma. Mis frases. Dormí bien esa noche. Al lado de Silke, pero lejos de ella. Nuestra cama era de dos metros cuadrados, con colchones independientes, con cobijas de plumas separadas.

# 3

En los últimos dos trimestres había podido cuadrar el horario de mis clases de Español de tal manera que no tenía que dar ninguna los viernes. Ese se convirtió en mi día libre de la semana. Aunque en estricto sentido solo tenía las mañanas para mí; Alicia llegaba siempre al mediodía, y yo solía preparar algo de comer para los dos.

Las mañanas de los viernes eran entonces mis mañanas. Si tenía cosas que hacer o algo que escribir, si tenía que ocuparme, por ejemplo, de alguna de mis investigaciones, también lo podía hacer por las tardes de los viernes. A medida que Alicia iba creciendo se me hacía más fácil disponer de todo el viernes para mis asuntos. Los sábados por la tarde inventé en los últimos años la rutina de ir a la biblioteca del Instituto de Filosofía. Por las mañanas de los sábados, en cambio, iba invariablemente al mercado callejero de frutas y verduras. Casi siempre con Alicia.

Ese viernes me levanté con la mente despejada y serena. Dormir bien limpia la mente. Aunque en estricto sentido no había dormido muy bien. Me desperté varias veces en la noche y en una de ellas fui incluso a leer un rato a la sala. Tenía todavía desajustado mi horario. Con todo, logré dormir de corrido desde las cuatro hasta las ocho de la mañana pasadas y ese tramo de sueño ininterrumpido fue el que me despejó y me hizo sentir descansado. Después del desayuno me senté frente al computador. Busqué en la prensa algún comentario sobre lo ocurrido en Lampedusa. Me aburrieron muy pronto las

lamentaciones humanitarias de la prensa europea. Aprovecharía la mañana en alguna de mis investigaciones.

A las once y media en punto estaba parado frente a la verja de hierro por la que se entra al patio delantero del colegio de Alicia. Estaba de buen humor. No tuve que esperarla mucho tiempo. Venía con dos amigas que me parecieron sobresalir con sus maletas coloridas entre la algarabía de todos los escolares. La prisa de algunos, la parsimonia de algunas otras. Resaltaba el grupo en el que venía mi hija porque ahí venía ella. Somos selectivos, interesados e individuales.

Nos saludamos sin ceremonias y ella se despidió de sus amigas sin ceremonias. Yo tomé su maleta como lo solía hacer cuando iba a recogerla de pequeña. A su edad ya no era necesario recoger a Alicia en el colegio, que quedaba a cinco cuadras de la casa.

—¿Qué quieres hacer? —le pregunté.

—Queremos ir al chino, ¿o no? —respondió.

—Sí, claro. Pero está muy temprano para almorzar. ¿Tienes hambre?

—Un poco —dijo.

—Pues vámonos de una para el chino.

—De una —repitió y saboreó la expresión «de una». Sabía que no era una expresión canónica sino coloquial del español, que era un colombianismo, y eso le encantaba. Desde que Alicia consolidó una relación con Pedro Juan y lo asumió expresamente como su hermano, empezó a buscar toda suerte de pretextos y motivos para sentirse identificada con Colombia. El uso del idioma era uno de esos motivos especiales.

Empezamos a almorzar en silencio. Le pregunté si estaba cansada. Estaba cansada. No había dormido bien. Se había despertado varias veces en la noche y había intentado leer, pero pasó la mayor parte del tiempo pensando en la oscuridad. Me pidió que no se lo contara a su madre.

—¿En qué pensaste?

Alicia no respondió. Seguimos comiendo en silencio. Al cabo de un rato me dijo:

—¿Por qué huye tanta gente de África?

La pregunta me cogió desprevenido.

—No solo es de África —respondí después de pensarlo un poco—, también huyen de Siria, de Afganistán, de muchas partes, de Centroamérica, de Venezuela, incluso de Colombia.

—¿Y por qué? ¿Por la guerra?

—Por muchas razones —dije—. Por la guerra, por la pobreza, por los desastres naturales. Aquí mismo, en Europa, en lo que era Yugoslavia antes, huyó mucha gente hace no mucho por la guerra. Tú no habías nacido.

—Sí, yo sé. Los papás de Alexandra son de Croacia y vinieron aquí por la guerra en Yugoslavia.

—Y se quedaron —afirmé.

—Sí. Menos mal.

—¿Por qué menos mal?

—Pues porque Alexandra es mi mejor amiga. Imagínate si se volvieran para Croacia.

—Terrible —afirmé.

—¿Y cómo les va acá? —pregunté. Pero antes de dejar responder a Alicia añadí:

—¿Qué es lo que hace el papá de Alexandra? A él no lo conozco.

—También es enfermero, como la mamá.

—¿En serio? ¿Y trabajan juntos?

—Creo que sí —respondió.

—¿Y están bien acá? ¿No se quieren regresar?

—Yo creo que están muy bien —dijo—. Ojalá no se regresen.

Más que el bienestar material o la seguridad de los inmigrantes en Alemania, y sobre todo de este tipo de inmigrantes que llegaban en una situación de emergencia y forzada, me interesaba su estado de ánimo. Y cuando tenía oportunidad, le preguntaba a la gente directamente por eso, a veces incluso de modo un poco indiscreto. Pienso ahora que ese interés provenía de que pese a que podía experimentar que en Alemania se puede estar muy bien, siempre asocié la vida humana en ese país con la soledad y la melancolía. En ese interés mío por el estado anímico de los inmigrantes en Alemania era evidente que yo no dejaba de proyectar lo que podría considerar como una de mis principales preocupaciones existenciales. Suena quizás exagerado y ostentoso pero así era, y es.

—Mi abuela dice que deberían devolverse a su país —añadió Alicia — porque la guerra ya se acabó.

—Tu abuela no sabe nada de nada —dije indignado. Pero me contuve inmediatamente.

Volvimos al silencio. De improviso empecé a sentir mucha curiosidad por lo que pasaba por la mente de Alicia y por saber cómo veía ella a su edad todo este asunto de los inmigrantes. Entonces le pregunté:

—Dime una cosa: ¿anoche, cuando no podías dormir, pensabas en la gente que huye de África?

—Sí —dijo sin titubear.

—¿Qué pensabas?

—Pensaba en los niños. En esa señora que lloraba con el hijo aferrado a sus brazos.

Sus ojos se pusieron vidriosos de repente. Pero no lloró.

—No debería haber guerras —añadió.

—Creo lo mismo —dije, invocando el espíritu de mi hija, tratando de acercarme a él de la forma más directa y franca posible.

—¿Por qué hay tantas guerras? —preguntó.

—Es una pregunta muy difícil, Alicia. Hay muchas razones.

—Anoche le pedí a Dios que no hubiera más guerras.

Callé. Esperé que dijera algo más. Pero ella dejó la frase así, como una pequeña isla en un mar tranquilo de silencio.

—¿Oras con frecuencia? —le pregunté.

—Sí. Pero más que todo hablo con Dios.

Pensé preguntarle: ¿y él qué te dice?, pero me pareció ridículo. Es ridículo. Alicia estaba seria y recogida en sí misma. Acababa de hacerme con mucha naturalidad una confesión sobre su vida interior. Me pareció sorprendente.

—¿Y qué cosas le dices? —pregunté.

—Muchas cosas. Yo hablo mucho con Dios. Él me escucha.

Otra vez dejó cercada su frase por el silencio. Volvimos a callar por un momento.

—¿Tú por qué no crees en Dios? —me preguntó. Y yo quedé nuevamente perplejo, como empujado al vacío.

Alicia y yo habíamos hablado de eso hacía varios años. Ella tendría unos cinco años cuando la mañana de un domingo en el desayuno me preguntó si yo creía en Dios. Yo le dije que no y ella se paró

escandalizada de la mesa y fue corriendo a donde su mamá, que estaba en la habitación. Gritó en el pasillo:

—¡Mamá, mi papá no cree en Dios!

Silke no reaccionó. Yo alcancé a Alicia y le dije que volviéramos a la mesa, que le quería explicar mejor lo que quise decir. Le dije que había mucha gente que no creía en Dios y que eso no era ningún problema. También le conté que así como hay gente que cree y gente que no cree en Dios, así mismo hay muchas religiones diferentes, como ella misma se habría dado cuenta. Le expliqué que lo más importante consiste en ser buenos con los otros y respetar las creencias de todos. Por lo demás, recuerdo que agregué, no es que no crea en Dios, sino que no creo que Dios sea una persona. Y ante su pregunta de qué es, entonces, si no es una persona, le respondí que Dios, el Dios en el que yo creo, es una fuerza que gobierna el universo y que todo lo une.

El tema de la religión estaba vedado en nuestra casa. No la religión, por supuesto, pero sí el tema de la religión. Es un tema muy complicado para una niña de la edad de Alicia, sostenía Silke. La religión, en cambio, la religión protestante cristiana era un presupuesto básico, sobreentendido e incuestionado. En Navidad, en Pascua, en Pentecostés, en el día de Büßen und Beten, de la expiación y la oración. Yo acepté no hablar de religión, no me costaba trabajo no hacerlo, también consideré que una educación religiosa, moderada, para mi hija, no haría ningún daño. Después de todo, la religión tiene también una función social y Alicia es una niña muy social. Pero un cierto fanatismo del silencio y del ocultamiento me empezó a causar molestia. La reacción de Alicia aquel domingo en la cocina cuando confesé a medias mi ateísmo y la reacción

solapada de su madre fueron para mí una señal de alarma de que algo no iba bien en ese asunto. Ya había recibido otras señales, pero las había pasado por alto, o las había olvidado. Porque creemos que olvidar un problema es lo mismo que solucionarlo o que dejar atrás un malestar es lo mismo que conjurarlo.

Empecé a hablar de religión no con mis palabras, sino con mis actos. No me opuse a la confirmación de Alicia, pero tampoco asistí a ella. Casi toda la familia por el lado materno estuvo en el festejo. Dejé de ir al servicio religioso en la Navidad, el único al que asistía por razones familiares. Y la misa de Pascua de Resurrección nunca me interesó. Pero en cambio sí me preocupó alguna vez el tema principal de la Pascua de Resurrección: la gracia. La gracia divina resume la grandeza y la miseria del cristianismo. Es la garantía de salvación y es universal: el Señor se sacrifica por todos nosotros y nos libera, pero solo bajo la condición de que seamos sus esclavos. Terrible.

—No es que no crea en Dios —le respondí a mi hija en el restaurante chino.

—Sí. Ya sé —interrumpió—. Tú crees que Dios es una fuerza. Pero es que eso es un poco raro, papi.

—¿Por qué raro? Yo te he dicho que hay muchas formas de comprender a Dios. Esa es una, la tuya es otra, la de los musulmanes es otra, y así.

—Sí. Yo sé —dijo con tranquilidad. Pero era evidente que cuando ella me preguntó por qué no creo en Dios, se refería al Dios cristiano personal. Todo lo otro («una fuerza») podría ser una palabra para cualquier otra cosa, pero no para Dios. Si hubiéramos jalado esa cuerda, hubiéramos llegado a ese resultado, o a uno parecido. Mi

hija de diez años hubiera entonces develado ante mis ojos mi ateísmo.

—Es raro —añadió— porque Dios nos ama y no puedo entender cómo una fuerza como la que tú dices nos pueda amar.

Eso me dejó apabullado. Si lo hubiera dicho un adulto, habría tenido mucho que replicarle. Pero dicho por mi hija de escasos diez años me pareció contundente y hermoso. No entendí, por mi parte, nada de la frase. Pese a mi formación católica, de la que renegué a los dieciséis años. Pese a Spinoza, cuya idea de *amor Dei* siempre me ha desconcertado y he captado en la letra, aunque no sé si en el espíritu. Pero lo comprendí todo al mismo tiempo. Y vino a mi mente el día de mi primera comunión, el momento de ese día en el que caí de rodillas —nos habían enseñado a caer de rodillas en la preparación de la ceremonia— junto al altar, que estaba rodeado por un grupo de niñas a un lado y de niños al otro; no mayores de ocho años, muy bien vestidos, con cirios en la mano, llenos de devoción y seriedad, mientras cantábamos una plegaria que decía: «Dios es amor, amor, ¡aleluya! Viva el amor, amor, ¡aleluya!». Esa plegaria me arrobaba cuando era niño, me producía un nudo en la garganta, me sacaba de las preocupaciones del mundo y me hacía llorar. Todavía siento que algo oprime mi pecho al tiempo que libera mi mente cuando la canto. Nunca la canto.

—Pero no es solo eso —repuse. Y sentí que no podía dejar así, que tenía que decir algo más preciso y firme sobre mi relación con la religión.

—No es que yo no crea en Dios. Sino que ni creo, ni no creo. ¿Me entiendes?

—No.

Pensé entonces unos segundos y le dije, sin vehemencia, pero con la firmeza que estaba buscando:

—Dios no es un problema para mí. No creo que Dios exista, pero tampoco creo que no exista. Dios es una idea que para algunos es importante y para otros no. Para mí no lo es.

Quedé satisfecho con mi frase. Me pareció sincera.

—¿O sea que tú puedes vivir sin Dios?

—Claro —respondí—. Pero no solo yo, sino mucha gente. Eso es normal.

—Terrible —dijo.

—¿Por qué terrible?

—Yo no podría vivir sin Dios.

—Yo sé —dije—. A mí me encanta que creas en Dios y hables con él.

Y era verdad que me encantaba. Pero sobre todo me fascinaba el reciente descubrimiento de que gracias a sus diálogos con Dios Alicia forjaba un mundo interior lleno de humanidad y compasión.

—¿Y entonces por qué tú no crees? —insistió.

—Mira —repliqué después de tomar aire en un suspiro—, te hago una pregunta: ¿tú crees que a esa gente que viene de África, o de Siria, y que está sufriendo tanto hay que ayudarla?

—Pues claro. Hay que ayudarla.

—Yo creo lo mismo que tú. Y para mí eso es lo importante. Todo lo que quiero que entiendas es que uno puede preocuparse por los otros y tratar de ser una buena persona sin necesidad de creer en Dios, o de creer que Dios es una persona. Si fuera una persona que nos ama y tiene tanto poder, ¿por qué permitió que se ahogaran esos niños refugiados en el mar?

—Papi, tú eres un filósofo —dijo ella como si barriera el polvo de la mesa con un trapo sacudidor.

No sé qué podía imaginarse Alicia al decir que yo era un filósofo. Lo decía, por supuesto, en tono de burla pero también comprensivo; como si yo estuviera afectado por algún mal incurable, como si lo que quisiera decir es que por ser filósofo tenía que enredar las cosas y que así estaba bien, por ser eso parte de mí, por ser yo su papá. Todo eso me llegó mal, como una espinita en el pulgar. Aunque también me alivió, me refrescó, me quitó importancia. Pues sí, pensé, soy un filósofo, y eso no debería ser tan anormal a pesar de que nunca pueda ser algo del todo normal. Qué bueno es no querer profundizar, qué magnífica es la infancia. Sé filósofo, me dije, parafraseando a Hume, pero nunca dejes de tener un niño cerca de ti. Me di cuenta de que, sin quererlo, también estaba parafraseando a Jesús.

Antes de que surgiera cualquier reacción, Alicia se apresuró a preguntar si podía tomar otro jugo de mango. Y fue por él a la nevera con puerta de vidrio de la que los clientes se servían ellos mismos las bebidas. Vendían el jugo de mango en latas importadas de Taiwán y era muy dulce.

# 4

A principios de junio ya estaba haciendo bastante calor en Alemania, en toda Europa occidental. El verano se había adelantado. Una fuerte invasión de polen en el aire produjo en Alicia una crisis respiratoria que nos obligó a llevarla al hospital. Después de eso tuvo que pasar varios días en casa. El polen afectaba desde hacía unos años a Alicia y la hacía moquear, como a muchos. Eso solía ocurrir en la mitad de la primavera y no era nada grave. Se trataba como se trata cualquier rinitis. Ese año, sin embargo, la invasión de polen se incrementó en los días de calor anticipado y duró mucho más de lo normal. A mí mismo me atacó levemente y se mezcló con mis propias asfixias. La traté aumentando la regularidad de mis sesiones de natación, tal y como me lo había recomendado el médico de familia. La natación siempre me hizo bien. Pero no las piscinas llenas en el verano. Aunque la mayoría de la gente que entraba a la piscina en verano lo hacía para enjuagarse en la zona externa, jugar con los juegos del agua y echarse en las tumbonas al sol, y por eso la alberca grande y cubierta para nadadores —la que a mí me interesaba— permanecía más o menos vacía, la entrada a las instalaciones era de todas maneras muy incómoda por la cola. Así y todo, buscaba la forma de nadar al menos dos veces a la semana. En el agua no pesamos. ¿Puede acaso haber algo mejor?

De esa crisis alérgica de Alicia no olvidaré nunca su rostro pálido y sus ojeras. Tampoco las veces que la acompañé al consultorio a que

le inyectaran antialérgicos. Eran inyecciones dolorosas en el brazo que la hacían llorar. Les tenía mucho miedo y había que estar cerca de ella, en contacto con su cuerpo, cuando se las aplicaban. No fueron muchas.

Durante la semana de su convalecencia, Alicia pasó casi todas las mañanas sola en la casa. Silke y yo nos las arreglamos para estar con ella desde el mediodía. Unas veces lo hacía yo, otras su madre. En uno de esos días en los que yo estaba a su cuidado evocamos juntos la primera vez que Alicia estuvo en el hospital. Era aún muy chica. No tenía mucho más de tres años. Fue la época en que se obsesionó con la muerte al enterarse de que la perrita Luna, la de los vecinos italianos, había muerto de cáncer. Habíamos ido con Alicia al hospital porque tenía una infección estomacal que la hizo vomitar de forma intermitente durante varias horas. Tuvo fiebre alta toda la noche, no bebía, no comía y permanecía desfallecida. Desde entonces, el vómito se convirtió para Alicia en la referencia de todo lo malo que puede haber en este mundo de los cuerpos. Unió esa experiencia de la infección estomacal a la de la muerte de Luna y pasó un buen tiempo hablando solo de eso: de la muerte. Tenía muy vivo el recuerdo de aquella primera estadía en el hospital y de la muerte de Luna, pero ya no podía, como antes, ligar bien las dos cosas y no se acordaba como yo de sus preocupaciones por la muerte.

Dos o tres veces a la semana, siendo muy niña, Alicia pasaba al apartamento de nuestros vecinos italianos para preguntar por Luna. Y luego se la llevaba a nuestra casa por varias horas. Luna era una perrita pequeña de raza indefinida. Tenía algo de pequinés y era muy cariñosa y juguetona. Había aprendido a reconocer a Alicia y se

alegraba cuando la veía. Durante un buen tiempo Luna fue parte imprescindible de la vida de mi hija. Hasta el día en que fue como de costumbre por la perrita y nuestros vecinos italianos le dijeron que había muerto. De cáncer. Recuerdo que Alicia llegó ese día a la casa seria, muy triste y nos informó de la muerte de Luna. No lloró. Pero estuvo varios días triste, desconcertada. De cáncer, repetía a todos aquellos a los que les contaba. Y esa palabra quedó para ella asociada con la muerte, y la muerte, con lo que no se entiende. ¿Cómo podría ser que una perra tan alegre y joven, tan vivaz, ya de repente no esté en ninguna parte del mundo? Esa pregunta era la que uno podía interpretar en el desconcierto de su rostro.

—Fue un choque para mí —me dijo cuando recordábamos aquella experiencia durante su convalecencia por la crisis respiratoria—. Yo no sabía que la muerte existía.

—Recuerdo muy bien tu cara de sorpresa, tu desconcierto —le dije. Y me quedé pensando en la expresión: «no sabía que la muerte existía». La muerte no existe, hubiera podido decirle, pero no lo dije. La muerte no es nada. La vida es lo único que existe y es algo. Lo que ocurre es que es finita, se acaba, y al fin de la vida lo llamamos muerte. Pero esta última no es nada por sí misma. Si en lugar de una palabra independiente («muerte») tuviéramos una que designara algo así como «fin de la vida», la palabra que tenemos para decir «muerte» tendría un significado justo y no serviría para designar algo. Y entonces la palabra «muerte» no se prestaría para crear fetiches. Empleada como si se refiriera a algo, a una realidad, la palabra «muerte» no significa nada, o mejor, no tiene esa referencia. Por eso es que Spinoza dice que el hombre libre, el sabio, no piensa en la muerte, «su sabiduría —añade— no es una

meditación de la muerte, sino de la vida». Porque él partía de la base de que el objeto del pensamiento filosófico es la realidad. Y la muerte no es una realidad, sino una privación; es el acabamiento de la única realidad a la que la palabra se refiere: la vida. Pero lo que Alicia quiso decir, claro, no era que hubiera descubierto que la muerte existía, sino que los seres vivos se mueren. La muerte de Luna le reveló ese acontecimiento. Su tristeza y el desconcierto en el rostro podrían tomarse por una buena refutación de Spinoza: si hay algo que merezca ser pensado, que cause asombro y desconcierto, en el sentido más filosófico posible de esos términos, es el acontecimiento de la muerte.

# 5

La crisis respiratoria por la que atravesó Alicia no fue, por supuesto, nada comparado con lo que había vivido, y aún estaba por empezar a vivir y a padecer, Pedro Juan. Por los días en que Alicia tuvo su crisis, a Pedro Juan le tenían que hacer unos exámenes de sangre con el propósito de saber si aún quedaban vestigios del tumor. Como su recuperación de la operación había sido tan ostensible y la fisioterapia le había hecho tanto bien, todos nos desentendimos de la realidad del cáncer y nos concentramos en su rehabilitación física.

Más o menos una semana después de que Alicia tuviera su crisis, Pedro Juan me llamó para decirme que los exámenes de sangre no habían salido bien, y que era necesario iniciar la quimioterapia.

—¡Puta vida! —exclamé. Y suspiré. Me llevé las manos a la cabeza. Me peiné con ellas, aplanché el pelo y amarré los dedos de ambas manos en la nuca. Me eché para atrás así, como un crucificado, y estiré mi espalda apoyado contra la parte trasera de la silla. Tenía que guardar compostura. Pedro Juan me estaba viendo, hablábamos por Skype.

—¿Qué dice Vargas? —pregunté.

—Parece que no hay células nuevas malignas. Solo vestigios. Pero hay que hacer quimioterapia.

—Mañana lo llamo. Mejor dicho, después de que terminemos de hablar le escribo.

Pedro Juan notaba mi alteración. No podía ser que él estuviera más tranquilo que yo. Tenía que controlarme.

—Y tú, ¿cómo te sientes? —añadí. Y era también notorio mi esfuerzo para sosegarme.

—¿Cómo crees? Es una cagada —respondió.

—¿Y físicamente?

—Bien. Me he recuperado bien. Pero tengo la mierda esa en mi cuerpo —y se le quebró la voz—. Yo no quiero quimioterapia —agregó, y dos leves lágrimas brotaron lentas de sus ojos.

—Pero toca —dije pausadamente, en tono compasivo.

—Yo sé —dijo, mientras se secaba las dos lágrimas.

—¡Ay, Pedro! Qué vaina no estar contigo en este momento.

—Estás conmigo —dijo él.

Yo no respondí a esa observación. Hubiera querido coger su mano, abrazarlo, tal vez llorar con él. Eso fue lo que quise decir. Pero si él sentía que yo en la distancia lo acompañaba, no me pareció oportuno insistir en mi ausencia física. Y eso me hizo pensar en todo, en lo único: en que no había estado presente en la vida de Pedro Juan. Tampoco ahora. Mi mente se revolvió súbitamente en un remolino. Quizás no sea cierto que no estoy con Pedro, pensé. Quizás no sea cierto que no he estado con él. Y si él lo dice es porque lo siente. En cualquier caso, se me hizo más claro que nunca que acompañar a Pedro en este momento de nuestras vidas era lo que tenía que impulsar mis planes de volver a Colombia. Así fuera lo último que hiciera. Y agregué a mi dramatismo: todas nuestras vidas acabarán algún día y lo que hagas ahora será lo único que tiene sentido. El remolino se aplacó.

—Piensa que se trata solo de erradicar los vestigios —dije después de mirarlo en silencio a los ojos.

—Sí —dijo. Sus labios se cerraron y se arquearon formando un gesto de incredulidad. Había, sin embargo, algo de resignación en ese gesto, como si quisiera decir con él que aunque no se había curado, todavía se podía contar con una reserva de esperanza. Esa resignación era obligatoria y voluntaria. Era una obligación que él mismo se imponía como se impone algo desde lo más natural: el deseo de vivir. Volvimos a guardar silencio y pude percibir por primera vez en el rostro de Pedro Juan la sombra de la desesperación. Solo fue la sombra, al lado de la resignación a la que se obligaba a sí mismo, o que quizás fingía. Esa desesperación lo dominaría unos meses más tarde y anularía con frecuencia la capacidad de Pedro Juan de controlar sus propias acciones. Ya no sería una sombra, sino lo que daba todas las sombras, un eclipse.

—¿Cuándo empiezan el tratamiento?

—En dos o tres semanas, todavía no se sabe.

Pedro Juan miró por encima de la pantalla. No me miraba a mí, sino a un punto lejano en algún lugar de su habitación, de su mundo, en el que yo no estaba, aunque nos tuviéramos en ese momento uno frente al otro. No era una mirada para determinar algún objeto, era una mirada a cualquier lugar externo quieto. Como si ello sirviera de apoyo a un pensamiento nebuloso, incierto y triste sobre sí mismo.

—¿Sabes cuánto durará la terapia? —pregunté. «Terapia», «tratamiento», eran las palabras que usaba, con algo de rabia. De rabia inexplicable contra la palabra «quimioterapia». Inexplicable porque la rabia solo puede sentirse contra alguien y no contra algo,

y menos contra una palabra. Después tuve que acostumbrarme a que en el ámbito clínico se la designara con el nombre «quimio», que parecía una ridícula abreviatura cariñosa. La abreviatura cariñosa para un veneno que te libra de la muerte matando lo que te mata, pero sin matarte del todo, es decir, con la esperanza de que quede algo vivo en ti que pueda reiniciar el ciclo vital sin las células deformes asesinas. Asesinas en ti, ahora asesinadas en ti. Un contrasentido que a veces funcionaba. Quiero decir: a veces ganaba ahí la vida y había que tener confianza en ello.

—Un mes y medio, dijo Vargas. Seis sesiones. Una por semana —respondió Pedro Juan con exactitud.

—No es mucho —dije, buscando expresamente un tono alentador. Pedro calló, y siguió mirando por encima de la pantalla, al vacío, a su vacío.

—Todo va a salir bien —repuse.

—Esperemos —concluyó.

Pedro Juan no quería seguir hablando. Yo tampoco. Pero yo no podía colgar. Hubiera querido estar con él largamente en silencio. Cerca de su cuerpo. Dar un paseo. Comer una hamburguesa, ver una película. Hacer cualquier cosa sin mucho significado, pero junto a él. Hablamos de que pronto estaríamos el uno cerca del otro. Para entonces ya todo estaría seguramente bien, le dije. Cruzamos algunas palabras más, orientadas a nada, solo a prolongar nuestra compañía mutua, hasta que al cabo de un rato la conversación se desvaneció tristemente. Y colgamos. Lloré. No sollocé. Estoy seguro de que Pedro Juan también lloró. Me sentí solo. Estoy seguro de que Pedro se sintió en ese momento mucho más solo. Sequé mis lágrimas, suspiré. Hice una profunda inspiración para tomar aire,

para tomar mucho aire. Busqué mi celular y envié un mensaje a Vargas preguntándole por una descripción de todo lo que ocurría y por un pronóstico. No quería hablar con él, no quería hablar con nadie. Alicia y Silke habían salido juntas a comprar ropa. Tenía unas dos horas para mí. Hacía mucho calor.

Saqué una cerveza de la nevera y me senté a la mesa que teníamos dispuesta en un pequeño balcón que daba a la parte trasera del edificio en el que vivíamos. Me gustaba mucho la vista desde ese balcón. En un primer plano había un inmenso solar que en el verano reverdecía de modo desordenado y salvaje. Siempre pensé que era cuestión de poco tiempo para que usaran ese lote con el objeto de construir algún edificio. Pero eso nunca ocurrió. El solar estuvo abandonado durante todos los años que vivimos allí. Detrás de él, en una especie de segundo plano, se veían los tejados de las casas de la parte más antigua del barrio, que alguna vez fue un pequeño pueblo; y en el centro de ellas, como coronándolas, se alzaba la torre de la Johanneskirche, una candorosa iglesia barroca del siglo XVIII. El fondo de este paisaje medio urbano, medio provinciano, estaba conformado por algunos de los rascacielos de Fráncfort. Al lado derecho la espigada y otrora solitaria torre de la feria de exposición, el Messe-Turm. Y a la izquierda algunos de esos edificios de bancos arrogantes y de arquitectura anodina, sin gracia, que no dejaban de construir cada día. Lo que me gustaba era ese cambio contrastante en tres fases que iba del solar abandonado, pasaba por los tejados antiguos de piedra cortada en lajas delgadas, irregulares y negras que cercaban la iglesia, y terminaba en el espectáculo del progreso, de la soberbia financiera contemporánea, de su insignificancia estética. O no, no terminaba ahí, pues en un

fondo más lejano aparecía en un trazo recto el horizonte inmóvil; el horizonte que en ese verano seco y cálido relucía muy temprano en la madrugada y volvía a estallar en amarillos y naranjas al final de la tarde, ya en la noche. Porque la tarde se le mete a la noche y el día se alarga felizmente en el verano. Algo que no conocemos los equinocciales.

Encima de la mesa del balcón tenía abierto mi cuaderno de apuntes. Antes de hablar con Pedro Juan había trabajado un poco en la idea de un escrito sobre el concepto de substancia en el racionalismo moderno. Una de «mis investigaciones». Pero me sentía bastante perdido. Solo tenía apuntes y una especie de plan básico. Ya era hora de empezar a ordenar las ideas. ¿Por dónde? Todo lo que anotaba me parecía crudo e imposible de articular en un escrito comprensivo y medianamente interesante. Lo dejé a un lado. Era inútil intentar cualquier cosa al respecto en ese momento. Fui a la cocina por otra cerveza y me senté a contemplar la vista desde el balcón. Mi mente empezó a flotar sin resistencia entre algunos recuerdos.

Pedro Juan había estado con nosotros en Alemania dos años atrás. También fue un verano caluroso. Evoqué un paseo que hicimos al lago de Langen. Silke y yo nos reñimos porque no encontrábamos el lago. Ella manejaba y yo buscaba el sitio en el buscador de Google en mi teléfono celular. Así y todo nos perdimos durante más de media hora por una desapacible zona industrial. Recuerdo que cuando ya salíamos de la zona industrial y nos enrutábamos al parecer correctamente hacia el lago, llegamos al

parqueadero de un enorme edificio azul claro, impersonal y cuadrado, en el que sobresalía un gigantesco letrero que decía: Hotel Saturn. En el parqueadero estaban detenidos tres buses grandes y modernos de turismo con los motores recién apagados, y de ellos descendían en fila grupos de japoneses cansados, sudorosos y despelucados. El cuadro no podía ser más absurdo: en medio de la nada, entre una zona industrial y una autopista que llevaba a la ciudad de Langen, había un hotel de unos diez pisos, largo y ancho, macizo, azul claro, horrendo, al que entraban turistas japoneses que salían en fila india como vomitados por autobuses descomunales y apestosos. Me pareció el fin del mundo. Salimos de ahí como pudimos y llegamos por fin, cerca del mediodía, a la entrada de acceso vehicular del lago de Langen. Había una larga cola de automóviles. También el mundo se acaba por este lado, pensé. La imagen de un mundo llenado y ocupado de tal forma por el ser humano, su basura y sus gases es la imagen del fin del mundo. Otra de mis frases.

Pudimos entrar a buena hora y pudimos encontrar un lugar aceptable, con algo de sombra, para acomodar nuestra manta de pícnic y nuestras esteras de playa. Alicia y Silke se pusieron muy pronto a leer. Se vistieron los vestidos de baño en una caseta cercana, se embadurnaron de bloqueador solar y se echaron en las esteras a leer y a comer fruta. Yo me quedé sentado un rato con las rodillas dobladas. Me aferré a ellas con mis brazos y puse mis ojos en el horizonte de agua. Pedro Juan caminaba descalzo y solitario por la orilla del lago. Se mojó los pies. Había mucha gente.

Sentí un deseo súbito de nadar. A lo lejos, podría ser a un kilómetro de distancia, no creo que a mucho más, había lo que

parecía una isla. No quedaba en el centro del lago, sino a un lado. El lago era calmo y resplandeciente entre la masa de personas que se apretaba dentro del agua cerca de la playa y la isla lejana. Ahí quería estar, en ese espacio plano de agua que destellaba y en el que no había personas. Me acerqué a Pedro Juan y le propuse que fuéramos a nadar, que fuéramos hasta la isla. Y lo hicimos. Primero me expresó su reserva por parecerle que la isla estaba muy lejos. Yo lo convencí diciéndole que lo haríamos despacio, que la isla, en realidad, no podría estar tan alejada.

Fue un recorrido menos largo para mí de lo que imaginé. Para Pedro Juan fue interminable. Me lo dijo después, cuando descansábamos en la playa de la isla, que no era una isla como pudimos advertir, sino una península. No conté con que debido a mis idas regulares a la piscina yo estaba más o menos bien entrenado. Pedro Juan, que lo hacía bien, incluso mejor que yo, con mucha elegancia, hacía mucho tiempo no nadaba y encontró algo tortuoso nuestro paseo por el agua.

El agua. Estaba fría. Era limpia y, cerca de las playas y los litorales de roca, transparente. El fondo era de tierra negra, de piedras negras y de algas negras. Solo en la playa en la que se aglomeraba la gente parecía espesarse por la arena clara y amarilla. Dejamos esa playa muy pronto. Los primeros veinte o treinta metros eran así. Al principio caminamos sobre la arena amarilla, casi blanca y tersa. Esa parte era muy panda. Había que esquivar los cuerpos humanos para pasar. Pronto empezamos a nadar. A medida que avanzábamos lago adentro, en contra del oleaje calmo, se iba borrando detrás de nosotros el amarillo de la playa con la multitud y el paisaje del agua

se iba tornando negro, a veces un poco verdoso, pero oscuro. El agua se hacía pura y límpida. Lo sentía en la piel de la cara.

A unos doscientos metros de la playa se hallaba instalada una pequeña plancha artificial, como flotante, sobre la que había algunas personas. Nadadores. No la habíamos advertido desde la playa, seguramente por el resplandor. Le hice una señal a Pedro Juan, que venía detrás y ya empezaba a rezagarse, para que nos acercáramos a la plancha. Y llegamos a ella.

Subimos a la plancha por una escalera de pasamanos y descansamos allí unos momentos. Pedro Juan se sentía muy bien y quería continuar. Dijo que prefería nadar despacio porque hacía tiempo no entrenaba. Yo le dije que cada cual debía nadar a su ritmo, que no teníamos ninguna prisa. Lo importante, añadí, es no perdernos de vista el uno al otro. Estaba impaciente por continuar, me sentía excitado y feliz, exhilarante. Volvimos al agua. Faltaban más de dos tercios para llegar a lo que creíamos era una isla. Comprendimos que continuar desde la plancha significaba aceptar que ya nuestro viaje por el agua no tendría retorno. Nos tocaría llegar al otro lado, y después devolvernos. Era lo que queríamos, o lo que yo quería.

Más o menos en la mitad del recorrido entre la plancha artificial y la orilla que teníamos como destino, nos encontrábamos solos en el agua. Él venía unos metros atrás, varios, cada vez más. Pero yo no me preocupé. Estábamos en un lago interior, sin marea, sin peligros, y Pedro Juan era un buen nadador de diecisiete años. Fuerte. Lo veía brillar bajo el sol en el agua que resplandecía encrestada. No había nubes en el cielo. Fue en ese punto que descubrí que nuestra isla era en realidad una península, y entonces decidí que nadaríamos

hacia la punta más extrema. Combinábamos la natación de estilo libre, para avanzar mejor, con la de pecho, para descansar.

Pocas cosas me parecen mejores en esta vida que la natación de pecho. Floto sin resistencia y me mezo con el agua. Pero me muevo con fuerza al mismo tiempo como si fuera una rana dichosa. Flexiono las piernas de modo acompasado y abro y cierro en círculo los brazos para romper el agua y liberar el camino con mi pecho expandido. Aunque lo mejor, sin duda, es hundir rítmica, constantemente, la cabeza en el agua. Sacarla para tomar las bocanadas de aire y meterla en el agua para soltarlo. Eso simula todos los movimientos poderosos de la vida. Como la sístole y la diástole. Pero ordenados por mí. En el agua. Sin peso.

Cuando llegué a la punta de la península noté que Pedro Juan había quedado bastante atrás. Le hice un gesto con mis dos brazos bien abiertos. Era una especie de interrogación: «¿estás bien?». Pero también era un gesto triunfal y pueril. Pedro Juan se detuvo un instante en el agua y mostró uno de sus puños con el dedo pulgar hacia arriba. O eso me pareció. No era fácil precisar algo así a la distancia. Siguió nadando inmediatamente y yo me tranquilicé. Di algunos pasos por la playa pedregosa y busqué un sitio más o menos alto entre unas dunas para sentarme y descansar. Desde ahí tenía una buena vista panorámica del lago en la misma dirección en que venía mi hijo.

Al cabo de un rato llegó. Subió a la duna en la que yo me encontraba y se tendió boca arriba con los brazos abiertos y las piernas extendidas sin pronunciar palabra. Cerró los ojos al cielo.

—¿Qué tal? —le pregunté.

—Quedé rendido —dijo.

—Todavía tenemos que regresar —agregué sonriendo.

—Yo sé —dijo—, pero en un rato.

—Por supuesto. Descansemos un momento y exploremos un poco por aquí. Estas dunas están lindísimas.

—Sí. En un momento —dijo y siguió tirado en el suelo con la cara hacia arriba.

—No tenemos prisa —comenté. Y quedamos en silencio.

Penetramos la península. Era delgada. Se llegaba fácil al otro lado y desde ahí se podía acceder a una pequeña bahía en la que había algunas personas que seguramente buscaron en ese lugar un refugio del bullicio y de la muchedumbre del verano. Era agradable caminar por las dunas, porque la arena fina acariciaba las plantas de los pies. Cerca del agua, en cambio, las piedras eran hoscas y puntiagudas. Buscamos un sitio para sentarnos y descansar otro rato, antes de emprender el regreso. Pedro Juan, aún extenuado, hizo un comentario elogioso sobre mi estado físico y eso halagó mi vanidad.

—Nado por lo menos dos veces a la semana desde hace tiempo —dije, sin disimular que mi modestia era falsa. Como si hubiera modestia que no lo sea. ¿Por qué no?

—Pero tú lo haces muy bien, con mucho estilo —añadí.

—Aprendí a nadar haciendo unos cursos en la Cruz Roja, pero practico muy poco.

Yo ya sabía lo de los cursos. Callamos. Me acosté también boca arriba. La frescura de la piel mojada empezó a dar un lugar al calor del sol. Al cabo de un rato, sentados en esa misma duna, ya secos por el sol y yo sintiendo todo el vigor de mi cuerpo, y sintiéndolo, sí, para mi propio orgullo personal; sentados ahí, digo, desprevenidos, limpios por el agua, descansados, tuvimos una breve conversación

sobre sus planes futuros. Quería estudiar Psicología porque le interesaba comprender la enfermedad mental. Lo dijo con entusiasmo. Recuerdo haberle dicho de manera más bien distraída que era un buen proyecto pese a que la Psicología me pareciera una disciplina vacía y desleída. Contradijo mis palabras con algo de decepción. Me remordió después la conciencia porque creí percibir que Pedro Juan sentía que yo no lo tomaba suficientemente en serio. ¿Quién era yo acaso para emitir esos juicios soberbios? ¿Qué sé yo acaso de ciencias? Psicología era una muy buena carrera para Pedro Juan. Es lo que diría cualquiera, por decir cualquier cosa. Es lo que yo, un metafísico sin empleo, un pobre profesor de Español de una Volkshochschule en un pueblo alemán, un investigador sin objetos, tendría que decir.

De repente, al contemplar el sol candente y plácido en el firmamento, el sol expansivo del verano septentrional, no el sol ecuatorial concentrado y salvaje, nos abandonaron las ganas de seguir hablando. Sentíamos hambre y sed. Hacía calor. El cielo era azul radiante cuando se juntaba con la tierra en la línea del horizonte y estábamos muy sanos. Nos quedaban pocas semanas para estar juntos. Era verano. Teníamos que ser felices.

# 6

Seguía en el balcón cuando Alicia y Silke llegaron ya de noche. Compraron zapatos para Alicia, y unas sandalias que me mostró con animación. Yo había tomado cuatro cervezas y me sentía algo eufórico. Mi tristeza era eufórica. Hubiera querido continuar ahí solo, sin ellas, pero sabía que en cualquier momento llegarían y que tendría que estar bien dispuesto. Así que pensé que se me ofrecía una buena oportunidad para salir de mí. Pero no lo logré, o lo logré solo a medias. Alicia notó que mis ojos habían estado húmedos y ahora estaban rojizos y brotados. Me preguntó si estaba triste. Le dije que sí, que un poquito, que no era grave, que necesitaba estar todavía un momento solo en el balcón, que iría pronto con ellas a la cocina para comer algo. Habían comido ya papas fritas con salchicha y curry, me dijo. Pero vamos a tomar jugo de fresa. Mamá va a hacer batido de fresa, agregó. Y miró las botellas de cerveza vacías. Me preguntó por qué estaba triste y yo le respondí que ya le contaría, que necesitaba unos segundos a solas. Salió del balcón.

La oí decir:

—Mami, papá está llorando.

Pude observar que Silke me miraba desde el pequeño pasillo que unía la sala con la cocina. Pero no se acercó. Hizo bien. Me saludó con un gesto discreto. Yo se lo devolví. Seguramente entendió que se trataba de Pedro Juan. Debía recobrar mi compostura. Para eso era que necesitaba un par de minutos. Di un último vistazo al cielo

anaranjado que seguía iluminado y respiré hondamente. Recogí mis cosas, los apuntes que había dejado a medio hacer y las botellas vacías. Lamenté tener que abandonar el balcón. Empezaba una noche serena y cálida. Quizás podría salir un rato más tarde a dar una vuelta. Las calles estarían seguramente animadas. Pero ahora acompañaría a Alicia y a Silke a tomar un batido de fresa.

Cuando ya me disponía a abandonar el balcón, sonó un mensaje de entrada en mi celular. Era Vargas, que respondía a mi propio mensaje con un escueto: «Tenemos que hablar», y me daba un rango de horas para el otro día. Mi corazón se agitó. Le escribí de inmediato en qué momento yo podría. Y me alivió levemente que se pudiera dejar esa conversación para el otro día.

—¿Todo bien? —preguntó Silke con suavidad cuando yo me acerqué en silencio a la cocina. Ella lavaba las fresas. Me miró a los ojos brevemente y después siguió en su oficio. Yo acomodé las botellas de cerveza en una caja de cartón al lado de la basura. Alicia había ido a su habitación a llevar algo.

—No, muy mal —respondí—. Le hicieron una prueba de sangre a Pedro Juan y le hallaron vestigios del tumor. El oncólogo quiere hablar conmigo mañana.

Silke levantó la cara y fijó su mirada contra la pared que tenía enfrente, muy cerca; la pared de baldosines del lavaplatos. Habíamos traído esos baldosines de Colombia. Formaban una especie de rompecabezas colorido con un tucán rodeado de juncos verdes vivaces y de aves del paraíso. Se quedó así unos segundos, en silencio. En ese momento entró Alicia a la cocina.

—Hay que iniciar la quimioterapia —añadí.

—Ven, Alicia, pásame la leche de la nevera —dijo Silke, mientras iba picando una por una las fresas ya lavadas y las iba metiendo directamente a la licuadora.

—¿De qué hablan? —preguntó Alicia.

—De nada —respondió Silke.

—De Pedro Juan —dije.

—¿Qué pasa con Pedro Juan?

—Sigue enfermo —respondí, después de vacilar unos segundos. Esa vacilación me produjo desagrado. Pero mi respuesta breve volvió a ponerme en mi lugar. Mi lugar.

—¿Por eso estás triste?

—Sí —contesté.

—¿Es grave? —siguió preguntando Alicia.

—Sí. Pero todavía no sabemos qué tan grave.

El ruido de la licuadora cortó la conversación.

Ellas quisieron salir al balcón a tomar allí el batido. A mí no me apetecía pero las acompañé. Estuvimos en silencio. Tomaban batido de sus vasos rosados y revolvían la fruta con una cuchara. Comían de sus restos triturados. Yo miraba la torre de la iglesia.

—¿Qué es quimioterapia? —preguntó Alicia de repente.

La palabra le quedó en la mente. Eso me produjo cierto asombro. Es una palabra que no forma parte del vocabulario de un niño. Quizás ya Alicia la había oído en otro contexto y ahora la reconocía, o simplemente era una palabra reproducida en su mente como la resonancia de algo ya sabido porque sí forma parte del vocabulario de nuestra época.

—Es un tratamiento contra el cáncer —respondí.

Silke se paró del asiento, tomó su vaso para llevarlo al lavaplatos, quiso tomar el de Alicia, pero ella le indicó con un ademán que aún no había terminado, y dijo como en una admonición:

—Francisco.

—¡Francisco ¿qué?! —exclamé, y sentí súbitamente que el tono de mi voz podría quedar con facilidad por fuera de la contención de mis palabras. Tenía que guardar la compostura. Silke calló amedrentada y se dispuso a entrar al apartamento.

—¿Pedro Juan tiene cáncer? —preguntó en ese momento Alicia.

—Sí —dije secamente.

Silke salió por fin del balcón y entró al apartamento. Alicia guardó silencio. Detuvo por unos instantes los movimientos de la cuchara dentro del vaso con trocitos de fresa. Al cabo, volvió a buscar los que restaban. Yo no la miraba. Ella no se inmutaba. Entonces decidí romper el silencio y le dije:

—La quimioterapia que le harán a Pedro Juan es solo para acabar con los vestigios…

—¿Qué es eso? —interrumpió.

—Vestigios son residuos, restos, cosas que quedaron, Überreste. No muchos, parece. A Pedro Juan le encontraron un tumor con cáncer y lo operaron para sacarlo. ¿Te acuerdas que lo operaron hace unos meses?

—Sí.

—Era eso. Le sacaron el tumor, y todo iba bien. Pero ahora le encontraron que siguen restos pequeños del tumor en su cuerpo y entonces para eso es la quimioterapia. Seguramente después del tratamiento estará bien. Tenemos que esperar.

—Pero no es seguro —agregó.

—No. No es seguro. Tenemos que esperar.

Sentí que lo mejor que podía hacer en ese momento era explicarle a Alicia lo que es un cáncer y lo que hacen los seres humanos en nuestra época para acabar con los cánceres. Le conté de varias personas que se habían sanado del cáncer después de la quimioterapia. Simplemente, repetí, tenemos que esperar y confiar en que la medicina haga lo suyo y el cuerpo de Pedro reaccione del mejor modo. Y rematé con la frase: él es fuerte.

Alicia escuchaba con mucha atención y con mucha seriedad. Procuré no dejar ver que, según mis impresiones y el brevísimo mensaje de Vargas, la situación de Pedro Juan podría ser muy grave. Era muy grave. Por supuesto que no pronuncié la tontería: «es un cáncer muy agresivo». Ya hablar del cáncer de Pedro Juan con Alicia se me hizo demasiado, pero sobre todo demasiado necesario. La cautela de Silke me parecía lo de menos; se trataba de una cautela perezosa, cobarde, mediocre. Silke era en este momento de mi vida lo de menos.

Mientras le hablaba a Alicia de tumores, de células que crecen y se atrofian, de lo poco y muy básico, superficial, que sé de esto, del cáncer, trataba de escrutar su rostro con cuidado, sin penetrar por la fuerza su intimidad transparente, midiendo con dulzura cada una de sus reacciones. No la quería aterrar y hacer que se cerrara a la verdad. Quería que tendiéramos un hilo y lo pegáramos a tres vértices: nosotros dos y esa dolorosa realidad de la grave enfermedad de su hermano. Yo necesitaba ese hilo tendido y fluyente. No tenía a nadie más. No quería a nadie más. Las dos frases dicen lo mismo.

Si lo que pretendía con mis explicaciones y con mi improvisado y torpe cuidado (algo ebrio me habían dejado las cuatro cervezas) era tranquilizar a Alicia, debo decir que no lo logré. No podía esperar que tendiéramos un hilo y lo sujetáramos con firmeza cuando yo mismo aparecía como un ser tan destemplado. Alicia sintió en mis gestos y en mi voz una cierta conciencia sobre la gravedad de la situación. Seguramente hizo sus propias asociaciones: haber viajado a Colombia para acompañar a Pedro Juan a su operación. Ahora ya lo sabía: una operación para extraer un tumor canceroso. Algo muy grave. De otra forma, tal vez yo no hubiera viajado. Haberle ocultado la verdad. Haberme exaltado con su madre por no querer seguir ocultando la verdad. Haber llorado en la soledad. Sus labios se contrajeron y se doblaron tensos hacia abajo. Contuvo el llanto. Me preguntó con la voz partida si podíamos llamar a Pedro Juan para saludarlo. Ella quería darle ánimo. Ya era algo tarde para ella, así que lo mejor era hacerlo al otro día. Estaban bien entradas las ocho de la noche, nos acercábamos a las nueve. Silke no intervenía, seguramente por temor a una colisión o por respeto a lo que a todas luces era un momento significativo de los dos, de mi hija y mío. Pero así y todo emitía un aire inoportuno desde adentro.

Alicia y yo entramos al apartamento. Cuando dimos unos dos o tres pasos me tomó de la mano sin mirarme. Como lo hacía más pequeña cuando íbamos por la calle. Hacía mucho no lo hacía. Para mí ese fue siempre el gesto de completa confianza y entrega, de abandono, de Alicia hacia mí como su padre. Ese gesto, tomarme de la mano, e indicarme con ello que yo podía llevarla a donde fuera, que ella se desentendía del mundo, del sentido y de la dirección porque yo era el seguro dominador de ese mundo; ese gesto era

para mí la expresión paradigmática de la condición de ser padre. Si ella supiera lo poco que sé. Paternidad.

Pasamos al lado de Silke, que organizaba rutinariamente algunas cosas en silencio. Seguía de reojo pendiente de nosotros. Alicia me preguntó si yo quería acostarla. ¿Cuándo había sido la última vez que había acostado a mi hija? Hacía por lo menos cinco años. No dijo: «Ven, léeme algo». O: «Ven, acompáñame un momento». No. Me preguntó: «¿Me acuestas hoy?». Era un llamado a la intimidad, a la protección, al cobijo. Sí. Yo necesitaba tender un hilo fuerte con Alicia. Pero Alicia era una niña. Una niña que entendía muchas cosas y que ahora me necesitaba cuando comprendía perfectamente que yo la necesitaba. Después de que se lavó y se preparó para dormir, me acosté con ella en su cama y nos abrazamos en silencio. Puse mi rostro en su nuca. Respiré el aroma de su pelo. Ella apretó una de mis manos y yo acaricié su cabeza con la otra. Su espalda contra mi pecho. Sus pies contra la parte inferior de mis piernas. Pusimos después todas las manos juntas, hicimos un nudo sin fuerza, firme pero no tenso, cálido, hasta que ella se quedó dormida. Hacía calor.

Apagué la lámpara de la mesa de noche y salí con sigilo de la habitación. Silke estaba en la sala sentada en uno de los sofás, esperándome. Me acerqué. Me senté en el otro sofá. Hablamos poco. Me preguntó por detalles. Le respondí que le había dicho todo lo que sabía. Con Vargas no había hablado; hablaría con él al otro día.

—Puede ser que las cosas no sean tan graves —comentó. Yo asentí, pero pensé otra cosa. Tenía el presentimiento de que la enfermedad de Pedro Juan era letal. Siempre lo tuve.

—¿Crees que era necesario contarle a Alicia ahora cuando todavía no se sabe nada con seguridad, ni cómo responderá Pedro Juan al tratamiento? —preguntó. Estaba tranquila.

—Nada es necesario —le respondí. Ella no reaccionó. Después de unos instantes añadí:

—No es necesario que el ser humano exista.

La frase es de Kant. Y seguro la copió de Spinoza. Qué más da, si el entendimiento divino es eterno e infinito. Eso, claro, no lo dije. Le pedí que dejáramos así. Que habláramos después de que yo supiera más cosas. Alicia ya era parte de todo esto y ella tenía que aceptarlo. Le expresé mi deseo de salir un rato a despejarme. Había estado casi todo el día encerrado y algo del aire nocturno del verano me vendría bien. Me vendría bien sobre todo otra cerveza, o quizás algo más fuerte. Silke sabía del bienestar que me producían mis caminatas nocturnas por la Bergerstrasse y de lo mucho que me placían las calles movidas en el verano. Estuvo conforme. Estuvo conforme en todo, resignada. Ella era también parte de todo esto. Yo marcaría las pautas y ella tendría que confiar en mí.

Nos despedimos en la sala. Me puse los zapatos y salí. Después de cerrar la puerta me dije: todo es necesario. Y salí al aire puro, todavía cálido, de esa noche de verano.

# 7

La Bergerstrasse estaba muy animada. No había un solo restaurante o un solo café que no tuviera las mesas afuera y no estuviera lleno de gente. Todo era bullicio, risas. Podía verse el ajetreo de meseros y meseras que corrían de acá para allá, haciendo equilibrio con las manos y los brazos sosteniendo platos llenos; los mismos brazos y manos ocupados con montañas de platos vacíos y sucios. Podía uno sentir la poderosa algarabía de los comensales. No era un momento para estar solo.

Pero yo estaba solo y no quería estar solo: esa era la verdad. Donde fuera que estuviera, habría querido estar con alguien y quizás reír. Pensé que todo lo que dijera que contrariara esa realidad de mi soledad en ese momento me esclavizaría. Porque la realidad es necesaria. Y no es la necesidad la que nos esclaviza, sino nuestra lucha contra ella. Decidí deambular un rato y contemplar este fervoroso mundo social que rezumaba tanta dicha. Si había gente infeliz en la Tierra no estaba con seguridad en esa calle. Y si yo estaba solo en ella, pues habría de estar solo.

Al experimentar la animación en los locales cuando llegué a la zona peatonal me detuve. Llegó a mi memoria de repente una frase de Chamfort: «Raras veces se encuentra la felicidad dentro de sí. Nunca fuera». Y entonces me pregunté a dónde iría. Al parque coreano de las pagodas. Apuré el paso, aunque no tenía prisa. Me entró el impulso súbito de recorrer a buen ritmo toda la calle, de

arriba hacia abajo, y de abajo hacia arriba. Seguí pensando en la sentencia de Chamfort. Y la encontré falsa y sin sentido. Todo está fuera, qué idiotez. Y yo, simplemente, yo estaba en ese momento solo con un montón de cosas para pensar. Eso era todo.

¿Qué cosas? La enfermedad de Pedro Juan, la mano de Alicia apretada a mi mano mientras se dormía. Los hijos. Pensar caminando rápido es una forma singular de pensar. No es uno el que piensa, sino que los pensamientos, por así decir, se piensan solos, se empujan unos a otros, se enganchan y se desenganchan, se amarran entre sí y se sueltan. Como los pedazos de madera y las ramas que caen a los ríos en las selvas tropicales. Son restos del mundo terreno que van a dar al agua, flotan, se hunden y vuelven a flotar empujados por riadas vertiginosas en las que a su turno desembocan afluentes por lado y lado que también empujan sus propios troncos, a veces detenidos momentáneamente en los meandros del paisaje, a veces medio atracados en las orillas contra las que golpean, pero nunca del todo quietos, siempre flotantes, desplazados sin pausa mientras giran descontrolados sobre su propio eje.

Recordé el día en que me enteré del embarazo de Silke. Estábamos en Cádiz, en la playa. Habíamos ido al sur de España a pasar vacaciones a inicios de septiembre. Silke siempre quiso tener un hijo. Bueno, no sé si siempre. Pero eso empezó a decir cuando quedó encinta. Yo nunca quise tener un hijo. Bueno, no sé si nunca. Pero eso empecé a decir cuando supe que Silke quedó encinta. Ya me lo había dicho unos años antes, o algo parecido, cuando supe

que Leticia esperaba un hijo. Si ella dijo algo así, con la claridad como lo sostuvo Silke, es algo que ya no recuerdo. Creo que no. Simplemente quedó embarazada de Pedro Juan y ya estuvo, no pudo menos que tenerlo. Y lo tuvimos. En cualquier caso, me dije durante muchos años (incluso después de haber tenido dos hijos) que hubiera podido no tener hijos en mi vida y no me habría pasado nada. Ellas no, ellas no hubieran podido no tener hijos. Ahora ya no pienso en eso y creo que ese cambio en mi forma de ver este asunto de los hijos empezó a ocurrir aquella noche de verano cuando descendía con paso firme hacia las pagodas coreanas. Porque me pregunté de manera punzante, sin tutearme: ¿qué significa eso de que hubiera podido no tener hijos en la vida y no le habría pasado nada? ¿Pudo o no pudo? Si los tuvo fue porque los pudo tener. La realidad se come viva a la posibilidad. ¿De qué sirve saber que puede haber más cosas de las que hay si no son nada? La realidad será poco comparada con la posibilidad pero es todo. Todo lo que hay. ¿Puede haber algo más que lo que hay? Sí, claro, se dirá: lo que puede aún haber y lo que ya fue. Esa es una respuesta sin sentido, porque en ninguno de los dos casos se trata de algo que sea. Si es real un hijo mío es porque pudo serlo. No. Si es real un hijo mío es porque no importa si pudo o no pudo ser. Lo único que importa es que es. Es como si uno se está cepillando los dientes en el baño y por descuido deja caer el tubo de la pasta dental y lo pisa. Y entonces esta se esparce expulsada por el suelo. No se pregunta uno en semejante circunstancia si puede otra vez meterla en el tubo. Nadie con un mínimo de sentido pensaría que sería posible volver a meter la pasta dental en el tubo. Así es con los hijos, así es con todo lo real que ha llegado a ser por cuenta de nosotros: hubiera podido

no ser antes de que fuera. Eso es cierto, pero también trivial. Lo importante es que si empezó ya a ser, no solo no puede uno hacer otra cosa, sino que no es relevante preguntarse si lo que es pudo o no pudo ser. ¡Por supuesto que pudo ser! Si no, no hubiera sido. Por supuesto que pudo no ser. Pero fue y es. La realidad se come viva a la posibilidad. Ni siquiera imagine meter la pasta dental en el tubo, Francisco. Es una tontería.

Estábamos alojados en un hotel pequeño con vista al mar cerca de la playa del Atlántico a las afueras de Cádiz. Habíamos llegado a Málaga en avión desde Fráncfort la tarde anterior y de ahí tomamos un carro alquilado con el que viajaríamos durante tres semanas por Andalucía. La primera estación fue Cádiz. No habíamos dormido mucho las noches anteriores, así que yo me quise recostar un rato después del desayuno. Pero no pude dormir. Silke dijo que aprovecharía para ir a una farmacia a comprar unas cosas. Queríamos estar después cerca del mar. Regresó de muy buen humor y me incitó con alegría a que fuéramos a la playa. El cielo era azul e intenso. Ya la estación de alto verano había pasado, de modo que no hacía demasiado calor. Cuando Silke entró a la habitación, yo yacía perezosamente con mis piernas cruzadas sobre la cama y leía un periódico que encontré sobre una mesa al lado de la ventana. Me dejé contagiar de su buen ánimo y de un brinco me incorporé. Y nos fuimos a la playa.

Era una playa ancha y larga. La superficie tersa de la arena era tibia pero si uno hundía un poco sus pies en ella la podía sentir fría, áspera. Se estaba muy bien en ese sitio. No había casi bañistas. Cuando caminábamos en silencio por la playa, Silke me tomó de la mano y me dijo que era muy feliz. Yo también era feliz.

Acomodamos nuestras esteras bajo un toldo de alquiler y nos dejamos acariciar por la brisa y por el sol. Ya no era un sol ardiente, ni lo sería durante ese día, ni durante los siguientes días. La brisa tampoco era cálida. Pero todo en ese momento estaba dominado por la luz y la calma. Una gaviota solitaria sobrevolaba la cresta de una ola para volver a ascender y desaparecer de nuestra vista. No era aún mediodía y pensé que la temperatura subiría levemente, entonces quizás podría hacer ahí más tarde la siesta que necesitaba. En ese momento Silke me dijo que estaba embarazada.

Me mostró la prueba de embarazo que había comprado en la farmacia, una pequeña tirita de papel que se teñía de color azul en contacto con la orina. Me dijo que no era cien por ciento segura pero que ella, por lo que sentía desde hacía unos días en su cuerpo y por ciertas impresiones, estaba convencida de estar embarazada. Entonces me miró con el rostro expandido y sonrió. Yo la miré quieto y serio.

—¿No te alegras? —preguntó.

—No —dije sin titubear.

La sonrisa se replegó del rostro de Silke y al lado de sus comisuras, no tan cerca de ellas, se dejaron ver dos leves surcos que partían casi desde sus lóbulos nasales para empezar a desaparecer finamente por debajo de su labio inferior. Eran una clara expresión de su seriedad. Por primera vez veía yo esos surcos. Con el tiempo se empezaron a marcar en su cara y le dieron una belleza especial. Hacían un fuerte contraste con los labios más o menos pálidos, no delgados y bien formados, y con su boca, con sus dientes frontales grandes, rectos, perfectamente alineados y muy blancos.

—¿Y tu dispositivo?

Silke se quedó en silencio. Miró profunda, seriamente, el mar. La tenía frente a mí, muy cerca, ahí estaba su perfil, el surco de ese lado, su belleza. Esa fue su respuesta. Yo me puse de pie, caminé hacia la orilla. Metí los pies en el agua. Estaba fría. Di varios pasos de un lado al otro sin alejarme mucho del toldo y al cabo de unos minutos volví a él. Y entonces empecé a pedir explicaciones de manera desesperada. Silke no las daba, o no las podía dar. O sí, sí las daba, pero no eran las explicaciones que pudieran dejar mi mente apaciguada. Por más vueltas que le diera, solo había una explicación: ella quería tener un hijo. Yo me esforzaba inútilmente en ligar esa voluntad a alguna consideración medrosa sobre mi futuro, sobre la inestabilidad de mi profesión, sobre el inseguro carácter bicultural de nuestra relación. No; eso sonaba estúpido y abstracto: sobre el hecho de que ya tenía un hijo en otro continente al que había que estar enviando dinero regularmente; yo, que con dificultad podía conseguir dinero con regularidad. Pero todas esas consideraciones eran como olas de agua frágil que chocaban contra la roca dura de la voluntad de Silke. Ella quería tener un hijo. Punto. ¿Qué quiere decir eso? Nada que se pueda traducir completamente a palabras, nada que admita argumentos concluyentes, justificaciones que generen alguna convicción. La única razón que podía dar Silke para tener un hijo era que quería tener un hijo. Y si yo no quería tenerlo (cosa que tampoco sé muy bien qué significa) no podría entender nunca sus razones, y mucho menos aceptarlas. Llegó a decir cosas como:

—Es que yo te amo. Y quiero un hijo tuyo.

A lo que yo respondí:

—Yo también te amo. Pero no agregué: «y no quiero tener un hijo tuyo». Sino que pronuncié la vaga frase:

—Y eso no tiene nada que ver.

Tampoco hablé de algo que conocía bien y me aterraba: del insoportable, invasivo y poderoso amor por un hijo. Silke participaba de mi amor por Pedro Juan y eso le producía admiración. Aunque fuera un amor lleno de culpa y en realidad muy defectuoso. Era testigo de cómo me esforzaba para enviarle dinero cada vez que podía. Eso no debía ser una preocupación entre nosotros, decía, pues ella tenía un buen empleo. ¿Y de lo que pasaba por dentro de mí cada vez que pensaba en Pedro Juan y en que tenía que estar lejos de él sin poder estar nunca lejos de él? De eso nadie podía ser testigo. Para mí mismo era un pensamiento impreciso, porque nada de él dependía solo de mí. Aunque no por ello era menos fuerte. Sí, impreciso y fuerte.

Lo cierto es que era genuino que Silke quisiera un hijo mío, como decía. No decía, o no dijo aquel día en la playa cerca de Cádiz: «quiero un hijo contigo», sino: «quiero un hijo tuyo». Eso me pareció alarmante. Pues sí, las expresiones de su amor me honraban, así como también su elección. Pero ¿y mi libertad? ¿Mi decisión? ¿No importaba eso, acaso? ¿Qué es la libertad?

Sentía que al río de mis pensamientos afluía otro río que descendía violentamente en creciente desde la montaña, lleno de restos de madera, de barro y de rocas que rodaban lentas pero ruidosas por su lecho. No es lo mismo, pensé mientras bajaba apresurado por la Bergerstrasse hacia el parque coreano, dar a alguien que pregunta: «¿por qué no fuiste a la Luna, si es lo que querías?» la respuesta: «porque no podía, ni hubiera podido, aunque

quería». No es lo mismo, digo, dar esa misma respuesta a esa persona si pregunta: «¿por qué tuviste un hijo si no querías?». Y no puede ser la misma respuesta, aunque en forma negativa, porque tener un hijo, como tantas cosas, no como todas las cosas, sí está en nuestras manos. Y es por eso que puedo decir: «hubiera podido no tenerlo». Me detuve en ese momento en seco. Eché una mirada a una vitrina de un almacén de sombreros que me gustaba. No miré ninguno en especial, ni miré a la vitrina concentrado. Y me dije: qué ejemplo tan pendejo y absurdo, todo para volver al mismo sitio del principio, todo para flotar sobre la corriente dando vueltas sobre el mismo eje. Después de la pausa continué mi marcha más despacio.

Pensé entonces que si no le podía dar curso ni forma definida a mis pensamientos al menos podía intentar colorearlos. Pedro Juan, mi primer hijo, tenía en ese momento una enfermedad mortal. ¿Tuve también tanto miedo de tener un hijo antes de que él naciera? Sí. Con Leticia todo fue un error. Todo me atraía en ella, todo su cuerpo. Aún recuerdo esa atracción, que no dudaría en llamar animal. Fue tanta nuestra fuerza, nuestra mutua adhesión sexual. Éramos muy jóvenes. Reíamos mucho. Bebíamos mucho. El futuro no nos preocupaba. Solo nos movía la pura energía de nuestro deseo. Vivíamos por él y para él. En mi memoria ha quedado el primer año de esa relación como un período de pura dicha.

Nunca amé a Leticia. No es cierto. Pero cuando pensaba en ella aquella noche me llegaba el reflejo deslucido del desprecio. Ese sentimiento no tiene sentido. El desprecio es un sentimiento equivocado, si es que pueden ser equivocados los sentimientos. Sí

pueden serlo. Más que desprecio hacia alguien debería sentir vergüenza de mí mismo por haber dejado a Pedro Juan tan solo con su madre. ¿Hubiera podido hacer otra cosa? No. Ella no lo hubiera permitido. ¿Hubiera querido hacer otra cosa? No sé. En todo caso, lo importante es que no hubiera podido hacer otra cosa. ¡No es cierto! Lo importante es lo que queramos y no lo que podamos o lo que creamos que podemos. Tampoco es cierto. Al menos en este caso eso no es cierto.

Volví a detener la marcha, pasé mis manos por la cabeza, hundí mis dedos como si quisiera meterlos en el cuero cabelludo, y seguí en el intento de colorear mis recuerdos. Leticia es una mujer de cuerpo grande. No es exactamente alta, sino grande. Tampoco es baja, claro. Pero lo que sobresale de ella es que es grande. Su rostro es expansivo, su boca y su nariz lo llenan de modo formidable. Recuerdo que al doblar los brazos dejaba presentir su voluptuosidad. Cuando la conocí, me impresionaron sus muslos gruesos, que podía entrever cuando nos sentábamos sobre el césped en los prados de la universidad y ella doblaba las piernas y se acomodaba la falda con una discreción ambigua. Me inquietaba una manía suya de dejar con frecuencia un botón superior de la camisa abierta, lo que permitía que se insinuara la línea entre sus dos senos y que se pudiera advertir el modo vigoroso como estos emergían de ese torso robusto. Recuerdo que cuando tuvimos el primer contacto corporal me sorprendió la suavidad de sus manos, de sus manos grandes. No me esperaba esa suavidad. Después de haberme percatado de que yo también le interesaba solo quise sumergirme y ahogarme en ese cuerpo y en esa piel. Creo que no he sentido tanta dicha sexual en

mi vida como la que sentí el primer año con Leticia. Hasta que vino el embarazo.

La irreflexión y el presente son lo mismo. Ser reflexivo significa tener la mente o bien en el pasado, o bien en el futuro. Leticia y yo fuimos puro presente e irreflexión durante el primer año de nuestra relación. Hacíamos el amor todos los días, en ocasiones varias veces al día. Ella compartía un apartamento con tres compañeras de la universidad y yo vivía metido allí, en su habitación. Pero después del primer año, diría yo, a partir del cuarto o quinto mes del embarazo, ya no había ni irreflexión ni relación entre nosotros. Y, con todo, nunca hemos dejado de estar juntos. Intentamos, incluso, armar una familia. Pero no pudimos. Ninguno de los dos pudo.

A la pregunta sobre la que giraba en círculos mi cavilación cuando bajaba por la Bergerstrasse: «¿Hubieras podido hacer otra cosa?» me quedaba fácil dar una respuesta definida: «No». ¿Por qué? Porque no quería. Es todo. Querer o no querer es el punto final de toda la justificación de nuestras acciones. El problema está para los que no saben lo que quieren. Yo no quería vivir con Leticia y eso lo sabía más o menos desde la mitad de su embarazo. Ella tampoco quería vivir conmigo. Pero lo intentamos, por Pedro Juan, claro, y no pudimos. No me arrepiento de eso. No sé si ella. Puedo suponer que tampoco, aunque por diferentes razones. Las razones de Leticia dejaron de importarme hace mucho tiempo.

El embarazo completamente inesperado de Leticia me produjo mucho desasosiego. De la irreflexión y dicha de esa relación que era todo presente y sexo puro y alegre pasé a una súbita apatía por el cuerpo de Leticia y a la opresiva preocupación por el futuro. Éramos muy jóvenes, ya lo dije, nuestras vidas de adultos apenas iniciaban y

ni siquiera las habíamos puesto en algún carril. Yo vivía aún con mi madre. O vivía a medias con ella, porque justo en ese año yo era para mi madre más bien la sombra de un cuerpo ausente. Cuando le conté que un hijo mío era inminente y que no había nada que hacer, me felicitó y me dijo que no me angustiara tanto, que para eso estaba ella también. Aunque me advirtió que la vida con hijos es como montar en bicicleta. Si dejas de pedalear, te caes. A mi pregunta de si vale eso también para las bajadas me respondió que no hay bajadas ni terrenos llanos cuando se tiene un hijo, y me miró con firmeza a los ojos. Me lo estaba diciendo a mí. No muchos años después murió. De cáncer. No era vieja.

Hubo momentos de tanto miedo antes del nacimiento de Pedro Juan que llegué a pensar en abandonar a Leticia con su hijo.

—Serás solo uno más en la estadística de los imbéciles que tienen que pasar cuota de alimentación después de un pleito —me dijo mi madre con severidad, y sobre todo con mucha tranquilidad, la noche en la que insinué el pensamiento en la mesa del comedor, en medio de una crisis de desesperación. Pensé preguntarle qué lugar, según ella, ocupaba mi padre en la estadística. Pero no fui capaz de hacerlo. Nunca pregunté por mi padre. Jamás hablamos de eso. No fue tema en nuestra vida. No fue nada en la mía.

Ya para entonces frecuentaba más mi habitación, la misma habitación de mi infancia. Ella sería abuela y eso le parecía parte normal y maravillosa de la vida. Leticia sería madre y eso le parecía también a ella, a ambas, parte normal y maravillosa de la vida. En el caso de mi madre se trataba para mí de una forma de su sabiduría que me tranquilizaba. En el caso de Leticia la misma conclusión me pareció parte de su irreflexión, de la irreflexión que tanto me había

enloquecido unos meses atrás, pero que ahora solo me producía inquietud, desespero y con el tiempo aversión.

No podía aceptar que Leticia viviera todo con la misma irreflexión y la misma despreocupación. Cuando éramos sacudidos por nuestra pasión sexual, me parecía excusable que fuera así por tratarse de algo que no dejaba consecuencias. El puro presente, ya lo dije. La dicha poderosa. Pero al enterarme del embarazo y de que ella, como dijo con desparpajo y terquedad, «no modificaría un proceso natural» en su cuerpo, se produjo en mí un inmediato desencanto. A ese desencanto lo sucedió el desespero y a este, muy pronto, la incapacidad de comunicarme con ella. Desespero e incomunicación se fundieron en una sola masa informe y asfixiante en la que sembré mi aversión. Aunque no sabría decir si yo la sembré o ella se sembró en mí. Cuántas cosas operan en el alma sin nuestro consentimiento. ¿Por qué vuelvo a esa aversión de modo tan insensible? No sé, no importa. Para mí solo había una opción racional y acorde con nuestra condición vital, con nuestra juventud e inmadurez: abortar. Pero la negativa de Leticia fue tan irreflexiva como inequívoca.

Mi impresión era que a Leticia le daba lo mismo todo. Apenas si había leído sin mucha atención por aquel entonces a Spinoza pero ya la inconsciencia y la irracionalidad se me hacían idénticas a la falta de libertad. Y veía eso encarnado en la terca determinación de Leticia de tener un hijo no esperado, no planeado, resultado de un suceso accidental y de un descuido. ¿Qué es la libertad? Noté que estaba dando vueltas como un bobo sobre el mismo eje. Esa pregunta, es cierto, parecía como un pedazo de tabla rota que giraba sobre sí misma cerca de una orilla espumosa y sucia del río por el que venían impulsados mis pensamientos.

Vi a lo lejos los barrotes de la reja de hierro que circundaba el parque coreano. Los techos puntudos y curvados hacia arriba, cóncavos, de una de las pagodas sobresalían escalonados desde el fondo oscuro de unos altos pinos espesos que tapaban la luz reflejada de algunos edificios del centro de la ciudad. La ciudad estaba justo detrás de esos pinos. A varios metros de distancia de ahí, cerca del portón de entrada, pero ya en el parque, había un jardín de flores en círculos concéntricos que se hallaba iluminado con luces pequeñas de colores colgadas de varillas como los alumbrados de Navidad. Había mucha gente en ese lugar. Quería estar allá. Para mirar a la gente, para sentirla cerca. «Nada hay más útil para el ser humano que el ser humano».

Se me ocurrió pensar que era paradójico que yo hubiera padecido tanta angustia antes del nacimiento de mi hijo y que justo en ese momento, dieciocho años después, sintiera tanto pesar y tanta preocupación porque él podría morir pronto. Antes no era nada definido: un hijo. Ni siquiera; algo que por una intervención deliberada hubiera podido incluso ser nada. En ese momento era Pedro Juan. Pensé que antes de su nacimiento se trataba del miedo por lo que llegaría a ser y no era; ahora, frente a la perspectiva de su muerte, era la angustia por lo que ha sido, es y no será. Si Pedro Juan muere, me dije, habrá pasado en mi vida de su inexistencia a su inexistencia. ¿Dónde está la diferencia? Desde el punto de vista del universo, en ninguna parte. ¿Y eso qué? Las diferencias entre lo bueno y lo malo, entre lo que nos hace felices o nos lleva a sufrir, no tienen nada que ver con el universo.

Me devolví a la casa decepcionado. El jardín iluminado con los círculos concéntricos de flores era feo. El ambiente era familiar, ruidoso y sucio. Regresé por la misma calle pero por la acera opuesta. Tenía sed. No lejos de ahí había una librería-café a la que me gustaba ir de vez en cuando en los inviernos. La librería estaba cerrada a esa hora, el café seguía abierto. Me senté a una de las mesas dispuestas afuera y pedí una cerveza grande. Quise comer alguna cosa pequeña pero la cocina acababa de salir de servicio. Pensé que ese iba a ser el caso con casi todos los restaurantes. Me tendría que contentar con alguna venta turca. Después de tomar un trago largo del jarro pesado y frío de cerveza y de sentir su inmediato efecto expansivo, vino nuevamente a mi memoria una imagen frente al mar de Cádiz. Fue al final de la tarde, aunque el sol seguía alto. Silke venía sola por la playa. Yo la miraba desde el toldo. Caminaba despacio, era esbelta y estaba tranquila. Vestía de blanco. Llevaba ropa de algodón muy ligera y suelta que la brisa agitaba suavemente. Se podía ver en su rostro que estaba pensativa, pero alegre. No concentrada en una cosa, no preocupada. Esta mujer no puede no tener un hijo, pensé. Está feliz de saber que está encinta. Es bella. Cuando se encaminaba hacia el toldo, notó que yo la miraba y me sostuvo la mirada durante unos pasos. Ella sabía que era bella. Trató de sonreír. Yo también. Pensábamos en lo mismo.

—¿Por qué hiciste eso? —le pregunté mientras se sentaba sobre una de las esteras a mi lado.

—¿Qué cosa?

—¿Por qué quitaste tu dispositivo sin preguntarme?

—Francisco —respondió en calma—, no te preocupes tanto; todo va a salir bien.

—Solo quiero saber por qué lo hiciste. ¿Temías que yo dijera que no lo hicieras? Ese tipo de decisiones no se pueden tomar de modo unilateral. Tener un hijo es algo que se hace concertadamente.

—Puedo tenerlo yo sola si tanto te agobia —dijo de modo cortante.

—No digas tonterías. Tú sabes que yo no puedo hacer eso. Eso no es justo.

—No es ninguna tontería. Lo digo en serio. Si sientes que no puedes tener un hijo…

—Otro hijo —interrumpí.

—Si sientes que no puedes tener otro hijo, no lo tengas. Yo lo tendré. Basta.

Y volvió a cortar de ese modo el diálogo. Todo lo que Silke quería en ese momento era que su dicha no fuera perturbada. Y su dicha estaba fundada en ese momento en la perspectiva de dar la vida, de amar la vida. Aunque eso lo entendí de inmediato, continué como un autómata preguntando de manera estúpida y obstinada:

—Solo quiero saber por qué lo hiciste.

Al cabo de unos segundos dijo tranquila y decidida, mirándome directamente a los ojos:

—Mi abuela solía decirme en momentos difíciles: «Si es que vas a agarrar, agarra fuerte. Si no, no agarres». Y se calló.

Yo tampoco quise seguir hablando. Estaba perplejo. Admiré en cierto sentido, pero sobre todo envidié, la determinación de Silke. Ese día cambió mi amor hacia ella. Es posible que ese día haya empezado a morir ese amor.

# 8

Temprano en la mañana, Alicia me sacó del sueño con su voz suave. Tenía su maleta de colegio colgada a la espalda y se notaba que había esperado hasta el último momento a que yo despertara para decirme algo. Pero yo seguía dormido y ella ya tenía que salir para el colegio.

—Papi —oí que me decía cerca de la cara.

Cuando abrí definitivamente los ojos y estiré una de mis manos para tocar su mejilla, me preguntó:

—¿Qué vamos a hacer hoy?

Era viernes. Llegaría a casa al mediodía.

—No sé. Ven acá a almorzar y lo decidimos después.

—Papi —insistió con dulzura. Alicia quería decir algo importante. La miré y la interrogué con una expresión perezosa de una sílaba.

—Anoche le pedí a Dios que curara a Pedro Juan.

Volví a acariciar su mejilla. La besé. Sentí el aroma de su piel recién bañada.

—Te quiero —le dije.

—Él lo va a hacer, lo va a curar —afirmó. Y se despidió de mí con un beso en la frente. Tenía prisa.

Las oí salir a las dos del apartamento. La puerta se cerró y todo quedó en silencio. El placer del silencio, pensé. Y de la soledad. Repetí las palabras de Alicia: «lo va a curar». ¿Ah, sí? ¿Eso dijo Dios? ¿Y qué habrá dicho cuando a Pedro Juan le dio cáncer? Entonces me

volteé para el otro lado de la cama e intenté dormir de nuevo. Pero no pude. Volví mi cuerpo al borde de la cama y pude percibir todavía algo del aroma de Alicia. Ese aroma que huía, que se perdía en el espacio. Me pareció por un instante que mi hija radiante y pura era capaz de sostener el mundo entero con su presencia. Mi mundo.

Procuré preparar el desayuno y desayunar del modo más parsimonioso posible. Quería ocupar la mañana en alguna de mis investigaciones. También tenía que estar muy aplomado para mi conversación con Vargas. Por eso preparar el desayuno y desayunar tendrían que ser una forma de ingresar con buen ritmo y con circunspección en ese nuevo día. Había dormido mal. Estaba cansado y desconcentrado. Necesitaba mucho café.

A las doce llamé a Vargas. Fue la hora que él propuso, muy temprano en Colombia, antes del inicio de su jornada. Me dijo al principio cosas que ya me había dicho. Aunque añadió que él no se había sorprendido con el resultado de las pruebas de sangre. A la pregunta mía por las perspectivas me respondió diciendo que no se podía asegurar nada, que había que esperar la reacción a las primeras sesiones de la quimioterapia.

—¿Qué tan significativos son los vestigios hallados en las pruebas de sangre? —pregunté.

—Son significativos —dijo.

Eso era muy diferente a lo que me había dicho Pedro Juan. ¿Qué me había dicho exactamente Pedro Juan? Le pedí un estimativo en términos porcentuales, algo que ya había hecho al inicio de todo esto, antes de la operación, y a lo que él había respondido con la misma vaguedad:

—Hay que esperar.

—Pero teniendo en cuenta su experiencia —insistí—, ya no solo el caso de Pedro Juan, ¿cómo ve las posibilidades de superación de la enfermedad con la quimioterapia: altas, medias o bajas?

Calló unos instantes y dijo:

—Es mejor esperar un poco antes de decir cualquier cosa.

—¿Bajas? —insistí con terquedad.

—No —dijo, pero sin decisión.

—Pero tampoco altas —dije.

—Tampoco altas.

—¿Entre medias y bajas?

—Hay que esperar —repitió.

No necesitaba más para entender: «entre medias y bajas». Después mencionó algo sobre la posibilidad de iniciar una radioterapia localizada. Y explicó todas sus bondades. Me preguntó para cuándo tenía yo planeado mi regreso a Colombia. Le respondí con la fecha exacta. Ya había reservado un vuelo.

—Es muy importante que usted esté aquí —agregó.

—Yo sé.

—Usted es muy importante para Pedro Juan.

—¿Por qué lo dice?

—Porque lo menciona mucho. Habla de usted.

Las afirmaciones me sorprendieron. Me llamó mucho la atención que las dijera el médico. Eso dejaba ver que se había tomado el tiempo para conversar con mi hijo. Me complací con ese gesto de humanidad. Después pensé que los sentimientos de humanidad tendrían que ser parte de las obligaciones mínimas de un médico y entonces mi complacencia se moderó. Sabía que yo era importante para Pedro Juan, o mejor, sabía que los hijos son importantes para

uno porque uno es importante para ellos. No porque ellos lo digan o no, sino porque lo somos realmente. Para ellos, no en términos absolutos. ¿Qué tontería digo? En términos absolutos nadie ni nada es importante. Somos importantes para los hijos sobre todo en la niñez, en la adolescencia, en la enfermedad y en la muerte. Mierda.

Puedo suponer que esa importancia desaparece, o disminuye, cuando los hijos son adultos y autónomos. No sé lo que es tener un hijo autónomo. Ahora me llegaba la constatación de la importancia que yo representaba para mi hijo mayor en la versión del oncólogo que lo trataba. Me halagó saberlo así. Después de eso no tenía dudas de que Pedro Juan moriría pronto. Hay que esperar, me dije. La frase me pareció llena de mentira: Sí, hay que esperar.

De repente me sentí tranquilo. Una especie de soplo de resignación apagó casi todas las velas que representaban la esperanza en la recuperación de Pedro Juan. Todavía quedaban algunas. Decidí no alimentarlas ni mencionar a nadie que las tenía. Porque la esperanza también esclaviza: «La esperanza es una alegría inconstante que brota de la idea de una cosa futura o pretérita, de cuya efectividad dudamos de algún modo». Otra vez Spinoza. La esperanza está basada en la inseguridad, en la incertidumbre. «No hay esperanza sin miedo, ni miedo sin esperanza».

Dejé a un lado mi tristeza por un momento y le abrí campo a la tranquilidad, a la resignación, a la desesperanza. La conversación con Vargas me sirvió para dejarme en claro que tenía que guardar mucha compostura durante el tiempo que venía. Era importante para Pedro; eso era lo único que importaba.

Alicia llegó exhausta del colegio. Yo no había preparado nada para el almuerzo. No mencionamos a Pedro Juan, ni a Dios. Le propuse que pidiéramos una pizza mediana en la pizzería de la esquina. Yo mismo la traería. Ella solo quería dormir. Me costó trabajo convencerla de que se quedara despierta hasta que trajera la comida, para que durmiera mejor después del almuerzo. Así lo hicimos. Durmió casi toda esa tarde. Llegué a creer que estaba enferma.

Durante la tarde trabajé muy concentrado en el proyecto que había iniciado sobre la idea de substancia. Sostenía que esa idea tiranizaba a todo el racionalismo moderno y era inútil. Empezaron a fluir algunos pensamientos que me parecieron afortunados. Todo esto me pareció algo extraño. Y aún me parece extraño ahora que lo recuerdo. Por eso lo estoy contando. Recuerdo estar muy cansado y es muy sorprendente que hubiera podido escribir de corrido manteniendo la tensión de mi mente en ese estado. Pero la mantuve sin esfuerzo. Lo más extraordinario, sin embargo, fue que la certeza que tuve sobre la muerte segura de Pedro Juan después de la breve conversación con su oncólogo tratante no haya ocupado obsesivamente mi mente ni hubiera desajustado mi comportamiento. Estaba tranquilo. En otras oportunidades, la inquietud que me producía la enfermedad de Pedro estaba relacionada con la dura colisión entre la impotencia, el sentimiento de no poder hacer nada definitivo, y la esperanza, el sentimiento de creer que quizás sí se podría hacer algo. Mi espíritu decidió extinguir toda esperanza, y entonces se apaciguó. Quedaba la tristeza, eso sí. Nunca se fue. Nunca se irá.

Antes de despertar a Alicia, releí mis últimos apuntes. Los encontré anodinos. Temí ser incapaz de creer en las cosas que decía. Cerré entonces todos los archivos que había abierto y mi cuaderno de notas y animé a Alicia para que diéramos una caminada por el parque del barrio. Comimos helado. No tan bueno como el del Palmengarten, eso sí. No había de pistacho. Yo me tuve que contentar con uno de almendras, aceptable. Alicia pidió una combinación de frutos del bosque con vainilla que me pareció extravagante. En el parque había mucha gente y muchos niños. Ya a esa hora las fuentes de agua en las que jugaban los niños en el verano estaban apagadas. En todo caso, Alicia era muy grande para esos juegos. Solo queríamos caminar un rato juntos y comer helado en silencio. Fue lo que hicimos.

¿Es amor esto que siento?

# 1

En la sala de quimioterapia había varios sillones amplios, blandos, muy cómodos, ocupados por pacientes en tratamiento contra los más diversos tipos de cáncer. No todos estaban ocupados. La sala no estaba casi nunca completamente llena. Al lado de cada sillón había una silla de brazos para los acompañantes. No todos los pacientes tenían acompañantes. Ahí estábamos Pedro Juan y yo. El sillón de los pacientes también podía convertirse en cama. Pero casi nadie lo hacía. A Pedro le gustaba tener las piernas estiradas, aunque prefería, como casi todo el mundo, acomodar por ratos el espaldar recto, por ratos oblicuo. Una semana antes, el día en que inició el ciclo, le habían instalado en el antebrazo una cánula que se adhería a una vena por una aguja muy fina. Un catéter. Esa aguja, y esa cánula, tendrían que quedarse ahí por todo el tiempo que duraba el ciclo, y Pedro debía llevar esa parte de su brazo cubierta con curas quirúrgicas y muy bien vendada. Había que tener especial cuidado para que la cánula y el catéter no causaran una infección. Cada vez que se quisiera bañar, sería necesario tapar el lugar con una venda especial de plástico impermeable. Yo le ayudé con eso varias veces. En cualquier caso, parece que era mejor dejar ahí la cánula con el catéter por el tiempo que duraba el ciclo completo de quimioterapia que chuzar el brazo cada vez que tenía lugar una sesión.

El catéter era conectado a una delgada manguera transparente por la que bajaba desde una bolsa corriente y portátil, como la de

cualquier suero alimenticio, el líquido con las poderosas mezclas químicas que destruirían sus células atrofiadas, pero también muchas otras que no lo estaban. Y muchas otras cosas más, como el pelo, las uñas, las cejas. Unos centímetros antes de conectarse al catéter y a la cánula en el antebrazo, la delgada manguera pasaba por una cajita blanca con una rueda azul estriada a uno de sus lados y que servía para controlar la regularidad del goteo. Era como una especie de compuerta.

Las sesiones de quimioterapia duraban varias horas. Casi nunca hablábamos en ese tiempo. Pedro se instalaba unos audífonos y oía música desde su celular. A veces dormía. Yo procuraba leer y muchas veces dormitaba u observaba lo que ocurría a mi alrededor. O pensaba sin concentración.

La gota que bajaba con regularidad por esa manguera, perseguida perezosamente por otra gota, y entraba al cuerpo de Pedro Juan por una de sus venas, llevaba todos los misterios. Todos los misterios para nosotros, que tenemos que entender las cosas diciendo lo que son. Si no podemos decir lo que algo es de un modo determinado no podemos entenderlo. Pero nada es una sola cosa y por eso nada es determinado por fuera de nuestra necesidad de entenderlo. Es más fuerte nuestra necesidad de entender que nuestro entendimiento efectivo. Y en el afán de acercar ambas cosas se nos va la vida. Para seguramente decirnos al final que o la hemos debido vivir, o la hemos debido comprender, pero no las dos.

Antes de empujar la gota que esperaba su ingreso al torrente de sangre de Pedro al final inferior de la manguera, en la cánula, la gota que empujaba pendía durante unos segundos en la parte alta, la que conectaba la bolsa con el otro extremo de la misma manguera

delgada. Después se descolgaba y rodaba. Podía ser que intervinieran tres o cuatro, pero no muchas más, en el proceso. Muchas más formarían un atasco. Estaba, entonces, la gota que esperaba para entrar por el antebrazo, la que colgaba en la parte alta de la manguera y una más, o dos, que ya rodaban o pasaban por la pequeña compuerta blanca con la rueda estriada. Y esto ocurría despacio, con precisión, por varias horas, hasta que la bolsa de líquido enflaquecía, se arrugaba y se vaciaba.

Una enfermera pasaba regularmente por cada uno de los sillones ocupados y controlaba que todo estuviera bien dispuesto para que las gotas fluyeran sin prisa pero sin tropiezos. La primera vez que acompañé a Pedro Juan, a los pocos días de mi llegada, la enfermera me recomendó que estuviera atento a que el líquido entrara; si observaba alguna obstrucción, o sangre por la cánula adherida al antebrazo, debía llamarla inmediatamente. Ella volvería a pasar en un rato. Observé con mucha diligencia, e incluso con algo de tensión, todo el simple mecanismo y sin darme cuenta empecé a contar una a una las gotas que colgaban, rodaban en vertical por la manguera y empujaban a las otras gotas. Ni era necesario, ni tenía sentido, contar las gotas. Pero yo las conté por un buen rato como un estúpido autómata esa primera vez, después de la recomendación de la enfermera.

Cada una de esas gotas llevaba la sanación de Pedro Juan, pero cada una de esas gotas que no se podían devolver, ni obstruir, sino empujarse unas a otras y entrar en el cuerpo de mi hijo, llevaba también la destrucción. Ni siquiera una simple gota es una sola cosa. Cada gota de esas, colgante, rodante, empujadora y empujada, traía un potente material químico que en algún momento debería alcanzar

las células cancerosas de Pedro y aniquilarlas. Pero ninguna de esas gotas era selectiva. La química no es selectiva, mucho menos la física. La química de cada una de esas gotas destruye células que crecen sin orden ni control, aunque también otras que florecen en un cuerpo que se desarrolla. Ella no las discrimina. Es por la física de cada una de esas gotas, por la física de la delgada manguera transparente, por la física de las arterias, que esas gotas ruedan y se empujan forzadas por la gravedad, se revuelven con la sangre y viajan con ella por el cuerpo hasta llegar a sitios que no buscan, en los que está aquello que crece bien y aquello que crece mal, y lo destruyen. Muere por ellas, es destruido, lo que nos mata, pero también muchas cosas que hacen que vivamos. La biología de esas gotas consiste en matar células de muchos tipos, enfermas y no enfermas, para que en algún momento un sistema en el que las últimas ocupan algún lugar y desempeñan alguna función las haga prevalecer y pueda restablecer esa suerte de equilibrio temporal y precario que llamamos salud. Y claro, todas las células enfermas deben desaparecer. Y no pueden volver a surgir nuevas. Su dinámica de reproducción debe ser intervenida y aniquilada. Pero nada, ni siquiera una de esas gotas, ni siquiera una de esas células, es una sola cosa. Las que están atrofiadas y se expanden, te matan. Las que no lo están y crecen y se reproducen con algún control, también envejecerán y morirán. Tú morirás. Yo moriré. La gota las mata casi a todas. Solo nos queda la confianza en que la dosis adecuada permita restablecer por un tiempo el equilibrio, que tampoco es responsabilidad de nadie ni de nada, sino que resulta de un cuerpo en algún sentido organizado, vivo, relacionado con el mundo. Pero ni aun eso. La confianza candorosa de que todo irá bien, o al menos

irá, mientras cursa nuestra vida, no tiene poder ni jurisdicción sobre la certidumbre de la muerte. Todos los ríos llevan al mar.

Acompañar a Pedro Juan a sus sesiones de quimioterapia me complacía. Durante el primer mes y medio después de mi regreso lo acompañé a esas sesiones regulares. No me agradaban ni el ingreso al hospital ni el trámite rutinario frente a una ventanilla antes de acceder a la sala de quimioterapia. No me gustaba, más bien aborrecía, el olor de ese hospital cuando nos dirigíamos a la sala por un largo pasillo subterráneo iluminado con luces de neón y decorado con carteleras e imágenes artificiales de tulipanes, de rosas mentirosas que colgaban en paredes blancas y brillantes. El olor de ese pasillo era una mezcla de líquidos de fragancias irreales, concentradas, para limpiar los pisos, y algo que debía estar compuesto por alcoholes puros, intensos, crudos, pero que yo no podía reconocer exactamente. No todo era alcohol, pero todo sí era químico, aséptico.

Sin embargo, una vez estábamos en la sala de quimioterapia y Pedro Juan era conectado a la manguera por la cánula con el catéter, me complacía estar ahí. Cada una de esas sesiones de varias horas se convirtió en un tiempo para olvidar los acosos de la vida y para estar cerca de Pedro Juan. En silencio. Casi siempre en silencio.

La primera vez todo fue nuevo y muy extraño para mí. Había llegado dos días antes a Colombia y estaba cansado. Todavía sentía el rigor del cambio de horario. Las sesiones de quimioterapia habían empezado una semana antes y Pedro Juan sabía más o menos bien todo lo que se debía hacer cuando estábamos en el hospital. Como solo era permitido que hubiera un acompañante por paciente, Leticia y yo tendríamos que turnarnos durante todo el ciclo. Yo propuse

acompañarlo todas las veces. Era algo que necesitaba. Estuvimos de acuerdo. Por otra parte, la quimioterapia no era lo único por hacer. Había que andar de un lado para otro; reclamar una orden médica acá, llevar un resultado clínico allá, ir por una radiografía más allá, hablar con los médicos, con los terapistas. Mi prioridad era estar con Pedro Juan. Hacía saber eso cada vez que teníamos que dividirnos las tareas. Él también lo solicitaba.

A todo lo que había que hacer por Pedro Juan se sumaba mi acomodación en Bogotá. Leticia me propuso quedarme con ellos en su pequeño apartamento mientras encontraba un lugar para vivir. Tendría que dormir en la sala. Parecía que la idea hubiera sido de Pedro. Lo supongo porque cuando dije que no y añadí que ya había cuadrado con Guillermo Sarmiento para quedarme en su casa los primeros días, Pedro Juan insistió con cariño, sin presión, en que era una buena idea.

—Son solo unos días —dijo—, mientras tanto.

Era una mala idea. Guillermo tendría su apartamento libre unos días, debido a uno de sus viajes, y yo podría disponer de él. Si todavía no había encontrado lugar en donde vivir cuando él estuviera de regreso, podría quedarme en el cuarto de huéspedes. Eso no fue necesario. Antes de mi partida de Alemania ya había empezado a visitar por internet la página de la lonja de propiedad raíz en Bogotá y las de algunas agencias arrendadoras. Pero la mejor forma de encontrar sitios para vivir en cualquier ciudad de Colombia sigue consistiendo en pasear por los barrios y ver los carteles que se fijan en las ventanas de los apartamentos que se arriendan o venden. Eso

hice durante los primeros días. Confiaba en encontrar algo rápido. En una sola mañana de mi recorrido por los barrios que me interesaban alcancé a anotar varios teléfonos en mi cuaderno de tareas. La oferta era amplia y esto no tendría por qué ser un problema. No lo fue. Menos de dos semanas después de mi llegada ya estaba presentando la solicitud de arrendamiento de un pequeño apartamento de dos habitaciones en el barrio que más me interesaba: el Centro Nariño. Más exactamente: el Centro Urbano Antonio Nariño. Añadí una nota a mi solicitud en la que decía que estaba dispuesto a dar seis meses de arriendo por anticipado. Eso tendría que ayudar.

El Centro Nariño es un conjunto residencial de fines de los años cincuenta del siglo pasado; diseñado, dicen, por Le Corbusier. Pero a mí eso siempre me pareció una leyenda o una historia inflada por el patriotismo local. El barrio multifamiliar, de edificios altos y largos, aunque no anchos, rodeados de zonas verdes, fue en la época un proyecto emblemático de vivienda de «interés social», como le llaman en Colombia a la vivienda para pobres. Hoy en día eso ya no es tan excepcional. En Bogotá pululan por doquier los «Centros Nariño»: conjuntos residenciales desabridos y sin belleza de bloques como cajas de abejas hechas de ladrillo, encerrados entre mallas y custodiados por celadores que pasan en varios turnos el día y la noche metidos en casetas con techos de zinc que no miden ni un metro cuadrado y a lo sumo llegan a dos metros de altura.

Lo que no era tan común y sí llamaba la atención del Centro Nariño eran sus amplias zonas verdes, los jardines, y el espacio relativamente generoso que había entre los edificios. Para vivienda de «interés social» se han dejado de usar esos criterios desde hace

mucho tiempo. Ahora lo que uno ve es mucho abigarramiento, concentración, asfixia, empleo económico y mezquino del espacio. Ladrillo, asfalto y ventanas baratas.

Conocía bien el Centro Nariño porque viví en él con mi madre durante casi veinte años. Buena parte de mi infancia la pasé allí, toda mi adolescencia y los años de estudio en la universidad. En una palabra: cerca de la mitad de mi vida. Allí pasó mi madre sus últimos años, sus últimos días. Busqué, no tengo claro por qué, vivir en el barrio de mi infancia nuevamente. Tenía, eso sí, un recuerdo grato de sus zonas verdes y sus jardines de hortensias, del parque en el medio, de la gran cancha de fútbol, de las de básquet, de los urapanes que levantan con sus raíces las losas de cemento de los senderos, de los cipreses a los costados de la iglesia. El barrio tiene iglesia, colegio (en donde yo mismo cursé la primaria y el bachillerato), teatro, salón comunal, droguerías, banco, lavandería, tiendas y una enorme y desapacible cafetería (el Cream Doré), que también es un restaurante y en mi adolescencia se usaba como salón de baile, a la que la redime el hecho de que las ventanas de su costado oeste dan contra un vivero colorido y luminoso. Me entusiasmaba vivir en el Centro Nariño, pero también me entristecía y me preocupaba. Sobre todo me preocupaba porque las continuas referencias a mi pasado podrían meterme demasiado en mí mismo cuando lo que en ese momento más necesitaba era olvidarme de mí para ponerme al servicio de Pedro Juan. Y para construir mi futuro. Qué frase más abstracta y vaga. Y, sin embargo, cierta.

Pero fue muy distinto el efecto que me produjo ese sitio, al menos los primeros meses. La sensación de seguridad y acogida que ese barrio me había brindado en la infancia seguía ahí. El Centro Nariño

es un barrio cerrado, custodiado y verde, en medio de una ciudad agresiva, sucia y ruidosa. Conforma una vida propia, aislada, no tiene calles, solo senderos peatonales rotos por las raíces de los árboles. Recordaba bien que la vida de los niños y los jóvenes transcurría allí en el exterior, sobre los prados, hasta altas horas de la noche, sin miedo. Asociaba mi vida de niño y adolescente en ese barrio con el olor del pasto, los pinos y la tierra húmeda, y con cierta aura protectora, el aura protectora de mi madre. Quizás por eso quise volver a él en un momento de mi vida en el que me sentía tan desamparado.

Lo cierto es que busqué vivir nuevamente en el barrio de mi infancia y de mi adolescencia y que la emoción que me produjo haber conseguido allí un pequeño apartamento no era solo una emoción que animara, sino que también inquietaba. No parecía ser una emoción simplemente alegre. Había entusiasmo allí, sí, pero lo sentía difuso, como envuelto en una pañoleta de seda tersa y pálida, triste. Creí que eso tendría que ser normal, pues la tristeza era en ese momento de mi vida mi condición. Siempre estoy triste, recuerdo haberme dicho en un momento en el que quise sonreír con satisfacción por haber conseguido un apartamento para vivir en el barrio protector y apacible de mi infancia. De mi memoria. Y no sabía si era mi tristeza la que atraía mis pensamientos tristes o estos los que atraían mi tristeza.

El mismo día en que recibí el apartamento di una vuelta completa al parque, como solía hacerlo cuando vivía allí o cuando iba a visitar a mi madre, y tomé la decisión de no guerrear contra mi memoria. La clausuraría, cerraría la entrada de los recuerdos cada vez que sintiera que ellos podrían afectar mi conciencia clara y firme.

Necesitaba fuerza y tranquilidad. La fuerza de mi conciencia. Vivir aferrado al pasado detiene la libertad y ofusca la mente.

El pequeño apartamento en el que empecé a vivir a principios de aquel agosto lluvioso en Bogotá quedaba en el piso 12 de una de las alargadas torres «Le Corbusier» del Centro Nariño. Constaba de dos espacios y medio: una sala comedor y un dormitorio separado por un muro de algo que podría servir de estudio. Ese muro no iba hasta el cielo raso, sino que era más o menos de mi altura y tenía una estantería incrustada con entrepaños de vidrio. Lo que podría servir de estudio no podía ser considerado un espacio completo en todo caso. A lo sumo cabrían allí una pequeña mesa y un asiento y era muy oscuro debido a que su única ventana, alta y pequeña, diseñada más bien para que le entrara aire y no luz, daba contra el largo corredor del piso 12. Esa pequeña habitación se convirtió pronto en el cuarto de las maletas vacías y los objetos inútiles. El otro lado del apartamento, el de la sala comedor y el dormitorio, era en cambio muy luminoso. Miraba hacia el este. Desde ahí tenía a la vista los cerros de Monserrate y Guadalupe, lejos pero a la vista, y las imponentes montañas que se extienden a lo largo de toda la parte oriental de la ciudad. O al revés, mejor: hay, ha habido, habrá, siempre ha estado ahí, ahí estará por milenios, una larga cadena montañosa, verde y negra, también en algunas partes azul, en algunas horas del día plateada, enorme, a lo largo de la cual se ha ido extendiendo en el último siglo y medio la monstruosa ciudad de Bogotá. Que también se esparce indómita y fea hacia el oeste, el norte y buena parte del sur por una enorme altiplanicie, y que seguro no estará más ahí en unos cuantos siglos. La única dirección hacia la que no puede crecer Bogotá es el oriente porque se estrella

con esa muralla no humana de montañas oscuras que yo podía ver casi completa desde la sala comedor y el dormitorio de mi apartamento del piso 12. Así y todo, también podía observar cómo mucha gente se las ha arreglado para arañar la montaña y clavar, a veces colgar, sus casas y edificios en algunos sitios de la ladera empinada. Casi invariablemente esas construcciones irregulares y rectilíneas afean la montaña, le dan un tono gris, arenoso, también mezclado con el color del ladrillo. Da la impresión de que la asfixiaran. No llegarán a la cima, por más que se esfuercen.

# 2

El día de la cuarta sesión de quimioterapia ocurrieron dos cosas que abatieron el ánimo de Pedro Juan. Cuando estábamos en la puerta del apartamento en el que vivía con su madre, ya listos para salir hacia la clínica, me detuvo poniendo su mano en mi pecho y me dijo:

—Mira.

Y arrancó con su otra mano, sin hacer fuerza, un copioso mechón de un lado de su cabeza. Yo observé en silencio su mano extendida con el mechón e inmediatamente después busqué sus ojos. Nos miramos fijamente unos segundos.

—¿Cuándo empezó a ocurrir?

—Lo acabo de notar en el baño —respondió.

No dije nada. Pedro dio unos pasos hacia la cocina, buscó la caneca de la basura y arrojó en ella el mechón. Y salimos.

—Es normal.

—Sí —dijo serio, seco, devastado—. Es normal.

Callamos durante todo el recorrido a la clínica y durante toda la sesión. Pedro Juan estaba ausente. Esquivaba mis ojos. No se acomodó inmediatamente los audífonos sino que puso su mirada en una de las ventanas que daban a un antejardín. O mejor: a un parqueadero al aire libre y a un antejardín uniforme y sin gracia. Aunque parecía obvio que no miraba nada. Yo no estaba ausente. Por eso tuve que esforzarme para que mi atención en él no le

molestara. Intenté, más bien fingí, leer un rato y procuré que fluyera el tiempo serenamente. No miraría a Pedro sino cuando él me mirara, no pronunciaría palabra alguna mientras él no lo hiciera. Sentía que teníamos que hablar, pero no me importunaba que no hubiera ninguna prisa para hacerlo. Mi tiempo no era mi tiempo sino el de Pedro Juan. O sí, sí era mi tiempo. Ese era mi tiempo. Todo mi tiempo era el de Pedro. Tenía que ser así porque el tiempo de mi hijo se acababa, el mío no.

Me inquietaba que hubieran dejado insertado el catéter en el antebrazo de Pedro Juan. Me parecía que eso podría provocar alguna infección. Mi preocupación se acentuó al saber que la quimioterapia ya estaba empezando a generar efectos colaterales, que podían también afectar el sistema inmune. Me propuse ponerle de manifiesto mi inquietud a la enfermera que vigilaba la sala pero tendría que hacerlo de tal manera que Pedro Juan no lo notara. En un momento en el que él, ya con los audífonos en sus oídos, parecía adormecido, me levanté con el pretexto de ir al baño y buscar algo en la cafetería de la clínica. En la entrada de la sala le hice un gesto a la enfermera para que viniera conmigo un momento al corredor. Le dije allí que tenía dudas de que valiera la pena dejar un catéter adherido en el antebrazo por tanto tiempo solo para no tener que chuzarlo por seis veces y agregué que como mi hijo estaba especialmente sensible porque había empezado a perder pelo ese mismo día, no quería que él me viera hablando con ella de los riesgos de infección.

—No son seis sesiones, señor Salamanca —dijo ella—, son doce.

—¿Cómo así? Me habían dicho que eran seis.

—Permítame.

Y volvió a entrar a la sala. Salió con una tableta electrónica que tenía en el escritorio y me mostró:

—Doce, aquí dice doce sesiones.

Le pregunté que cuándo habían tomado esa decisión y me dijo que no lo sabía, que ella solo hacía lo que le ordenaban. Di las gracias y sonreí con una sonrisa notoriamente falsa. Ella, claro, no tenía la culpa de nada. Pero yo tampoco de tener que sonreír sin sonreír. Saqué mi celular de la chaqueta, también de un modo notorio, y me dirigí a la cafetería. Le dije que en un rato estaría de regreso. Ella volvió a la sala.

Vargas me explicó que había decidido duplicar, «por ahora», las sesiones de quimioterapia porque quería «estar más seguro». Eso fue lo que dijo. Pedro Juan estaba joven y era fuerte, por eso se podía confiar en que una intensificación de la medicación no representaría ningún problema. Podría incluso pensarse en hacer dos sesiones por semana. Le pregunté si Pedro tenía conocimiento de ese cambio y me respondió que él creía que sí porque se lo había dicho a su madre. En todo caso, él tendría que verlo muy pronto, quizás la semana siguiente. Cuando le conté lo de la pérdida del pelo y que eso había entristecido a Pedro Juan me respondió que ambas cosas eran normales, que perdiera el pelo y que se entristeciera por ello. Me dijo que muy pronto lo perdería por completo y me recomendó ir con él a comprar un par de gorros bonitos de lana. Añadió que seguramente pasarían más cosas, como náuseas y vómitos, incluso pérdida de las uñas, desaliento. Me repitió que muy pronto hablaría con él y lo examinaría. Volvió a insistirme en la importancia del apoyo emocional y de la proximidad. Dijo haberse alegrado de oírme y de que estuviera ya en Colombia. Me dio ánimo.

Por ahora no podíamos más que esperar la evolución del tratamiento. Y se despidió de mí de modo cortante. Era evidente que estaba ocupado. No alcancé a decir nada sobre el catéter ni a preguntar nada. Vi mi rostro cansado en la pantalla del celular silencioso y sentí que así estaba bien, que estaba bien no hablar más por ahora con ese médico. Pero me invadió al mismo tiempo una molestia. Me sentía muy poco dueño de mí y muy torpe. Y lo peor es que si fuera dueño de mí igualmente no podría hacer nada, porque nada importante dependía de mí. Salvo estar con Pedro. No como yo quisiera sino como él lo determinara. Ser o no dueño de mí era lo menos importante.

Pedro Juan no sabía que el ciclo de quimioterapia se había intensificado y alargado. Se lo pregunté en el taxi cuando íbamos de regreso a la casa. Al principio guardó silencio y miró fijamente al exterior por la ventana. Ahí estaban sus ojos quietos, orientados hacia afuera, pero su mirada no estaba puesta en nada. Ya había sido testigo varias veces de ese gesto de Pedro Juan: sus ojos dirigidos a alguna parte del mundo exterior pero su mirada ausente de ese mundo, más bien concentrada en algo dentro de sí. Me habitué en ese tiempo a esa forma suya de fijar los ojos en algún lugar sin mirarlo y eso es parte muy persistente de la memoria que conservo de la última parte de la vida de mi hijo. Era como si no tuviera mirada externa en esos momentos, como si sus ojos y la mirada de sus ojos fueran solo una fachada vacía, bella, eso sí, porque sus ojos eran bellos: castaños, nítidos, definidos, enmarcados por las cejas pobladas y protegidos por los párpados serenos que terminaban en unas pestañas largas, hacia arriba onduladas. Pero en esos momentos de abstracción eran ojos bellos

para nosotros, solo fachada, ojos rutilantes sin mirada definida, porque Pedro Juan se ausentaba, se perdía en su mundo, quizás en sus recuerdos, o en su desconcierto, o en su incredulidad, o en la imposibilidad de hallarle algún sentido a lo que pasaba, o simplemente en nada. Muy pronto Pedro Juan perdería también esas cejas gruesas y esas pestañas magníficas; al puro final de su vida perdería la mirada.

Después de unos minutos tomó el teléfono celular y llamó a su madre. Casi sin saludarla, sin responder siquiera a alguna de sus preguntas rutinarias, la increpó alterado:

—i¿Cómo así que duplicaron el número de sesiones de quimioterapia y tú no me lo contaste?!

Yo alcancé a sentir la turbación de Leticia al otro lado. La alcanzaba a oír perfectamente. Dijo que ella misma se había enterado hacía poco y que pensaba que de todas maneras nos lo dirían a nosotros en el hospital.

—No. No nos lo dijeron. Lo supimos por casualidad —dijo Pedro en tono cortante y muy brusco.

Leticia buscaba explicaciones y trataba de restarle significado al asunto pero Pedro Juan interrumpía cada una de sus frases. Su tono de voz subía y su impaciencia aumentaba en proporción directa al azoramiento de Leticia. Y al revés también: a mayor violencia en la manera de hablar de Pedro, mayor el aturdimiento de ella y más limitada su capacidad de dar alguna explicación.

—Si lo supiste me lo has debido decir inmediatamente.

—Lo siento —dijo ella con docilidad y nerviosismo.

—¡No me importa si lo sientes! —le gritó—, no olvides que soy yo, ¡yo!, el que está enfermo.

Y colgó. Resopló con fuerza y continuó mirando por la ventana del carro, pero sin mirar nada. Al cabo de un silencio largo, tenso, en el que cada uno dejaba vagar a su manera su mirada por su respectiva ventana, le dije que no debería ser tan duro con su madre. Lo dije sin mucha convicción. Pedro no reaccionó a mi observación. Siguió en silencio, sus ojos lejos de mis ojos. Daba la impresión de que le era indiferente mi frase, de que le tenía sin cuidado qué hiciera yo o qué dijera. Mi intención no era ponerme en ese momento del lado de su madre, pero tampoco podía aprobar su actitud. Quizás lo que quería decir era más bien que no me parecía adecuado que se ofuscara de un modo tan violento, que me preocupaba su estado de ánimo. También pensé en Leticia en medio de toda la situación. Aunque de una manera ambivalente; por una parte me cayó mal que no nos hubiera contado lo del cambio de planes; que no le hubiera contado a él, pues yo seguramente estaba todavía volando hacia Colombia. También creí que eso debería ser obligación del médico. Era extraño, en todo caso, que Leticia no hubiera dicho nada. Algo tan obvio y simple. ¿Qué motivo podría tener para no hacerlo? ¿Miedo? ¿A qué? ¿A la verdad? ¿Cuál? Aunque en ese momento nada completamente definido se había establecido sobre la efectividad del tratamiento contra los vestigios del tumor de Pedro Juan, para todos era obvio que Leticia negaba cualquier cosa que confirmara una realidad adversa a la recuperación. Podía haber sido entonces miedo a la verdad, a los hechos. ¿O tal vez cobardía? Si de todas maneras Pedro Juan se iba a enterar muy pronto de los cambios de planes en el tratamiento, ¿por qué tendría que ser ella la que los comunicara? No tenía rostro ni ánimo para hacerlo. Eso también era posible. Vargas no podía estar chequeando

continuamente a Pedro Juan porque tenía muchos pacientes más. Le dijo en algún momento a la madre lo de la intensificación del tratamiento porque el padre no había llegado aún al país, porque Pedro no estaba por ahí. Y ya. Para él quedó enterada la familia. Revisaría a Pedro Juan en persona en dos o tres semanas. No es necesario el médico tratante para aplicar la quimioterapia. Para eso está el equipo paramédico. Eso era todo.

—¿Qué dijo Vargas? —preguntó Pedro Juan.

—¿Perdón?

—¿Qué dijo Vargas cuando lo llamaste hace un rato?

—¿De qué?

—¿Cómo que de qué? —reaccionó irritado—. De por qué aumentaron la dosis. ¿Qué repercusión tiene eso? ¿Qué te dijo?

Mi mente quedó quieta, empantanada, con esa breve pero desesperada salva de preguntas.

—Nada —respondí—, no alcancé a preguntarle nada. Estaba ocupado. Dijo que te vería la semana que viene y que había tomado esa decisión para «estar más seguro». Esas fueron sus palabras.

—¿Más seguro de qué? ¿Qué más dijo?

—No dijo nada más…

—¿Y tú no le preguntaste?

—No pude. Fue muy cortante. Estaba muy ocupado. Te verá pronto y podremos hablar con él. Por ahora no podemos hacer nada distinto a lo que estamos haciendo. Tienes que calmarte.

Resopló de nuevo. Respiró profundamente. Dejó caer hacia atrás la nuca. Fijó los ojos en el techo del taxi y dijo:

—Lo siento.

Se calló. Siguió respirando desde el fondo de sí. Trataba de hacerlo con calma, buscando su propio dominio. Estaba muy contrariado.

—No pasa nada —le dije.

Puse mi mano sobre uno de sus muslos. Pude sentir el calor de mi propia mano sobre la tela áspera de su bluyín. Tanta falta me había hecho eso en estos meses. Tocar a Pedro en momentos como ese, sentirlo cerca físicamente. No tuve ninguna certeza de que también eso fuera lo que él añoraba, parecía más bien que no. Miró nuevamente hacia afuera. Era como si me diera la espalda. Sentí, en todo caso, que retornábamos lentamente a la tranquilidad tibia del silencio compartido durante las horas de la quimioterapia. Aunque las molestias siguieran ahí.

Volví a pensar en mi breve conversación telefónica con Vargas y en mi torpeza. Por supuesto que hubiera podido formular alguna de las preguntas que me hizo Pedro. Y otras. Me dije que si iba de veras a acompañar a mi hijo en su enfermedad no bastaba simplemente con estar a su lado. Tendría que ser dueño de mí mismo porque nadie quiere ser acompañado por un pendejo. Se me ocurrió decirle a Pedro que podríamos ir a almorzar a algún sitio agradable y después, si él quería, buscaríamos un par de gorras de lana. No teníamos que gastar palabras hablando de la inminente caída del pelo. Lo de las gorras era una manera de decir que hay cosas que no se pueden cambiar, pero sí ennoblecer. Lo del almuerzo sería una forma de animarlo. Quizás sugiriendo cosas así podría empezar a adueñarme de esta nueva vida. ¿Adueñarme?

—No lo sé —dijo—, quizás más tarde, ahora no tengo apetito.

Callamos.

—Cerca de la casa hay una peluquería —dijo repentinamente—. ¿Me acompañas?

¿Una peluquería? ¿Para qué quería ir a una peluquería? Me dijo que se quería rapar y ante mi cara de sorpresa agregó que no le veía nada de raro a eso. Expresé con torpeza mi acuerdo. No quise saber nada más.

Pedro Juan tenía razón. Si habría de perder el pelo por efecto del tratamiento contra el cáncer, ¿por qué esperar? ¿Para qué tener que ver los mechones marchitos y caídos todas las mañanas en el lavamanos o en la almohada? ¿Para barrerlos y botarlos a la caneca? Vino a mi mente un poema de Borges en el que, un paso antes de entrar en el desierto que tenía que cruzar con varios soldados, Hierocles de Alejandría vierte al suelo el poco de agua que quedaba en su cántaro y mirando al vasto horizonte dice: «Si hemos de entrar en el desierto, ya estoy en el desierto. Si la sed va a abrasarme, que ya me abrase».

# 3

No he dicho nada de la risa de Pedro Juan, ni de su sonrisa.

Pedro Juan tenía el rostro amplio, parecido en eso al de su madre. Solo en eso. Su piel era blanca y rosada y tenía algunas pecas diminutas, café claro, que se regaban alocadamente desde las bases de la nariz hasta bien entradas las mejillas. Esa constelación de pecas discretas, finas, siempre le dio a su cara un aire infantil. Su nariz era recta y proporcionada, no muy delgada, no muy grande. Ya he dicho algo de la belleza de su boca y de su cabeza redonda y perfecta. Puede ser todo ello efecto normal de la juventud y de las apreciaciones del padre de un hijo muerto. Puede ser. Pero estoy más o menos seguro de que la boca de Pedro Juan era muy especial: pequeña —claramente no heredada de su madre— y bien definida por sus labios rosados, al final de su vida más bien pálidos, en su muerte secos, blancos. El labio superior parecía un ave desplegada y la cuenca que se formaba entre las dos alas continuaba más allá de él para terminar cerrándose y desapareciendo justo en el centro bajo de la nariz. El labio inferior, algo más grueso, también tenía un pequeño puente curvo en el medio que marcaba un límite clarísimo, un relieve exacto, con el resto de la cara y de la piel. Ese labio perfectamente marcado terminaba cerca de las comisuras en una pequeña caída. Y esas dos cosas, el ave desplegada del labio superior y la caída del labio inferior, eran las que dibujaban la risa y la sonrisa de Pedro Juan.

Las que las dibujaban, pero no las que las coloreaban. Los colores de la sonrisa de Pedro Juan provenían de sus ojos castaños y de su mirada limpia; los de su risa, de esos mismos ojos, de sus dientes blancos y bien alineados, de sus mejillas tenuemente rosadas.

Es normal asociar la risa frecuente y por cualquier cosa con la alegría de vivir. Para mí es más bien la señal de la incapacidad de distanciarse del mundo y ser uno mismo. En mi aparato de prejuicios la risa frecuente cuenta como una modalidad de la estupidez. Por eso no me gustan las entrevistas con el Dalái Lama. Me decepcionan, porque se ríe demasiado. Mi aparato de prejuicios.

Pedro Juan no reía mucho. Lo recuerdo más bien como un chico serio, un adolescente silencioso y observador. Ahora que lo pienso me parece, ya me parecía entonces, ver en él eso que dije: que su falta de prodigalidad con la risa era una forma de afirmarse, de no ceder a la corriente de afectos bobos. Lo cierto es que eso me unía a él por un fluido lazo de simpatía. Nada de ello era premeditado, se trataba simplemente de su manera de estar en el mundo, al menos en el de los adultos. Puedo suponer que en el mundo de los niños mi hijo fue tan ruidoso como cualquier otro niño.

Recuerdo la fiesta de su quinto cumpleaños. Tuvo lugar en la casa de sus abuelos maternos, que tenía un garaje largo y un jardín interior. Ambos espacios se dispusieron para la fiesta y se adornaron con cintas de colores y balones de inflar. Había unos quince niños, amigos suyos casi todos del jardín infantil, con sus padres y sus madres. Pedro Juan correteaba con su amigos y sus amigas y gritaba, como todos, con mucha animación. Lo que más ha quedado grabado en mi memoria de ese día, sin embargo, fue algo que ocurrió en la función del mago. Su madre había contratado a un

amigo mago para entretener a los chicos. La función del mago era el corazón de la fiesta. En uno de sus números, el mago ocultó a la vista de todos un conejo de felpa dentro de un sombrero de copa hecho con cartulina negra. Al lado derecho de él, en otra mesa, tenía otro sombrero idéntico en el que no había nada. Mostró a los niños que efectivamente no había nada. Luego les explicó que se disponía a trasladar por medio de magia el conejo oculto en el sombrero de la izquierda al sombrero de la derecha y les preguntó:

—¿Cómo quieren que lo haga, de modo visible o invisible?

Los niños gritaron al unísono:

—¡Invisible!

El mago asintió, y cuando se disponía a hacer el traslado mágico, Pedro Juan interrumpió:

—No. Visible.

Estaba en el centro de la primera fila, rodeado de sus amigos. Él era el cumpleañero, y esa era su voluntad. Hubo en ese momento un breve rumor de disentimiento.

—Muy bien —dijo el mago—, haré entonces el traslado de modo visible.

Entonces levantó el sombrero de cartón en donde estaba oculto el conejo, lo tomó del cuello con una de sus manos en un gesto demostrativo, se dirigió a la mesa de la derecha en la que estaba el otro sombrero, lo levantó con la otra mano, y puso ahí el conejo de felpa. Inmediatamente después hizo una venia y solicitó un aplauso. Algunos adultos rieron, muchos de los niños también, pero otros expresaron desaprobación. Pedro Juan, que fue de los que no rio, dijo:

—Eso no es magia.

A lo que el mago repuso:

—Tú dijiste que querías el traslado de modo visible.

Y le dirigió una mirada consoladora como queriendo decirle: «La magia no se ve». Pedro le devolvió un gesto de incredulidad con el que a su vez pareció expresarle: «Y tú no eres un mago sino un payaso». La función continuó y la animación de Pedro Juan no decayó. La magia no se ve.

Por ese recuerdo puedo pensar que Pedro Juan era un niño que tenía una vida alegre entre los niños. Aunque no me cuesta trabajo imaginarlo callado y aislado en una esquina del patio del colegio en el recreo. Imaginarlo, digo, porque no tengo muchos recuerdos de la infancia de Pedro Juan. Nunca llevé a Pedro Juan al colegio, nunca lo recogí en el jardín infantil. Era apenas un bebé de dos años cuando dejé de vivir con él y con su madre. Y muy pronto después de su quinto cumpleaños me fui de Colombia. Leticia y él vivían al extremo norte de Bogotá y yo muy cerca del centro. Al principio nuevamente con mi madre, en el Centro Nariño. Meses después tomé en arriendo un apartamento con varios amigos en las inmediaciones de la Universidad Nacional. Pero más o menos dos años después volví a donde mi madre debido a que yo no tenía una forma estable de mantenerme (nunca la he tenido) y a que ella enfermó, también de cáncer. Cáncer en el hígado con una rápida e incontrolable metástasis a los pulmones. Desde el diagnóstico de cáncer de mi madre hasta su muerte ahogada en sus flemas y separada de todo lo consciente y vivo por potentes dosis de morfina pasaron no más de tres meses.

—Mejor así —recuerdo que dijo un amigo suyo del vecindario el día del funeral—, han tenido suerte ella y usted.

Mi madre no tuvo ningún tratamiento contra el cáncer. No hubo tiempo para ello. No quiero pensar en esa muerte ahora. Está lejos. No duele ya. La agonía de mi madre fue espantosa, cruel, maloliente y fea. Pero corta, contundente. No me cuesta desterrar ese recuerdo de la mente. Cuando aparece, como ahora, simplemente lo expulso, sin violencia. Y se va sin resistencia. Como ahora.

Durante mucho tiempo me hizo falta mi madre; en cierto sentido todavía me hace falta. Mi memoria de ella es ante todo gratificante. Creo que a eso contribuyó el hecho de que empecé a soñar regularmente con ella poco después de su muerte. Eran sueños agradables, nada espectaculares, en los que casi siempre hablábamos o me decía cosas muy parecidas a las que siempre me decía en vida. Con el tiempo esos sueños fueron escaseando. Ya casi no los tengo. Puede aún ocurrir que ella aparezca en un sueño, no como una figura central sino más bien como un acompañante, como un vigilante. Aunque ya no sean tan vívidas esas imágenes y esas situaciones soñadas, cada día más exiguas y desdibujadas, siguen produciendo alegría y sosiego. Quisiera soñar más con mi madre.

La sonrisa de Pedro Juan tampoco era muy constante pero cuando aparecía era ajustada. No era frecuente que sonriera falsamente y por cortesía. Al contrario, aun cuando tenía que posar para alguna foto, Pedro Juan salía siempre serio. Había que recordarle que en las fotos se sonríe. Así y todo, casi nunca lo hacía. Para escribir este párrafo he mirado buena parte de la colección de fotos que tengo de mi hijo antes de la enfermedad y he podido constatar que un rasgo común en ellas es la casi ausencia de sonrisas. Las pocas que hay no son sus sonrisas, son poses de sonrisas. Viendo esas fotos me pregunto por qué siempre, o casi siempre, Pedro Juan se ponía serio

cuando iba a ser fotografiado. Era como si al saber que la imagen de su rostro iba a quedar estampada para siempre, ella debería ser concordante con la quietud de la mirada seria y penetrante. Las sonrisas son efímeras. Y sonreír a la orden de sonreír, para una foto, siempre tendría que resultar falso. La seriedad de su rostro en las fotografías parecía expresar ese conocimiento. Me agradaba mucho la sonrisa genuina de mi hijo y cuando estábamos juntos y de buen ánimo buscaba provocarla.

¿Y por qué esos recuerdos ahora? ¿A qué viene toda esta estilización, esta idealización? Estos son recuerdos sin raíz. Cierro los ojos y hago memoria de la sonrisa de Pedro Juan, y esa imagen es como la hoja suelta de un árbol que cae débil mecida por el aire. Es una imagen en mi mente que no tiene vínculo vivo con alguna rama, con algún tronco, con alguna raíz. Hoja sin savia. Ni siquiera puedo decir a ciencia cierta que Pedro Juan riera mucho o poco porque no sé casi nada de su rostro. Ni siquiera puedo decir que no riera con frecuencia simplemente porque lo vi reír poco. Vi poco a Pedro Juan. ¿Por qué me ha dado por engrandecer ahora la risa y la sonrisa de Pedro Juan, su rostro, su cabeza, que he descrito como perfecta y redonda? Sí, eran un rostro, una cabeza, una risa y una sonrisa especiales. Como las de casi todo el mundo. No hay nada especial en ser especiales.

En el último año de su vida Pedro Juan rio poco, o nada. La pequeña caída del labio inferior cerca de las comisuras se alargó progresivamente por la seriedad y por la tristeza. También desaparecieron sus sonrisas. Su rostro se convirtió en un rostro pálido.

Me cuesta mucho trabajo seguir escribiendo esto y ni siquiera sé por qué empecé a hacerlo. Es cierto: cierro los ojos y veo la sonrisa de Pedro Juan, y eso me produce encanto. Me figuro que el viento que lleva esa hoja sin savia es tibio. Pero los abro, los fijo en la pantalla del computador, en lo que hay detrás de él, en el pedazo de cielo nuboso que puedo ver desde el comedor de mi apartamento, que es también mi estudio, y me atropella un pensamiento severo y desgraciado. Antes de que Pedro Juan enfermara y después de su partida de Alemania aquel verano tan dichoso en el que nos visitó, pensé varias veces en que podría pasar unos meses con nosotros una vez terminara el colegio. Acaricié solitario la idea y empecé a contemplar todas las posibilidades. También pensé, como tantas cosas que se piensan, que después de terminados sus estudios, podría hacer una especialización en Alemania. Esta fue una idea de la que sí hablamos algo vagamente. Lo que ahora me hace pensar no es si esos planes eran ciertos o no, o si eran realizables o no, sino que el solo hecho de concebirlos, así fuera de modo difuso, expresaba mi necesidad de vivir con Pedro.

Tengo que interrumpir nuevamente para decir que expresaba más bien mi necesidad de decirme a mí mismo que deseaba vivir con Pedro, que tenía que estar con él. No sé cuál de las dos frases es la verdadera. Eso importa poco si se lo compara con lo que Pedro Juan quería y necesitaba de mí. Pero también si se lo compara con la culpa. Pedro Juan quería y necesitaba vivir conmigo. Desde hacía mucho quizás. Y yo no hice, ni intenté hacer nada para lograrlo. Dudaba que se pudiera hacer algo. Leticia no lo hubiera permitido. Estaba demasiado apegada a él. Lo protegía con ansiedad. Su vida giraba en torno a Pedro y todo lo hacía por él y para él. Pensé que

ese aferramiento cedería tan pronto pasara la infancia, pero no fue así. Nunca disminuyó.

No me esforcé por tener a Pedro a mi lado al menos por un tiempo porque sospechaba que tendría dificultades con Leticia. Pero no hice nada por averiguar si podía superar esas dificultades. No hice nada. Eso es lo cierto. Y tal vez sí hubiera podido hacer algo. Por lo menos indagar y que quedara confirmado que no se podía hacer nada. Es de eso, de la culpa por haber abandonado a Pedro Juan, por no haberme esforzado por tenerlo cerca de mí, así fuera por breves períodos, de lo que debería hablar y no de las risas y de las sonrisas de él que no conocí.

Tengo que volver a interrumpirme. Cuando contemplé la idea de que Pedro Juan pasara una temporada con nosotros en Alemania, consideré que eso era posible debido a que él llegaría a la mayoría de edad el mismo año posterior a la culminación de su bachillerato. Su madre ya no tendría jurisdicción sobre él y todo se podría arreglar sin necesidad de su permiso. Sería oportuno, por otra parte, que atrasara su ingreso a la universidad al menos un semestre y viviera unos meses con nosotros en Fráncfort. Sería el inicio de una nueva vida con Pedro Juan. Sería.

Debo creerme a mí mismo cuando me digo que eso era genuinamente lo que yo quería y lo que procuraría hacer. Pero no lo puedo saber. ¿Quién puede acaso saber algo basado en puros condicionales? Podría, haría, sería, procuraría. Todo eso es nada. A los dieciocho años le diagnosticaron a Pedro Juan un cáncer en los tejidos blandos. Ese mismo año descubrí que mi amor por Silke había desaparecido sin remedio y que la vida con ella me asfixiaba. Tenía que separarme, aun si eso significaba al mismo tiempo

separarme de Alicia, mi fuente diaria de luz. Lo poco o mucho que era mi vida se derrumbaba. Eso es lo que puedo saber y decir. Así y todo, me hiere la certidumbre de que la sonrisa de Pedro Juan ya no está en el mundo.

# 4

El amor no es el mayor de los bienes.

Cuando Pedro Juan enfermó de cáncer, se acentuaron como nunca antes la ansiedad y el nerviosismo de Leticia. Esto empezó con la desestimación, desde el mismo inicio, de la gravedad de la enfermedad. En la medida en que avanzaba el deterioro acelerado de Pedro Juan, en esa misma medida se afirmaba la convicción de Leticia de que Pedro Juan se aliviaría en algún momento. La palabra «muerte» no era parte de su vocabulario. Esa actitud negadora estaba frenéticamente ligada a su religiosidad. Sucedería un milagro y desfallecer en esa creencia era peor que pecar.

Leticia se declaró católica desde el nacimiento de Pedro Juan. Antes no, o al menos no, que yo supiera, de un modo tan piadoso y constante. Sin embargo, desde el momento en que enfermó tan gravemente su hijo, el fervor religioso se intensificó de un modo exagerado y extraño. Iba a la iglesia todos los días y armó un altar en un rincón de su habitación. Sobre una pequeña mesa cubierta con un mantel de fondo púrpura y bordado con flores y raras insignias de colores, puso dos imágenes una al lado de la otra: la del Corazón de Jesús y la de la Virgen María cargando al Niño Jesús. Las adornó con flores, tulipanes y anturios que cambiaba con regularidad, y les antepuso veladoras cubiertas con papel celofán rojo que encendía todas las noches. Sin que ella lo quisiera, su

habitación empezó a parecerse a un cementerio y a oler como un cementerio.

Esos rituales eran íntimos. Leticia no le exigía a Pedro Juan, ni mucho menos a mí, que participáramos en ellos. Me parecía algo desmedido ese fervor solitario y a lo lejos me fastidiaba por encontrarlo irracional, pero nunca se me ocurrió ponerlo en cuestión. Más de la mitad de la humanidad se la pasa pidiendo milagros a todos los dioses imaginables y no por ello deja de actuar con cordura. Enloquecería más bien, si no tuviera el consuelo de la religión.

Lo que sí me desquició y alteró mi precaria tranquilidad fue su búsqueda compulsiva de métodos alternativos para la curación del cáncer. Me involucró en esa búsqueda, me presionó, me manipuló para que le ayudara con ella. Y yo me dejé llevar, no sé muy bien por qué. O sí sé: por una mezcla de culpa y conmiseración. Hasta que un buen día me rebelé, movido sobre todo por notar que la obsesión de Leticia por los métodos de curación alternativos y el «saber ancestral» no hacía más que aumentar la desesperación de Pedro Juan. Pero también porque Leticia empezó a cuestionar la quimioterapia y más tarde intentó oponerse a la radioterapia localizada que se le prescribió a Pedro para defender exclusivamente los métodos alternativos que resultan, así decía, de una «visión más integral de la relación de nuestro cuerpo con la naturaleza». Era cierto y evidente para todos que los tratamientos a los que fue sometido Pedro Juan le causaban mucho sufrimiento. Tuvimos que aceptar con desconsuelo que finalmente no lo curaron. Pero también era obvio para todos que los métodos alternativos de Leticia no eran una alternativa. No hay alternativa a la muerte. Lo más obvio. Hay

un momento en que tampoco hay más alternativa que aceptarla, por imposible que parezca cuando se trata del fin de una vida que está apenas empezando. Y, con todo, se acepta. Todo se acepta.

Mi vida se empezó a doblar de un lado para otro como un alambre, una vez por la presión terca y lastimera de Leticia, la otra por la desesperación irascible de Pedro Juan. Tuve varios ataques de asma, que sobrellevé en silencio: me sentaba en cualquier lugar, inclinaba mi cabeza hacia adelante, procurando mantener la espalda recta, y respiraba profundo. Funcionaba. También se incrementaron los insomnios solitarios. De ambos tipos: los domesticados, los que consistían en una interrupción del sueño de una o dos horas en las que podía leer o yacer en la cama relativamente tranquilo, concentrado en la respiración; y los salvajes, aquellos en los que el curso de la vida se volvía denso, como un río de aceite, y mi mente lerda, gastada, pero la mayoría de las veces aún inquieta, saludaba con algo de consuelo la luz matutina y el primer canto de los pájaros.

Mucho de eso cambió cuando Pedro Juan se pasó a vivir conmigo en mi pequeño apartamento del Centro Nariño y los dos, cada uno a su manera, fuimos haciéndonos a la conciencia de que lo único que podíamos alcanzar, y por eso teníamos que obrar con tranquilidad, era acompañarnos en el inevitable proceso de su muerte. Nada más. Los insomnios dejaron de ser solitarios y el asma cedió, aunque no desapareció del todo.

Es la primera vez que uso la primera persona del plural para hablar de esto: «acompañarnos». En la última fase de su vida, Pedro Juan requirió asistencia y acompañamiento, mucha conversación por las noches y permanente medicina contra el dolor. De modo que la

simetría de la primera persona del plural no parece correcta. Sin embargo, aun en medio de su sufrimiento y hasta el último momento de su agonía, Pedro Juan no dejó de estar consciente de sí y de lo que ocurría a su alrededor. Vivió con atención su muerte, o mejor, su morir. Eso suena mal, pero significa lo que es. Se compadeció, por una suerte de iluminación, de mi propio sufrimiento por su sufrimiento y me acompañó en él.

El momento cumbre de la intranquilidad que ocasionaba el nerviosismo de Leticia, la gota que rebosó la copa, fue aquel en el que decidió cambiar la tubería de cobre de su apartamento por una de plástico con el argumento de que la tubería metálica es cancerígena. Ya Pedro Juan moría sin revés y sin embargo su madre, exhibiendo una falta casi delirante de sentido de la oportunidad, consideraba urgente cambiar la tubería del lugar en el que vivían juntos. Fue aterrador. A Pedro Juan y a mí nos llenó de rabia. Pero fue el motivo perfecto (¿perfecto?) para que él se mudara a mi apartamento. Y eso fue lo mejor que pudo pasar. Como muchas veces en mi vida, algo externo a mí desataba el nudo que yo no era capaz de deshacer ni cortar. Como muchas veces en mi vida, prefería dejar que ese nudo me asfixiara a tomar la iniciativa de desamarrarlo. Y lo debo a Pedro Juan, que me rogó para que lo hiciera, que me dijo: «llévame a tu casa» como queriendo decirme: «ámame. Es lo que necesitamos ambos». Era lo que necesitábamos.

Leticia buscaba de todas las maneras que Pedro Juan no muriera y eso también me llenaba de pesar. Leticia está, estaba sola. Todo su poder de amar estuvo concentrado en Pedro Juan. Casi por veinte años. Aparte de ese amor, no hubo otro duradero en su vida. Lo sé. Su capacidad de amar se concentró ansiosa y asfixiante en su hijo,

que al final de la adolescencia y por poco más de un año se hundió en un mar negro, como una balsa frágil de madera podrida en la que ella también creía estar. Ya no está.

# 5

Una mañana temprano llamó el doctor Vargas a decirme que el cuerpo de Pedro Juan no había respondido al tratamiento de quimioterapia «como se esperaba». Mejor dicho, que no había respondido. Habían pasado varias cosas y yo ya sabía que las precisiones en ciertas formas de hablar de Vargas y en algunos términos debían ser puestas por mí. Era necesario iniciar de inmediato la radioterapia localizada y empezar a programar un nuevo ciclo de quimioterapia «para más adelante».

—¿Qué significa «más adelante»? —pregunté después de haberle expresado mi desconsuelo y mi preocupación, y de oír su silencio.

—No sé —respondió—, en un mes o dos, depende de lo que dure la radioterapia y de que Pedro Juan se recupere un poco del primer ciclo.

El ciclo intensivo de doce sesiones de quimioterapia había debilitado demasiado a Pedro Juan, lo había transformado. Su pelo desapareció por completo, también sus cejas y sus pestañas curvadas. Las uñas lucían atrofiadas y su tez adquirió un leve color verdoso. Me daba la impresión de que Pedro Juan olía distinto. Olía mal, a algo innatural, una mezcla de pescado crudo y amoniaco. No era un olor invasivo, que llenara una habitación; era necesario acercarse mucho a él para sentirlo, era necesario saber que Pedro Juan olía distinto antes para sentirlo. Pero como yo tenía que estar con frecuencia muy cerca de él, ahí estaba ese olor al que me

costaría acostumbrarme, al que de hecho nunca pude acostumbrarme.

Vinieron también las náuseas permanentes y los vómitos, los mareos. Un día cualquiera, de regreso de una de las sesiones de quimioterapia (Pedro Juan aún vivía con su madre; no por mucho tiempo) pasamos por un centro comercial para comprar en un supermercado unos frutos rojos que le apetecían. Se sintió muy débil, sudaba, estaba frío. Necesitaba sentarse y reposar unos minutos antes de seguir el camino a casa. Buscamos una banca dentro del mismo centro comercial. Se recostó, respiró hondo varias veces. Cerró los ojos. Los abrió, miró detenidamente al vacío, como solía hacerlo. No tenía deseos de vomitar, solamente estaba agotado, necesitaba descansar un momento. Eso hicimos. Tampoco quería un vaso de agua.

Como se sentía algo mejor, le pregunté si podía esperarme un momento mientras yo iba a un baño cercano. Me dijo que me esperaría ahí sentado con la bolsa de la compra. Cuando me paré lo observé despacio, tratando de darle ternura con mi mirada. Nuestros ojos se cruzaron solo un instante. Mi ternura quedó sola. Pedro Juan era un ser humano acabado, flaco, verdoso y pálido.

Una vez en el baño, me miré al espejo fijamente. Apreté el lavamanos, me incliné sobre él y lloré. No lloré. Exploté en llanto. Me vi llorar. No pude hacerlo por mucho más de unos minutos porque entró otra persona al baño público. Me dirigí con pudor, conteniendo el llanto, a uno de los sanitarios y me encerré en él. Sollocé ahí otros minutos, tratando de hacer el menor ruido posible. Al cabo de un rato, sin sentirme del todo aliviado, empecé a inspirar profundamente y a expirar despacio, pero con fuerza. Lo había

aprendido a hacer para combatir mis ataques de asma. Limpié mis lágrimas con papel higiénico y volví al espejo. Me lavé lo mejor que pude la cara, los ojos. Me sequé. Me volví a mirar al espejo, descubrí dos nuevas arrugas en el borde externo de los ojos. Me dije: tranquilo. Volví a inspirar y a expirar un par de veces, mirándome directamente a los ojos. Y salí. No estaba tranquilo, no estaba aliviado, pero podía al menos estar compuesto un rato junto a Pedro Juan y aplazar el momento de poder llorar a solas. Estuve varias veces a solas ese día, pues Pedro Juan durmió un buen rato en casa de su madre, en su casa. Pero ya no pude volver a llorar.

Algunas semanas antes de la llamada en la que Vargas me dijo que la quimioterapia no había tenido el resultado deseado, hablamos de los devastadores efectos que el tratamiento le había producido a mi hijo. Acababa de terminarse el ciclo completo de doce sesiones. Yo le conté lo que veía y él me respondió diciendo que pronto el cuerpo de Pedro Juan se repondría.

—Está joven —repitió— y es fuerte.

Lo último no era cierto. O quizás sí, si lo que quería decir es que para la cantidad de medicación que le habían dado y para la intensidad con la que se la habían metido por sus venas, era antes mucho lo que había aguantado. Los colores de la piel de Pedro Juan no volvieron a ser los mismos de antes, aunque sus uñas se recuperaron pronto y el pelo empezó a brotar lentamente de su cabeza bien torneada. Las cejas también, las pestañas no. Así y todo, pensé después de la última llamada de Vargas que Pedro no aguantaría una nueva quimioterapia, ni siquiera en uno o dos meses. Nunca.

Estuvimos los tres, Pedro Juan, Leticia y yo, en la cita de control en la que se nos informó de la nueva situación y de la nueva estrategia curativa. Después de sus explicaciones y descripciones, casi todas con dibujos que al final de la sesión me extendió, Vargas terminó utilizando términos que indicaban un pronóstico reservado. Para mí era claro que el pronóstico era pésimo. El tumor seguía ahí. Ya no tenía mucho sentido hablar de simples vestigios. El rabdomiosarcoma estaba ahí, con toda su capacidad reproductiva, es decir destructiva, intacta. El único resquicio de esperanza era que no había metástasis. Aún no había metástasis. Eso podía cambiar de un día para otro y por eso teníamos que actuar con prisa y decisión. «Radioterapia localizada» era el término en el que había que concentrar ahora las esperanzas. Pero no como si fuera un término mágico, pues parecía más bien maligno, sino como lo que designaba lo único a hacer por el momento. Ya después veríamos.

Quintero, el radioterapeuta, era alto, delgado y afectado; sus modales eran marcados, podían pasar de una seriedad quizás impostada al histrionismo. Durante los procedimientos no tenía ningún inconveniente en dejar escapar comentarios crudos. En la primera cita con él, mirando las imágenes diagnósticas y comparándolas con la realidad del cuerpo de Pedro Juan, que él tocaba y recorría con sus manos de dedos largos y huesudos, envueltas en guantes de fino látex transparente, dijo:

—Esta joda se nos está creciendo, mi amigo, nos toca dispararle bien para achiquitarla y mandarla al carajo.

El médico palpaba los testículos de Pedro Juan y hundía sus dedos a lo largo y ancho de la zona rectal y pararrectal, en donde estaba la cicatriz, todavía rosada, que había dejado la operación. En algunos puntos dolía. Quintero mismo estuvo en la toma de más radiografías e imágenes de precisión para poder saber exactamente a dónde «disparar». Se tendría ese resultado en algunas horas.

El radioterapeuta trataba a Pedro Juan sin miramientos, sin falsa condescendencia, sin compasión. No estaba seguro de que ello me gustara. Pero no por sí mismo, pues experimentar que alguien tratara la enfermedad mortal de Pedro Juan como una situación normal, como cualquier otra, tranquilizaba, le confería realismo a lo que estábamos viviendo. Esa actitud coincidía con algo que yo buscaba a solas, que me asentaba y me ayudaba a tomar decisiones sin ofuscación: la aceptación, sí, la resignación. Lo que no me podía gustar del todo era el amaneramiento de Quintero. Sus posturas relajadas parecían parte de una actuación. Daba la impresión de que sus intenciones de quitarle dramatismo a la fatalidad obedecieran a un guion tiempo ha preparado y siempre repetido, memorizado, inauténtico. No confiaba en Quintero y eso no solo se debía a esa impostura en la que envolvía su crudeza frente a la enfermedad mortal, sino a la gruesa sortija de matrimonio que llevaba en el más largo de sus dedos largos de la mano derecha. La veía brotada, grotesca, cuando se apretaba los guantes transparentes de látex, cuando palpaba las partes más íntimas del cuerpo de mi hijo y punzaba con ese mismo dedo los sitios dolorosos y cicatrizados que albergaron al tumor antes de la operación y que ahora albergaban a su descendiente (no a sus vestigios, eso era mentira). Cuando se quitaba los guantes, cuando digitaba algo en el computador o

escribía algo, o simplemente cuando movía la mano, o la daba, se podía ver ahí (en el último caso incluso apretar) esa enorme sortija dorada de matrimonio. Destellante, ostensiva. Nunca he podido confiar en las personas que llevan sortija de matrimonio. Me parece que llevan por la vida, haciendo alarde de ella, su concepción absurda del amor: la argolla como eslabón primero y último de esa cadena que es el matrimonio. Y todo eso es falso, porque nadie puede ostentar con orgullo genuino la falta de libertad. No digo que no se deba entender el matrimonio, o incluso el amor, como la unión entre dos personas, sino que no hay por qué simbolizar esa unión con un aro de metal.

Pensaba en eso cuando me dirigía con Pedro Juan a la cafetería del centro médico en el que le tomaron las radiografías que servirían para establecer el modo como se bombardearía con radiación el tumor. Tomando alguna cosa decidiríamos si volveríamos a la casa o si esperábamos ahí, o cerca de ahí, los resultados, las imágenes, para hablar después nuevamente con Quintero. Nos había dicho que podíamos esperar si queríamos. Él, en todo caso, tomaría una decisión ese mismo día para iniciar lo más pronto posible el nuevo tratamiento y nos la comunicaría en cualquier momento. Decidimos esperar.

Caminamos en silencio y despacio hacia la cafetería. Ese silencio fue antecedido y seguramente provocado por una sola frase de Pedro Juan después de salir del consultorio de Quintero.

—Me duele —dijo—, vamos despacio.

—¿Mucho?

—Un poco, vamos despacio.

Eso me dio tiempo para desbocar mis inoportunos pensamientos, que interrumpí tan pronto encontramos una mesa vacía y yo me dirigí a una barra a pedir un salpicón para Pedro Juan y un café americano doble para mí. ¿Por qué tendría que desconfiar de Quintero? ¿Qué importancia tiene acaso lo que él crea del matrimonio, de las sortijas de oro, de la esclavitud y de las mentiras sociales? Seguramente es un pendejo en muchas cosas pero sabrá hacer bien una sola. Y eso es lo único importante. Es lo que ya para entonces había aprendido de mi trato con los médicos. Como se ocupan del ser humano y nos estimamos como muy complejos y finos, esperamos de ellos que lo que hacen por nosotros, con nosotros, concuerde con lo que creemos es nuestra rica dignidad. Pero no, los médicos, cuando son buenos, son solo buenos en una cosa. Y es eso lo único en lo que es pertinente confiar. A esa única cosa que, con suerte, saben hacer bien, le es indiferente la dignidad. Bombardear el tumor, dispararle con radiación.

Pedro Juan comía con parsimonia su salpicón, como si fuera consciente de cada cucharada que masticaba. Yo tomaba mi café. Él había definido su espectro visual de tal forma que yo no cupiera en él. Y por eso no me metí en él. Pero hacía rondas discretas por su rostro, muchas de ellas de reojo. Pedro las notaba y, sin embargo, mantenía sus ojos en el mismo lugar indefinido enfrente de sí.

De repente, con voz suave, casi débil, me preguntó mirándome a los ojos:

—¿Cómo está Alicia?

—Bien —respondí, cogido por sorpresa con la pregunta. Pero siempre es fácil decir «bien» a preguntas como esa, aun cuando uno no sepa si es verdad lo que está diciendo.

—Ayer hablé con ella —agregué.

—¿Te hace falta?

—Mucha —respondí.

—Debe ser difícil separarse de alguien como Alicia.

—¿Por qué lo dices?

—Porque Alicia es muy especial, muy alegre, muy preocupada por los demás, muy inteligente.

Todo eso era, es, cierto. Pensé unos segundos en ello, quise corroborar sus palabras e iniciar probablemente una conversación sobre Alicia que me vendría bien, que nos vendría bien. O tal vez no. Porque pensar en Alicia no me venía bien. En lugar de ello, alargué por un momento el silencio para después decirle:

—Siempre es difícil separarse de un hijo.

La frase salió sola. La pronuncié sin pensarla. No sé de dónde vino. Quizás llevaba años en la puerta de mi mente esperando para salir y al abrir mi boca en ese momento se salió, se cayó. Sin ruido, pero con significado. El significado de una frase no tiene nada que ver con la sinceridad o la insinceridad con la que la proferimos. Si yo la hubiera llevado a la puerta y no se hubiera caído sola, la frase hubiera sido otra. «Siempre es difícil tener un hijo». Eso es lo que hubiera dicho sinceramente. Pero no podía decírselo a Pedro Juan, y menos en ese momento. No era tampoco algo que tuviera intención de decir y que me reprimiera para no decir. Ni a Pedro Juan, ni a nadie más. Ni en ese momento, ni en otro. Era, es, simplemente lo que pienso, con independencia de si quisiera decirlo o no.

El significado de las palabras tiene sobre todo que ver con el efecto que producen en las personas a las que se las dirigimos. Pedro Juan sintió que esa frase estaba dicha para él. Y se la guardó.

No tuvo preguntas sobre ella, no se interesó por comentarla, ni por iniciar una conversación.

—Me imagino —dijo con voz suave y siguió comiendo lentamente el salpicón.

No era cierto que el día anterior hubiera hablado con Alicia. Sí la había llamado, pero después, no mucho después, de la hora en la que, según la rígida directriz de su madre, ella debía ir a la cama. Y entonces nuestra conversación se limitó a darnos un beso de buenas noches y a decirnos que nos queríamos y nos extrañábamos. Era cierto que la extrañaba, eso sí era cierto. Y esa certidumbre no tenía que ver con las palabras. Ni siquiera hablar con Alicia era lo que más me hacía tanta falta. Era estar con ella, sentirla ahí como parte de mi vida y yo de la de ella, aun cuando estuviéramos en cosas diferentes, como cuando yo preparaba un arroz con verduras y tofu para los dos mientras ella hacía tareas en su habitación, o como cuando nadaba solo mientras ella jugaba con sus amigas en otro sector de la piscina y me llegaban instantáneas de su voz animada o de ella corriendo para llegar a la escalera del tobogán y hacer cola detrás de otros niños y rodar por él y volver a caer en el agua. Añoraba nuestros paseos al parque, al mercado de los sábados, en cualquier época del año. Me hacía falta Alicia. Era lo que más me hacía falta de Alemania, casi lo único. No debería decir eso, no es cierto. También me hacían falta el pan, la piscina, las bibliotecas, el sistema de transporte, la sensación de seguridad en las calles y con el tiempo las estaciones. Creo que siempre me harán falta las estaciones, o mejor, el cambio de las estaciones. La melancolía que produce ver las aves migratorias, sobre todo las pequeñas (las golondrinas, los vencejos, las alondras), cuando se reúnen en

bandadas dando vuelos circulares en el cielo para después emprender el viaje al sur a finales del verano y principios del otoño, el aire frío en los días azules del invierno azotando las mejillas, las caminatas sobre la nieve por los bosques y después en verano por los mismos bosques, que son otros, la caída de la nieve, el olor dulce del mercado de Navidad, el lento despertar de la naturaleza, de los árboles, de las flores, de los pájaros, de las abejas y de los renacuajos, de nosotros mismos, en la primavera; y lo mejor: la disminución y la ampliación progresivas del espectro luminoso del sol. Seguía con mucha conciencia ese cambio y casi lo notaba diariamente. Desde el solsticio de verano, cuando empiezan a acortarse los días, hasta la tercera semana de diciembre, en la que empiezan a acortarse las noches. Mi ánimo iba adquiriendo un tono grave, más bien introvertido, con el inicio del otoño. Y al contrario: seis meses después de los días más cortos del año, los que rodean la Navidad, habrá calor, la luz del sol brillará nuevamente hasta las diez de la noche y volverá a aparecer antes de las cinco de la mañana. Me encantaba sentir que a ese esplendor del verano se llegara lentamente, como ascendiendo un escalón cada día. Mi ánimo se tornaba en lo fundamental alegre y optimista en ese período.

Durante mi estancia en Europa siempre sentí algo en mi ánimo que se reunía con el ciclo de las estaciones, que se juntaba con el frío o con el calor, con la oscuridad o con la luz, con la lluvia o la sequedad, y los expresaba, era uno con ellos. Podían estar ocurriendo cosas en el mundo familiar y social que ocupaban mi mente y alteraban mi espíritu, pero nunca esas oscilaciones, por fuertes que fueran, perturbaban la unión básica, muy simple y elemental, de los estados de mi alma con los cambios de las

estaciones. Supongo que le ocurrirá a mucha gente, quizás a todo el mundo. Yo, en todo caso, era muy consciente de esa suerte de afinidad muy primigenia de los estados de mi ánimo con los cambios de las estaciones y de la luz. Entiendo a quienes dicen que no pueden vivir sin el cambio de las estaciones.

Separarme de Alicia fue difícil. Es algo que no sentí en el momento de la separación sino después, ahora. Pero no fue eso lo que le dije a Pedro Juan. Él utilizó un nombre propio y yo le respondí con una abstracción sin nombre: «siempre es difícil separarse de un hijo». ¿Es eso cierto? Se dice una cosa así y adquiere significado para el que la escucha. Es una frase que encaja en nuestro universo de significados y produce aprobación inmediata. Pero ¿es cierta? ¿Fue tan difícil para mí separarme de Pedro Juan cuando era niño? La respuesta es no. No me puse a escribir este libro para decir mentiras.

Cuando me separé de Leticia no sentí que me separaba de Pedro Juan. Ya no viviría con él y solo lo vería dos o tres veces al mes y siempre en fines de semana. Nunca durmió conmigo. Nunca le leí un cuento por las noches para que se durmiera. Mis visitas eran solamente de domingo, o de sábado, y consistían en sacarlo a un parque un rato, comer alguna cosa, llevarlo a algún sitio en donde pudiera jugar con otros niños, quizás corretear un balón, y volver a llevarlo al final de la tarde a la casa de su madre.

Las salidas esporádicas con Pedro Juan no eran alegres, pero tampoco tristes. En eso se parecían a la mismísima ciudad de Bogotá y a los sitios por donde paseábamos. Nunca, de cualquier manera, sentí que sacar a Pedro Juan a un parque o llevarlo a un centro comercial a comer dónuts o helado fuera algo más que cumplir con

un deber. Imaginé que eso obedecía a mi propia falta de preparación para ser padre y no me apuré demasiado por ello. Supuse que las cosas irían cambiando con el tiempo. Era lo que me ayudaba a pensar mi mamá, poseída por una dicha incomprensible para mí en esa época cuando estaba con su nieto. Ahora comprendo mejor, sin saber muy bien lo que comprendo, que los niños brinden alegría. Cuando fui padre por primera vez distinguía dos tipos de personas: las que se alegraban con los niños y las que no. Yo me situaba en el segundo grupo, la minoría. Pero no porque me produjeran lo contrario a la alegría (tristeza, digamos) sino porque ante todo me preocupaban. Un niño, un hijo mío, no representaba otra cosa que preocupación. Lo he dicho tantas veces.

Después del nacimiento de Pedro Juan nunca hablé de eso tan directamente con nadie. Ser yo mismo padre me impedía expresarme de modo tan definido. Esa indefinición se debía en buena parte a mi madre, que notaba mis reticencias y me hacía sentir que ellas no eran más que parte de una mentalidad atrofiada e inmadura. Mi mamá murió poco después de mi separación de Leticia. No «disfrutó» mucho tiempo de su nieto. Menos mal no tuvo que ser partícipe de su muerte. Quizás no lo hubiera soportado. O quién sabe.

Se me ocurre pensar ahora que como no estuve particularmente ligado a Pedro Juan después de separarme de Leticia, y mi contacto con él se basaba en una rutina más bien gris y desabrida de algunos fines de semana, cuando de verdad me separé de él para irme a Alemania no sentí la pérdida de nada. La separación que padecí años atrás fue en realidad la de Leticia. Me dolió la pérdida de nuestra atracción sexual anterior al embarazo y mucha fue la alegría que me

quitó ese inevitable desdén que empecé a sentir por ella cuando decidió tener un hijo sin mi consentimiento, «pero con su participación», para usar las palabras de mi mamá, que cuando decía cosas así no me tuteaba. Y por fin, cuando ya decidimos separarnos y no se puso en la más mínima cuestión que Leticia se quedaba con nuestro hijo, yo sentí sobre todo alivio. Por eso creo que no hubo separación de Pedro, sino de Leticia. Él era parte de ella y si ella se iba de mi vida, yo no veía mayor problema en que él se fuera con ella. Quedaba, claro, la descolorida obligación de ser padre y, puesto que vivíamos en la misma ciudad y ese hecho me hacía pensar que siempre era fácil vernos, aunque casi nunca nos viéramos, no me sentí separado de él. Como no estuvimos juntos, no estuvimos separados. Por más sentido que tenga esa frase es sobre todo la expresión de mi mediocridad de los veinte años.

A la edad en que Pedro Juan hubiera podido empezar a pasar las noches conmigo y yo le hubiera podido empezar a dar algo de vida y forma a mi paternidad tibia y sin sabor, me fui de Colombia. ¿Hui? No lo sé. Tampoco en ese momento, en todo caso, me dolió abandonar a Pedro Juan; no fue difícil para mí separarme de él. Solo años después, ya en Alemania, empecé a sentir una cierta urgencia de hacerle sentir a mi hijo que yo pensaba en él y que él era en algún sentido indeterminado parte de mi vida. Sí, indeterminado. Lo único que intuía cierto allí era que el contacto constante, las llamadas regulares, irían dando definición a esa necesidad. No me equivoqué. Reservé a Pedro Juan un rincón importante en mi conciencia. Tendría él ocho o nueve años cuando eso pasó. Lo digo por la forma como contaba en Alemania que tenía un hijo en Colombia. Lo decía y mostraba como si eso fuera parte imborrable

de lo que soy. Parecía haberme decidido a tener una relación articulada y radical con la responsabilidad de tener un hijo, pero seguía sin estar seguro de lo que podría ser la relación con él. Estaba lejos de mí, crecía en mi ausencia. Pedro Juan era para mí ante todo la posibilidad, el futuro. Y cuando llegó por fin a ser un adolescente, y empecé a conciliarme con la idea de que mi vida con él estaba por venir en algún momento, se descalabró mi vida, surgió su enfermedad y vino la muerte.

—¿Quisieras hablar con Alicia? —pregunté de repente—. En este momento podríamos, es buena hora.

—Ahora no —respondió de inmediato—, no me siento muy bien.

—Como quieras.

Pedro Juan y Alicia solo habían hablado una vez y muy brevemente desde mi regreso de Alemania. Yo tampoco lo había hecho muchas veces y siempre habían sido poco distendidas nuestras conversaciones. A ello contribuía el que Alicia no tuviera teléfono celular ni acceso autónomo a un computador. Nuestra comunicación tenía lugar a través de Silke. Y eso era para mí muy molesto, pero también para Alicia. La diferencia de horario era otro inconveniente. Alicia había entrado recientemente a un programa de extensión de la jornada escolar por las tardes, debido a que su madre trabajaba casi todo el día y yo ya no estaba ahí para pasar ese tiempo con ella. Por eso me acomodé a llamarla antes de su hora de ir a la cama. No sostuvimos en esas semanas conversaciones muy largas. Casi todas ellas sobre temas rutinarios y más bien aburridos, pero que me producían alegría. Solo el sonido de su voz ya me alegraba. Me parecía importante tener un contacto continuo con ella, así fuera por momentos breves, pero no solo por

esa alegría que me producía sentirla, sino por darle a entender que yo estaba ahí y que pensaba en ella. Repetí la misma reflexión que me llevó a llamar regularmente a Pedro Juan años atrás. Solo que Alicia estaba más enclavada en mí de lo que estuvo Pedro Juan a la misma edad. De lo que ha estado enclavada cualquier persona. Es la verdad.

Pensar en Alicia, ya lo dije, no me venía bien. Solía entristecerme demasiado. Y ya tenía suficiente con lo que tenía. Una mañana que caminaba por el parque del Centro Nariño con dos bolsas de mercado, me detuve junto a la rueda y los columpios aledaños; también había una arenera en la que dos niños muy pequeños hacían y deshacían torres con cubos y palas de plástico. En la rueda jugaban dos niñas de la edad de Alicia. Una de ellas, robusta y escandalosa, muy alegre, empujaba con fuerza la rueda, mientras que la otra niña se sostenía de los barrotes, reía también con fuerza, y elevaba las piernas al aire con agilidad, desafiando la fuerza centrífuga que producía la rápida rotación de la rueda. Las miré con una sonrisa plácida. Pero muy pronto un suspiro hondo llenó y enderezó mi pecho y me obligó a poner por unos instantes las bolsas con la compra en el suelo. Volví a suspirar, me froté el rostro, los ojos, con mis dos manos, y sentí deseos de llorar. Entonces me reprendí porque me estaba convirtiendo en un llorón. Y desde ese momento me prohibí ahondar en el pensamiento de Alicia. Decidí que su imagen pasaría por mi mente como las nubes. Pero no siempre lo logré. Nadie maneja su memoria como se maneja un timón.

Le pregunté a Pedro Juan si quería salir un rato a buscar un parque cercano en el que pudiéramos tomar algo de aire y sol

mientras llegaban los resultados de las radiografías. Quizás eso le podría caer bien. Después de pensarlo unos instantes asintió. Caminamos despacio y en silencio. Encontramos cerca una pequeña zona verde con algunas bancas vacías. La zona verde tenía forma triangular y estaba surcada por dos calles medianas y una avenida de alto flujo. El cielo se nublaba, el aire era frío. Sin embargo, nos sentamos en una de las bancas. Pedro Juan curvó la espalda hacia adelante, posó los codos sobre las rodillas y sostuvo con las manos la cabeza inclinada, casi caída.

—¿Estás bien? —le pregunté.

—No, creo que voy a vomitar.

Me giré sin alarma hacia él. No era la primera vez que Pedro vomitaba estando conmigo. Le pregunté cómo podía ayudarlo y me hizo señas de alejarme con una de sus manos, e inmediatamente vomitó. Una vez. Busqué un pañuelo en mis bolsillos pero no tenía ninguno. Él sacó un paquetico de pañuelos de papel de uno de los bolsillos de su chaqueta y me lo extendió con la misma mano con la que me había pedido que me alejara.

—Sácame un pañuelo, por favor —y volvió a vomitar. No alcancé a ver bien el aspecto del primer vómito, pero fue muy copioso. Ahí salió seguro el salpicón, que quedó casi de inmediato absorbido en el pasto. El segundo vómito fue agua, también mucha. Pedro Juan jadeó, escupió más agua espesa, se limpió la boca y la nariz con uno de los pañuelos de papel que saqué del paquetico, intentó volver a vomitar, pero no salió nada más. Expidió un lamento largo, inarticulado, de un solo tono. Después de eso volvió a apoyar sus codos sobre las rodillas y sostuvo nuevamente la cabeza en sus manos. Yo me acerqué a él, puse la palma de mi mano en su frente

y con el otro brazo lo sostuve y lo atraje hacia mí. Él se dejó. Se reclinó en mí. Se volvió a lamentar. Volvió a limpiar su boca. Su frente estaba fría. Su cara pálida. Al cabo de unos segundos en esa posición, apoyó la mano que tenía libre sobre mi fémur y después dejó caer suavemente su cabeza en mi hombro. No dijo nada.

Daba la impresión de que en cualquier momento fuera a llover. El cielo estaba gris. No muy lejos de donde estábamos se podían ver parches grandes de nubes del color del plomo, incluso algunas más oscuras, casi negras como la tierra. Las que estaban justo encima de nosotros no eran todavía tan oscuras, pero eso podría cambiar en cualquier momento. Cambiaría con seguridad. Un viento frío empezó a soplar con mediana intensidad. Traería más nubes, las negras. No nos apuramos. Pedro Juan reclinó su cabeza en mi hombro, en mi pecho, y descansó inmóvil en esa posición. Acaricié suavemente su frente, una sola vez, y lo sostuve con el otro brazo. Hice un movimiento cuidadoso con mi cuerpo para acomodarlo bien y apoyarlo en mí. Estaba agotado. Me pareció como si me entregara su cuerpo y dijera con esa postura que no podía más. Pero no solicitaba nada. Era solo estar ahí, aferrado a mí, recostado en mí sin presión, sin insistencia, lo que necesitaba. De mí surgió con firmeza, con una rara complacencia, una fuerza protectora. Estaba sereno. Hubiera querido, él también, alargar por un buen rato ese momento. Sobre todo porque sentí que Pedro se reponía lentamente de la agonía y sin embargo continuaba recostado en mí y se dejaba acariciar dócilmente la cabeza con los retoños de un nuevo pelo. Nos hubiéramos podido quedar unos minutos más ahí de no ser por la amenaza de lluvia.

—¿Quieres que vayamos a la casa? —pregunté.

Pedro Juan se incorporó lentamente, sacó otro pañuelo del paquete, se limpió nuevamente la boca y la nariz y luego se paró. Fue con paso decidido, pero lento, hasta una caneca que había a pocos metros de nosotros y arrojó en ella los pañuelos sucios. Se volvió hacia mí y me dijo débilmente:

—No, ya me siento mejor. Volvamos al centro médico. Quizás ya estén los resultados.

—Como quieras —dije.

—Vamos despacio —añadió. Seguramente le dolía.

Los resultados ya habían llegado. Quintero nos hizo seguir al consultorio. Tenía las radiografías pegadas a una lámpara plana y ancha, similar a un tablero. La lámpara estaba encendida. Él mismo ya las había mirado. Parecía como si nos estuviera esperando. Se esforzaba en ser amable. Nos explicó sin rodeos que el tumor se había reproducido prácticamente en el mismo lugar en el que habían hecho la operación. Nos indicó con una varita metálica delgada, fina, plateada, dónde estaba el tumor y por dónde era posible que se expandiera, dónde quedaban los órganos cercanos más importantes y por dónde tenía pensado atacar con radiación el cáncer. Pedro Juan y yo escuchábamos todo como dos alumnos obedientes. Quintero no daba tiempo a preguntas, no tenía dudas. Era locuaz y vivo. Su cuerpo largo y flaco se torcía frente a la pantalla y luego se alejaba de ella. Cuando extendía la varita plateada sobre las imágenes, se podía percibir el contraste que aquella producía con la gruesa sortija de oro. De ambas surgía un brillo deletéreo por la luz de neón de la pantalla, por el blanco y negro de las radiografías de la parte del cuerpo de mi hijo en la que había vuelto a salir el imperturbable rabdomiosarcoma.

—Estos sarcomas son muy bravos —concluyó Quintero poniéndose frente a nosotros como un actor al final de su representación— y crecen muy rápido. Tenemos que empezar ya mismo.

Pedro Juan y yo lo seguíamos en silencio. El médico miró directamente a Pedro Juan y le dijo:

—Arrancamos pasado mañana, mi amigo. ¡Ánimo!

Y le dio la mano. Después se dirigió a mí y me dijo:

—Mi secretaria le da las órdenes médicas, copias en disco de las radiografías y también contrastadas en papel. Puse en las órdenes la anotación «prioritario», para que les den ojalá hoy mismo la autorización en el seguro. Me dio la mano con especial efusividad. Sentí que me quería acompañar, pero también compadecer con ese gesto. Su anillo de oro hizo presión en mi dedo corazón y lo maltrató.

# 6

El inicio de nuestra vida juntos en el apartamento del Centro Nariño coincidió con los días en que Pedro Juan se restablecía lentamente del devastador primer ciclo de quimioterapia. Su cuerpo, sin embargo, no dejó de ser desde entonces un cuerpo débil y sufriente. La terapia con radiación terminaría muy pronto y no se sabía nada preciso sobre sus efectos curativos. Los dolores y las molestias se volvieron cada día más frecuentes, casi constantes, y empezaron a aumentar en intensidad. Al principio le prescribieron analgésicos muy fuertes que lo calmaban temporalmente, pero también le producían estreñimiento. De modo que Pedro Juan quedó atrapado en un círculo infernal: los medicamentos para calmar el dolor le causaban estreñimiento y el estreñimiento lo obligaba a hacer fuerza para evacuar justo en el centro desde el que se producía el dolor. Y ese esfuerzo, obvio, le ocasionaba a su vez dolor. Entonces le dieron laxantes para suprimir el estreñimiento que, sin embargo, lo movían a ir con más frecuencia al baño y no hicieron desaparecer del todo la necesidad de presionar para evacuar. Muy pronto fue necesario disminuir progresivamente los laxantes hasta quitarlos por completo, porque contribuían a potenciar uno de los efectos secundarios más perniciosos de la radioterapia: la diarrea. La vida de Pedro Juan se volvía imposible.

La radioterapia le había hecho mucho daño. Le producía fatiga y cansancio permanentes. En el entorno de la herida la piel lucía como

recién quemada: roja y muy irritada. Daba la impresión de que en cualquier momento se pudiera romper porque estaba templada. La cicatriz era una línea imperfecta con pequeñas formaciones carnosas, rosadas, en los sitios en donde habían estado las suturas.

Llevaré presente por mucho tiempo la imagen de la parte en la que surgió la enfermedad de Pedro Juan porque estuve a su lado el día del primer examen detallado de Quintero y porque le pedí a Pedro su consentimiento para observarla después de las terapias con radiación y poder reportarle así lo que veía. En algunas ocasiones sostuve un espejo entre sus piernas abiertas para que él pudiera mirar. Alguna vez, solo una, lo limpié y le froté un ungüento a base de caléndula. Esas eran cosas que Pedro Juan no quería delegar y que, por otra parte, no era necesario que delegara, pues alcanzaba perfectamente a hacerlas con sus manos. Solo era importante y mucho más cómodo para él que yo sostuviera el espejo o lo moviera en las direcciones en las que quería apreciar con más detenimiento. Al principio de nuestra vida en común, Pedro Juan se aseaba en privado la zona de su herida y se frotaba pomadas para aliviar la irritación de la piel por el efecto de la radioterapia. Pasaba mucho tiempo encerrado en el baño varias veces al día ocupado en esa rutina o también intentando defecar. Yo lo oía lamentarse y llorar y varias veces le pregunté si necesitaba ayuda. No había nada que hacer que no pudiera hacer por sí mismo. Cuando eso ocurría, especialmente al principio, antes de los laxantes, me quedaba parado junto a la puerta del baño sin saber qué hacer y sin intentar nada distinto a estar ahí de pie. No podía evitar mis propias lágrimas. Alguna vez me puse el puño cerrado en la boca y lo mordí, llorando, hasta sangrar.

Después de un tiempo convinimos en que era mejor que él se aseara y se cuidara la zona del tumor en la cama. Para eso conseguí una colchoneta de plástico de las que se usan para limpiar el culo a los bebés. No siempre sostuve el espejo para que él pudiera examinarse. También lo hacía él al tacto. Algunas veces en la ducha. Pero el hecho de que yo pudiera estar junto a él mientras se ocupaba de su lesión le confirió una particular intimidad a nuestra relación. Una intimidad casi clínica. Participaba de cerca de su sufrimiento, pero también de sus escasos momentos de alivio. Además, que él pasara menos tiempo encerrado en el baño me ayudaba a descargar mi propia tensión porque con él ahí en la cama podía siempre encontrar algo útil para hacer. Al menos lo podía ver y dejar que mi tristeza merodeara sin afanes por un lugar conocido.

A Pedro no le importaba mi cercanía con su cuerpo y con la parte enferma de su cuerpo. Sin embargo, era muy demostrativo al asumir por sí mismo el cuidado de sus partes íntimas. No tanto por pudor, pues no tenía inconveniente en que yo anduviera por ahí mientras se limpiaba y masajeaba, o en que le sostuviera el espejo cuando quería examinarlas, sino por una necesidad de autonomía. Con el tiempo me di cuenta de que para él también era importante no molestarme. Al fin y al cabo, cuidar sus partes más íntimas podría no ser agradable para otra persona. Aprendí a que eso no me molestara y esa fue mi contribución a nuestra intimidad.

La vida juntos en el apartamento del piso 12 era estrecha. Pedro Juan ocupó mi habitación y mi cama y yo me acomodé en un sofá desplegable en el reducido espacio de la sala comedor, que también se convertiría en mi estudio. Hasta el momento no había usado un estudio en Bogotá, pero pronto lo necesitaría. Trajimos de su casa

un televisor plano que tenía en su habitación, alguna ropa y sus cosas básicas. Para no inquietar a su madre, Pedro Juan dijo que no se trataba de un traslado definitivo sino que duraría lo que durara el cambio de las tuberías. Yo añadí a eso la mayor disponibilidad de tiempo que tenía para cuidarlo y la facilidad que implicaba tener a Pedro cerca de mí. Leticia no dijo nada en contra pero reaccionó con mucha tristeza. El día en que sacamos sus cosas se quedó parada frente a la ventana de la sala dándonos la espalda. Lloraba en silencio. Aparte de organizar algunos objetos de su habitación y de indicarme qué empacar y qué cargar, Pedro Juan no hacía nada que implicara algún esfuerzo físico. Todo lo que llevaríamos lo empacaba y sacaba yo. Cuando terminamos, se acercó a su madre, le puso la mano con delicadeza en el hombro y le dijo que se verían muy pronto. Después de unos segundos en silencio, quieta, aún de espaldas a su hijo, puso finalmente una de sus manos sobre la de él, se volteó, lo abrazó brevemente (él se resistió a que fuera un abrazo más largo), tomó su rostro con sus dos manos y lo besó en la mejilla. Los ojos de Pedro se humedecieron de repente; se me hizo un nudo doloroso en la garganta. Nadie se despedía de nadie. Pedro Juan se iba, simplemente, y a mí me correspondía llevarlo hasta el final porque eso era lo que él había pedido. Desde luego que nada era así de cierto para nosotros en ese momento, y menos para Leticia, que todavía se resistía al carácter mortal de la enfermedad de su hijo. Pero para mí esa escena sí tenía difusamente ese significado y por eso se me anudó de tal manera la garganta.

Pedro Juan pasaba buena parte del día, y de la noche, en su habitación. El apartamento no se prestaba para que anduviera por él. No parecía, por otra parte, que fuera algo que quisiera hacer. Veía

películas por la tarde y también por la noche; de vez en cuando leía, más bien poco. Oía música con frecuencia. Dormía hasta altas horas de la mañana si no tenía que asistir a alguna terapia o a algún examen médico. Lo incité a que desarrolláramos la rutina de caminar al menos tres veces a la semana alrededor del parque. Lo hicimos al principio, cada vez con menos regularidad, hasta que lo dejamos, pues hubo un momento en que Pedro Juan tuvo ya demasiadas dificultades para andar. No solo por el desaliento, sino por el dolor en la zona de la operación, de la radiación y del cáncer, que evidentemente seguía ahí.

Una vez fuimos a caminar por los alrededores de la iglesia. Lo hacíamos despacio. Pedro había vuelto a usar su bastón de madera oscura de bambú. Detrás de la iglesia había un pequeño bosquecito de urapanes y pinos altos de agujas. Era un sitio recogido y más bien aislado que yo apreciaba mucho desde mi infancia y que adquirió un significado especial en mi adolescencia. Lo habían separado de las zonas verdes aledañas por un alambrado de púas que no se veía porque estaba cubierto por una cerca natural de pinos recortados, pinos de jardín (una especie de ciprés domesticado), que eran regularmente podados. Esa separación tenía como propósito demarcar las zonas verdes pertenecientes a la iglesia de las que correspondían al conjunto residencial. Pero no tenía en realidad ningún sentido. Nunca respetamos de niños, ni de jóvenes, esa cerca mitad vegetal, mitad de alambres de púa. Había dos pasos en los que habíamos distendido e incluso roto los alambres y por ahí nos metíamos al bosquecito. Solo los niños y los jóvenes conocían y usaban esos pasos que estaban camuflados por la cerca de pinos recortados. Me alegré al descubrir con Pedro Juan que los pasos

seguían intactos. Los cruzamos. Arranqué una pequeña ramita encrestada del pino de la cerca y la machaqué con mis dedos. Luego los olí. Siempre me gustó ese olor y cada vez que podía, de niño o de adolescente, hacía eso: arrancaba una pequeña ramita del pino, la trituraba con mis dedos de suerte que quedaran impregnados, y los olía por un buen rato. Cuando me llevé los dedos a la nariz aquella tarde e inhalé el olor de la ramita del pino triturada, sentí un placer muy básico, pero también emoción. Revivía en ese momento sentimientos que había olvidado por completo. Llevado repentinamente por el entusiasmo, conduje a Pedro Juan a través del bosquecito y le conté de las cosas que hacíamos ahí con mi grupo de amigos y amigas. Tendría yo catorce o quince años. Buscábamos ese sitio aislado para acampar o para hacer pícnic, o simplemente para pasar los ratos. Ahí aprendí a fumar, probé la cerveza por primera vez y di mi primer beso. A Lilly. ¿Dónde estará Lilly en este momento?

Caminamos hacia la casa parroquial con la intención de buscar la entrada oficial al lugar. Estaba flanqueada por la cerca de pinos cortos y no tenía puerta, nunca la había tenido. Entre esa entrada y la casa parroquial había un jardín con azaleas de varios colores, geranios rojos y cartuchos altos, blancos, robustos. Estaba bien cuidado. Daba gusto mirarlo. Solo las azaleas, muchas de ellas esparcidas por la tierra, lucían algo maltratadas por las lluvias de las últimas semanas. La entrada sin puerta era prueba del carácter absurdo de la cerca separadora y también de nuestra actitud transgresora de romper los alambres solo a unos metros de allí para hacer nuestros pasos fronterizos prohibidos cuando éramos niños. A pocos metros de la entrada, por fuera de la cerca, estaba la sección

de la escuela correspondiente al jardín infantil. Era una edificación de una planta con una tapia hecha de columnas de ladrillos y unas rejas que circundaban un patio interior en el que había una gran arenera rodeada por una superficie de pasto. En ese jardín infantil estuve yo de niño. De repente me hice consciente del enorme pino de agujas que había al inicio del jardín de la casa parroquial. Estaba del lado vedado, el de la iglesia, el de la cerca de pinos recortados. Lo miré con detenimiento y pude apreciar la rama larga y descolgada que caía casi hasta la cerca de pinos podados y que me fuera tan familiar en una época. Sentí de súbito una enorme emoción y con voz animada le conté a Pedro que cuando era muy joven solía subir con mis amigos al techo de la edificación del jardín infantil con la rama amarrada en su punta a una soga. Había que sostenerla con fuerza. Una vez arriba del techo nos aferrábamos a ella, que estaba tensa, como un resorte, y soltábamos la soga. La rama nos expulsaba, nos catapultaba hasta el otro lado de la cerca. Volábamos. Podría ser desde unos tres metros de altura, y el salto podría alcanzar siete u ocho metros de largo. Si uno no cogía la rama desde una altura adecuada, al saltar agarrado de ella podría estrellarse contra la cerca, pero si la cogía muy arriba, tendría que caer al piso desde mucha altura. Había que establecer con alguna precisión el término medio.

Pedro Juan celebró mi relato entusiasta con una sonrisa que se desdibujó muy pronto. Se detuvo. Agarró con sus dos manos el bastón y se apoyó en él. Miró al suelo, respiró profundo. Estaba muy débil. Le dolía. Quería volver a casa. Me sentí culpable por haber evocado con alegría un momento de mi adolescencia. Nos devolvimos en silencio.

En otra ocasión fuimos por deseo suyo a una librería del norte de la ciudad. Yo le había hablado un día antes de *La muerte de Iván Ilich*, de Tolstoi. Me vino a la mente el libro como me venía el pensamiento de la muerte. Como nos venía. No de un modo preciso, pero tampoco como le viene a uno cualquier pensamiento. Recuerdo haberle dicho que lo más impresionante del libro fue para mí la reflexión retrospectiva de Iván Ilich, al borde de la muerte, sobre el poco o nulo sentido de su vida. No era tanto la cercanía de la muerte lo que lo mortificaba, como esa visión retrospectiva del poco valor que había tenido su vida. Así lo conté. Pero no puse mucho acento en lo que en realidad martirizaba a Iván Ilich al final de su existencia: el pensamiento incisivo de que quizás todo había debido ser distinto. Y eso fue lo que, en cambio, más impactó a Pedro Juan. Quería leer el libro y quería tener su propio ejemplar en papel.

Decirse al final de la vida: «todo ha debido ser distinto, no he vivido como debía» es la mayor desdicha imaginable. Pero no por el hecho de estar cerca de la muerte, pues la vida se acaba sin remedio y la muerte no es nada, sino porque la frase expresa insatisfacción con la vida vivida. Otra cosa muy distinta es decirse: «fue así y no pudo ser de otra manera», y complacerse con ello, agradecer por la vida vivida y por nuestro dominio, así sea relativo, sobre ella. No lo manifestó de esa manera en ese momento, pero estoy seguro de que eso fue lo que impresionó a Pedro Juan de mi relato sobre el libro de Tolstoi, que yo había leído hacía mucho tiempo y conservaba mutilado en la memoria.

Cuando estuvimos en la librería buscamos directamente el libro. Después quise hojear más libros. Pedro hizo lo mismo pero con desatención. Miraba los ejemplares por encima, no se detenía en ningún título ni parecía interesado en leer alguna solapa o alguna contraportada. Después de un momento se sentó en una de las poltronas que había dispuestas para los clientes y abrió el libro de Tolstoi. Observé a través de las estanterías la manera dificultosa como se sentaba. Recostó al lado de la poltrona, contra una columna, el bastón, puso las manos abiertas en los extremos laterales del sillón y empezó a acercar a él su cuerpo haciendo una flexión. Hasta que a poca altura se dejó caer. La poltrona era cómoda y no tan baja. Por eso pensé que no tendría dificultad para volver a pararse cuando quisiera. Así fue. No mucho tiempo después de estar ahí se paró. Yo estaba lejos de él y podía verlo por la espalda. Observé cómo se apoyaba en su bastón para incorporarse. Con esfuerzo pero con destreza. Se mantuvo quieto unos instantes al quedar completamente de pie. Era como si necesitara ese tiempo para conservar el equilibrio. Respiró profundamente. Me buscó con su mirada y cuando ya estaba a punto de girar su cuerpo hacia el lugar en el que me hallaba, acudí hacia él.

—¿Todo bien? —le pregunté.

—Estoy que me desmayo —respondió.

—¿Nos vamos?

—Por favor.

Salir a caminar o a hacer algo diferente a cumplir citas médicas o a realizar exámenes o terapias fue perdiendo sentido. Primero

desapareció la motivación, después la fuerza para hacerlo. La última vez que salimos juntos a tomar aire al parque no pudimos dar la vuelta completa. Caminábamos en silencio uno al lado del otro. Cada uno se hundía en sus pensamientos. Yo sobre todo en mis recuerdos. Era inevitable. Evoqué las veces que salí a pasear por el mismo parque con mi madre cuando estaba muy enferma. No recuerdo haber dejado alguna vez de dar con ella al menos una vuelta completa. Ya después ingresó a la clínica, y murió en ella. La última salida con Pedro al parque fue corta sobre todo por la fatiga y no tanto por el dolor. Veníamos de una de las últimas sesiones de radioterapia y no pasamos por el apartamento sino que decidimos dar una vuelta antes y aprovechar que ya estábamos afuera. La iniciativa fue mía. Había llovido mucho la última semana y ese día el cielo estaba despejado, el aire puro. Pedro Juan empezó a sentir muy pronto un enorme cansancio. Entonces cortamos camino por el parque y nos dirigimos en línea recta al apartamento. Yo salí más tarde a dar varias vueltas a buen ritmo, como me gustaba. Mi hijo dormía.

Durante la última parte de su vida, Pedro Juan pasó la mayor parte del tiempo en su habitación y en su cama. Procurábamos comer en el comedor, para así cambiar al menos de ambiente algunas veces al día. Con alguna frecuencia recibía visitas de su madre, pero eran por lo regular cortas y al final de la tarde. A veces hablaban, a veces simplemente veían algo en la televisión. Cuando Leticia estaba de visita, yo permanecía en la sala comedor o me iba a dar una vuelta o a hacer alguna compra. Prefería salir porque el ruido del televisor no me dejaba leer ni hacer casi nada. Lo percibía incluso a través de los audífonos que me ponía cuando usaba el

computador u oía música. Si Pedro veía solo la televisión no había ningún inconveniente porque lo hacía con sus propios audífonos.

Yo me ocupaba de la limpieza básica del pequeño apartamento y de la cocina. Aireaba constantemente la habitación y la sala comedor. Ofelia, la señora que trabajaba una vez por semana en la casa de Leticia y que conocía a Pedro Juan desde hacía mucho tiempo, empezó a venir todos los jueves para ayudarnos con el aseo y también con la cocina. Ella fue de mucha ayuda para mí. Cocinaba muy bien. Preparaba una buena cantidad de granos el día que venía: frijoles, lentejas o garbanzos, con arroz integral, de tal suerte que nos duraban algunos días y solo bastaba calentarlos. Hacía sopas exquisitas, especialmente la de zapallo, pero también la de espinaca, que guardábamos congeladas. De resto comíamos algo de carne o pescado preparados por mí casi siempre de la misma manera, pasta con salsas muy elementales y ensaladas. Papa y arroz. Los desayunos no me costaban trabajo. Los preparaba con frutas, cereales y yogur. Lo que más apetecía Pedro Juan eran las frutas. Comía casi todo lo demás con desgano y era frecuente que dejara restos de comida en el plato. Algo que no ocurría nunca antes de la enfermedad. Sus porciones se fueron por eso disminuyendo progresivamente por petición suya y adelgazó de modo notorio.

Entre varias rutinas establecimos la de ver juntos las noticias de las ocho de la noche. Ese fue un deseo mío. A veces también veía alguna película con él o seguíamos un partido de fútbol. No había entusiasmo en esa vida casi inmóvil de Pedro Juan. Al principio de su traslado a mi apartamento su ánimo podía oscilar entre la apatía y la irritabilidad. Si la sopa estaba tibia o muy caliente se ponía de mal humor. Mi torpeza con muchas cosas, como la búsqueda de películas

por internet y el acoplamiento del televisor con el computador, lo ponía de mal genio. El círculo tortuoso de dolor, analgésicos, estreñimiento y dolor lo desesperaba. Pedro Juan luchaba conscientemente contra la irritabilidad y el desespero y solía pedir disculpas casi de inmediato cuando por alguna razón se salía de tono en alguna solicitud o en algún reclamo.

# 7

Un día ocurrió algo extraordinario, algo que nos sacó a ambos de la pesada rutina de su enfermedad mortal. Lo llamó Antonia, una amiga del colegio, y le dijo que quería ir a visitarlo. Después supe que Antonia no era *una* amiga de Pedro Juan, sino su mejor amiga durante los últimos cuatro años del bachillerato.

Me tocó animarlo para la visita. Habían quedado en qué él le confirmaba a ella el día y la hora, pero Pedro vacilaba. Dejaba pasar los días sin llamarla. No quería que lo vieran como estaba. No lo dijo pero me pareció obvio. Al final se decidió, sin mucho convencimiento, y la visita de Antonia quedó para un jueves por la tarde, a tomar las onces. Era muy afortunado que se tratara de un jueves porque gracias a Ofelia ese día estaría ordenado nuestro apartamentico.

Hacía mucho tiempo no sentía una animación como la que me sobrecogió unas horas antes de la llegada de Antonia. Eso tuvo que ver con que el mismo Pedro estaba contento. Pasó varias horas en el baño arreglándose y se puso una camiseta negra con el estampado del prisma luminoso del disco *Dark Side of the Moon* de Pink Floyd y unos bluyines claros, casi nuevos, que sujetó con una correa de cuero oscuro. Sin la correa, el pantalón no se hubiera podido sostener. Pese a su delgadez y a que la ropa ya no correspondía a su horma, Pedro Juan se veía bien. Pulcro, digno. Nunca se ponía zapatos para estar en la casa. Esa vez, sin embargo, calzó sus

mejores tenis blancos y se sentó a esperar en el sofá cama que yo desplegaba para dormir. Me apresuré a comprar una torta de chocolate en el barrio La Soledad, no lejos, pero tampoco cerca del Centro Nariño, al lado este de la Universidad Nacional, porque fue imposible hallar una pastelería de mediana calidad en nuestro barrio. Fue un esfuerzo inútil, ya que Antonia llegó con una finísima torta de amapola.

Desde que se saludaron percibí su fluida familiaridad y su confianza mutua. Antonia era delgada pero fuerte, de paso firme, algo más alta que Pedro Juan. Tenía el pelo crespo, café oscuro, largo y abundante. Su piel era blanca y la expresión de sus ojos viva. También vestía bluyines, apretados, y botas negras cortas de amarrar. Un saco de lana liviana habano, amplio, con un enorme cuello de tortuga que caía hasta el comienzo del esternón, hacía resaltar la hermosura de su rostro y de su pelo. Debajo del saco llevaba una camisa de un azul muy claro con botones oscuros. Se podía ver bien su cuello puro. La soltura con la que trataba a Pedro Juan contrastaba con el nerviosismo inicial que le produjo mi presencia. Por eso muy pronto después de los saludos y la presentación de rigor me dirigí a la cocina y me ocupé de las onces. Como notaba que Pedro se refería a mí con cierta complacencia, salí de la cocina varias veces para disponer las cosas en la mesa y en esos momentos aproveché para preguntar algo o para participar de algún modo en la conversación deshilvanada que iban teniendo. Lo hacía con el objeto de que Antonia se relajara. Algo de eso logré pero no lo suficiente como para quebrar su timidez. Mientras tomábamos el café y comíamos la torta se impuso un silencio que me incomodó y que atribuí a mi presencia. Yo mismo había preferido

no hablar, pero no que ellos no lo hicieran. Esa visita era muy valiosa, Pedro no veía a nadie diferente a su madre, a su padre y al personal de salud desde hacía meses. No podía ser que transcurriera de un modo tan carente de gracia. Antonia dirigió un par de sonrisas inseguras, pero delicadas, a Pedro. Él las devolvió sin expandirlas, solo por devolverlas. Se inició lentamente, sin mucha vida, otra conversación más bien frívola entre ellos dos, sobre algún amigo común del colegio, si no recuerdo mal. Seguro que recuerdo mal. El silencio también les pesaba. Era notorio que Antonia no quería hacer menciones a la situación de Pedro Juan. Probablemente quedó impresionada por su aspecto, pero eso no dejó perturbar su evidente intención de pasar un buen rato con el Pedro Juan que conocía, no con el que veía. Sentí que yo no tenía nada que hacer en ese momento en ese estrecho lugar.

Después del café los dejé solos. Aludí a algo que tenía que comprar y salí. No pude hacer nada mejor. Caminé en dirección a la Universidad Nacional por las calles del barrio vecino, El Recuerdo. Era el sitio al que uno solía ir cuando buscaba una droguería, una ferretería o alguna tienda de abarrotes. Fue como si hubiera obedecido al pretexto de salir a comprar algo y lo hubiera seguido irreflexivamente como se sigue un comando. Las aceras de El Recuerdo eran irregulares y casi todas rotas. Los cables de la luz colgaban a poca altura del suelo, muchas veces se anudaban en las esquinas y atravesaban las calles formando una masa de líneas gruesas negras, fijadas a transformadores de corriente compactos y amenazantes. En algunas partes los cables podían incluso fastidiar la vista desde las ventanas. Había canecas, cajas de cartón y bolsas de basura por todas partes. Seguramente pasaría por la noche el

camión recolector. Quedaba poca luz de la tarde. El cielo era gris oscuro. Como en realidad no tenía nada que comprar, pensé que podría ir hasta la entrada suroeste de la universidad, tomar algo en algún lugar y devolverme. Pero empezó a llover de súbito. Caían gotas gruesas y rápidas que brillaban contra los faroles recién encendidos del alumbrado público. Busqué refugio en un desapacible asadero de pollos que parecía también tener las pretensiones de ser un bar. Era oscuro. Había en él una barra con butacas altas y dos hileras de mesas con sillas de espaldares altos enfrentadas, cada una de ellas para dos o tres personas. Se trataba de sillas acolchadas, del color del vino tinto, forradas con un material que imitaba de manera muy ordinaria al cuero. El sitio estaba casi vacío pero los clientes iban entrando poco a poco, como yo, apurados por la lluvia. Busqué una mesa alejada de la entrada y me senté mirando hacia ella. Podía ver desde ahí la lluvia. El lugar olía a grasa quemada. Pedí una cerveza. Al cabo de muy poco rato estaba ya cayendo un aguacero torrencial. Me pregunté qué iría a pasar con toda esa basura que estaba afuera amontonada. Como el local no era muy grande, podía sentir el viento frío que llegaba del exterior. Había dos televisores encendidos, uno frente a la barra y otro en la pared del fondo, a mis espaldas. Pasaban el resumen de un partido de fútbol de no sé dónde. Era bonito ver los goles, pero cuando uno no está interesado en algo preciso en el fútbol, todos los juegos son iguales. Imagino que sucederá lo mismo con muchas cosas de la vida.

No parecía que la lluvia fuera a cesar pronto. Me dio hambre, hambre de algo salado porque todavía podía sentir el sabor de las tortas en la garganta. Ordené otra cerveza y acaricié la idea de pedir

medio pollo con papa salada. Llamé a Pedro antes de hacer el pedido. Le conté en dónde estaba y le dije que iría a la casa tan pronto escampara. No habría ningún problema. Quise saber algo de su ánimo sin preguntarle nada, solo por el tono de su voz. Pero no fue posible. Era demasiado plana.

Cuando llegué a la casa un par de horas después ya Antonia se había ido y ya habían pasado las noticias de las ocho. Pedro Juan estaba encerrado en su habitación con la luz apagada. Era muy temprano para dormir. Él solía ir mucho más tarde a la cama. Pero yo no podía saberlo con certidumbre esta vez. Ninguna. Abrí la ventana de la sala comedor y dejé entrar el aire fresco por un rato. El cielo estaba despejado. Pese a los reflejos nocturnos de la ciudad, se alcanzaban a ver algunos astros destellando. La cocina estaba limpia. La vajilla que habíamos usado para el café y la torta estaba recién lavada y puesta boca abajo al lado del lavaplatos para secarse. Hay que comprar un portaplatos para que se seque la loza, pensé. Volví a la sala comedor y me senté en el sofá desplegable. Me parecieron muy desnudas las paredes del lugar. También habrá que comprar algo para adornar estas paredes. Miré la mesa. Pensé en Pedro Juan y en Antonia. El apartamento me pareció deslucido y pobre.

Apagué las luces y me senté de nuevo en el sofá a contemplar el cielo y a respirar el aire fresco de la noche limpiado por la lluvia. En ese momento oí la voz de Pedro Juan, que me llamaba desde la habitación.

—Creí que dormías —le dije después de saludarlo.

—No. Es muy temprano para dormir. Estaba viendo las estrellas —respondió. Le pregunté si había cenado y me dijo que no tenía

hambre.

—¿Has visto el cielo? —preguntó.

—Sí. Está muy despejado. Después de semejante aguacero.

—Ven. ¿Ves esa estrella brillante?

Me senté a los pies de su cama y miré hacia donde él indicaba.

—No es una estrella —le dije—, es un planeta.

—No —afirmó con seguridad—. Es Sirio.

—No titila. Las estrellas titilan.

—Es Sirio, estoy seguro.

No quise contrariarlo. Además, no contaba con ninguna certeza para hacerlo. ¿De dónde saqué yo que solo los planetas no titilan? De un silogismo de Aristóteles, creo, que a lo mejor no tiene nada que ver con la realidad del trópico, o del mundo. Nos quedamos un rato en silencio contemplándola. Pedro Juan irradiaba serenidad. Estaba recostado muy cómodamente en una almohada contra la pared. Tenía las piernas cruzadas sobre la cama. Era evidente que nada le dolía.

—Es la estrella más brillante y se puede ver desde casi todos los puntos de la Tierra. Está a 8,6 años luz de distancia.

—¿De dónde sabes todo eso?

—Del colegio. Es increíble que algunas de las estrellas que vemos ya no existen. Nos llega con retraso la luz que dejaron en el universo.

—Sí. Es increíble —dije, conducido con docilidad por la tranquilidad de ese momento y maravillado por la frase de Pedro Juan. Pensé que las estrellas apagadas no dejaban ninguna luz, sino que el punto luminoso que indicaba que ahí hubo una estrella que ya no existe es esa misma estrella. Nos llega la luz que es parte de la

existencia de esas estrellas cuando ellas ya no existen en un lugar muy lejano. Somos testigos de la existencia de la estrella cuando ella ya no existe en ese lugar, pero no en este. Es de la estrella que existió en un lugar lejano que somos testigos por su luz, pero esa luz no está separada de ella, y por ello todavía existe. No dije lo que pensaba porque me pareció en ese momento demasiado bella la expresión elegida por Pedro Juan: «nos llega con retraso la luz que dejaron en el universo», y porque no sabía bien qué era lo que yo pensaba.

—¿Qué tal la pasaron? —pregunté de modo soso.

—Muy bien, ¿y tú?

—Bien. Comí pollo con papas. Traje un poco por si quieres.

—No, gracias.

—¿Estás bien?

—Sí —dijo—, aguanta.

«Aguanta» es una expresión que usan los jóvenes en Colombia para decir que algo es aceptable pero que no produce satisfacción. Como decir: «más o menos». Me pareció que Pedro quería señalar con ella, simplemente, la ausencia de dolor insoportable en ese momento. Pero también el desinterés por alguna aspiración que estuviera por fuera del presente.

—¿Te hizo bien la visita de Antonia? —pregunté de manera directa e indiscreta. Era lo único que quería saber, u oír confirmado, porque la pregunta era una suerte de descripción de lo que veía.

—Mucho. Antonia es una persona muy importante en mi vida.

Movido por la misma curiosidad impertinente le pregunté:

—¿Han tenido algo alguna vez?

Me sentí tontísimo con esa pregunta.

—No —respondió con tranquilidad—, solo somos amigos. Ella tiene novio, también del colegio.

Después de un breve silencio agregó, mirando hacia la ventana:

—O bueno sí, al principio tuvimos algo, pero no muy largo.

Sus ojos, que brillaron de repente, se perdieron en el cielo. Se translució en ellos una felicidad vivida, una felicidad intensa, en la que seguro había estado pensando hacía un momento con la luz apagada.

—¿Estás enamorado de ella? —le pregunté.

—No —respondió—, somos amigos. No más.

—Pero ¿alguna vez estuviste enamorado de ella o la amaste?

—No sé, quizás enamorado sí, pero ¿amar? No sé. ¿Cómo se sabe eso?

La pregunta me conmovió, sobre todo por la forma sobria como Pedro la formuló. Me alegré de repente y al mismo tiempo, o muy pronto, me entristecí. Pedro Juan había conocido el amor, pero ese conocimiento había sido fugaz, quizás inasible. Seguro había habido ahí intensa alegría y placer, pero también dolor.

—Lo de Antonia fue increíble —dijo Pedro sin expresión en el rostro—. Es una de las mejores cosas que me han pasado en la vida —añadió; y suspiró.

¿O la mejor?, pensé. ¿Por qué no decir «la mejor»? Volví a sentir la misma mezcla de alegría y tristeza de hacía unos instantes. Callamos. Pedro Juan permanecía complacido en sus pensamientos y en la calmada observación del pedazo de cielo enmarcado por la ventana de su cuarto. Después de unos minutos manifestó estar cansado y se dispuso a preparar todas sus rutinas médicas e higiénicas para ir a dormir.

# 8

La radioterapia tampoco sirvió para nada. Ninguno de los médicos lo decía así, pero así era. Quintero no veía esperanza para Pedro Juan, y sin embargo a él no le importaba la falta de decoro a la hora de ostentar el éxito de su tratamiento, ya que gracias a sus intervenciones se había al menos evitado que el cáncer «se regara». No se había regado aún, ni tampoco durante la radioterapia, pero todavía podría ocurrir. Ocurriría muy pronto. De modo que su éxito era tan relativo e insignificante como incomprensible su idiota vanidad. Sobre todo porque el cáncer seguía ahí. Los dolores habían aumentado. El tumor había crecido. Se podía ver y palpar. Una protuberancia parecida a la de un hueso brotado levantaba la piel a lado y lado de la cicatriz que había dejado la operación; la operación que tampoco había servido para nada. Nadie es culpable. La culpa y la soberbia son los peores inventos de la imaginación.

Un día nos citó Vargas al consultorio. Tendríamos pronto una cita de control, pero su secretaria me llamó y me dijo que el doctor la quería adelantar. Tenía que viajar a un congreso médico. En otra circunstancia hubiera aplazado la cita con Pedro Juan, pero en este caso lo que procedía era adelantarla. El médico nos explicó que aun cuando la radioterapia había ayudado a frenar la expansión del cáncer, era necesario someter a Pedro Juan a un nuevo ciclo de quimioterapia. Más corto, dijo, pero más efectivo. «Más efectivo» quería decir «más potente», pero él no decía eso. Habría que utilizar

«medicamentos sensibilizadores» para reforzar el sistema de defensas. También nos comunicó que pensaba realizar una punción de médula ósea con el propósito de ver cómo estaba la producción de células y de glóbulos rojos en el cuerpo de Pedro. El cuerpo de Pedro es Pedro, pensé. Ese pensamiento me pareció inútil y, filosóficamente considerado, pueril.

Yo había leído algo acerca del trasplante de médula como método de curación del cáncer. Pregunté a Vargas por ello. Explicó que no era un método apropiado para todo tipo de cáncer. No se podía descartar por ahora en el caso de Pedro Juan, pero lo más urgente era iniciar con la nueva quimioterapia y proceder con la punción. En el momento oportuno ya veríamos qué más hacer.

—Quizás —dijo— una braquiterapia, que es una radioterapia interna. Distinta a la que ya se hizo. En la radioterapia interna se instala un pequeño implante con tubos de radiación en la zona afectada. De ese modo se garantiza que la radiación llegue más directamente. Hay que ver. Hay que hablar de todo eso con el doctor Quintero. También depende de cómo esté la zona de la lesión.

Terminados los comentarios y las explicaciones, examinó a Pedro Juan. Dijo que en condiciones como las actuales era imposible realizar una braquiterapia. De todas maneras no estaba pensada para ese momento. Encontró a Pedro Juan muy delgado y le recomendó hacer todo lo posible para comer más proteína. Le prescribió suplementos alimenticios y medicina para el dolor, incluida la morfina, que era mejor comprar por nuestra cuenta ya que el trámite de aprobación por el seguro de salud podía tardar semanas o incluso meses. Nos dijo que el nuevo ciclo de quimioterapia debía

empezar en uno o dos días. La punción se realizaría una vez él estuviera de regreso, a más tardar en dos semanas. Así quedamos.

La venta de morfina está estrictamente controlada en Colombia. Al menos en el mercado legal. No basta con tener una fórmula médica firmada por un médico, sino que hay que hacer trámites en Medicina Legal, a donde tuve que ir.

Se accedía por una larga rampa a un hall con cinco ventanillas para atención al público. Todas las ventanillas estaban ocupadas y además de eso había una cola de unas diez personas en la rampa. Me parecieron muchas, sobre todo porque se trata de un lugar al que se viene a reclamar cadáveres. Me acerqué a la puerta de vidrio por la que se entraba al hall y pregunté a una mujer de seguridad que daba el ingreso si yo, que no venía a recoger ningún cadáver, tenía que hacer la misma cola. Me dijo que sí, que en la ventanilla me dirían qué hacer cuando llegara mi turno. Volví a mi sitio en la rampa. Casi dos horas después, en una de las ventanillas me dieron un papelito sellado con un número y me dijeron que saliera del edificio y buscara «a la vuelta» otra ventanilla en la que me atenderían. Pregunté por qué no hubiera podido ir antes directamente a esa otra ventanilla, y como respuesta obtuve la misma instrucción.

Salí del edificio y caminé unos metros hacia el sur por la avenida Caracas. Se notaba que la suciedad y el abandono eran parte de la condición perpetua de la amplia acera por la que caminaba: poblada de gente en circunstancias miserables, de perros flacos que merodeaban alrededor de los deshechos arrumados en cualquier

lugar. La basura yacía amontonada junto a los postes de la luz. Vi un hombre muy delgado, en harapos, desnutrido, acompañado de dos perros, recogiendo basura en un costal de plástico; una mujer que yacía recostada en la pared con un niño en brazos y otro que correteaba a su alrededor pidiendo limosna. Algo le di, monedas. Otra mujer, gorda, de mediana estatura, enfundada en ropa vieja y percudida, atendía desde una butaca de madera a la que estaba amarrada una espuma desnuda y rancia un pequeño puesto de venta ambulante de cigarrillos, chicles, galletas ordinarias, paquetes de papas fritas, además de café y agua aromática, que vertía desde dos enormes termos de plástico. Tres hombres jóvenes, fornidos, con las ropas, las manos y las caras engrasadas permanecían parados en semicírculo junto a ella, tomaban café tinto en vasitos desechables y fumaban. Hablaban entre sí. Podrían ser trabajadores de un taller de mecánica haciendo una pausa. Pensé que al menos esa imagen de la pausa del trabajo era una señal de esperanza. ¿Esperanza de qué?, me pregunté al doblar la esquina y caminar por la calle solitaria que me llevaría a la ventanilla dispensadora de medicamentos controlados y de morfina. No me respondí. Seguí el largo muro sin ventanas del edificio de Medicina Legal hasta llegar a la otra esquina. En el transcurso, que me pareció desolado e interminable, no encontré ninguna ventanilla. Tan solo al alcanzar la otra esquina y girar a la izquierda pude ver una cola de tres personas que se acercaban a ella por turnos. Mostré el papelito con el sello y llené cinco formularios con lo mismo: nombre, dirección, número de cédula, teléfono celular. La persona que atendía me extendió entonces un recibo de consignación del Banco Popular. Me indicó que con eso podía hacer el pago de la morfina e ir

nuevamente con la copia al hall principal de las ventanillas. Ahí, en la ventanilla que decía «Dispensario», me darían la morfina. Pregunté si tendría que hacer otra vez la misma cola de la rampa y me dijo que seguramente no, porque a la ventanilla del «Dispensario» solía acudir menos gente. Pregunté por qué razón era necesario dar toda esa vuelta en lugar de que le dieran a uno la «validación» (así la llamó) y el recibo de pago en un solo lugar. La respuesta fue exactamente la misma indicación.

Al disponerme, molesto pero resignado, a volver a la avenida Caracas por la misma calle larga y sola, la persona de la ventanilla me dijo:

—Váyase mejor por el otro lado. Esa calle es peligrosa.

—Gracias —le dije. Y terminé dando la vuelta completa a la manzana.

Al frente exacto de la puerta principal de Medicina Legal, al otro lado de la avenida Caracas, había una oficina del Banco Popular. Para llegar a ella había que caminar por lo menos unos cincuenta metros en dirección norte y tomar un puente peatonal. Era la única forma de atravesar la enorme avenida. En un momento sentí que me iba a dar un ataque de asma. Me detuve en la parte alta del puente, bajé la cabeza, inhalé con calma y exhalé con fuerza como ya lo sabía hacer. Miré desde ahí la avenida. Era muy larga. Se perdía muy lejos de la vista sin acabarse. El carril del extremo izquierdo, que venía de norte a sur, estaba completamente trancado. Una masa compacta, gigantesca, aterradora, de carros quietos lo llenaba. Por el otro lado, el que iba de sur a norte, avanzaba lentamente otro torrente bloqueado de carros. Por los carriles del medio circulaban en dos direcciones las largas colonias de buses rojos del transporte público

masivo. El ruido era espantoso. Para mi fortuna, se trató solo de un amago, no de un ataque verdadero de asma.

Cuando Vargas llegó de su viaje ya Pedro Juan había recibido tres nuevas fuertes dosis de quimioterapia. Los mareos se volvieron constantes. También los dolores y los deseos de vomitar; no siempre los vómitos. Durante las sesiones de quimioterapia se le suministraba la morfina por otra vena. Habría que dársela también así en la casa y para eso era necesaria asistencia domiciliaria. El médico decidió que para la punción de médula y las dos sesiones que restaban del ciclo de quimioterapia era mejor internar a Pedro en la clínica. Así se hizo. Cinco días.

Varias veces coincidí ahí con Leticia. Me insistía por los pasillos en que los médicos estaban matando a Pedro Juan. Lo hacía en voz alta, para que se pudiera oír, pero todo me lo decía a mí. Frente a Pedro Juan se guardaba sus comentarios.

El día de la punción de médula solo estuve yo con mi hijo. Pedí que me dejaran entrar al examen. Pedro Juan estaba acostado de lado en una camilla de quirófano. Su espalda estaba desnuda. Llevaba puesta una especie de bata azul claro muy delgada abierta atrás que le cubría los brazos hasta la mitad y también el pecho. En la cintura se cerraba, pero se volvía a abrir unos centímetros debajo de la cadera, de suerte que las piernas y los pies salían de ella. Esa desnudez apenas velada por una fina túnica azul me evocó las imágenes que tenemos de los santos ante el martirio.

Le pidieron que se doblara, como buscando la posición fetal, pero sin llegar completamente a ella. Le dijeron que se calmara y

respirara profundo. Limpiaron con alcohol el sitio de la punción. Sintió frío y reaccionó instintivamente. No se podía mover, le dijeron. Explicaron que primero iban a aplicar anestesia local. A través de un catéter le llegaba analgésico a la sangre. Estaba muy nervioso. La anestesia tendría que actuar en segundos. Mientras tanto Vargas, que ya estaba preparado para el procedimiento, puso una mano sobre el hombro de mi hijo y le insistió en la importancia de no moverse, le dijo que iba a sentir un poco de ardor y probablemente un dolor agudo, pero muy breve. Pedro estaba pálido. Le salieron algunas lágrimas. Eran de angustia. Estiró una de sus manos y dijo:

—Papá, dame la mano.

Inmediatamente me moví hacia el lado posterior y le tomé la mano. Sudaba, no estaba fría. El médico me hizo un gesto de asentimiento y palpó la zona pélvica para saber si ya la anestesia había obrado. Parecía que sí, según lo que Pedro respondía. Una auxiliar le pasó a Vargas una jeringa gruesa con una aguja diferente a las normales. Era recta, como todas, pero algo más gruesa y no tan larga. En el pivote tenía un soporte para poder poner dos dedos. No era, en todo caso, una jeringa ordinaria. El médico desacopló la aguja del tubo y se lo dio a la auxiliar. Con su otra mano, ella pasó otra vez un algodón con alcohol en el sitio de la punción. Pedro Juan no reaccionó. El médico hizo algo de presión en el punto con los dedos índice y corazón de su mano izquierda y situó entre ellos la aguja. Luego la tomó por el anverso de los mismos dos dedos de la otra mano y la empujó con fuerza lentamente. Retiró su mano izquierda de donde la tenía y tomó con ella la parte inferior del pivote para seguir guiando la aguja mientras la empujaba hacia adentro con la mano derecha. Pedro Juan gritó de dolor. La auxiliar

lo sostuvo con firmeza del hombro para que no se moviera y me dijo que lo sujetara. Entonces le dio el tubo al médico.

—Ya vamos a acabar, tranquilo —dijo Vargas.

Mentira. Estaba comenzando. Tomó el tubo grueso y lo acopló con mucha destreza a la aguja. Luego, apoyándose en el pivote de la jeringa con la mano izquierda, tiró despaciosamente el émbolo hacia afuera con la otra mano, y así succionó el líquido de la médula espinal. Cuando el tubo estuvo casi lleno, cerró la válvula del pivote, desacopló, y volvió a acoplar otro tubo idéntico por el que muy pronto empezó a fluir otra cantidad de líquido. Pedro Juan lloraba. Dijo entre sollozos:

—Me duele mucho.

Pero no lo dijo con un grito, como cuando la aguja entró por el hueso, la cresta ilíaca (qué nombre sonoro y violento, bello), sino con un lamento agónico, y con llanto. Soltó en un momento mi mano y se tapó los ojos con las dos suyas.

—No —dijo—, esto no puede ser. —Y lloraba. Podría estarse refiriendo al padecimiento que vivía en ese momento o a todo lo que le ocurría, a la gran pesadilla en la que estaba metido desde hacía meses. Daba la impresión, en todo caso, de que el dolor agudo de la primera parte del examen iba cediendo. No la pesadilla.

Sacaron tres tubos de la muestra líquida. Probablemente «para estar seguros». Muestra líquida de la médula ósea de Pedro Juan. Ahí estaba la clave de su vida. Todas las células de la sangre provienen de una única célula, la «célula madre», a la que también llaman «pluripotente». Esa célula se diferencia, y claro, se multiplica, dando lugar a las grandes líneas de células maduras que circulan por el cuerpo a través de la sangre. ¿Qué se quería con ese examen? Ya

lo dije: averiguar si la médula de Pedro estaba produciendo células sanas y saber en qué estado se hallaba la producción de glóbulos rojos. Después supe que también se tomó una pequeña muestra de la parte sólida de la médula ósea con el propósito de hacer una biopsia.

Durante los días en que Pedro Juan estuvo en la clínica tuve varios insomnios. Todos, por fortuna, domesticados, benignos. Eran insomnios tranquilos, pero muy tristes. La espera de los resultados del examen no me produjo ansiedad. Cualquier resultado iba en contra de la posibilidad de su vida. Si de la producción de células en la médula se seguía que no había células cancerosas circulando por la sangre, no era posible considerar halagüeña esa noticia, pues el cáncer continuaba en el lugar de origen, e incluso crecía. Si, por el contrario, el resultado de la punción era que estaban produciéndose y circulando células enfermas por el cuerpo de Pedro Juan, eso solo quería decir que el proceso de deterioro sería más rápido y su muerte más pronta. Mi tristeza se relacionaba no con la muerte cada día más segura de Pedro sino con su sufrimiento. Ya llegaría el momento para llorar por aquella. Así pensaba, pero no porque lo hubiera considerado a través de un proceso reflexivo, sino porque así se me imponía.

En los insomnios intentaba leer, como siempre. Pero casi nunca lograba concentrarme en lo que leía. Mi mente estaba dispersa y desanimada. Esos días de soledad me sirvieron en todo caso para descansar del agotamiento que causaba estar todo el tiempo al cuidado de Pedro. Aproveché las noches y las mañanas para descansar de todo, y por las tardes iba a la clínica o hacía vueltas administrativas relacionadas con el tratamiento. Hablé dos veces con

Alicia. La dicha que me produjo su voz no se pudo compensar con la tristeza de su ausencia. Le conté que su hermano estaba en la clínica y que según los resultados de unos exámenes que le hacían pronto sabríamos cómo iría todo en adelante. Le dije, porque lo preguntó, que Pedro Juan estaba muy mal. Traté de manejar esos encuentros con circunspección y sin muchas palabras. La incitaba más bien a hablar y a que me contara de sus cosas. Tenía que cerrar la esclusa de esa fuente de abatimiento. ¿Cuándo volveré a estar con Alicia? ¿Cómo voy a vivir sin ella?, me preguntaba en medio de esas conversaciones, entre su voz y su voz.

Los resultados de los exámenes fueron más descorazonadores de lo previsto. Circulaban células enfermas por el cuerpo de Pedro Juan. El hallazgo de patología era positivo. La producción de glóbulos rojos era bajísima y los niveles de hierro estaban muy por debajo de cualquier límite tolerable. Pedro Juan padecía, según esto, una anemia severa. Se trataría en principio con medicamentos, pero si eso no funcionaba a corto o mediano plazo, habría que pensar en una transfusión de sangre. De lo contrario, la anemia podría hacerlo colapsar en cualquier momento y matarlo. Era cuestión de semanas, o incluso de días, que el cáncer hiciera metástasis y se situara en algunas otras partes del cuerpo. De hecho, no se entendía por qué no había ocurrido ya tal cosa.

Pedro Juan era un paciente terminal y lo único que quedaba ahora era el cuidado paliativo. Incluso la radioterapia interna debía ser solo paliativa. No había ninguna posibilidad de sanación con ella, pero sí podría servir para aliviar los dolores producidos por un sarcoma que

no paraba de crecer. Todo esto me lo dijo Vargas solo a mí en su consultorio una semana después de que dieran de alta a Pedro. Quería decírselo él mismo a mi hijo, junto a su padre y a su madre, pero había creído conveniente anticipármelo a mí para que me fuera preparando y ayudara a Pedro Juan a prepararse, no tanto con palabras, sino «con actitud», dijo. Y yo no entendí qué quiso decir con esa tontería.

—Usted es más fuerte que la madre —añadió—, por eso creí conveniente hablarle a usted a solas primero. La unidad oncológica de este hospital no va a dejar a Pedro Juan solo un minuto, eso se lo puedo asegurar. Pero no podemos curarlo. El cáncer de Pedro Juan no tiene cura. Hicimos lo que pudimos, espero que comprenda.

—Comprendo perfectamente —dije. Y me callé. Lo miré a los ojos. Él me sostuvo la mirada. Muy pronto puse a vagar mis ojos por una de las paredes del consultorio, suspiré y le dije:

—En todo lo que me ha dicho no ha hecho mención al trasplante de médula. ¿No es acaso una opción?

—En este caso no lo es. Para un trasplante de médula se necesita, primero, un donante cien por ciento compatible. Supongamos que lo consiguiéramos. Podría ser usted, o la madre, por ejemplo. Hay que hacer los exámenes de rigor para saberlo. Lo principal, en todo caso, es que al receptor de la médula hay que hacerle antes una especie de limpieza completa con quimioterapia y radioterapia. La última quimioterapia fue muy fuerte. Y no produjo el efecto esperado. Pedro Juan no aguanta más quimioterapia, y menos con esa anemia que tiene. A mi modo de ver, esto es someterlos a todos ustedes a una presión innecesaria con muy bajas probabilidades de éxito. Mi deber como médico me impide generarles expectativas irreales.

Ahora bien, si quiere, yo cito a una junta médica para exponer el caso. Ustedes tienen derecho a más opiniones.

No supe qué hacer, ni qué pensar. Creía, ¿cómo no?, en todo lo que Vargas decía. Una junta médica, más opiniones, no era sino darle largas a la determinación de que la vida de Pedro estaba sin remedio en la fase final. Sin embargo, le dije que me gustaría consultarlo con el mismo Pedro Juan. Le contaría con discreción lo que Vargas me había contado, también que quería vernos próximamente a los tres. Le enviaría un mensaje al teléfono informándole qué pensaba Pedro de la junta médica y de acuerdo a eso coordinábamos el resto. Estuvo conforme.

Pese a que nada de lo que me dijo el médico me tomó por sorpresa, era notorio el efecto demoledor que me produjeron sus palabras cuando llegué al apartamento. Mientras hablaba con mi hijo, escogiendo con sumo cuidado las palabras, tuve que hacer varias torpes interrupciones. Él me seguía con atención y paciencia. Miraba a veces a mis ojos, a veces al cielo que tenía desde su ventana. Estaba sentado en la cama, recostado en una almohada sobre el espaldar. Respiró hondamente. La expresión de su rostro era seria. Se notaba que se había aseado con especial esmero ese día. Sin embargo, lucía muy demacrado. Empezaba a sobresalir su quijada y las mejillas pálidas formaban una leve cuenca. Pese a que Pedro Juan aparentaba en ese momento más edad de la que tenía y las cejas y las pestañas habían desaparecido casi por completo, seguían siendo notorias las marcas que había dejado en la cara su joven hermosura. De su cabeza redonda y perfecta ya surgían nuevos retoños débiles, dispersos, del pelo perdido por la última quimioterapia. Sus orejas eran finas y paradas, llamaban la atención

sobre el trasfondo de su calvicie. Al cabo de unos minutos de silencio manifestó con débil delicadeza su deseo de que se hiciera la junta médica. No habló más. Dijo querer descansar y me pidió que le cerrara la puerta de la habitación.

La tarde anterior al día que teníamos la reunión con Vargas recibí un mensaje suyo en el que me informaba que la junta médica desaconsejaba el trasplante de médula. Al otro día nos expondría el curso a seguir. Pedro Juan estaba a mi lado cuando entró el mensaje. Preguntó de qué se trataba y se lo conté. Estábamos en la sala, él sentado en el sofá cama, yo frente a la mesa del comedor. Se paró con dificultad, caminó hacia la cocina, dio una pequeña vuelta por el espacio que había entre el comedor y la puerta de la cocina, se situó cerca de la pared lateral, fijó sus ojos en ella sin mirar nada de ella, y le dio un puñetazo fuerte, tan fuerte que se tomó esa mano con la otra y empezó a masajearla.

Yo me inquieté porque creí que se había hecho daño e hice el ademán de incorporarme e ir hacia él. Pedro Juan se volteó hacia mí. Me miró a los ojos. Arqueó sus labios, los apretó. Tenía lágrimas en la mirada, pero no lloraba. Se movió en mi dirección, como si quisiera sentarse a la mesa. Yo me volví a acomodar en la silla. Él seguía sobando la mano derecha con la mano izquierda. Después las amarró unos segundos con los dedos. Tomó una de las sillas del comedor por el espaldar, apoyó en ella las manos y las volvió a amarrar, con la energía que aún le quedaba, sin violencia. Respiró profundamente. Se tranquilizó por un momento. Continuábamos mirándonos a los ojos. Acababa de desaparecer su última esperanza.

No tenía muchas, lo sabía. Pero al desaparecer esta última, se desnudó la fuerza que silenciosamente, sin él mismo tener idea de ella, le había atribuido a la ilusión de vivir.

Ahora solo quedaba transitar a la muerte y eso era posible de dos únicas maneras: o dándole puñetazos a la pared, con desesperación y miedo, o amarrando las manos por los dedos con serenidad y agradecimiento por haber vivido. Era en este momento lo que había que decidir. Nos lo decíamos con nuestras miradas fijas y calladas. Nos lo dijimos de varias maneras hasta que Pedro murió.

# 9

Difícilmente puede hacerse filosofía sin la muerte, dice Schopenhauer. Que todos los individuos mueran: este guayacán sabanero al frente del edificio en donde vivo, este gorrión que se para en una de sus ramas, esta mosca en la cocina, tú y yo, es un hecho tan desconcertante como que el mismo guayacán, el gorrión, la mosca en la cocina, tú y yo estemos destinados naturalmente a contribuir durante el tiempo que vivimos a legar la semilla, el huevo, la simiente de nuestra descendencia. La vida de cada uno de nosotros es un proceso temporal, transitorio, que empieza en un momento y acaba en otro. Al primero lo llamamos nacimiento, al segundo muerte. Unos de esos procesos duran más, otros menos. No hay vida individual que no se extinga atravesando el desgaste o la enfermedad. Por eso la muerte que llamamos natural está en cierto sentido en nosotros desde el momento en que nacemos. Al mismo tiempo, sin embargo, la vida se desenvuelve en fases desde el nacimiento. Y la conjunción de esas dos caras (la de la vida o del vivir y la de la muerte o del morir) de lo que realmente es un solo proceso produce el mayor asombro. Las cosas de este mundo son de tal modo que por regla general los individuos transitorios y abocados a la extinción transfieren el núcleo germinal que mantiene la vida a otros seres, los que ellos engendran; de suerte que, sí, por supuesto, ellos desaparecen, pero queda sobre el planeta la vida dispersada en más individuos que también procrearán y se

extinguirán. ¿Para qué? Para nada. La pregunta «¿para qué?» tendrá que ver con nuestra conciencia preocupada por sueños, ambiciones, propósitos, pero no estará encaminada a comprender la naturaleza, o la vida. La naturaleza y la vida en ella no tienen más propósito que ellas mismas, que mantenerse en lo que son. No hay un propósito de la vida por fuera de la vida misma. De aquí podría seguirse o una visión del absurdo, del sinsentido de la vida, o la conciencia de que la existencia individual no es la vida misma sino solo uno de sus efímeros episodios. Por eso hacerse la pregunta por el propósito de la vida es creer que el libreto de sus episodios está escrito con el mismo lenguaje que ella habla. Y es eso lo que es absurdo. La naturaleza, la vida en ella, nos dice continuamente: «soy y seré siempre porque todo está en mí. Para eso soy y por eso soy. Tú estás en mí. Y perecerás, con todos tus propósitos y tus ilusiones. Procrearás y algo de ti seguirá en mí, pero eso también perecerá y también procreará. Creerás que tus hijos son tus propósitos. Pero tus hijos son solo el modo de quedar en mí tu substancia germinal, la misma de tus padres, la de tus abuelos. Tú, que puedes entender estas palabras, no eres esa substancia ni otra; ella está en ti, solo eres un vehículo. Por eso no debes temer a la muerte».

Escribí el párrafo anterior una mañana en el comedor del pequeño apartamento del Centro Nariño. Cuando lo terminé, Pedro Juan estaba sentado casi frente a mí sobre el sofá cama. Oía música desde el celular a través de los audífonos. Eran más de las diez y media pero él apenas se acababa de levantar. Comía cereal con yogur y frutos rojos en un tazón. Yo llevaba despierto leyendo y

escribiendo desde muy temprano. Atendí y saludé a Pedro Juan algo mecánicamente y seguí en lo mío. Terminó su desayuno, se levantó y llevó el tazón vacío a la cocina, lo enjuagó en el lavaplatos y volvió al sofá. Desactivó la música del celular, se quitó los audífonos y los enrolló lenta y cuidadosamente, como todo lo que hacía, y me preguntó:

—¿Qué escribes?

—Nada del otro mundo, apuntes sobre mis cosas.

Como al lado del computador tenía algunos libros y cuadernos daba la impresión de que estuviera trabajando en «mis investigaciones».

—¿Y cuáles son tus cosas?

—Filosofía —le dije—. Son cosas que se me ocurren y que voy anotando. Tengo que preparar algo para presentar aquí en las universidades en las que he pedido trabajo.

Era verdad. Ya habíamos hablado de eso. El semestre siguiente dictaría dos cursos en una universidad católica privada, la Pontificia Universidad Javeriana: uno sobre «Problemas del racionalismo» y el otro una «Introducción a la filosofía» para estudiantes de otras carreras. En la Universidad Nacional seguían estudiando la posibilidad de mi reintegro. El trámite se demoraría al menos un semestre más. Mientras tanto, podría trabajar como «profesor ocasional» con un curso. Lo pagaban tan mal que decidí dar el mismo sobre el racionalismo que impartiría en la universidad privada. Tendría, en cualquier caso, algo de trabajo en unos meses, lo que me caía bien, ya que mis ahorros se habían disminuido considerablemente. De la Nacional también me habían informado acerca de un coloquio interno de profesores que tenía lugar una vez

cada dos semanas. Podría participar en él si quería y hacer alguna presentación. Me pareció importante darme a conocer ahí, o a reconocer, porque algunos viejos colegas ya me conocían. Eso seguramente aumentaría las probabilidades del reintegro. Entonces propuse el título «La tiranía de la substancia» para ser incluido en el programa del coloquio. Hablaría de la idea de substancia en el racionalismo moderno.

Habían pasado dos semanas desde la última cita con el oncólogo y su equipo. Pedro Juan era asistido diariamente por una enfermera que le proporcionaba la morfina por vía intravenosa y se ocupaba de todo lo relativo al cuidado contra el dolor. La enfermera venía un rato al final de las tardes y hacía su trabajo. Casi nunca era la misma. Las dosis de morfina eran al principio de baja concentración y solo se irían aumentando progresivamente en la medida en que fuera intensificándose el dolor. Eso me recordó el cáncer de mi mamá. Se comenzó también con bajas concentraciones de morfina, hasta que al final llegaron a ser tan fuertes que yacía en un sueño profundo, entre vegetal y mineral. Yo le pasaba mis manos por un mechón largo de canas que le caía sobre la cara, y se lo peinaba.

En pocos días Pedro tenía que someterse a la radioterapia interna para controlar el tamaño y la expansión del tumor, que no cesaba de crecer. Esa radioterapia también tendría efectos contra el padecimiento físico. Una de las enfermeras había dicho que la aplicación progresiva y en bajas dosis de la medicación tenía el sentido de que el paciente desarrollara alguna tolerancia al dolor. No siempre había dolor pero cada día se fue volviendo más raro que no lo hubiera. Pedro Juan se convirtió en poco tiempo en un experto del dolor.

Ya nos habíamos habituado a que yo trabajara en el comedor, que utilizaba de estudio sobre todo por las mañanas. Hasta las diez u once de la mañana el apartamento solía ser muy silencioso. Esa era la hora aproximada en la que Pedro Juan despertaba, y entonces yo empezaba a ocuparme de él. Muchas cosas las hacía él mismo. Con suma lentitud: el baño, su aseo privado, el desayuno con cereal y frutas, que yo siempre dejaba listas, lavadas y cortadas. Pero el inicio de sus rondas por el lugar era el final de mi concentración en cualquier cosa que no tuviera que ver con él. Ocuparme de él era sobre todo estar con él, conversar, leer algo juntos, ver películas. En todo eso, y en preparar algo sencillo de comer para los dos, se iba la mayor parte de los días y de las noches.

Las noches eran largas. Como Pedro Juan dormía tanto en el día, buscaba el diálogo por las noches. Y al revés también: como empezó a desvelarse, requirió más horas de sueño por la mañana. A veces nuestros desvelos coincidían y nos acompañábamos. Pero muchas veces yo me iba a la cama a una hora normal con el propósito de trabajar desde temprano en la mañana. En esas ocasiones Pedro Juan solicitaba el acompañamiento nocturno sin pedirlo expresamente. Podía ser motivándome a ver una película, o a que le leyera o le contara algo. No quería estar solo, especialmente durante las primeras semanas de esa fase ya para todos terminal de su enfermedad.

Empezaron a faltarme horas de sueño y solía sentirme cansado, desconcentrado, irritable. Pedro comprendió pronto, sin palabras, que yo me retirara no tan tarde a la cama y que buscara estar activo por las mañanas. Así y todo, no podía dejar de insistir en que lo acompañara por las noches. Me sentía jalado por dos necesidades:

la de estar con él todo el tiempo que requiriera y la de mi soledad y mi concentración para poner en orden mis asuntos. Sentí que si no podía equilibrar esas dos cosas las haría mal ambas. Él entendía y también luchaba en su interior para poder estar solo algunas noches.

—¿De qué se trata lo que estás escribiendo? —preguntó.

—Lo que he escrito hoy es sobre la muerte —respondí.

—¿Sobre la muerte? —y me clavó la mirada con curiosidad.

—Sí. Sobre la muerte.

—¿Has escrito algo sobre la muerte? —preguntó esta vez visiblemente sorprendido—. ¿Para qué? ¿Por qué?

—No sé —respondí—, se me ocurrió que podría escribir un ensayo sobre la muerte.

—¿Te lo piden en alguna universidad?

—No. Nadie me lo pide.

—Interesante —dijo, todavía vivamente asombrado e intrigado—. ¿Me leerías lo que has escrito?

—Si quieres, claro. Es corto. Apenas estoy empezando.

Leí entonces en voz alta ese párrafo de lo que se me ocurrió esa mañana podría ser un ensayo sobre la muerte. En realidad me había levantado con la primera luz del día pensando en que debía comenzar a ordenar el escrito «La tiranía de la substancia», que rondaba por mi cabeza desde hacía un tiempo. Pero cuando apretaba con mis dos manos una taza de café caliente frente al computador y contemplaba cómo el sol, oculto aún tras una cortina de nubes frágiles que cubría las cimas de los cerros de Monserrate y Guadalupe, imponía parsimoniosamente su luz pareja sobre los edificios del centro de la ciudad, sobre las casas cercanas y las calles vacías, pensé en la muerte. Y empecé a escribir lo que empecé a

escribir. Y tracé un boceto de lo que podría llegar a ser un ensayo sobre la muerte.

Cuando terminé de leer el pasaje, Pedro Juan dijo:

—No estoy de acuerdo.

—¿En qué?

—Uno teme a la muerte porque ha conocido lo que es estar vivo y porque sabe que se va a extinguir. Es justamente porque uno sabe que se va a extinguir que teme a la muerte. Y tú dices que uno no debería tenerle miedo a la muerte porque sabe que de todas maneras se va a extinguir. No estoy de acuerdo.

—Lo que digo es que toda vida individual es pasajera y se extingue y que saberlo es lo mismo que saber que no podemos hacer nada en contra. Ese conocimiento es una especie de reconciliación con el hecho de que toda vida individual empieza y acaba, y por eso debe ayudar a no temerle a la muerte.

—Eso es muy difícil —insistió.

—No somos los individuos los que estamos destinados a durar —continué, sin atender a su reparo—, sino la especie, que, claro, también seguramente desaparecerá, pero en otra escala del tiempo. Como individuos procreamos antes de desaparecer y la especie sigue. Sí hay algo substancial en nosotros, mejor dicho, algo que dura, pero no tiene que ver con nosotros como seres conscientes, sino que es el núcleo germinal, los genes, si quieres, que pasamos a la siguiente generación como en una carrera de postas.

—Yo ya no le voy a pasar nada a nadie.

Lo dijo con tal falta de afectación que continué obedeciendo al impulso que nos arrastraba a esa conversación. Sabíamos que no era una conversación cualquiera.

—Es cierto —dije. Hice una breve pausa y continué:

—Lo que pasa es que creemos erróneamente que nuestro yo es todo y único, entonces la perspectiva de su desaparición nos produce pavor. Pero el yo es muy poca cosa y tan pasajera como muchas otras cosas. Hablo del yo consciente, de la conciencia. ¿Me entiendes?

—No mucho.

—Sí. Yo creo que el temor a la muerte está muy ligado a la idea del yo. Mientras más importancia le demos a esa idea más terrible nos parece la muerte.

—Es normal.

—Sí, es normal. Pero también es normal que nos muramos.

Se quedó pensativo unos minutos. No creo que por mis palabras, pues me parecía obvio que no le decían algo que no supiera, sino porque ellas constataban su propia condición inescapable. Era eso, y nada más, lo que lo hacía pensar. Estoy seguro. Sin embargo, como saliendo de una distracción, dijo:

—No entiendo por qué hablas de la idea del yo. El yo no es una idea, es una realidad. Yo no soy una idea, yo soy yo, y si me voy a morir pues no me parece raro que tenga miedo.

Quise preguntarle si temía a la muerte pero me pareció boba la pregunta. Boba es una pregunta de la que sabes tan obviamente la respuesta. Pensé que su muerte prematura era un accidente, como la del bebé que cae de la cuna, como la del pescador que es arrastrado por una corriente y se ahoga en el mar, como la de la vaca que bajando en pánico una ladera empinada se cae y se desnuca, y pensé en decírselo, pero preferí callar. Una cosa es pensar en la muerte y otra distinta tratarla con crudeza, y más aún

si es frente a alguien que se está muriendo. Y que tiene diecinueve años. Me excusé por el carácter todavía muy provisional de mi escrito y le prometí que lo terminaría pronto. Le pregunté si quería leerlo cuando estuviera listo o incluso que le fuera leyendo pedazos en la medida en que iba avanzando. Algo muy fuerte en mí me decía que era importante hablar con Pedro sobre la muerte. Por las palabras que usaba esa mañana, por la frialdad y la seguridad con las que hablaba. Ya lo había sentido antes, cuando *La muerte de Iván Ilich* había suscitado en él tanto interés.

—Desde luego —afirmó—. De pronto hasta puedo darte ideas —agregó con ironía. Pero también lo decía en serio, como si de veras supiera mucho al respecto. Sabía mucho.

En ese momento quería trabajar un poco más en el ensayo antes de preparar el almuerzo. Estuvo de acuerdo en que dejáramos nuestro diálogo para otro día. Tenía pensado hacer un omelette con unos espárragos. Dijo que le parecía buena idea, aunque no mostró entusiasmo. La comida no entusiasmaba a Pedro Juan. Aparte de las frutas, especialmente las fresas, las moras, los arándanos y las granadillas, que acostumbraba a mezclar con el cereal y el yogur sin dulce y deslactosado, era poco lo que Pedro comía con agrado. Y esa mezcla le apetecía tanto porque, según él, le ayudaba a mantener el estómago ligero. Por prescripción médica, la dieta de Pedro Juan después de su salida de la última internación en la clínica tenía que ser blanda. Pero hacía varios meses era blanda y ligera por su propia determinación.

Continué escribiendo hasta pasado el mediodía. Después me puse a cocinar. Saqué cuatro huevos de una caja de cartón reciclado en la que los venden empacados, metí los restantes a la nevera, luego tiré

la caja cerrada al suelo y llamé la atención de Pedro Juan. Me miró. Entonces me paré en la caja como imitando a un bailarín y la aplasté con mi peso. La caja hizo un ruido seco y explosivo.

—Ahh, qué placer —dije.

Pedro Juan rio dulcemente. Hacía cuánto no veía reír a mi hijo. En su rostro quedó por un rato el eco de esa risa breve. Se me pareció a las ondas que en un lago calmo produce un guijarro que arrojamos al agua: son gruesas en el centro, pero se van adelgazando al alejarse de él hasta perderse confundidas con la superficie serena del resto del agua.

Cuando estoy yo no está la muerte y cuando está la muerte no estoy yo. Eso dice Epicuro y cree derivar de ahí la clave para vencer el temor a la muerte. La muerte no es nada que se sienta. La muerte no es nada. Pero morir sí es algo, es el proceso del declive de las fuerzas, es la enfermedad incurable. Y de eso sí que se puede tener una vivencia. Por eso no es del todo cierto lo que dice Epicuro. Es afortunado que nuestra lengua se resista a sustantivar la palabra «morir». Gracias a esa resistencia, cuando la pronunciamos sabemos que se trata de un proceso que, misteriosamente, no está desligado al de vivir. Epicuro, en todo caso, hizo de su vocación filosófica la lucha contra el temor a la muerte. Ese era el corazón de su espíritu libertario, el que mandaba sangre moral a su aversión a la superstición y a su defensa del materialismo. Grandioso. Aunque no está solo en esa cruzada. Antes y después de él han sido muchos los filósofos que se han preocupado por vencer el temor a la muerte.

Condenado injustamente a muerte en una muestra de aplicación severa e intonsa de la ley, Sócrates expone ante el jurado y sus acusadores por qué perder la dignidad es peor que perder la vida. Y acepta la muerte con entereza. Pero no se detiene ahí, sino que fuerza a quienes lo escuchan a revisar seriamente la idea de que la perspectiva de la muerte sea un mal. Nos enfrentamos, según él, a dos posibilidades: o la muerte es como una última noche en la que dormimos sin soñar, un cese de todas las sensaciones, o es un tránsito a otra vida, al Hades, en donde se reúnen las almas que no mueren. Si fuera lo primero, no sería de ninguna manera un mal porque se asemejaría a un descanso completo, eterno. Todo el tiempo vivido no sería mayor cosa que esa última noche de sueño profundo y total, sin sueños, sin sensaciones, porque esa noche ya no estaría en el tiempo. Por eso no sería ni más larga ni más corta que otra. Será así también seguramente el nirvana, el fin de todas las cuitas que llenan la vida temporal: la memoria de lo vivido y sentido, la sensación presente, el incierto futuro. La noche sin sueños a la que no sigue ningún día, en la que no habrá dolor ni placer, ni ilusión, ni esperanza. Si fuera lo segundo, el alma nuestra, separada de nuestro cuerpo, gozaría de la compañía de muchos que han muerto y hemos admirado, y podría distraerse por siempre con su conversación y apreciar su inteligencia. En ninguno de los dos casos la muerte representa un mal, sino quizás todo lo contrario.

La idea de vencer el temor a la muerte o la de hallar incluso más valor en esta que en la vida llamada terrena, valiéndose de la creencia de que tras la muerte el alma incorruptible va a un lugar noble y sin padecimiento, también ha sido animada por el cristianismo y otras religiones. Pero como la vida después de la

muerte que se promete al alma inmortal y bondadosa es su propia vida, y la persistencia a la que se aspira con esto es la de su propia persona, no se puede menos que afirmar que esa idea ahonda en el error principal, pronuncia aún más el engaño del que deriva en últimas el temor a la muerte: la idea del yo.

La idea del yo, o mejor, la idea de que el yo por su constancia y presencia consciente es un centro absoluto, es la primera fuente del temor a la muerte, y de algunas otras desgracias. Para consolarnos por nuestra desaparición, muchas filosofías y muchas religiones concibieron el alma como algo substancial y le atribuyeron la característica de la inmortalidad. La muerte que nos asusta es la del cuerpo, pero si consideramos la incorruptibilidad del alma no hay nada que temer. Solo que esa conciencia viva y continua que constituye la persona de cada cual no es ningún indicio de que seamos substanciales. Al contrario, ella es tan efímera como nuestro cuerpo; o incluso en ocasiones más, como se puede apreciar en personas enfermas con síndrome de alzhéimer. Eso tan maravilloso y excepcional que es la conciencia nos da el privilegio de estar siempre en el tiempo mientras nos damos cuenta de que estamos vivos. Y de ahí concluimos que ella, por ser un punto de vista que todo lo ve pero que no es visto, no posee el carácter corruptible y transitorio de lo que experimentamos. Pero ese privilegio es una ilusión. Cuando muere nuestro cuerpo, se desvanece sin remedio y por completo nuestra conciencia. Así como lo dicen Epicuro, el budismo y también Sócrates al considerar la primera opción en su digresión.

Pedro Juan no quería hablar del yo, ni de eso que consideraba una fórmula inaceptable («la idea del yo») cuando le leí el anterior pasaje, la segunda entrada de mi ensayo sobre la muerte. Y eso me frustró un poco porque esa parte del texto estaba inspirada en él, y en lo que días atrás había mencionado de manera espontánea sobre ese aspecto del temor a la muerte. Lo que más atrajo su atención fueron en cambio las palabras de Sócrates y me pidió que se las leyera. Le impresionaron especialmente dos pasajes del final de la *Apología* que él mismo releyó en voz alta varias veces: «Es probable que esto que me ha sucedido sea un bien, pero no es posible que lo comprendamos rectamente los que creemos que la muerte es un mal».

Si la enfermedad mortal, su propia condena, habría de producir tanto padecimiento y desesperanza antes de sobrevenir el instante mismo de la muerte, no podría ser que esta última fuera un mal. Es probable que pensara que morir fuera un bien, si es que estaba condenado a una vida enferma e inmunda.

También leyó la frase final del discurso: «Pero es ya hora de marcharnos, yo a morir y vosotros a vivir. Quién de nosotros se dirige a una situación mejor es algo oculto para todos, excepto para el dios».

# 10

El mes de diciembre llega a Colombia con mucho ruido. Hay zonas en las que incluso se ha establecido la costumbre de disparar tiros al aire y echar pólvora la noche del primero de diciembre. A esa escandalosa celebración se le ha dado el nombre de «alborada». Por todas partes reina un ambiente festivo y, sobre todo, una necesidad de estar contento y borracho. «Llegó diciembre con su alegría» es una expresión que repite la gente, que se oye en las emisoras y en los programas de televisión.

En mi vida también empezaba el mes de diciembre. Desde la ventana de la sala comedor del apartamento del piso 12 se podía apreciar la iglesia de Monserrate iluminada por los bordes. Desde ese punto colgaban además dos hileras de luces hasta la ciudad siguiendo el recorrido del funicular por el que se asciende a la cima y se desciende de ella. También había luces en la Virgen de Guadalupe y en muchas de las altas torres del centro de la ciudad. Algunas eran intermitentes. De esas torres intermitentes destacaba el altísimo edificio Colpatria, desde cuya terraza se organiza todos los 7 de diciembre el Día de las Velitas, un espectáculo de fuegos artificiales. Yo nunca lo había visto.

—Es muy lindo —dijo Pedro Juan—. No nos lo podemos perder.

Me contó que cuando era niño lo había presenciado con su madre desde el aledaño parque de La Independencia. Recordaba la multitud aglomerada, el algodón de azúcar, las mazorcas asadas, las

balacas y las gorras luminarias que vendían para los niños. Estábamos lejos del edificio, pero lo teníamos enfrente y sin obstáculos de por medio.

En esa primera semana de diciembre se llevaron a cabo las últimas dos sesiones de radioterapia interna. Ponían directamente en el tumor, y también cerca de él, una fuente de radiación a través de un catéter. La operación duraba cerca de media hora, pero Pedro Juan tenía que quedarse una hora aislado en una sala de recuperación. El propósito era reducir el tamaño del tumor, cercarlo para que no se expandiera y brindar algún alivio contra el dolor. De todo eso solo se pudo obtener a medias lo último. El tumor no cesó de crecer. Probablemente no de un modo tan acelerado, pero sí constante. Pronto se empezaría a expandir. La debilidad y la fatiga también iban en aumento.

A la salida de la última radioterapia ocurrió algo muy singular: cuando teníamos que cruzar en una esquina una calle ancha de dos carriles, no vimos que un carro apareció de uno de los lados y quiso tomar rápidamente la avenida ancha. Pedro y yo estábamos en la mitad de la calle. No vimos el carro y su conductor tampoco nos vio porque estaba seguramente pendiente del flujo de automóviles en la otra dirección. El hombre frenó a escasos centímetros de Pedro Juan y las llantas produjeron un horrible chirrido. Agarré a mi hijo del antebrazo y lo tiré hacia mí. Quedamos quietos por unos instantes. Buscamos alguna coordinación con las miradas. El conductor, asustado, nos hizo señas de que siguiéramos. Teníamos que terminar de cruzar la calle con alguna celeridad porque venían más

carros y detrás del que casi nos atropella había varios en cola. Alguien pitó y nos increpó; no fue el hombre que no nos vio al cruzar sino alguien detrás de él. Hice señales muy ostensivas de pare con mi mano derecha en alto, y con la otra seguí aferrado al brazo de Pedro Juan, hasta que finalmente llegamos al otro lado. Caminaba despacio y concentrado, apoyándose con la otra mano en su bastón. Los primeros carros en llegar hasta nosotros por la avenida se detuvieron brevemente para dejarnos pasar. Ya seguros en el andén abandonamos la prisa. Giré mi cuerpo hacia la calle y busqué a la persona que había pitado. Lo hice porque quería examinar en retrospectiva la situación. Estaba muy nervioso. Todo el mundo nos miraba, algunos de los conductores que volteaban para tomar la avenida nos hacían gestos de desaprobación. Me sentí muy mal. Había cometido una burrada tratando de atravesar esa calle por ese lugar.

—Casi nos mata ese carro, ¡carajo! —dije. Maldije mi torpeza y mi descuido.

—Lo importante es que estamos vivos —dijo Pedro Juan.

No comenté nada. La frase me dejó en silencio. Caminamos despacio hasta el sitio cercano al que nos dirigíamos y en el que se parqueaban algunos taxis. Me culpaba por lo que acababa de suceder. ¿Por qué? Después de todo, Pedro Juan ya era mayor de edad. Me pareció tan absurdo ese pensamiento que lo dejé. A mi nerviosismo se agregó la larga inercia del mal genio.

De acuerdo con los planes médicos, el tratamiento paliativo con radioterapia debería ser continuado en un mes, aproximadamente.

Nunca se continuó. Después de una prueba de sangre rutinaria se recomendó hacer una transfusión de sangre dado el carácter agudo de la anemia que padecía Pedro Juan. Nunca se hizo. Él se negó a hacerla. Decía que no quería más procedimientos por ahora. El «por ahora» era añadido cuando el tema surgía en presencia de su madre. No quería en absoluto más procedimientos clínicos para alargar su vida. Empezó a pensar en cómo morir. La primera vez que hablamos de eso fue justamente el Día de las Velitas, el 7 de diciembre por la noche, un día después de que casi nos matara un carro.

Veríamos los fuegos artificiales con Leticia y después cenaríamos algo los tres. El plan de pasar una velada con Leticia no me entusiasmaba pero era lo que ella quería y no tenía sentido oponerse o sugerir otra cosa. Es posible que fuera también un deseo de Pedro Juan. Solo que no lo expresaba con energía. Nada hacía ya con energía. Mientras yo colgaba unos faroles en la ventana y Leticia terminaba de organizar la mesa con algunas cosas que había traído para la cena, me pareció normal, pero muy triste, que estuviéramos solos los tres. No importaba que nos pareciéramos o no a una familia. No nos parecíamos a una familia. Estábamos en paz, sin tensiones. Esa era, sin embargo, una normalidad triste.

Los fuegos artificiales empezaron a las siete en punto de la noche y se extendieron por cerca de media hora. Aunque los veíamos y oíamos desde muy lejos, quizás a varios kilómetros, y el sonido nos llegaba unas fracciones de segundo más tarde, eran muy vistosos y daba gusto verlos. Pedro Juan tenía los ojos puestos en ellos, fijos. Una de sus gorras de lana le cubría la cabeza y parte de las orejas. Las ventanas de la sala comedor estaban abiertas de par en par.

Ante alguna explosión inesperada y su consecuente cascada de luces de colores o de llamas pulverizadas e iridiscentes, Leticia pronunciaba una exclamación. En algún momento yo también tuve que emitir en voz alta una apreciación afirmativa. Pedro Juan callaba, no les quitaba la vista, estaba completamente entregado a ellos. Como si supiera que eso tan adorable y efímero que estaba contemplando por última vez en su vida debería ser contemplado justamente por ello con todo su ser.

Después del espectáculo nos sentamos en silencio en la sala. Bebí un sorbo de un vaso de whisky que tenía en la mano. Pedro quiso que brindáramos. Él lo hizo con agua, Leticia con coca-cola y yo con mi whisky. Luego cenamos. Hablamos de pocas cosas. Leticia preguntó por mi próximo viaje a Alemania y por el modo como íbamos a organizarnos en ese tiempo. En su voz se notaba preocupación. Pedro Juan había dicho que él no quería regresar («aún») a la casa de su madre, pero según ella no había más alternativa. Nuestro hijo nos escuchaba con atención. Leticia tenía razón.

A mediados de octubre yo había tomado la decisión de pasar la Navidad en Alemania. Era un viaje inoportuno, por supuesto, pero necesario. Mi visa de residente estaba condicionada a que no abandonara el país por más de seis meses, salvo que fuera por motivos de trabajo. Y yo no tenía motivos de trabajo. Quizás habría podido solicitar una exención dadas las circunstancias excepcionales y extremas en las que me hallaba, pero no me ocupé de hacer ninguna diligencia. Los seis meses se cumplían en enero, pero hacer coincidir el viaje con la Navidad era lo más oportuno. Necesitaba ver a Alicia y pasar con ella la Navidad, la época del año que más le

importaba. Alicia hubiera aceptado con tristeza pero sin vacilación que yo pasara esa Navidad en Colombia. Ni siquiera se lo pregunté. Simplemente necesitaba verla y estar con ella algunos días. Pensando siempre que era porque ella me necesitaba que yo la necesitaba. Ahora no sé cuál es el orden de los afectos circulares. Nunca lo he sabido. No es relevante. Llegaría a Alemania el 20 de diciembre y estaría de regreso en Colombia la segunda semana de enero.

Pedro sabía lo de la visa y lo definitivo que era eso para mí. No hizo ningún reproche. Le insistí en que tan pronto regresara volveríamos a instalarnos como estábamos. Se trataba tan solo de tres semanas. No le importaban mis palabras. Los dos sabíamos que sobraban. Una parte demasiado significativa de mi vida estaba en otro lugar; eso era lo único que importaba.

No mucho tiempo después de terminada la cena, Leticia pidió un taxi. Me ofrecí a acompañarla hasta la portería del conjunto. En el camino me rogó que le insistiera a Pedro Juan en que se dejara hacer la transfusión.

—Si no, se va a morir. Dile eso, por favor.

Quise decirle: «de todas maneras se va a morir», pero en lugar de ello le repliqué con tranquilidad:

—Él lo sabe.

—Díselo de todas maneras, por favor —me rogó, como si no tuvieran significado las palabras que yo acababa de pronunciar. Callamos durante el recorrido. Me agradeció la cena y antes de subirse al carro me volvió a decir:

—Díselo, por favor.

No nos dimos un beso en la mejilla para despedirnos. Nunca lo hacíamos.

Aproveché que ya estaba a ras de tierra para dar una vuelta alrededor del parque. Tenía que ordenar mis pensamientos. Necesité dar una segunda vuelta. Y no ordené nada. Mi mente era un licuado de sentimientos. Había mucha gente en el parque rodeando el pino central iluminado o agrupada en corrillos cerca de él. El mismo pino de agujas de mi infancia y de mi adolescencia. Ahí estaba, cubierto de bombillos de colores y con una estrella de David en la punta. Por todas partes se podía ver el rastro que dejaba la celebración ya moribunda de la noche de las velitas. Cera de velas esparcida en los bordes de los andenes, en los antepechos. Algunas velas, en realidad pequeños cabos, continuaban encendidas y había uno que otro tozudo que seguía prendiendo nuevas.

Abrí la puerta del apartamento y lo primero que vi fue a Pedro Juan parado muy cerca de la ventana abierta. Contemplaba la ciudad. Miraba al suelo lejano. En el parqueadero descubierto había aún grupos de jóvenes en un festejo tardío. Me acerqué a mi hijo, junto a la otra ventana abierta. Me llamó la atención que Pedro Juan empezara a mirar con tanta persistencia al parqueadero que quedaba justo debajo de nosotros. No podía ser que solo observara a los jóvenes que reían y conversaban en medio del bullicio. Sentí de repente una fuerte punzada en la espalda, a la altura de los riñones. Inhalé lenta y profundamente y luego exhalé con fuerza contenida. Lo hice varias veces, tratando de no llamar mucho su atención. Pero la llamé. Entonces aproveché la ocasión para hablar del buen aire y de lo benéfico que era respirar profundo y concentrado. Ya habíamos tocado el tema en varias ocasiones. No dijo nada. Continuó mirando

por la ventana abierta. Su cabeza y parte de su torso estaban afuera. Levantó la cara y miró a las montañas.

—¿Cómo te sientes? —le pregunté.

—Aguanta —respondió, sin quitar los ojos de la distancia vacía.

—¿Tienes miedo?

—No —dijo—. Tristeza.

—¿Tienes miedo a la muerte?

—No —respondió con suavidad pero sin vacilación.

Mis preguntas no fueron pensadas para ese momento. Simplemente estaban ahí, en mi mente, desde hacía días. No se me ocurrió que podía hacerlas de manera tan directa e irreflexiva. Pero las hice. La postura de Pedro en la ventana, su forma de mirar al suelo del parqueadero y de levantar después los ojos hacia el cielo operaron como un resorte que las expulsó. Las respuestas de Pedro fueron igual de directas. Volvimos al silencio.

—Mi mamá —se me ocurrió de improviso añadir— me decía en los momentos en que me veía desesperado por alguna cosa: «No tomes decisiones en la noche. Piensa todo lo que quieras en la noche, pero toma las decisiones después de que haya salido el sol; nunca antes».

Recuerdo que me dio ese consejo una noche en la que me debatía sin poder dormir por no saber qué hacer ante la terca decisión de Leticia de tener el hijo que era apenas un embrión involuntario y accidental en su cuerpo. Pensé que era extraño que se me hubieran ocurrido justo en ese momento esas palabras: decisivas, como muchas otras de mi madre, para asumir mi responsabilidad por mi hijo antes de que hubiera nacido, y decisivas ahora para que él no precipitara la horrenda determinación de una muerte rota y

sangrienta en el asfalto. Después de unos minutos retiró su cuerpo de la ventana y la cerró. Yo también cerré la mía. Luego se sentó en el sofá cama y bebió agua.

—No estoy desesperado, no te preocupes —dijo, como si hubiera leído mis pensamientos—. No me voy a tirar por la ventana…, al menos no antes de Navidad.

Pronunció las últimas palabras en un tono más bajo que las anteriores, de suerte que fueron desapareciendo de la atmósfera externa para quedar solo en su pecho. Pero yo las oí.

—Mañana mismo hablo con la jefe del servicio de enfermeras, si quieres. Estoy seguro de que ella conoce a alguien que nos pueda ayudar a hacer esto bien y sin sufrimiento.

«A hacer esto bien», dije, incapaz de pronunciar las palabras que eran. Pedro Juan entendió de lo que hablaba.

—¿Se puede? —preguntó.

—Claro que se puede —dije, y sentí que mis manos sudaban. Quise tomar un sorbo de whisky pero el vaso estaba vacío—. Hay profesionales en eso.

—Sí, yo sé, pero ¿es legal?

—Entiendo que en Colombia es legal.

A partir de ese momento hablé sin tapujos. La palabra «eutanasia», dije, viene del griego y significa «muerte dulce» o «buena muerte». Él lo sabía. Le di mi opinión sin que me la preguntara: en casos de extremo sufrimiento, de imposibilidad de sanación y de indignidad, era un derecho absoluto de la persona.

—Yo estoy decidido a hacerlo —dijo—. Solo que no sé cómo hacerlo o quién lo hace.

—Mañana lo averiguamos.

—¿Me prometes?

—Te lo juro.

Me dijo que lo único que le preocupaba era su mamá. Seguramente no lo aceptaría. Yo le repliqué con suavidad que se trataba de su decisión. Ella no tenía por qué enterarse. Le aseguré que arreglaríamos bien las cosas. Me dio las gracias. Me dio las gracias por todo. Su voz era mesurada, también débil.

—No hay de qué —le dije y me senté junto a él. Tomé una de sus manos, la acaricié y la apreté ligeramente con las mías por un momento. Después lo abracé. Pude palpar los huesos de sus vértebras y la fragilidad de su pecho contra mi pecho. Brotaron algunas lágrimas de mis ojos. De los de él también. Retiré las mías de la cara. Volví a tomar su mano entre mis manos, la volví a acariciar. Quería decirle algo que lo consolara, que lo tranquilizara. No sé qué, algo que tuviera mucho significado.

—Te amo —fue lo único que pude decir.

Nunca le había dicho a Pedro Juan que lo amaba. Las veces que he pronunciado esa expresión en mi vida caben en una mano. No porque no haya sentido el amor, sino porque no soy capaz de expresarlo con palabras. Me cuesta trabajo aceptar que una expresión tan cargada se suela pronunciar con tanta facilidad. Buscaba decir algo lleno de significado, algo inteligente y sabio. Porque soy un pretencioso. Y en ese momento salió de mi boca, sin haberla buscado, esa palabra, la palabra que concentraba todos los significados, la más densa, pero también la más pura. Pedro Juan no necesitaba ya ser consolado ni tranquilizado.

—Yo también te amo —dijo.

—Todo va a salir bien.

—Sí —dijo él con docilidad, con dulzura.

Era evidente que la perspectiva de la eutanasia empezó a brindarle sosiego.

Comenzamos a prepararnos para dormir. Terminé de ordenar la cocina y Pedro Juan se metió al baño para su larga rutina de aseo. Quería tomar una ducha. Serví otro trago de whisky y me senté en el sofá cama. Los sentimientos resbaladizos e inasibles de unas horas atrás empezaron a tomar una textura definida. Estaba desde hacía meses preparado para la muerte de mi hijo. Pero a partir de ese momento me tenía que hacer a la idea de que yo debía ayudar a organizar esa muerte. Esa no es la palabra adecuada; se trataba del fin del sufrimiento. Si la muerte de Pedro Juan coincidía con el fin de su sufrimiento no es aquella la que tiene peso sino este último. Sería el coordinador de todas las acciones que llevarían al fin del sufrimiento de mi hijo. Lo haría con serenidad y control de mí mismo.

La muerte no es el peor de todos los males. No poder cambiar nada y no poder aguantar nada son los peores enemigos de la serenidad, dice Séneca en alguna parte. Y la serenidad no está lejos de la «ciencia del vivir y del morir», dice también. ¿Qué diablos puede ser esa «ciencia del vivir»? Me imaginé un catálogo de virtudes aburridas y secas. La «ciencia del morir», en cambio, me pareció en ese momento muy concreta y definida. Y entonces caí en la cuenta de que son una sola ciencia. Me pareció tonta esa tardía revelación. No había entendido nada. ¿Hace cuánto no leía a Séneca? Pensé que debía volver a mi ensayo sobre la muerte. Y sentí que mi ánimo se asentaba. Entonces bebí el último sorbo de whisky que quedaba en el vaso.

Pedro Juan ya estaba en su habitación cuando yo toqué con los nudillos a la puerta entreabierta. Podía seguir.

—¿Cuándo lo decidiste? —le pregunté.

—Hoy —dijo de inmediato—, mientras veíamos los fuegos artificiales. Pero ya lo vengo pensando desde hace unas semanas.

Luego añadió:

—¿Tú lo harías?

—Sin duda —le respondí.

—No hay de otra —dijo. Su voz era tranquila y a la vez firme—. Será como acostarse a dormir y no despertar.

—Así es —dije—. Duerme bien, mañana hablamos.

Sonrió ligeramente con una expiración por la ironía no premeditada que revelaban mis últimas palabras. Yo no quería hablar más de eso, ni de nada, en ese momento. Él tampoco. Sin embargo, al yo salir de su cuarto agregó:

—En todo caso, no podría ser antes de Navidad. No le puedo hacer eso a mi mamá.

—Además —continuó después de una pausa—, tú te vas. Tendría que ser después de que vuelvas.

—Mañana hablamos —respondí—. Duerme.

—Tú también.

# 11

Patricio Quiroga era un hombre de mediana estatura y complexión fuerte. Rondaría los sesenta años de edad cuando lo conocimos, aunque lucía siempre muy sano y dinámico.

—Amo la vida —me dijo en un momento de nuestra primera conversación— y por eso juego tenis cuatro veces a la semana desde hace más de treinta años.

Vestía invariablemente una chaqueta de cuero negro que caía hasta la cintura, bluyines holgados y zapatos finos, bajos, más bien deportivos y cómodos. Se notaba que cuidaba con esmero su calva brillante, con seguridad protegida contra el sol por alguna loción. Llamaba la atención que siempre estuviera perfectamente afeitado, de suerte que su cara y su cabeza configuraban una bola completa de piel casi toda ella rosada y con pliegues de león marino arriba de la nuca. Había hecho de la eutanasia la causa de su vida. Decía que su oficio era, ante todo, una «misión humanitaria». Hablaba mucho, con energía y buen ánimo. Mezclaba en sus exposiciones convicciones ideológicas y morales con anécdotas de su larga vida como médico dedicado exclusivamente desde hacía varios lustros a la eutanasia, a «liberar a la gente del sufrimiento», decía.

Visité a Quiroga yo solo la primera vez. Solicité que fuera así esa primera reunión y él me dijo que ese era el procedimiento habitual. La consulta tuvo lugar en su consultorio, que quedaba en la misma casa en el barrio La Esmeralda en la que él vivía. Fui caminando

desde el Centro Nariño en una tarde soleada. Pasé por El Recuerdo, atravesé la Universidad Nacional y salí por la puerta del extremo noroeste. No muy lejos de ella queda La Esmeralda, un barrio tranquilo de clase media, de casas de bloques de ladrillo rojo casi todas ellas diseñadas según una misma línea arquitectónica. Entre las manzanas había parques más o menos bien cuidados, algunos con canchas de básquet y de microfútbol, o con barras para hacer gimnasia y construcciones de metal para los niños. Había gente y movimiento en esos parques. Los colegios estaban en vacaciones y disfrutábamos del verano, el tiempo seco.

Quiroga había extendido el garaje de su casa hacia el antejardín y había cubierto este último con tejas plásticas transparentes acanaladas que acumulaban lama en la parte honda. Ahí tenía parqueados dos carros viejos más bien destartalados y con las llantas desinfladas: un Studebaker 1955 y un Chevrolet Corvette modelo 1959, convertible. Cuando salió a abrirme y me condujo a la casa por el garaje le pregunté por los carros y me respondió que en una época los coleccionaba pero que ahora no sabía qué hacer con ellos. Me habló de los modelos y las marcas y de por qué fueron para él tan especiales. Pero desde hacía varios años los tenía ahí quietos y no se decidía a venderlos o a botarlos. En el garaje tenía su actual carro de uso propio. Un pequeño automóvil cualquiera.

Fuimos directamente al consultorio. Era en realidad un estudio con muebles rancios en la planta baja. A través de la ventana con rejas se podía ver uno de los carros viejos, el convertible, y parte del otro. Había una biblioteca que cubría una de las paredes al lado del escritorio desde el piso hasta el cielo raso. Al otro lado destacaban un armario y una cómoda de los años setenta sobre la que reposaba

un equipo de sonido viejo con tornamesa, pero también con un lector de CD asociado. A lado y lado de uno de los parlantes había dos torres de CD. Debajo del equipo se encontraban enfilados por lo menos quinientos discos de acetato. La biblioteca estaba llena de libros uniformes de colección y enciclopedias. Aquí y allá podían verse bien distribuidos en ella, delante de los libros, varios trofeos de tenis. Nos sentamos al frente del escritorio, en un pequeño recibidor con muebles bajos, también de otra época, y una mesita con revistas en el centro. Todo estaba bien ordenado y aseado. Estuvimos conversando por una media hora en ese sitio quedado en el tiempo. Le hice un relato pormenorizado del proceso de la enfermedad de Pedro Juan, de su voluntad de dar fin a su padecimiento mediante un procedimiento médico e indoloro de muerte asistida y le entregué una copia de la historia clínica, que él había solicitado, incluyendo imágenes diagnósticas de antes y después de la operación. Me escuchó con atención y examinó en silencio la historia clínica. Mientras tanto yo inspeccionaba la habitación. Trataba de ver desde mi sitio los títulos de los libros y de las colecciones de libros que había en la biblioteca, la clase de música que oía. También lo miraba a él e intentaba adivinar qué clase de hombre tenía enfrente.

—El caso no deja la menor duda —dijo. Su voz era gruesa y firme —. Quisiera hablar con su hijo lo más pronto posible.

—Él también, se lo aseguro.

Esa misma semana lo hicieron.

Algunos días después, antes de que ellos dos hablaran por primera vez, Quiroga y yo tuvimos otra conversación a solas, también en su casa, que yo le solicité, y que accedió a darme con alguna prevención. Le dije que quería hablar con alguna libertad y saber cosas de su oficio, que también me impulsaba a ello mi profesión. Aprovechó esa oportunidad para explicarme que aunque en Colombia era legal gracias a un fallo de la Corte Constitucional, la eutanasia no había sido aún reglamentada. Eso, según él, tenía la ventaja de que permitía maniobrar con más libertad, pero también suponía adoptar algunos cuidados legales. Había un movimiento de radicales católicos que se oponía al fallo y buscaba derogarlo. Él mismo había tenido que afrontar un pleito jurídico y sufría alguna persecución. Por eso el paciente tenía que suscribir un consentimiento informado en el que expresaba sin ambigüedades su voluntad. Los familiares guardarían un original firmado, en caso de cualquier eventualidad, y él conservaría otro. Esa era también la razón por la que además, y previo a cualquier determinación, Quiroga exigía como condición la historia clínica completa, detallada y actualizada de la persona. Eran también imprescindibles unas tres o cuatro conversaciones a solas con ella.

Le pregunté por las razones que había tenido para dedicarse a practicar eutanasias. Habló con entusiasmo de sí mismo, de su carrera médica y de su vida como médico independiente, pionero en Colombia en este «servicio humanitario», pero por fortuna cada vez menos solo. Le despertó mucho interés que yo fuera filósofo. Dijo que para lo que él hacía era fundamental la filosofía, que en el fondo todo el problema de la muerte asistida era filosófico. Insistía una y otra vez en que él era un médico de la vida, en que amaba la vida, y

en que la ayuda que él prestaba a la gente no se contradecía con ello, como sostenían equivocadamente sus detractores. Me contó que había sido víctima de persecución sobre todo después de haber optado por participar en debates públicos sobre el tema y haber concedido algunas entrevistas en la prensa en las que se daba a conocer como «médico eutanasista» independiente. En ese momento, justamente, se hallaba preparando una ponencia para un congreso en Costa Rica. Me mostró recortes de periódico con algunas de las entrevistas concedidas y me regaló una copia impresa de uno de sus artículos. Copié los enlaces de los periódicos en mi celular. Se veía por encima que todo lo que hacía Quiroga era repetir una sola idea: es inhumano el sufrimiento evitable y es jurisdicción del ser humano autónomo la decisión de dar fin a él. A esa sola idea había dedicado su vida. Hablaba con euforia e inflamaba sus palabras y sus gestos con ínfulas heroicas. Así y todo, no me parecía que fuera un fanático. La eutanasia solo era viable según él si la persona estaba en una condición probadamente incurable, no siempre por necesidad dolorosa, y si ella expresaba sin ninguna duda su voluntad. Explicaba que había por supuesto zonas grises y situaciones no tan claras. Contó que una vez se negó a realizar la eutanasia a una persona que la solicitó porque sufría depresiones severas y no quería seguir viviendo.

—Lo que he sacado de mi experiencia —dijo en algún momento— es que para la gente que solicita la eutanasia lo más importante son dos cosas: la conciencia y la dignidad. A veces incluso la vanidad, el amor propio. No quieren verse reducidos a vegetales que son degradados de su condición humana.

El asunto de la conciencia era para él tal vez lo más significativo. Decía que a muchas personas que solicitan la eutanasia en uso de sus facultades mentales les aterra perder la conciencia, quedar con vida pero sin conciencia. Y temen que por su enfermedad lleguen a ese estado. La pérdida de la conciencia les parece igual a la muerte, de manera que prefieren morir, biológicamente hablando, antes de que eso, esa muerte mental, tenga lugar. Y eso le parecía muy legítimo. Se relacionaba para él con el tema de la dignidad.

—La única vida humana digna es la consciente —concluyó, de manera lapidaria.

—¿Usted cree de verdad que la única vida humana digna de ser vivida es la consciente? —le pregunté.

—Yo creo que sí.

—Tengo mis dudas —le dije—. ¿Quién decide eso? ¿Por qué en lugar de «ser consciente» no decimos «ser productivo», o «ser mentalmente sano»? Aquí puede pasar como con la puntada mal cerrada de un tejido. Si usted jala el hilo que quedó suelto, se le puede venir por ahí todo el tejido. Hay quienes sostienen, los católicos, por ejemplo, que solo un tabú puede dejar bien amarrada esa puntada: el tabú que prohíbe al ser humano tener el poder de decisión sobre la vida y la muerte. En todos los casos. No es lo que yo pienso, pero creo que es una consideración que merece ser tenida en cuenta.

—Eso es absurdo —replicó.

—Puede ser, pero hay que cerrar el tejido.

—Se trata de la autonomía. El catolicismo desprecia la autonomía humana.

Le dije que, en mi opinión, el punto es exactamente ese y ningún otro: la autonomía. Lo que implica abrir un espacio intocable, el del individuo, que es una primera persona, es decir, un ser que vive y siente y no puede delegar a nadie lo que vive y siente; pero tampoco puede nadie enajenarle esa capacidad. El individuo autónomo es el único que puede decidir sobre su propia vida y su propia muerte. También tiene libre jurisdicción sobre los criterios para esa decisión. Si él cree que es la conciencia, o el amor, o el sentido de la vida, o la capacidad laboral, o la salud, lo que hace que la vida merezca ser vivida, es cuestión de él. Lo que no se puede es definir en tercera persona esos criterios. Si lo hacemos, concluí, se nos va por ahí el tejido.

Estuvo de acuerdo. Insistió en que había hablado de la conciencia porque es lo que muchas personas que piden la eutanasia consideran como lo más valioso. Y lo encontraba comprensible. No quise ceder tan fácilmente y por eso me empeciné en decirle que el foco no era la conciencia sino la decisión libre y autónoma. Añadí que por eso creía que quien ve las cosas de este modo tiene la responsabilidad de dar a conocer su opinión antes de perder esa autonomía por alguna infortunada eventualidad. Sostuve que los que pensamos así deberíamos firmar mientras estamos sanos y lúcidos un consentimiento como el que él pedía a las personas que le solicitaban la muerte asistida.

—¿Ya firmó el suyo? —me preguntó con una sonrisa pícara y provocadora.

—No, aún no. ¿Dónde se lo dejo? Solo que me tiene que firmar uno a mí en el que se compromete a no morirse antes de que yo me muera.

Soltó una carcajada. Yo también reí.

—Vamos a tener que seguir hablando, filósofo.

—Seguro vamos a seguir hablando.

Después de esta segunda conversación a solas con Quiroga regresé a casa por los mismos parques y bajo la luz explosiva, naranja y roja del atardecer sabanero. Recordé un Upanishad que compara un terrón de sal con la conciencia individual. Si se mete el terrón de sal en un contenedor de agua, se disuelve y desaparece. Pero si se toma agua de cualquier parte del contenedor, ella estará salada. De lo que se concluye en el texto sagrado que no hay conciencia después de la muerte. Nunca he podido entender a qué corresponde en la comparación el agua salada. Puede ser que se trate de que la conciencia se reabsorbe en el todo, de que no desaparece. Es una idea que no me gusta, que no entiendo. Puede también ser que el agua salada sea el recuerdo del que muere en los otros, pero eso es demasiado poco místico y prosaico.

# 12

Debía tomar mi vuelo para Fráncfort el 19 de diciembre a las tres y quince de la tarde. Tendría que salir de la casa unas tres horas y media antes. La consecución de más morfina y la compra de regalos de Navidad habían agitado los días previos al vuelo. No había empacado todavía el 19 por la mañana. Tenía más o menos organizado y a la vista lo que llevaría, pero aún no había metido nada en la maleta. Pensé que por ser tan pocas las semanas de mi estadía no necesitaba muchas cosas.

La mudanza de Pedro Juan al apartamento de su madre ya estaba organizada. Ofelia le ayudaría a doblar su ropa y a empacarla junto con otros objetos, y una de las enfermeras de turno llegaría poco antes de mi partida para recibir a Pedro y colaborar con su traslado. Leticia llegaría más tarde. Yo ya no estaría allí. Esa noche habría una novena en casa de Leticia con varios familiares. Me complacía mucho saber que Pedro Juan tendría algo de distracción y quizás también de alegría el día de mi partida. Él lo veía como algo sencillo y afortunado. Podría estar con buena parte de la familia materna por última vez. Asumió esa celebración como una despedida silenciosa. Aparte de él, Quiroga y yo, nadie más sabía de su determinación de morir en la segunda semana de enero, tan pronto yo llegara.

Fue voluntad suya dejar la ida a la casa de su madre hasta el último momento anterior a mi viaje. Decía que le gustaba mucho estar conmigo en nuestro apartamentico porque yo no tenía tanto

«voltaje» como su madre. Era lo que decía. Yo sabía a qué se refería. La vida de Pedro Juan consistía en controlar el dolor y en esperar con tranquilidad la muerte, el nirvana, «la completa extinción de lo redimido».

La Navidad y mi viaje se habían atravesado. De no ser por eso, mi hijo ya habría muerto. Solo quedaba esperar y vivir con la mayor conciencia posible, ojalá sin dolor, lo que faltaba. Después de conocer a Quiroga, Pedro Juan concentró en eso sus últimos y pocos esfuerzos: en vivir con conciencia durante los días y en dormir profundamente por las noches con ayuda de la morfina que él mismo aprendió a dosificar. Oía mucha música y continuamente practicaba los ejercicios de respiración que yo le enseñé. Inhalar a profundidad y exhalar larga, fuerte y contenidamente era una de las pocas satisfacciones que le quedaban en esa vida que se iba, pero que seguía ahí; que se iría del todo en una fecha ya más o menos precisa.

Habíamos establecido la fecha aproximada de la muerte de Pedro Juan, así como se establece sin absoluta exactitud la fecha del nacimiento de un ser humano. Decidimos que sería algún día de la semana que iba del 12 al 18 de enero. Yo llegaría el 9 y así tendría tiempo para organizar su traslado al Centro Nariño. Tenía que ser en mi casa. Y tenía que ser a más tardar el 18. Insistió en ello varias veces, me lo hizo prometer. Le aterraba la perspectiva de no poder volver a mi, a nuestro, apartamento, su último hogar, el único sitio en el que le parecía que podía morir libremente y en paz. También le parecía espantoso que se aplazara por más de un mes el día de su muerte. «A más tardar el 18»: esa era su voluntad.

Qué raro suena el lenguaje de los plazos perentorios cuando se trata de la muerte. Qué extraordinario es también establecer un día para morir. La incertidumbre de la vida consiste en que no sepamos cuándo moriremos, en que sepamos que moriremos pero no cuándo. De ahí se derivan todas nuestras estrategias, todos nuestros cálculos, la orientación de nuestras acciones. Pero Pedro tenía una fecha fijada por él para morir y en eso consistía su redención.

En la semana previa a mi partida Pedro Juan y Quiroga tuvieron dos conversaciones. La primera fue de algo más de media hora, la segunda mucho más breve. Siempre a solas. Era exigencia del médico. En ambos casos me fui del apartamento a caminar por el parque del barrio. No quería que se sintieran inhibidos por mi presencia al otro lado de la puerta de la habitación. Podrían incluso estar más cómodos en la sala. Después del segundo encuentro, Quiroga me llamó y me dijo que nos viéramos en la planta baja del edificio, al frente del ascensor.

—Está completamente decidido, no tiene la más mínima duda —me dijo—. No había conocido hasta ahora a alguien que tuviera este asunto tan claro y que lo viera con tanta serenidad. De hecho, hoy solo hablamos de asuntos técnicos. Quiere estar seguro de que todo funcionará perfectamente.

—¿Hablaron de la mamá? —pregunté.

—Sí. Dijo que no quería por nada del mundo que lo supiera antes. Le está escribiendo una carta, me dijo. Para que usted se la dé a ella unos días después.

—¿Una carta? No sabía.

—Se lo sugerí en nuestra primera reunión. Le pareció bien.

—Si por él fuera —añadió—, lo haríamos todo hoy mismo. Solo quiere que pase la Navidad, por la mamá, y que usted vuelva.

—Yo sé —dije.

—Pedro Juan lo está esperando a usted, en realidad. Usted es demasiado importante para él. Tiene un hijo maravilloso, filósofo. Lo felicito. De él hay mucho que aprender.

Nos dimos la mano para despedirnos. Seguiríamos en contacto. Él conocía las fechas tentativas y estaba preparado. Era la segunda vez que alguien que había tenido algún contacto íntimo con mi hijo me decía que yo era muy importante para él. Surgió del fondo de mi alma triste un pequeño orgullo, como cuando brota un hongo solitario en un pastizal húmedo. Sentí que podía viajar tranquilo a Alemania, que nuestra vida estaba cursando de una manera natural y correcta. Con mala suerte, quizás, pero muy lejos de cualquier relación con el pecado y la culpa. Redimida.

Me levanté cerca de las diez de la mañana el día del viaje. Era muy tarde. Hablé con Pedro Juan hasta más allá de la medianoche anterior y después tuve dificultades para dormir. Desperté cerca de la madrugada. Aunque se trató de un insomnio benigno, de cerca de hora y media, alcancé a angustiarme al notar en un momento que mi mente estaba muy alerta y que podría ocurrir que no volviera a dormir en toda la noche. Maldije la situación. El sueño de las pocas horas que dormí fue superficial, en algunos momentos valdría mejor definirlo como un estado de duermevela. Rondaron por mi cabeza imágenes que bien podrían ser pensamientos de la vigilia. Eran

conversaciones con Pedro Juan, sin punto preciso, repetitivas, como trozos sacados de las que usualmente teníamos.

El apartamento estaba silencioso. Pedro Juan aún dormía. Ofelia no había llegado. Había muchas cosas por hacer esa mañana y mucho que dejar organizado. Estaba inquieto y cansado, nublado. Sentí que ese viaje no tenía sentido. Que toda la calma que habíamos alcanzado en los últimos días se revolvería por mi culpa. No quería ir a Alemania, pero no podía no ir. ¿Era eso cierto? Lo único que podía afirmar es que lo que yo quería o no, era lo de menor relevancia en ese momento. Mi ánimo estaba quebrado. No podía apaciguar la molestia que me producía haber echado a andar tanto movimiento fuera de lugar: Ofelia y la enfermera ocupadas con el traslado de Pedro Juan, Leticia con la organización de una novena de aguinaldo para él, y él, sobre todo él, trasteado de un lugar a otro en el que no quería estar. Pensé también que si no hubiera decidido viajar a Alemania quizás también hubiera habido novena en casa de Leticia y también Pedro hubiera estado en ella sin mí. Cómo no. Cómo no celebrar una novena con la familia. Pero ese pensamiento no ayudaba a disminuir la molestia que sentía conmigo mismo. Esta crecía en la medida en que veía tanta gente ocupándose de llevar a cabo todo lo que yo había puesto a andar.

—Ay, don Francisco —se lamentó Ofelia al entrar agitada al apartamento—. Excúseme por llegar tan tarde, no se imagina el trancón que había. ¿Ya está despierto Pedro Juan?

—No, todavía no —respondí—, pero vamos a tener que despertarlo en algún momento.

—¿Usted ya desayunó?

—No —le dije distraído.

Entró a la cocina y se dispuso a preparar mi desayuno y a cortar la fruta para el de Pedro. Yo tenía que empezar a moverme para meter en la maleta todo lo que había alistado y puesto en montañitas ordenadas sobre una parte de la mesa del comedor o en el suelo. Sentía una enorme dificultad para coordinar mis acciones. Lo primero era plegar el sofá cama y doblar las sábanas y las cobijas. Algo que hacía todos los días sin prisa pero sin detenimiento y que aquella mañana se me convirtió en una tarea raramente alargada en el tiempo y estorbosa, atravesada.

Puse la maleta sobre el sofá ya arreglado y empecé a meter las cosas en ella. La lentitud de los movimientos de mi cuerpo no coincidía con la agitación interior que progresivamente me quitaba gobierno sobre mí mismo. Me sentía torpe y distraído. Ponía las camisas dobladas en un lado de la maleta y al instante las cambiaba de lugar para acomodarlas mejor o para envolver con ellas algún objeto. Y así con otras cosas. No progresaba en la tarea de empacar y me parecía que cada pequeño movimiento que emprendía era dilatado y no formaba parte de una cadena organizada de acciones. Necesitaba con urgencia un café.

Algo semejante ocurrió con el desayuno. No podía concentrarme en él. Daba un bocado a los huevos revueltos que Ofelia había puesto sobre una arepa para mí e inmediatamente me paraba a reacomodar algo en la maleta o a meter alguna cosa en mi equipaje de mano. La llegada de la enfermera sería el plazo último para despertar a Pedro Juan. En el fondo no estaba mal que siguiera durmiendo. Mientras menos tiempo tuviéramos ese día para estar juntos, mejor. No sería una despedida fácil. Dejaba solo a Pedro Juan en medio de un ajetreo insoportable y sin compensación.

Seguía pensando que todo lo que ocurría estaba fuera de lugar. Miré el reloj. Ya se acercaba el momento de mi partida. La enfermera no llegaba. Comía sin apetito. Pedro continuaba dormido. Decidí despertarlo porque caí en la cuenta de que en el clóset de su cuarto, que era mi clóset, había dejado un saco grueso de lana. Llegaría a Fráncfort en medio del frío decembrino y ese saco era imprescindible. Aproveché para sacar también la chaqueta de invierno que tenía ahí colgada. Usé ambas prendas con regularidad durante los últimos inviernos. Las había traído a Colombia y nunca me las había puesto y quizás nunca me las pondría. Las traje porque sabía que volvería a Alemania. En invierno.

Corrí la cortina para que entrara luz en la habitación y abrí la ventana con el objeto de dejar pasar el aire fresco. Me esforcé para que mis movimientos no fueran bruscos o ruidosos. No quería que mi hijo entrara a la vigilia de ese día en medio de la agitación. Tomé el saco y la chaqueta. Pedro cambió la postura de su cara sobre la almohada para así evitar la luz. Pero ya estaba despierto. Puse las prendas sobre el sofá, al lado de la maleta, y volví hacia él. Tenía los ojos abiertos y me miraba adormecido y quieto. Me le acerqué, me senté al borde de la cama. Nos saludamos con suavidad y nos cogimos de la mano. Nos soltamos. Yo acaricié entonces su frente y su cabeza en silencio y cuando toqué su nuca, cerca de una de las orejas, pude palpar una protuberancia.

—¿Esto qué es? —pregunté.

—¿Qué cosa?

—Esto aquí —le indiqué—, este chichón. ¿Ya lo tenías?

Se tocó él mismo y me dijo:

—No.

—¿Te has golpeado?

—Creo que sí, hace unos días, contra el espaldar de la cama. Pero no fue un golpe fuerte.

Volví a palparlo con más atención. Sentí otra vez el mismo tirón en la espalda a la altura de los riñones que había sentido el Día de las Velitas cuando vi a Pedro Juan sacando su torso por la ventana. En ese momento sonó el timbre. Yo me paré de un brinco a abrir la puerta cuando hubiera podido dejar que Ofelia lo hiciera. Enfrente de mí estaba parada y sonriéndome la enfermera de turno. Era de baja estatura y líneas definidas. Sonreía cordialmente expresando con ello inseguridad y modestia, y eso le daba una grata unidad a su rostro limpio y amable, cobrizo. Rondaría los treinta años y me pareció atractiva.

—¿Es usted nueva? —le pregunté después de saludarnos.

—No —respondió—, es la segunda vez que vengo.

—No la recuerdo.

—Es que me cambié el peinado —dijo, y sonrió discretamente.

—Ah, ¿sí? Pues le queda muy bien —afirmé, sin saber por qué hacía semejante comentario. Mi nerviosismo y la imprudencia.

—Gracias —dijo y su rostro volvió a la seriedad, pero sin perder su expresión amable.

De repente fui dominado por una deliciosa animación que se mezcló muy pronto con la ansiedad que me había producido la protuberancia que había palpado arriba de la nuca de Pedro Juan. Acompañé a la enfermera hasta la habitación y noté que su amabilidad también producía un efecto positivo en Pedro Juan. Los observé mientras se saludaban y se decían algunas cosas rutinarias sobre el desayuno, el baño, los analgésicos, la dosis de morfina y

todo lo que había que hacer antes del traslado de Pedro a la casa de su madre. Pero mi mente se ausentó momentáneamente y yo quedé como el espectador distraído de una escena de teatro. Me excusé y salí de la habitación. Tomé mi celular y fui al largo corredor del piso 12. Me alejé lo más que pude para así evitar ser escuchado desde el apartamento y llamé a Vargas. La llamada entró al buzón. Le escribí un mensaje pidiéndole que se comunicara conmigo tan pronto pudiera. Marqué entonces el número de Quintero. Tampoco contestó. Copié el primer mensaje y se lo reenvié. Empecé a caminar como una fiera enjaulada de un lado a otro del corredor. Mi angustia iba rápidamente en aumento. Miré el reloj. No había acabado de empacar. Muy pronto estaría en el límite de tiempo y si los médicos no devolvían oportunamente la llamada, tendría que contar con suerte para llegar puntualmente al aeropuerto. Llamé a Quiroga. Tampoco respondió.

—¡Puta vida! —exclamé.

Sudaba. Apoyé mis codos en el antepecho del corredor. Verifiqué que el celular tuviera activado el sonido. Lo guardé en uno de los bolsillos del pantalón y me tomé la cabeza, me peiné con los dedos entreabiertos, como si mis manos fueran dos rudos rastrillos. Tapé los ojos con las palmas de las manos, los oprimí. Y lloré. Era un llanto seco que hacía doler la garganta y que era empujado con dificultad desde el pecho. Esto no puede ser, pensé. Y en ese momento sonó el teléfono. Era Quiroga. Le describí la situación y lo que había palpado en la nuca de Pedro. Me instó a que me tranquilizara.

—Lo más probable —dijo— es que se trate de la metástasis hace rato esperada.

—¿Y eso qué quiere decir? —pregunté al borde de la desesperación—. Mejor dicho: ¿cuánto tiempo le queda a Pedro Juan?

—No se puede saber —respondió—, pueden ser semanas o meses.

—¿Y si se muere mientras yo no estoy? —dije envuelto en un llanto que fluía con más libertad, quizás porque estaba hablando con alguien.

—Esperemos que eso no pase. Pero tranquilícese. Yo no creo que eso vaya a ocurrir tan pronto. Váyase tranquilo y seguimos en contacto, como ya dijimos.

En ese mismo instante estaba entrando la llamada de Vargas. Me excusé con Quiroga por cortarle de modo tan intempestivo. Le di las gracias y le aseguré que lo estaría llamando muy pronto.

Describí a Vargas la situación. Logré controlar mi llanto y hablar articuladamente. El médico habló de modo lacónico y sin titubeos:

—Metástasis al cerebro —dijo.

Hice las mismas preguntas que había formulado a Quiroga. Vargas consideraba que Pedro Juan había entrado en una fase aguda de la enfermedad pero no se atrevía a decir cuánto podría durar eso. No sobraba examinar el tumor de la nuca para ver a qué cuidado paliativo se podría someter.

—Yo vuelvo en tres semanas —le dije—. ¿Alcanzaré a ver a Pedro Juan?

—Esperemos que sí —respondió como liberándonos a todos de cualquier responsabilidad por lo que ocurriera. ¿Qué más podía hacer?

Volví al apartamento. Pedro estaba siendo asistido en ese momento por la enfermera, así que continué con la maleta. Después de haber metido en ella algunas cosas más me senté en un asiento del comedor y me quedé mirándola sin mirar a nada. Mi capacidad de actuar se enturbió por completo y yo me sumí en un estado de ensoñación. Tenía que decir unas últimas palabras a Pedro sin alarmarlo; tenía que decirle, simplemente, que Vargas quería verlo en los próximos días. Pero estaba paralizado. Miré el reloj y noté que ya era tarde para partir. En ese momento fui presa nuevamente de la agitación y llamé un taxi. Me apresuré a la habitación de Pedro Juan, le dije que me iba, que pronto nos veríamos. Lo abracé, volví a sentir el chichón arriba de su nuca y le dije sin dejar de conservar la compostura que Vargas quería examinar «eso» para saber qué era. Él me miró a los ojos con miedo. Sabía lo que era.

—Todo va a salir bien —le dije, tomando su rostro entre mis manos—. Acabo de hablar con los médicos. También con Quiroga. Me ha dicho que no hay nada que temer. Nuestros planes siguen. Ahora me voy, estoy atrasadísimo.

—Buen viaje —me dijo.

—Te amo —repliqué.

Sus ojos estaban al borde del llanto. Me paré antes de ponerme nuevamente a llorar y miré a la enfermera que nos contemplaba conmovida. Le solicité con un gesto que saliera un momento conmigo a la sala comedor y le hablé en muy pocas palabras de la novedad que se acababa de presentar. Vocalicé ante sus ojos la palabra «metástasis» sin pronunciarla e indicando la parte trasera de mi cabeza. Ella expresó gravedad y compasión. Me gustó mucho su rostro. Le dije que, de ser posible, quisiera que continuara con el

cuidado de Pedro hasta mi regreso. Dependía de la programación que hicieran en el centro de asistencia ambulatoria, pero me prometió que haría lo posible para ayudarnos. Anoté su teléfono y le dije que seguramente la contactaría. María, se llamaba María. El más bello nombre de todos los de mujer. Me despedí de Ofelia, que seguía en la cocina. Le extendí un pequeño regalo de Navidad que le había comprado y le pagué un dinero que le debía. Me excusé por haber estado tan desatento esa mañana. Y me fui.

Estaba muy lejos aún del aeropuerto y el taxi se movía lentamente. Por momentos se quedaba quieto, atascado. Recuerdo tener frente a mí, como en una alucinación, una masa gigantesca de carros extendida y a la que no se le veía fin. Nadie se peleaba el espacio para poder avanzar. Parecía haber una resignación generalizada. Transmití al taxista mi afán y mi angustia de perder el vuelo. Había que tener paciencia, fue todo lo que dijo. Paciencia. Miré varias veces el reloj. Ya era muy tarde. Perdería el vuelo. Hacía calor. El cielo estaba despejado y yo podía oler el sudor de mis axilas. Pensé que si supiera lo que ocurría seguramente eso ayudaría a tranquilizarme. Era la vieja fórmula spinozista. No servía. Medio carril de la vía de velocidad, por la que íbamos, estaba bloqueado por unas vallas de plástico verde. Del otro lado de las vallas había trabajadores de la ciudad que podaban el pasto de los separadores con guadañas propulsadas con gasolina. Las guadañas podadoras hacían un ruido aterrador y despedían el humo asfixiante de la gasolina quemada. Saber lo que pasa no sirve para serenarte si lo

que pasa es que vives en el mundo absurdo y descoordinado que crean los seres humanos. Era ya tarde para mí. Había que seguir.

La maleta me pareció muy grande. Era la misma maleta en la que seis meses atrás había traído a Colombia mis cosas. Solo que esta vez la llevaba para un viaje de apenas tres semanas. Y estaba llena con mi ropa, con regalos para Alicia y mis suegros (¿mis suegros?, pues sí, todavía eran mis suegros) y una blusa con una mola estampada para Silke. No tenía más maletas. No había carritos para llevar el equipaje. Es el único aeropuerto del mundo donde no los hay, pensé. No es cierto. Maldije la situación. Con mi mano izquierda jalaba de la manija de un extremo la maleta con ruedas, del otro brazo colgaba el equipaje de mano, el computador portátil y mi chaqueta de invierno. Acababa de pasar el límite de tiempo para el cierre del vuelo. Miré las entradas y traté de definir la dirección hacia la que debería correr. No podía cometer errores. Respiré profundo. El corazón saltaba de mi pecho y retumbaba. La arteria aorta también brincaba en mi cuello. Quería llorar pero no podía, no me lo podía permitir por muy angustiado que estuviera. Arranqué entonces en la dirección que creí correcta por el aviso en la parte superior con el nombre de la aerolínea y no vi una losa del suelo desportillada. Mi pie izquierdo se dobló y caí. Sentí un dolor agudo y fuerte. El taxista, que apenas iniciaba su marcha de regreso, se detuvo en seco y bajó del carro para auxiliarme. Antes de que me ayudara a incorporarme yo ya lo había hecho. Me dio la chaqueta, que había soltado. No solté, por fortuna, el equipaje de mano ni el computador. Me preguntó si estaba bien y me miró con conmiseración. Algo había alcanzado a contarle de mis afanes durante el tortuoso recorrido en el taxi. Le respondí que estaba bien. Sacudí el polvo de las rodillas.

Volví a establecer la dirección a seguir y seguí. Había que seguir. El dolor agudo cesó momentáneamente. Mi cuerpo estaba caliente. El tobillo estaba tronchado con seguridad, pero no roto. Cuando llegué a la ventanilla de despacho ya no había pasajeros. Solo estaban ahí dos empleados de la aerolínea. El vuelo estaba cerrado. No había nada que hacer.

Permanecí desolado frente a los dos empleados por varios minutos. Seguramente estaban acostumbrados a ver cosas así porque nada de mí los perturbaba. Me indicaron una oficina cercana de la aerolínea en la que probablemente me podrían ayudar a buscar cupo en otro vuelo. Estábamos en temporada navideña. No tendría muchas posibilidades. Me dirigí a la oficina. Había que seguir.

Después de buscar por un rato en el que todavía sentía la sangre golpeando a los lados de mi frente, la dependienta encontró una conexión al otro día, por Panamá. Tendría que pagar doscientos euros de penalización y el tiquete a Panamá. Pensé en un instante en cancelar ese viaje y en volverme derrotado al apartamento. No podía hacer eso. Había que seguir. Según mis cálculos, alcanzaría a llegar al último día del mercado de Navidad y eso me dio mucho alivio; fue en realidad lo que me impulsó a seguir. No dudé. Pagué con la tarjeta de crédito y salí de la oficina con mi nuevo tiquete impreso lleno de satisfacción y agradecimiento. Contaba incluso con los asientos de ambos vuelos, pero tenía que esperar hasta el otro día para hacer el registro del equipaje. Busqué una silla para poner las cosas en orden: el tiquete, el pasaporte, mi respiración. Lloré de alegría en medio de una vida que era una desgracia.

Había que volver al apartamento del piso 12, así que dilaté el tiempo en el aeropuerto para asegurarme de que ya no hubiera

nadie en él. Comí cualquier cosa sin apetito, solo por comer. En el taxi de regreso envié un mensaje a Leticia en el que le decía que Vargas quería revisar a Pedro Juan y le sugerí que sacaran cita para la semana entre Navidad y Año Nuevo. No conté, por supuesto, que había perdido el vuelo. Al volver unas horas más tarde al apartamento del piso 12 estaba tranquilo, pero con la tristeza y el desánimo que quedan después de las grandes agitaciones. Ya casi al final de la tarde, sonó el teléfono. Era Quintero, el radiólogo. No le respondí. Me dolía el tobillo y me ardía la rodilla. Pensé en tomar una ducha. Apestaba a sudor y necesitaba relajarme. Iría a la cama temprano y me dispondría con tranquilidad para lo que seguía. El viaje a Alemania no había empezado, yo estaba empantanado en un tiempo que transcurría ahora densamente, enjaulado en mi propia ineptitud. El tobillo izquierdo estaba inflamado; al tantearlo dolía, al caminar también. La rodilla estaba raspada y sangraba levemente. Tendría que ir a comprar un vendaje y alguna pomada. Habría que limpiar la rodilla y curarla con yodo.

Se me ocurrió buscar en la mesa de noche de Pedro Juan algún analgésico olvidado. Encontré cuatro tabletas de un paquete ya empezado y muchas de sus cosas puestas en orden: un parche para el dolor, jeringas sin abrir, un lápiz y un bolígrafo, un pequeño block para tomar apuntes, unas gafas de sol en una cartuchera y monedas organizadas en torrecitas, desde las más anchas en la base hasta las más pequeñas arriba. Algunas eran euros. Encima del block había una billetera. La tomé con cuidado y la abrí. Había algunos billetes en ella, también uno de diez euros, dispuestos muy ordenadamente de mayor a menor valor. En los bolsillitos laterales había un carnet del colegio, su tarjeta de identidad, los desprendibles de dos boletas

viejas de un concierto de Foo Fighters y dos fotos: una de pasaporte de su madre y otra de él con Antonia de hacía unos tres años. Pedro Juan sonreía en ella con vivacidad. Rodeaba con su brazo a Antonia y tenía la mano puesta sobre uno de sus hombros, mientras ella la tomaba con su propia mano. También sonreía. ¡Qué belleza!, exclamé. ¿Quién guarda hoy en día fotos en la billetera? Pedro Juan. Devolví la billetera a su sitio. Parecía más una billetera para guardar recuerdos que para otra cosa. No quise observar las fotos por mucho más tiempo. Ya me parecía demasiada la indiscreción que me había permitido. Miré las otras cosas detenidamente, incluyendo el block, que no intenté abrir ni por asomo, las toqué sin moverlas de su sitio y tomé el paquete empezado del poderoso analgésico. Engullí una tableta con agua en la cocina y salí cojeando a la farmacia a comprar la venda y la pomada contra el dolor.

Antes de dormir me tomaría otra tableta. Más tarde enviaría un mensaje a Silke y le diría que perdí el vuelo por una dificultad de última hora que se presentó con Pedro Juan, pero que llegaría a tiempo para ir con Alicia al mercado de Navidad. Era la verdad. Llamaría a Alicia por la mañana del otro día; antes de salir para el aeropuerto.

# 13

Todavía tenía dificultades para caminar sin dolor en el tobillo cuando fuimos Alicia, su amiga Alexandra y yo al mercado de Navidad. El vendaje y la pomada contra el dolor me hacían, sin embargo, mucho bien y yo confiaba en que pronto todo pasaría. Ya no había inflamación. Silke insistía en que fuera a un médico y me mandara a hacer una radiografía, pues descuidar un esguince, decía, podría tener repercusiones en un futuro. Yo no creía que se tratara de un esguince. Estaba, simplemente, maltratado por un mal paso que me hizo doblar el pie. Lo único era que tal vez no iba a poder hacer caminatas en los próximos días. La ida al mercado de Navidad serviría de prueba para saber qué tanto soportaba andar y estar por un buen rato de pie.

Lo que más querían Alexandra y Alicia eran castañas recién sacadas del fuego, asadas y ardientes. Yo, en cambio, una taza de vino caliente y una salchicha asada con pan y mucha mostaza. Ellas subieron al carrusel que había a un costado del Marktplatz mientras yo las esperaba en una esquina. Caminamos después hacia el río (sentí que lo podía hacer si lo hacíamos despacio) por la calle peatonal iluminada, atiborrada de gente, y regresamos a la plaza con tiempo para poder hacernos a un buen lugar y apreciar desde allí el concierto de trompetas que a las seis de la tarde tendría lugar desde la azotea de la iglesia luterana.

Estaba cansado y mal dormido. No tenía deseo de caminar. Del mercado de Navidad siempre me ha gustado la sensación de estar inmerso en la multitud, en la luz artificial de la época navideña y en los olores del vino caliente, de los almíbares, del anís, del clavo y la canela. Ya para esa época se han acortado al máximo los días y se han alargado las noches, y el mercado de Navidad es un punto luminoso y alegre, un ritual callejero y bullicioso en el que los seres humanos buscan en el frío exterior el calor de los otros seres humanos. Terminado el mercado de Navidad, el último domingo de adviento, se sume el mundo en estas regiones heladas en una penumbra triste cuyo único consuelo es la intimidad en paz y acompañada. Pero esa tarde no pude sumergirme en el ambiente que tanto quería del mercado de Navidad. Me sentía en medio de todo y al mismo tiempo alejado de todo. Fue una suerte que Alicia estuviera con Alexandra y pudieran entretenerse entre sí sin hacer mucho caso a mi presencia. Todo se me hizo de repente artificial y falto de sentido. La búsqueda del calor y de la alegría me pareció superflua y triste; la animación que percibía, falsa.

Alexandra era una niña tímida y torpe, alta, por lo menos una cabeza por encima de la de Alicia. Raras veces miraba a los ojos y durante las dos horas o más que estuvimos juntos aquel día de la clausura del mercado de Navidad nunca habló conmigo. Yo tampoco tuve ninguna gana de ser un adulto amable para ella. Ya nos conocíamos y en alguna ocasión había intentado sacarle con un esfuerzo aburrido algunas palabras. Era mejor dejarlas solas.

En medio del concierto de trompetas empezó a nevar. Lo celebré íntimamente pero también pensé que deberíamos volver pronto a casa. Los copos de nieve flotaban disgregados hasta caer, se

quedaban en las gorras de lana, en los sombreros y en los hombros de los abrigos de la gente. Los que lograban llegar al suelo eran inmediatamente pisoteados por la multitud y desaparecían, o se escondían en los rincones y en los bordes de los callejones peatonales, junto a las paredes; muchos otros se iban acumulando en los techos de las casetas del mercado, en los techos de las edificaciones que enmarcan el Marktplatz. Los trompetistas en la azotea de la iglesia luterana, iluminados por un reflector que los enfocaba, parecían salidos de la nada gris y negra. La nieve tersa que caía lentamente sobre ellos formaba una cortina de hilos blancos sueltos que los cubría y los alejaba de nosotros, dando la impresión de que no pertenecieran a nuestro mundo terreno. A producir esa sensación contribuía la música religiosa. Los cobres brillaban.

Pese a que no nevaba aún muy fuertemente, llegamos a la casa con los zapatos mojados y la ropa algo húmeda. Después de dejar a Alexandra en su casa, tuvimos que esperar por unos diez minutos el bus que nos llevaba desde la salida del metro a la nuestra. Silke nos esperaba alarmada. Jaló a Alicia hacia adentro de la vivienda, le quitó la ropa, que ella misma hubiera podido quitarse, y la cubrió con una manta. Luego la llevó al baño para una ducha caliente y me pidió que pusiera a calentar leche y preparara un chocolate.

—¡Por Dios! —exclamó—, tienes las manos y los pies helados, y la cara. ¿Has tosido?

—Estoy bien, mamá —respondió.

—¿Hace cuánto tienes los pies fríos?

—Hace nada, además no están tan fríos.

Mientras Alicia permanecía en la ducha, Silke vino a mí y me dijo que era una locura estar tanto tiempo afuera con ese clima. Le dije que no había sido tanto y que todo estaba bien, que no fuera alarmista. Pensé que a lo mejor sí había sido mucho tiempo.

—¿Alarmista? —replicó—. Tú sabes lo delicados que son los bronquios de Alicia.

Nos habíamos quedado, como muchas otras personas, hasta el final del concierto de trompetas al aire libre, bajo la nieve flotante. ¿Cómo irse de ahí en ese momento? Nunca nos quejamos del frío. Alicia se sentía bien y no tosía. Estuvimos en el mercado de Navidad el tiempo que teníamos que estar. Y se nos enfriaron los pies como se le enfrían los pies a todo el mundo en el invierno.

A través de la ventana de la sala pude ver cómo el viento revolvía en remolinos los copos de nieve. A Alicia la animaba la idea de que tuviéramos «Navidad blanca». No la tuvimos. El día de la Navidad no nevó, ni el día anterior, y la nieve que tuvimos esa noche se empezó a derretir a la mañana siguiente por un alza súbita de la temperatura. Quedaron, sin embargo, algunos rastros de ella en las colinas que se podían divisar a lo lejos desde la ventana con salida al balcón; el mismo balcón desde el que se veía la torre de la Johanneskirche, los tejados del barrio y más lejos el Messe-Turm. La nieve en las calles el día de Navidad era una mezcla gris oscura de barro con una argamasa blanca y sucia por encima.

Justo el mismo día de Navidad llegó temprano por la tarde a mi celular un video de Pedro Juan. Era una breve toma de sí mismo. Al

fondo estaba el árbol de Navidad iluminado de la casa de su madre. Miraba fijamente unos segundos a la cámara, luego sonreía y decía:

—Feliz Navidad…

Para después de una muy breve pausa, añadir:

—… y feliz Año Nuevo.

Volvía a sonreír, y cortaba. Suspiré profundo al ver la toma por primera vez. La vi varias veces ese día, días después, antes y después de la muerte de Pedro Juan. Es lo más triste que he visto en mi vida. Pensé en no mostrársela a Alicia pero me pareció una tontería. Pedro Juan la había enviado a nosotros. Antes por el contrario, le enviaríamos un video y también hablaríamos con él. Fue lo que hicimos. Yo, contagiado por la animación inconsciente de Alicia; Silke, adusta y solemne. Fue una conversación breve, antes del primer servicio religioso. En Colombia serían las doce del día.

Pasamos la Nochebuena en el apartamento de Bornheim con los abuelos. Éramos una familia a la que yo, sin embargo, ya no pertenecía. Después de la entrega de los regalos bebimos de pie una copa de sekt. El abuelo quiso que Alicia repitiera un poema popular que se transmitía en la familia de generación en generación. Su afán por conservar la tradición era notorio. Podría no quedar nada en una familia, podría haber guerra y hambre, pero nunca se podría quebrantar la tradición. Alicia se negó a recitar el poema. No se trataba, sin embargo, de una rebeldía meditada, sino más bien de una resistencia momentánea contra algo que contrariaba su estado de ánimo. Al ver que su abuelo insistía con amabilidad desajustada, con velado autoritarismo, como si fuera incomprensible y por ello inadmisible que no se hiciera lo que él apreciaba como muy bueno para todos: conservar la tradición, Alicia se puso junto a mí y se

aferró a mi pierna con inseguridad, como si quisiera esconderse. Ese arranque de timidez no encajaba con su manera de ser.

—¿Y si recitas para tus abuelos *Rinrín Renacuajo*? —pregunté para sacarla del apuro. Pero Alicia me miró con seriedad. Se soltó de mí, se alejó unos centímetros y dijo:

—No quiero recitar nada.

La había traicionado.

—No tienes por qué hacerlo si no quieres —dije, por fortuna. Y la volví a atraer hacia mí, y le acaricié el pelo. Se dejó, aunque continuaba disgustada.

Permanecimos en silencio por unos instantes. De repente, el abuelo empezó a recitar el poema y Silke lo secundó en varios pasajes. Trataba del siervo Ruprecht, a cuya casa llegaba la noche oscura y fría de Navidad un niño. Él lo hacía seguir y se iba a acomodar la mula en el establo. Al volver a la casa, se encontró con unos ángeles sentados a la mesa y muchos regalos y viandas. El visitante inesperado era el mismísimo Niño Jesús. Todos conocíamos la historia, y el abuelo y su hija la contaban sin gracia, o con una gracia impostada, encerrada en movimientos corporales repetidos de memoria, amarrada.

Durante la cena de Nochebuena se habló de la prédica en la misa. Había versado sobre los ángeles. Todos los adultos coincidían en que había sido una bella prédica. Alicia no decía nada.

—Muy apta para los niños —dijo la abuela esforzándose por parecer inteligente—, pero no exenta de profundidad.

—¿Sobre los ángeles? —pregunté. El tema, por encima y así presentado, me pareció ridículo. Yo no había estado en la misa. Yo no iba a misa. Me sentí muy lejos de todo eso y al mismo tiempo me

pareció que la religión estaba lejos de todo. Mejor así, pensé; una prédica socialcristiana y voluntarista sobre el hambre en Sudán sí que sería en ese momento intolerable.

El abuelo hizo una digresión solemne y aburridísima sobre la función simbólica de los ángeles en la religión. Lo seguíamos con atención. Yo trataba de hallarle algún sentido a todo eso. Habría de tenerlo en algún lugar. Al abuelo había que seguirlo siempre con atención. Se complacía mucho en dar cátedra y odiaba ser interrumpido o contrariado, así que las cenas familiares solían ser largos ejercicios de atención bien educada y obediente. Con espacio para preguntas, eso sí, que por lo regular servían para dar ocasión a más monólogos edificantes.

Cuando la exposición hubo terminado y se presentó un movimiento de platos con el propósito de servir el postre, aproveché la momentánea distracción para tomar una máscara de gorila que formaba parte de los regalos de Navidad que yo había dado a Alicia. Me la puse y me senté de nuevo a la mesa. Alicia soltó una carcajada estridente y deliciosa. Silke también rio, pero sin mucha sonoridad, y enseguida bajó la mirada como queriendo decir con ello que no celebraba mi ocurrencia. La abuela también rio e hizo observaciones sobre la buena calidad de la máscara. Solo el abuelo se mantuvo serio. Probablemente consideraba que mi gesto burlón era una mala manera, una manera no muy pedagógica, de intervenir en una reunión en la que se hacían esfuerzos por disertar con seriedad. Pero el único bodoque que podía disertar en ese momento era él. Yo no quería burlarme de nadie. Simplemente quería estar ahí cubierto con esa máscara de gorila. No decía nada, no hacía ningún ruido o hacía alguna payasada. Permanecía quieto, enmascarado,

observándolos a todos, y me hubiera quedado así por mucho rato de no ser porque Alicia brincó hacia mí y me pidió con insistencia la máscara para ponérsela ella misma. Le quedaba divina porque ampliaba el tamaño de su cabeza, que lucía entonces sobresaliente y exagerada sobre su cuerpecito de otro ser. Y sí, era una máscara de gorila de muy buena calidad.

Cinco días después de la Navidad entró una llamada de Leticia. Estaba muy excitada. Se lamentaba y decía entre lágrimas, entrecortadamente, que Pedro Juan no podía orinar, que estaba tapado.

—¿Dónde está? —pregunté con ansiedad.

—En el baño. Está muy angustiado. Dice que le duele mucho.

—Pide un taxi ya mismo, ¡pero, ya mismo!, y llévalo a urgencias. Voy llamando a Vargas, mientras tanto.

—Ya lo llamé —dijo—. Dio instrucciones en la clínica. Nos están esperando. También llamé el taxi. Lo estamos esperando.

—¡Muy bien! —exclamé aliviado—. ¿Para qué me llamas, entonces?

—Tenía que hablar con alguien, contigo. Pedro Juan está muy mal.

Y en ese momento se echó a llorar.

—Tengo mucho miedo, Francisco. No sé qué hacer.

—Llevarlo a la clínica lo más pronto posible. ¿Me lo pasas?

—No creo que pueda hablar… Espera un momento.

Pedro Juan no podía hablar, en efecto. Pero habló. Me dijo en pocas palabras que tenía la vejiga llena y que no podía orinar. Respirando profundo, inhalando y exhalando con calma y frotándose suavemente el bajo vientre, lograba, sin embargo, hacer tolerable el dolor y la necesidad de ir al baño. Fue lo que dijo. Me dio a entender

que el pánico de su madre le hacía más difícil aún mantener la calma.

—Le dije que no te llamara —añadió— porque lo que hay que hacer es muy sencillo y ya lo estamos haciendo. Desde allá tú no puedes hacer nada, aparte de angustiarte. Pero no la pude convencer.

Leticia volvió a pasar al teléfono llorando y me dijo que lo lamentaba, que la comprendiera, que quería que yo estuviera con ellos. Pedro la reñía desde el fondo y la apuraba para que salieran. El taxi ya había llegado. Colgamos.

¡Pendeja!, exclamé para mí en voz alta. Pero inmediatamente me contuve. Pendejo usted, huevón, que está en el peor sitio para estar en este momento. Llamé a Vargas. No contestó. Le envié un mensaje de voz diciéndole que estaba al tanto de lo ocurrido y que quería saber qué iban a hacer.

Pedro Juan fue internado nuevamente en la clínica. Le pusieron una sonda y con eso le ayudaron a desocupar la vejiga. Pero los dolores fueron muy fuertes. Vargas me explicó que el tumor había crecido demasiado y estaba obstaculizando el paso de la orina al inicio de la uretra. Muy pronto le sería imposible orinar. Se irradiaría nuevamente la zona, pero él pensaba que lo más conducente era poner la sonda directamente desde la vejiga, sin paso por la uretra.

—Hay que hacer una cistostomía —dijo—. Hoy mismo. Es un procedimiento relativamente sencillo y le mejorará la calidad de vida.

Cuál calidad de qué, pensé, si aquí no hay vida. Pero era cierto. Mientras Pedro Juan estuviera vivo estaría vivo. Así como suena. Y vivir, por precario que sea, es sentir. Y si se puede evitar el sufrimiento, pues se vive mejor.

Se realizó unas horas más tarde la cistostomía. Le pregunté al médico por el chichón en la cabeza y me confirmó lo que ya sabía. Crecía, y se podría reproducir, pero también era posible que se «estacionara» unos días, o quizás unas semanas. El médico estaba estudiando, junto con el radioterapeuta, la manera más adecuada de proceder. Tan preocupantes como ese tumor en la cabeza eran, para él, la anemia de Pedro Juan y su determinación de no dejarse hacer la transfusión de sangre. Quizás yo podría convencerlo. No lo hice. Seguiríamos en contacto. Nunca más volvimos a estar en contacto.

Pedro Juan pasó la noche de Año Nuevo en la clínica. Decía sentirse bien, al menos más tranquilo, con la sonda. Me la mostró cuando lo llamé el 31 (era el final de la tarde en Colombia) para desearle feliz Año Nuevo. La vejiga era drenada directamente por medio de un catéter que habían metido por debajo del abdomen y que estaba conectado a una manguera pegada en el extremo a una bolsa a la que llegaba la orina. Había que desocupar regularmente la bolsa. Algo que él mismo podía hacer. El punto de contacto de la sonda con la piel del abdomen estaba cubierto por vendajes. Lo único que se podía ver era la manguera que salía de allí e iba a terminar en la bolsa de drenaje. En cuatro o seis semanas habría que cambiar la sonda. La vida de Pedro duró menos.

# 14

Pedro Juan estaba ciego cuando lo llevamos de la casa de su madre al pequeño apartamento del piso 12 del Centro Nariño. Uno de los varios tumores que se habían reproducido aceleradamente en la cabeza había estrangulado el nervio óptico. No me lo habían querido decir, por orden suya. Lo trasladamos el mismo día de mi llegada. También fue insistencia de él. Leticia intentó resistirse pero Pedro Juan sostuvo que era lo que él quería y que el estado de extremo nerviosismo en el que se hallaba su madre no le hacía bien. Además, decía, ella tenía que descansar, pues los últimos días habían sido muy duros.

La ceguera de Pedro Juan fue un golpe demoledor. De no ser porque él estaba sereno y muy contento de estar conmigo y de volver al apartamento, yo no sé si me hubiera podido levantar de ese golpe.

No recuerdo ahora quién dijo que en la mirada se juntan el alma y el cuerpo. Es cierto. Los ojos de Pedro Juan no tenían mirada. El color de la pupila había cambiado, se había tornado parda e informe, pero no porque la cubriera por encima una tela, sino porque algo dentro de ella estaba muerto. Era una ceguera definitiva, no la producida por un velo superficial. Su mirada no estaba nublada por el efecto de algo que ocurría en su cerebro, como me dijo su madre antes de hacerme seguir a la habitación, sino que estaba definitivamente ausente. Y cuando se acaba la mirada se acaba la

persona que la talló durante su vida e hizo de ella de manera no deliberada (simplemente como se hacen las cosas, por el flujo del tiempo y la afirmación de la misma vida) la parte más distintiva de su identidad.

Pedí a Leticia estar un momento a solas con él. Cerré la puerta. Me senté al borde de la cama en la que estaba sentado, recostado en un almohadón, y vi de cerca sus ojos sin mirada. Ya los había visto un minuto antes desde la entrada de la habitación, en el momento en que lo saludé y su madre anunció mi llegada y él, sonriendo, los dirigió vacíos hacia el cielo raso como queriendo determinar la dirección de mi presencia por el sonido de mi voz. Le cogí las dos manos y mientras él hablaba lo abracé, teniendo sumo cuidado (él me lo pidió) de no jalar la sonda que de su bajo vientre bajaba por el otro lado de la cama a la bolsa de drenaje. Me aferré a su cuerpo débil pero aún joven y lloré. Pasé una de mis manos por su frente. No quería que dejara de hablar. Su voz calmada era lo único que quedaba de él y yo no podía soportar en ese momento que se fuera.

—¿No me ves? —le pregunté.

—No. No te veo. Sé que estás ahí porque te toco, te oigo y te huelo, pero no te veo… O bueno, sí, veo un bulto.

—¿No ves nada? —pregunté en medio del llanto.

—No veo nada, papá. No sufras. Ya no importa ver. Estoy muy feliz de que estés acá.

Pero mi llanto no se podía detener. Y entonces Pedro Juan tomó mi cabeza con sus manos, acercó mi cara a su cara y me besó en la mejilla. Después recorrió mi rostro con sus dedos delicados, tocó mis

lágrimas, las limpió y volvió a coger mi cabeza con sus dos manos, la llevó cuidadosamente hacia su pecho y acariciándola me dijo:

—No estés triste. Pronto terminará todo esto.

—Ay, Pedro. Perdóname.

—¿Perdonarte por qué? No hay nada que perdonar.

—No sé, por ser un llorón —dije mientras levantaba con parsimonia la cabeza y cogía nuevamente sus manos, las estrechaba, las amasaba, les daba vueltas entre las mías y aferraba mis dedos a los suyos. Sintió la ansiedad de los movimientos de mis manos y entonces se soltó de ellas, las juntó y las cobijó con dulzura con las suyas. Las calmó. Había mucho que perdonar.

—Si tienes que llorar, llora. No te afanes.

Su voz sosegada y limpia era lo que más necesitaba en ese momento. Entonces, como para seguir oyéndola, le pregunté:

—¿Qué puedo hacer ahora por ti, Pedro?

—Sacarme de aquí —respondió sin vacilación y se quedó en silencio.

—¿Has hablado con Quiroga? —preguntó después de unos minutos.

—Ya lo llamo —le respondí—. ¿Qué le digo?

—Que estamos listos. Solo te estaba esperando.

Tomé a Pedro Juan instintivamente del antebrazo tan pronto nos bajamos del taxi en el parqueadero más próximo a la torre «Le Corbusier» en la que estaba nuestro apartamento en el piso 12. Me dijo con alguna molestia que no lo cogiera para andar, que me situara cerca de él, a su lado izquierdo, de forma que él pudiera

poner su mano sobre mi hombro. En la otra llevaba el bastón negro de bambú. Anduvimos así, despacio, sincronizando sin dificultad nuestros pasos. Leticia estaba con nosotros y entre los dos llevábamos en tres maletines las cosas esenciales de Pedro Juan. No eran muchas. La enfermera llegaría un poco más tarde para ver que todo estuviera en orden. Aproveché que Leticia se quedaría por un rato con nosotros para ir a comprar algunos víveres. Al otro día vendría Ofelia y entonces podría ocuparme de un mercado completo.

En el camino al supermercado llamé a Quiroga. Le transmití el mensaje de Pedro Juan y le conté lo de la ceguera. Dijo que quería hablar con él al otro día. También estaba listo. Yo solo veía el problema de que la muerte de Pedro ocurriera tan pronto después de su traslado a mi casa. Eso podía generar suspicacias. Prefería que esperáramos al menos una semana.

—Mañana hablamos de todo eso —dijo. Nos despedimos y colgamos.

Pedro Juan no quería esperar, pero entendía mis razones. Acordamos que su muerte no fuera en una semana sino en tres días, mucho antes del plazo que ya nos habíamos fijado para el 18 de enero. Según Quiroga era improbable que se sospechara algo. Los tumores de la cabeza avanzaban con mucha rapidez y era posible que hubiera más por otras partes de su cuerpo; además, la anemia podía provocar en cualquier momento un colapso masivo. Pedro Juan podía morir en cualquier momento y eso lo sabía cualquier médico. Él se ocuparía del certificado de defunción y escribiría lo del colapso. Así y todo, esperamos los tres días.

Yo estaba extenuado. No había podido dormir bien desde hacía varios días. Apenas si me había repuesto del todo al cambio de

horario en Alemania cuando partí de nuevo para Colombia y era muy pronto para que mi cuerpo se adaptara al nuevo horario. Sentí que podía enfermar en algún momento. Mi corazón se agitaba por ratos largos e intermitentes, mi mente estaba enmarañada. Yo era el que más necesitaba esos tres días. Quería estar sereno y con la conciencia limpia para el momento de la muerte de Pedro Juan. Y así fue.

Poco antes de morir, Pedro Juan me pidió tres cosas. La primera era entregar una carta a su madre; la segunda, entregar otra a Antonia, y la tercera consistía en buscar la canción *Is This Love?* de Bob Marley en YouTube y ponerla en el momento decisivo. Quería morir oyéndola.

Las cartas estaban en el cajón de la mesa de noche, dentro del block que yo ya había visto pero que no me había atrevido a abrir. Se trataba de dos sobres bien cerrados en los que con letra firme y cuidada, en tinta negra, se podía leer, respectivamente: «Para mi madre» y «Para Antonia». El sobre para su madre era algo abultado, debía contener dos o tres hojas dobladas; el destinado a Antonia, en cambio, era muy delgado. Me dijo que una vez él estuviera muerto, podría entregarlos en cualquier momento. Pero ojalá no mucho tiempo después. A Antonia seguramente la vería el día del entierro. ¿A qué horas había escrito esas cartas a mano? Quise saberlo. En las noches previas a mi viaje, mientras yo dormía, o intentaba dormir.

Ya Quiroga nos había explicado a los dos el procedimiento. Primero aplicaba a Pedro Juan un poderoso sedativo por vía intravenosa a través de un catéter y al cabo de unos minutos,

cuando Pedro estuviera profundamente dormido, inyectaba por el mismo catéter una solución a base de potasio que detenía en seco el corazón. Pedro Juan no sentiría nada. Si Pedro quería oír música, había que ponerla antes de aplicar el sedante, que en la cantidad dispuesta por Quiroga operaría como una especie de anestesia general muy fuerte, porque segundos después de que el líquido entrara por su sangre, él ya no oiría absolutamente nada.

Escuchamos la canción de Marley tomados de la mano. Los ojos sin mirada de Pedro Juan apuntaban quietos hacia arriba. En el momento en que sonó el coro: *Is this love? Is this love? Is this love? Is this love that I'm feeling?*, tuve una revelación repentina. Pedro Juan conoció el amor con Antonia, pero al mismo tiempo la duda acerca de lo que fuera ese sentimiento que experimentó. Tal como me lo había dicho. Conoció el amor. Pero no tuvo tiempo en la vida para comparar eso que conoció con más cosas y poder decir: «sí, es amor esto que siento».

La canción terminó y Quiroga, pasando su mano cariñosamente por uno de los antebrazos de Pedro Juan, le preguntó:

—¿Estás listo?

—Sí… Un segundo. Gracias a usted, doctor, por lo que hace.

—Ni más faltaba, Pedro Juan. Gracias a ti por lo que me has enseñado.

—¿Papi? —preguntó con dulzura y mucha serenidad.

—¿Sí, Pedro?

—Gracias por todo.

—De nada, hijo.

—Ahora ya podrás descansar tú también de todo esto.

—No digas eso.

—Pero es ya hora de marcharnos —repuso suavemente, sin énfasis, sin falsa entonación—, yo a morir y vosotros a vivir. Quién de nosotros se dirige a una situación mejor es algo oculto para todos, excepto para el dios.

Mis ojos se llenaron de lágrimas. No hice, sin embargo, ningún ruido, ningún movimiento. Quiroga esperó aún unos segundos. Pedro Juan se cercioró de tener bien apoyados los hombros sobre la cama. Su nuca estaba perfectamente acomodada en la almohada baja y delgada. Orientó con cuidado la cara hacia el cielo raso y suspiró. Después respiró hondo y exhaló lentamente, como yo le había enseñado, para después seguir respirando de modo normal. Apretó mi mano y entrelazó sus dedos a los míos.

—Adiós, papi —dijo.

—Adiós, Pedro.

Quiroga, que estaba parado justo a su lado, oprimió con fuerza y parsimonia el émbolo con el sedante y Pedro Juan quedó sumergido instantáneamente en un sueño profundo, como la muerte. Pero no era la muerte. Los ojos sin mirada se cerraron. Su respiración seguía ahí leve, casi insensiblemente; también su calor. El médico desacopló la jeringa con el sedante y acopló a la misma manguera con el catéter, con calma, pero con mucha precisión, la jeringa con la concentración de potasio. Y la inyectó. El pecho de Pedro Juan dio un pequeñísimo brinco y su mano se enfrió en segundos. El rostro pálido se tornó entre verde tenue y amarillo muy pronto. Pasé mis dedos por sus labios blancos, por sus mejillas frías y sus párpados rígidos. Posé la palma sobre su frente. Estaba muerto.

# 15

Pensé en algún momento que la muerte de Pedro Juan sería un punto culminante de nuestras vidas, que la imagen de su rostro fallecido estaría en la cima de un camino de sufrimiento: del suyo, del de su madre y del mío. No fue así. Al menos no en mi caso. La vida seguía sin que yo pudiera saber hacia dónde y sintiéndome incapaz de agarrar alguna ilusión.

El rostro endurecido de Pedro Juan, tal como aparecía a través del vidrio del ataúd en el que estaba metido su cuerpo, había sido preparado en la funeraria y no reflejaba nada de su belleza anterior a la enfermedad. Pero tampoco tenía el color verdoso y amarillo que adquirió después de la muerte. Las huellas que fue dejando en él el sufrimiento, los pómulos salientes, la quijada marcada, también desaparecieron. Lo que veíamos era en buena parte el compendio maquillado de su rostro enfermo. La piel era blanca, o mejor, blanqueada con alguna crema y algún talco adicional encima de ella para que no brillara. También algo de talco, pero rosado, pusieron discretamente en las mejillas. A sus labios, en cambio, les aplicaron un brillo notorio, también rosado y artificial. Los labios blancos y partidos por líneas resecas que toqué después de que hubiera recibido la potente mezcla química que interrumpió por fin su vida y su padecimiento no estaban ahí, no eran los mismos. Y sin embargo, todo, ese rostro decorado para disimular la sobriedad de la muerte, la sensación de lejanía que infundía su definitiva falta de expresión,

la rigidez, se me aparecieron como algo normal y aplacado. Pedro Juan ya no existía y su muerte no fue la cima de un recorrido ascendente, ni el punto más bajo de un descenso tortuoso, sino la estación vacía en el camino plano de una meseta que seguía, que se extendía, sin que se pudiera saber o importara saber hacia dónde o hasta qué punto.

Ya no está Pedro Juan en el mundo. Era lo único que podía decirme (semejante obviedad) al mirar detenidamente su rostro petrificado por la muerte, ajeno, a través del cristal del ataúd. Pero todo sigue.

Así como tenemos la palabra cadáver para nombrar los cuerpos sin vida, así mismo deberíamos tener una palabra para designar los rostros de los muertos. No la tenemos. Miraba el rostro sin vida de Pedro Juan. Era simple, no bello. Me sentía tranquilo, más dominado por la seriedad que por la tristeza. Sin embargo, mi corazón palpitaba con fuerza. Pensé en lo seria que es la muerte y justo en ese momento me hice consciente del malestar que me producía que la cara de mi hijo hubiera sido maquillada para disimular estúpidamente que estaba muerto. Corté de tajo ese sentimiento. Lo único que me hacía bien eran el silencio y la seriedad de la muerte. No quería que nada ni nadie los distrajera.

De repente se hizo a mi lado una mujer mayor, seguramente alguna familiar o conocida de Leticia. Pasó una de sus manos por el vidrio del ataúd y mirando el rostro muerto de mi hijo, dijo:

—Dios mío, cómo has permitido esto.

Después cerró los ojos y oró para sí algo incomprensible. Cuando terminó dije en voz baja, sin mirarla:

—Las cosas no han podido ser producidas por Dios de una manera ni en un orden distinto a como han sido producidas —y me retiré despaciosamente del lugar. La frase es de Spinoza.

En nuestra cultura, los velorios suelen ser eventos sociales para distraer la seriedad y la tristeza que provoca la muerte. No quería estar en ese velorio. Pero tampoco quería llamar la atención. Si me quedaba mucho tiempo al lado del rostro sin vida de Pedro, la llamaría. Así que di una corta ronda por el lugar, evitando las miradas, y fui a tomar un café. Era temprano en la noche. No había aún mucha gente. Decidí que no me quedaría mucho tiempo en la velación. Vendrían sobre todo la familia y los conocidos de Leticia. Yo no esperaba a nadie. Volvería para el servicio religioso al otro día. No sabía en qué lugar de la iglesia me situaría ni lo que haría después. Nada de eso era importante, aunque me hacía las preguntas. Ya vería. Solo me importaban en ese momento el silencio y poder mantener mi ánimo en el equilibrio que me proporcionaba la seriedad que se adueñó de mí, la seriedad de la muerte.

En el recorrido que hice por el salón me interesó sobre todo observar de cerca los arreglos de flores que ya habían sido puestos alrededor del féretro. No eran muchos. El más grande de todos, compuesto de rosas blancas, era una ofrenda del colegio en el que Pedro Juan terminó el bachillerato. Había cerca de él uno mediano y sencillo, en el que primaban las astromelias de varios colores, con una cinta vino tinto de letras doradas en la que podía leerse: «Departamento de Filosofía. Universidad Nacional de Colombia». El gesto de deferencia, completamente inesperado para mí, me produjo un agrado real y definido. ¿A quién se le habrá ocurrido esto? Podía ser que yo fuera una persona menos sola de lo que creía. Los demás

ramos llevaban nombres de personas que no conocía. Seguramente vendrían algunos más.

Salí mirando al piso a buscar el café que tanto necesitaba. Pude ver de reojo que Leticia, que estaba sentada en un sofá largo al frente del ataúd, rodeada por sus padres y una de sus hermanas, no lloraba. Miraba al vacío, ausente. Me conmoví. No fui capaz de acercarme. Muy temprano en la mañana nos habíamos visto, después de que el cuerpo de Pedro hubiera sido trasladado de mi casa a la funeraria. Yo no había dormido en toda la noche. Quiroga me había ayudado con el acta de defunción, que firmó como médico general, y con los contactos con la funeraria. Esto último no era parte de su trabajo pero me preguntó en un momento en que me vio desorientado si podía ayudarme en algo más y yo se lo pedí como un favor. También me acompañó durante buena parte de la noche. Cerca del amanecer me dejó solo, para que descansara un poco, pues el día que iniciaba sería muy largo. Pero yo no pude dormir. Fueron horas extrañas. Trataba de descansar en el sofá cama mientras mi hijo muerto yacía sobre mi propia cama en el cuarto de al lado. No quise volver a verlo en esas horas. Ahí estaba. Era su cuerpo. Lo más importante ya había pasado. Ese cuerpo muerto desaparecería pronto, como demostración de su falta de significado. Sin embargo, ahí estaba.

Muy temprano en la mañana tres empleados de la funeraria sacaron el cuerpo de Pedro en un ataúd provisional de metal. En el ascensor tuvieron que inclinarlo y pararlo desde una de las esquinas para que pudieran caber todos. Uno de los empleados, de mayor rango, se ocupaba del papeleo. Los otros dos hacían el trabajo físico. Acordamos que al final de la tarde de ese día podría empezar la

velación. Yo llegaría unas horas antes, junto con la madre seguramente, para cuadrar todo: la misa al otro día, el entierro, los avisos fúnebres, los pagos. Todo.

Me encontré con Leticia en una de las oficinas administrativas de la funeraria. Llegó acompañada de una de sus hermanas, que me saludó marcando ostensiblemente la distancia. Yo no era persona grata en esa familia. Y eso no iba a cambiar ese día. Como yo había llegado un poco después, ya muchos de los trámites estaban adelantados. Fue lo mejor. Leticia no hablaba. Su hermana se ocupó de suministrar la información principal. Yo hubiera preferido la cremación, para marcar la insignificancia del cuerpo inerte de Pedro Juan, pero la familia de Leticia ya había decidido que fuera enterrado en uno de los sitios destinados desde hacía años para los abuelos. Sentí una leve molestia por la forma enfática e inconsulta como la hermana transmitía las decisiones de la familia. Pero barrí de inmediato mi malestar. Nada perturbaría mi gravedad. Que vuelva a la tierra, pensé. Quizás los cuerpos muertos no son tan insignificantes.

Pasaron después a otra dependencia para redactar un aviso funerario. Yo no las acompañé. Mi nombre no aparecería en ese aviso. En el pasillo me acerqué a Leticia, quise tener algún contacto físico con ella pero no pude, no pudimos. Toqué, eso sí, uno de sus brazos y le extendí la carta de Pedro Juan. Ella no miraba a los ojos. No miraba a los ojos de nadie. No lloraba. Como creí que seguramente no iba a ver a Leticia a solas en las siguientes horas, y en realidad nunca más, consideré que ese era el momento más oportuno para entregarle la carta. La tomó con sus dos manos, reconoció la letra de Pedro en el sobre y emitió un lamento seco,

quedo, sin lágrimas. Se fueron en una dirección por el pasillo y yo en la otra. El sentimiento de pesar me sobrecogió, y lloré.

Tomaba un café doble, muy cargado, en una cafetería anexa a la sala de velación, sentía el leve alivio que me había dejado haber cerrado todos los trámites funerarios, pensaba en que ese café, a esa hora, seguramente me iba a perturbar el sueño de esa noche pero que sin él no podría seguir sobrellevando la falta de sueño de la anterior, cuando se me acercó una mujer de unos cuarenta años, vestida de negro, con el pelo castaño suelto, largo, natural. En cualquier otra circunstancia me hubiera llamado la atención.

—Hola, Francisco —dijo—, ¿te acuerdas de mí?

La miré desde mi silla directamente a los ojos grandes, brillantes y también castaños, oscuros. Sentí lejanamente que la conocía, pero no pude determinar de dónde. Le sonreí con algo de desgano y antes de yo decir algo, seguramente movida por la expresión de inseguridad en mi rostro, me dijo:

—Soy Berenice, la prima de Leticia.

La recordé al instante. Berenice, claro. ¿Cómo olvidar a alguien con ese nombre? Hacía por lo menos veinte años que no la veía. Su rostro era el mismo, pero su forma de estar en el mundo había cambiado. La Berenice que conocía era una chica de pelo corto que vestía bluyines, zapatos tenis y llevaba siempre una mochila arahuaca colgada al hombro. Frente a mí tenía en cambio a una mujer de botas negras hasta la pantorrilla, falda negra y medias veladas también negras. Elegante y segura de sí misma. Me paré de mi silla y extendí mi mano para saludarla.

—Por supuesto. ¡Berenice! Cuánto tiempo.

Berenice no quiso tomar mi mano sino que se acercó a mí para darme un abrazo. Sentí un olor a jabón de jazmín y el roce de su pelo delicado en mi mejilla. Era de mi estatura. El curso de mis pensamientos en la cafetería, antes de que ella se parara frente a mí, era desalentado y pobre. Lo consideré como un remanso en la gravedad que había poseído mi ánimo y me dejé llevar sin fuerza por él. Ahora esta interrupción de Berenice parecía un afortunado deslizamiento al mundo social.

—Lo siento mucho —dijo, y después de unos segundos aferrada a mí se separó, aunque seguía tomando con sus manos mis antebrazos.

—Gracias.

—Qué cosa tan horrible —agregó, y se soltó de mí definitivamente —. De veras lo siento.

—Gracias —repetí.

Quedamos uno frente al otro unos segundos suspendidos.

—¿Hace mucho llegaste? —preguntó.

—Estoy aquí desde las tres de la tarde, más o menos.

—No —dijo, y sonrió—, ¿hace cuánto llegaste a Colombia?

—Ah, hace seis meses.

—¿Seis meses? Pero oí que te habías vuelto hace poco.

—Solo para la Navidad. Estoy aquí desde hace una semana.

—Seis meses —repitió—. No lo sabía. Entonces te ha tocado todo lo de Pedro Juan.

—A eso vine.

—Muy duro. ¿Y cuándo te devuelves?

—No me devuelvo. Me quedo aquí.

—¿En serio? ¿Con tu familia? ¿Tienes familia en Alemania, verdad?

—Sí. No. Quiero decir, sí tengo familia en Alemania, pero no, me quedo yo solo.

—Lo siento —volvió a decir.

—Todo bien —respondí. Y la seriedad retornó a mi espíritu.

Como me parecía de mínima cortesía preguntar por ella, me enteré de que trabajaba como editora en una conocida revista cultural y literaria. Le iba bien en la vida. Dejamos morir pronto la conversación. Sentí que no soportaría más tiempo sin dormir. Era incapaz de volver a la sala de velación. Así que salí de la cafetería directo para mi casa. Volvería al otro día antes de la misa.

# 16

Después de pensarlo mucho tiempo y vacilar, me senté en la segunda banca de la iglesia, al lado derecho del pasillo. La primera banca de ese lado estaba vacía y yo no quería ser la única persona sentada en ella. En la segunda banca, en cambio, había ya algunas personas, pero no justo al lado del pasillo. Entre ellas y yo había algún espacio. La primera banca del otro lado estaba ocupada por Leticia, sus padres, sus dos hermanas y más familiares cercanos. Detrás de ellos había más gente; también detrás de mí. No conocía a casi nadie. Varias filas atrás, a ambos lados, había un grupo numeroso de jóvenes de ambos sexos. Imaginé que serían los compañeros del colegio de Pedro Juan. Busqué a Antonia, pero no la encontré. No me interesaba mirar con detenimiento a los asistentes de frente, desde adelante. Así que volví muy pronto mi cara hacia el altar. Podía percibir que era objeto de algunas miradas. El féretro con el cuerpo de Pedro Juan estaba a pocos pasos de ahí. En esa dirección dejé mis ojos. La iglesia no estaba llena. Resonaban algunos pasos en las baldosas. La acústica del lugar también dejaba oír el cuchicheo ampliado e indefinido de muchas voces y el crujido de las viejas bancas de madera.

De repente sentí que alguien tocaba mi hombro. Era Berenice. Intenté pararme para saludarla. Ella me dijo que me quedara en mi sitio y preguntó si podía hacerse a mi lado. Asentí.

—¿No quieres hacerte en la primera fila? —preguntó cuando ya estaba sentada junto a mí.

—Aquí estoy bien —le respondí. Pero después de observar el modo como la familia de Leticia miraba la situación, no sus padres, que esquivaban constantemente mis ojos, decidí pasarme para la primera fila. Agradecí a Berenice ese impulso. Ella también se pasó conmigo a la primera fila. En el tránsito busqué la mirada del padre de Leticia. Nuestros ojos se encontraron. Le hice un gesto reverente, lleno de respeto y sin falso pronunciamiento, que también hubiera querido para la madre, pero ella tenía la mirada en otro lado y una de sus manos en la mano de su hija. El padre respondió a mi mirada con igual respeto. Yo ocupaba el lugar que me correspondía y él no podía resistirse a ello. Nadie. Ninguno de los dos movió las cejas. Leticia dirigía sus ojos al suelo, alejada de todo. No lloraba.

Una vez terminado el servicio, tomé con tranquilidad y seguridad el asa de uno de los extremos delanteros del ataúd en el que iba el cuerpo de mi hijo y caminé acompasado con otras cinco personas, todas hombres, que también lo alzaban, hasta la puerta de la iglesia. Oíamos el *Ave María* de Schubert cantado por una soprano de unos cincuenta años, que era acompañada al piano por un hombre que podía ser su marido. Una ceremonia sencilla y convencional. Pero conmovedora. Lágrimas menudas rodaban con libertad por mis mejillas; algunas caían directamente en mi pecho. No las limpié hasta que llegamos a la puerta de la iglesia, pusimos el ataúd sobre un soporte de metal y el sacerdote pronunció desde afuera la última oración. En ese momento dejé de llorar y sequé mi rostro con un pañuelo. Nunca en mi vida había experimentado una seriedad tan sólida en mi ánimo. A mi alrededor podía ver que muchas personas

lloraban. Pero me eran ajenas. No podía comprender que Leticia no llorara. Me impresionaba demasiado. Su rostro no tenía colores, no tenía vida. Recibía los saludos de condolencia mirando al vacío, al piso. Rehuía los rostros. Me conmovía, aunque también me era ajena. No fui capaz de acercarme a ella. De repente me pareció insoportable que no pudiéramos estar juntos en ese momento. Sacudí ese sentimiento; no podíamos estar juntos.

Después de dejar el féretro dentro del coche mortuorio me hice a un lado. Algunas personas se acercaron a mí a darme las condolencias, aunque fueron muy pocas. Una de ellas fue Ofelia, que no paraba de llorar. El centro de todo el ritual social era Leticia. Eso me produjo alivio y me indicó que lo más prudente era seguir alejándome con discreción del lugar. Cuando ya estaba definitivamente por fuera del círculo de personas aglomeradas alrededor de Leticia divisé a Berenice que venía directamente hacia mí. Me abrazó y se condolió. Sentí otra vez el olor a jabón de jazmín.

—¿Cómo vas al cementerio? —me preguntó.

—No sé —le dije. Era verdad, no lo sabía.

—Puedes venir conmigo si quieres. Tengo el carro en el parqueadero.

Acepté, desde luego, y lo agradecí del modo más expresivo que pude. Lo que no imaginé es que iríamos solos. Pensé que tenía que prepararme para un silencio insoportable con otros familiares de Leticia en el largo recorrido al cementerio, situado al extremo norte de la ciudad. Pero nadie más venía con nosotros.

—¿Por qué eres tan amable conmigo? —le pregunté cuando ya íbamos por la autopista del norte. Hacía calor.

—Porque te veo muy solo, y me duele —dijo.

—Quizás lo merezca.

—No creo. Nadie merece lo que te ha pasado, lo que les ha pasado.

Como si se hubiera dado cuenta de que esa observación no se refería a mi soledad sino a la muerte de Pedro, antes de que yo pudiera decir algo agregó:

—También soy amable contigo porque no me parece justo que la familia de Leticia te odie.

—Agradezco lo que dices y lo que haces. No estoy seguro de que sea odio lo que sienten hacia mí.

—A mí también me odian —dijo—. ¿Por qué crees que nadie quiso venir en el carro?

—Seguramente porque vieron que yo venía en él —le respondí con desinterés. Me parecía infantil e infortunada la forma como utilizaba el verbo odiar.

—Sí, claro. Pero también por mí. Deben tomar como una afrenta que te haya ofrecido llevar en mi carro o que me haya acercado a ti en la iglesia. Allá ellos. Yo solo hice lo que me salió del corazón y lo que Pedro Juan hubiera querido hacer. Lo hice por él.

—Y por ellos —agregó después de unos segundos—, el odio te mata por dentro.

Anduvimos varios kilómetros en silencio. El nombre de Pedro Juan en sus palabras me llevó de nuevo a mi propio pesar, me puso en el único sitio en el que quería estar en ese momento. No hubiera soportado una conversación sobre viejos presuntos odios o algún chismorreo de familia cargado de emociones. Mi emoción era solo una: el pesar, y solo podía vivirla si estaba asentada con tranquilidad sobre la tierra firme de la seriedad y el silencio.

Me alivió sentir que Berenice parecía comprender y respetar mi necesidad de estar en silencio. En ese momento entró un mensaje a mi celular. Era de Guillermo Sarmiento, el viejo amigo de la universidad que me había hospedado cuando había venido a Bogotá por la cirugía de Pedro Juan.

—Supe de la muerte de Pedro Pablo —decía—. Ese dolor no tiene nombre. Lo siento mucho, mi hermano.

—¡Imbécil! —susurré—, y quité el volumen al aparato sin responder.

—¿Todo bien? —preguntó Berenice.

—Sí. Dentro de lo que cabe.

El sol brillaba desde el cénit con una fuerza que agobiaba. No había nubes en el cielo azul y diáfano; el cielo de montaña de la sabana de Bogotá. Cuando cayó una primera palada de tierra negra sobre el ataúd que habían bajado al hueco de la tumba por medio de cuerdas y poleas, sentí nuevamente la misma punzada en la espalda, a la altura de los riñones, que había sentido cuando Pedro Juan sacó la mitad de su cuerpo por la ventana la noche de las velitas y cuando palpé la reproducción del tumor en su cabeza. Era como si esa tierra, que dio unos primeros golpes secos en la madera y después siguió dándolos sordos sobre la misma tierra, le estuviera cayendo a él encima. Pero no era a él, no era a nadie, no era a nada.

Las raíces no son profundas

# 1

La vida es improbable. Y la conciencia, que emerge solo en algunos millones de los miles y miles de millones de seres en los que la vida se manifiesta diferenciada y múltiple, es más improbable aún y más escasa. Alguna vez leí que a un monje budista tibetano uno de sus discípulos le preguntó:

—¿Puedes decirme qué es para ti la conciencia?

Y el monje le respondió con una imagen:

—Represéntate en tu mente que en algún lugar de los cinco océanos nada sin rumbo una tortuga, y que ella saca de vez en cuando su cabeza para tomar aire y continuar nadando. Imagínate ahora que en otro lugar extremo del planeta alguien arroja al mar un aro que flota y por el que cabría la cabeza de la tortuga, y que ese aro viaja al azar movido por las olas de los mares. Figúrate el momento en que una de las sacadas al aire del cuello de la tortuga coincide con el paso del aro y que la tortuga mete su cabeza en él. Eso es la conciencia.

El monje, desde luego, no dio una definición de la conciencia sino una representación de su improbabilidad.

Consuela a algunos el ejercicio estadístico que permite suponer que hay vida en otras galaxias. Sabemos, no obstante, que las condiciones de la vida, y de la vida consciente, son muchísimo más improbables de lo que suele creerse. Esas condiciones no se dan en el vecino Venus, envuelto en gases y calor. Cualquier formación

rocosa de Marte que se nos aparece como medianamente familiar nos pone a pensar con el deseo; pone a la mente humana curiosa, pero también caprichosa, a querer, más que a indagar, que haya vida en otra parte, o que al menos se pueda confirmar alguna de sus condiciones. Las condiciones que hacen posible la vida son múltiples; como múltiple, innumerable, es la cantidad de sus mutuas combinaciones. La Tierra, un planeta de tamaño comparativamente medio, está a una distancia del Sol —de un sol— que favorece térmicamente las condiciones de la vida. Es el único planeta con esas características en este sistema solar. Está situado en un sistema física y dinámicamente equilibrado por la coincidencia de la fuerza de sus planetas vecinos y de él mismo con la del Sol que los atrae y no los deja escapar de su órbita. Nuestro sistema solar se halla situado en una galaxia con un diámetro aproximado de 60 000 años luz. Esto significa que una sonda de luz tardaría 60 000 años en atravesar la galaxia en la que estamos. El conocimiento de que la confluencia de factores que hacen posible la vida es tan improbable, tan excepcional, tan azarosa, ha llevado a muchos científicos a sugerir como casi seguro que estamos solos en esta gigantesca galaxia. Algunos han ido aún más lejos: parece ser que también estamos solos si consideramos el conjunto de varias galaxias vecinas. De esta visión surge un sentimiento abismal y pavoroso. Pero que esa importante formación biológica consciente que es el ser humano sienta el abismo de la soledad ante la inmensidad en buena parte silenciosa, fría y oscura del cosmos, también extraña y suscita un cierto desdén porque ese sentimiento lleva implícita la creencia de que la soledad del ser humano tiene que ser conjurada por fuera del ser humano. Por eso la idea de que el ser humano no

está solo gracias al mismo ser humano, la idea de que somos, y no podemos menos que ser, lo mejor para nosotros, así también seamos lo peor, es la que nos impide permanecer aterrados y dominados por aquel sentimiento abismal. No hay nada más importante para el ser humano que la cercanía del ser humano. Y esto no tiene nada que ver con el tamaño de las galaxias.

Semanas después de su muerte le leí ese pasaje en voz alta a Pedro Juan. Me había levantado esa mañana temprano con la intención de terminar mi ensayo sobre la muerte y lo que me salió fue ese pasaje que no sabría decir qué es ni considerarlo como parte de qué. No seguramente como parte de un ensayo sobre la muerte. No sé. En cualquier caso se lo leí a Pedro Juan en voz alta como si necesitara escuchar su opinión. Era el tipo de cosas de las que hablábamos con gusto al final de su vida. Imaginé que me decía:

—La reacción más adecuada al carácter excepcional e improbable de la vida consciente es el agradecimiento. El temor a la muerte y la arrogancia por ser excepcionales están equivocados. Solo cabe el agradecimiento.

—¿Agradecimiento a quién o a qué? —le preguntaba.

—Eso no es importante. Agradecimiento, simplemente. Agradecimiento por estar vivo, por haber vivido, por haber conocido, justamente, el excepcional hecho de estar vivo.

—No puedes negar que no siempre has visto así las cosas. Hace tan solo unos meses considerabas una desgracia la perspectiva de tu muerte. Lo que expresabas era todo menos agradecimiento.

—Es normal, estaba empezando a vivir y no quería morir ni me parecía justo que muriera.

—¿Y ahora te parece justo?

—No. Morirse a mi edad por una enfermedad como la que tuve no tiene nada que ver con la justicia o la injusticia.

—¿No te parece un poco absurdo?

—No. Es estadísticamente improbable. Muy poca gente muere tan joven como yo he muerto, pero no es absurdo. Vivir es estar expuesto constantemente a la muerte. No digo nada extraordinario al decir eso. Lo principal es que viví, algo también muy improbable, como lo dices en tu texto. Y esa excepcionalidad merece agradecimiento, aparte de si se vive durante diecinueve o durante ochenta años.

Eso es verdad: una vida puede ser tanta o tan poca cosa independientemente de si dura dieciocho u ochenta años. No solo porque los años de diferencia entre una y otra no representan nada en relación con el tiempo del mundo, sino porque la vida larga puede no ser más que la repetición prolongada de un esfuerzo agitado por sobrevivir y nada más. Como el de los colibríes, que no conocen descanso y gastan toda su energía para mantenerse suspendidos en el aire a la busca del néctar de las flores que les da la energía que derrochan. Si la vida, y no solo la humana, consiste en eso: en gastar la energía para buscar las fuentes de energía necesaria para vivir, o sea, para gastar energía, una vida no es menos o más por durar dieciocho u ochenta años.

—Dos cosas hacen la diferencia —imaginé que me decía Pedro Juan, interrumpiendo mis pensamientos—: la conciencia y el amor.

—Eso me parece abstracto —señalé.

—Vive cada momento de tu vida como si fuera el último —me dijo mi hijo días antes de morir y yo hice que me lo repitiera en mi diálogo imaginario.

¿Qué quiso decir con eso? Que cada momento de la vida debe ser vivido con plena conciencia. Así vivió él sus últimos días y fue por la inminencia de la muerte que accedió a una especie de conciencia superior. Cada pálpito, cada bocanada de aire fresco en la mañana debe ser una oportunidad para contemplar ese hecho majestuoso de estar vivos aunque estemos cercados por la muerte. Es por estar cercados por la muerte que cada renovación del aire de nuestros pulmones debe ser la oportunidad de entender que lo que en nuestro caso daría sentido al esfuerzo sin sentido de gastar incesantemente la energía para buscar energía para vivir, para gastar energía, es esa conciencia. La vida de Pedro Juan terminó a los diecinueve años. Que haya sido tan breve esa vida no dice que haya sido menos que cualquier otra vida de ochenta años. Pudo ser más, a pesar incluso del sufrimiento, porque él supo apreciar el improbable privilegio de estar vivo sin extraviarse, como muchos, como casi todos, en el inútil esfuerzo que significa mantenerse con terca inconsciencia en la vida, como se mantiene agobiado el colibrí en el aire, tratando de penetrar con su pico la flor con el depósito de almíbar. Sin esa suerte de levitación que es su vuelo de alas infinitamente inquietas, el colibrí no se puede mantener suspendido frente a la flor y no puede tomar de ella su néctar. Pero si no toma néctar de la flor no podrá mantenerse suspendido en el aire frente a ella. Ese destello de conciencia agradecida de Pedro Juan en sus últimos días me ha hecho pensar que su corta vida tuvo más sentido que muchas otras vidas largas, repetidas, nubladas y fatigadas.

¿Y lo del amor, a qué viene lo del amor, esa palabra tan difícil? ¿Esa palabra que se convierte tan fácilmente en una tontería? Es lo que ya dije: que la soledad del ser humano no se conjura por fuera del ser humano, que no estamos solos por estar solos como una especie improbable en el universo, sino por no tener una mano que agarrar, una mirada a la que interrogar, un llanto o una risa que contagiar. Es a eso a lo que Pedro dio en ese diálogo imaginario el nombre vago del amor. No hay nada más importante para nosotros que nosotros. El bien preciado de la conciencia sería poca cosa sin esa evidencia de que el ser humano no está solo gracias al ser humano. La soledad y la conjura de la soledad, a la que Pedro puso en mi fantasía el nombre altisonante de amor, solo son posibles en el universo humano y no en las montañas de los otros planetas, cercanos o lejanos, grandes o pequeños, calientes o fríos. Lo que quiso decir Pedro Juan es que son esas dos cosas juntas, la conciencia de estar vivos y la certidumbre de no estar solos, las que hacen que no seamos como los colibríes, así no podamos menos que ser como los colibríes.

¿De dónde me ha salido ahora esa especie de ridículo humanismo cósmico? Se me antoja que de algunas cosas que dijo Pedro antes de morir y que yo me he puesto a estilizar en este diálogo fantasioso. No es necesario dar tanta vuelta para comprender lo que Pedro quiso decir: si son tan excepcionales la vida y la conciencia, debemos vivir sirviéndonos de la más alta conciencia imaginable. Y esa conciencia no está desligada del amor. El hecho de vivir tiene sentido por el amor. Y por ambos hay que estar agradecido.

Mi hijo me enseñó a morir y gracias a eso el resto de mi vida de colibrí será distinta, será mejor. Por eso le dije esa mañana en mi

mente arrebatada:

—Me enseñaste a morir, Pedro Juan, y es una de las razones por las que tanto te amo.

Después de pensarlo un rato, agregué:

—Pero también, por lo que dijiste sobre el agradecimiento, puedo ver que me enseñaste a vivir.

—Lo último está implicado en lo primero —dijo él sin ceremonias.

Entonces me callé y pensé que, con algunas depuraciones, quizás sí podría haber alguna forma de meter lo que escribí esa mañana en mi ensayito sobre la muerte. Contemplé por un rato las montañas del oriente de la ciudad, la luz lechosa y dispersa del sol cubierto por las nubes gruesas, entornadas, y me paré a la cocina. Tenía hambre y era necesario buscar algo para comer si quería seguir pensando.

# 2

Cerca de la ventanilla desde la que en el servicio médico de la universidad asignaban las autorizaciones médicas, observaba con desgano una mañana a una anciana de mala cara y mal humor que presentaba documentos y hacía reclamos. Hundida en una silla giratoria al otro lado de la ventanilla, una mujer joven de pelo corto y piel rosada, seria pero no hostil, recibía lentamente la documentación, la examinaba con atención y soportaba las quejas chillonas de la anciana sin mirarla. Tenía el número de turno 42 y seguramente había esperado mucho tiempo para ser atendida. Yo tenía el número 75 y acababa de llegar. Tendría que estar ahí al menos dos horas antes de que recibieran mis papeles. No estábamos en una fila porque los que esperábamos teníamos ya nuestros números en un papelito impreso, y en un tablero electrónico en medio del pasillo, a escasos metros de la ventanilla, iban anunciándose los turnos. La gente andaba por el largo pasillo de un extremo al otro, algunos merodeábamos en torno al tablero o nos recostábamos en la pared. Había algunos asientos, pero lejos de la ventanilla y estaban todos ocupados.

Me interesó el modo como la anciana del turno número 42 hacía su trámite con el objeto de ver si le faltaba algo a mi documentación y entonces me situé cerca de ella para escuchar lo que la mujer joven que la atendía le decía. Todo lo mío parecía en orden. La vieja debería ser una profesora jubilada y su mal genio desagradaba.

Trataba mal y con arrogancia a la mujer de la ventanilla y eso me fastidió. Podía comprender que estuviera contrariada por la espera y por el visible desorden en el recibo de la documentación y la entrega de las autorizaciones clínicas, pero no me parecía aceptable que descargara su ofuscación con la funcionaria que se ocupaba de atender al público. Se podía notar que la mujer joven estaba acostumbrada a ese tipo de comportamientos y por eso no miraba a la anciana ni se trenzaba en una discusión con ella, sino que examinaba con concentración y diligencia los papeles. Se paró en un momento de su silla y se dirigió a una fotocopiadora que tenía detrás de sí. Fotocopió los papeles recibidos, les grapó encima un pequeño papel en el que había impresas una fecha y una hora y le dijo a la anciana, entregándoselos por la ventanilla:

—El miércoles 21, a partir de las tres de la tarde, puede pasar por la autorización.

—¡Pero eso es en una semana! —exclamó la vieja recibiendo los papeles.

—Es lo que se demoran en salir las autorizaciones —dijo la joven funcionaria, y en ese momento obturó un botón debajo de la tabla que había a ras de la ventanilla y que servía de mesón sobre el que la gente ponía la documentación. En el tablero electrónico apareció el número 43 y ya otra persona, haciendo un uso demostrativo de su derecho a ser atendida, se puso muy cerca de la vieja como queriendo empujarla para que liberara el espacio de la ventanilla.

Noté que al fondo uno de los asientos había quedado libre y me dirigí a él. Estaba lejos del tablero y tendría que estirar la cabeza hacia un lado para poder percibir los cambios progresivos de los turnos. Tenía en todo caso mucho tiempo y era mejor estar sentado.

El sitio en donde estaban los pocos asientos correspondía a una antesala desapacible y fría de un conjunto de consultorios de medicina general. Ya había estado allí unas semanas atrás haciéndome el chequeo general que la universidad exigía para mi contrato como «profesor ocasional», es decir, como profesor solo por un semestre renovable. En ese chequeo me remitieron a un especialista que examinaría la bola de sebo o el tumor o lo que fuera que había surgido al lado interior de mi hombro derecho. Y esa mañana esperaba con el turno número 72 poder entregar las órdenes que el médico especialista me había dado con el objeto de solicitar la autorización de la cirugía para extraer eso que me había brotado. Tenía dudas de que me dieran la autorización porque era nuevo en el servicio médico y ni siquiera tenía el estatus de profesor de planta. Pero que ya un médico general me hubiera dado la remisión al especialista y este hubiera ordenado la cirugía era señal de que estaba dentro del sistema. En cualquier caso, haría la diligencia y si no era autorizada la cirugía, buscaría la forma de pagarla por mi cuenta. Una cirugía ambulatoria no debería costar tanto y todavía me quedaban ahorros.

Hubiera querido que pasaran muchos años antes de estar nuevamente en la sala de espera de un consultorio médico. Mientras miraba a la gente sentada a mi alrededor o que iba de aquí para allá en el servicio médico de la universidad, mucha de ella ya mayor y acompañada, mientras percibía el olor a encierro de ese lugar, mezclado con el de los alientos de tanta gente, con el de su ropa desusada y el de los desinfectantes que seguramente regaban regularmente por el pasillo y la sala con los asientos, pensaba, sin embargo, que a lo mejor la espera en los consultorios médicos es

parte de la vida, como es parte de la vida ir regularmente al supermercado o a comprar zapatos, o al taller mecánico cuando se tiene un carro. Yo no estaba enfermo y estaba todavía joven. No tendría por qué estar metido en una desteñida y maloliente sala de espera de un masivo consultorio médico después de haber pasado un año aguardando en todas las salas de espera imaginables. Pero así era. Había que esperar. Desdoblé el papelito delgado y brillante con el turno número 72 y lo introduje en el bolsillo de mi camisa porque de tanto manosearlo y arrugarlo mientras esperaba sentado, estirando de rato en rato mi cuello para ver qué número aparecía en el tablero electrónico al lado de la ventanilla de atención, lo estaba borrando y destruyendo con el sudor de mis dedos ansiosos.

Una semana exacta después estaba frente a la misma ventanilla reclamando la autorización para la extracción del lipoma. El procedimiento fue aprobado y eso me produjo un gran alivio. Ya había definido una cita para la operación con el especialista al que había sido remitido, ese petardo que no miraba a los ojos y se dirigía a mí con arrogancia llamándome «profesor». Lo único que me faltaba era una persona que me acompañara. El médico había dicho que eso era indispensable dado que iba a utilizar anestesia general. Pero yo no tenía quién me acompañara.

Caminaba por el largo pasillo de ese servicio médico infecto en dirección a la salida y pensando en cómo solucionar el asunto de la persona acompañante, cuando me encontré cara a cara con Alberto Llanos, el profesor de Lógica en mis primeros semestres de la carrera. No sé qué me dio más alegría: si verlo o experimentar que

me reconocía y se acordaba de mí. Me llamó incluso profesor Salamanca y eso, viniendo de él, también me produjo satisfacción, pues quería decir que se acordaba de mí no solo como su estudiante sino como su colega durante los años en que fui profesor antes de viajar al exterior.

Desde mi época de estudiante admiré a Llanos y ahora que escribo esto pienso que es el mejor profesor que he tenido en toda mi vida. Le debo a él el amor por el pensamiento riguroso; algo que mezclaba en sus clases con una enorme formación literaria y humanista. Estaba bastante viejo, pero lucía bien y sonriente. Cuando había sido profesor mío al inicio de la carrera ya era un hombre mayor, de manera que cuando me lo encontré tendría que estar muy viejo. Le expresé mi alegría de verlo, y de verlo tan bien, y no pude contenerme de preguntarle por su edad.

—Cumplo 91 años en octubre —me dijo.

—¿¡91 años!? —exclamé—. Pero si está mejor que todos nosotros.

No sé por qué dije «todos nosotros» o a quién me refería. Supongo que a todos aquellos que fueron compañeros míos en aquella época y de cuya existencia no tenía la menor idea. «Todos nosotros» también podía ser toda la gente que revoloteaba por el pasillo del servicio médico y nos rodeaba. «Todos nosotros» podía ser el resto de la humanidad.

—Gracias —dijo sonriendo—, pero no lo diga en voz muy alta porque hace sufrir a mis enemigos.

Y se rio. Yo también me reí. Y continuó:

—Cada vez que alguien me dice lo bien que me ve a mi edad, me viene a la memoria un epitafio que leí hace muchos años en el cementerio de un pueblo del sur de Inglaterra. Debajo del nombre

de la persona enterrada decía: «Ochenta y nueve años de perfecta salud. Y ahora esto».

Yo solté entonces una ruidosa carcajada. Él también. Su risa brotaba de una alegría genuina y pura, de una alegría que parecía constante, duradera, parte de su ser. Me preguntó por mi vida. Le conté en pocas palabras que regresaba al país después de algunos años y que estaba solicitando el reintegro a la universidad, pero que mientras lo aprobaban, si lo aprobaban, me tenía que acomodar con ser un docente ocasional o supernumerario, como les decían en otra época. No conté nada más.

—¿Y qué hace aquí tan joven en el corredor de la muerte? —me preguntó, y volvió a reír. Yo secundé de nuevo su buen humor. Le conté de mi lipoma y de mis cuitas en el servicio médico. Hizo un gesto de desparpajo con su mano como queriendo dar a entender que sabía perfectamente de qué le hablaba y que lo mejor era dejar que todo fuera como es. Me deseó mucha suerte con mis cosas y me dijo que se alegraba de verme. Le dije nuevamente y de modo muy expresivo lo mismo.

Salí contento del servicio médico. Había obtenido la autorización para la extracción del lipoma, o del tumor, benigno o maligno, o de lo que fuera, y me había encontrado con un hombre feliz de 91 años al que admiraba y en cuya memoria yo ocupaba un lugar. Caminé un rato por el campus. Las nubes aparecían blancas, gruesas y dispersas en un fondo azul radiante y compacto. La tarde era soleada y desde el oriente resaltaba brillante, pero con arrugas perfectamente trazadas, La Peña, una gigantesca montaña situada al sur de Guadalupe y a la que por desgracia yo no tenía sino un acceso parcial y recortado desde el apartamento del piso 12. La

observé por unos instantes, la admiré. Hubiera querido decirle a la gente que me cruzaba: ¡Por Dios, miren esa belleza! No lo hice, claro. Confié en que mi pose extática y contemplativa pudiera llamar a alguien la atención. Eso no era importante, pero lo pensé, porque las cosas que nos asombran siempre las quisiéramos ver con alguien.

Después de un rato de caminar sin rumbo por el campus, dejando acariciar mis mejillas por el sol, volví a pensar en quién podría acompañarme a la operación para la extracción del lipoma. Pronto tendríamos el ocaso y la tarde luminosa se enfriaría y desaparecería. Se me ocurrió de repente que podría pedírselo a Berenice y entonces la busqué en la lista de contactos del teléfono para llamarla de inmediato. Había que aprovechar el impulso y la buena energía que traía. De nada sirvió. Muy pronto me pareció una mala idea.

Me dirigí a la Biblioteca de Posgrados de Ciencias Humanas. Sería magnífico terminar allí la tarde. Es un sitio muy agradable, silencioso. Las mesas de trabajo son cómodas y bien iluminadas. Hay cuatro o cinco que son mis predilectas porque están metidas en pequeños nichos que dan a ventanas con vista a diferentes ángulos de un prado extenso con algunos árboles dispersos: sauces, pinos, alcaparros. También sobre el prado suelen echarse recostados en sus maletas los estudiantes. Mi mesa preferida, junto a la ventana desde la que podía ver un alcaparro mediano y solitario, estaba libre. Al lado del alcaparro había un grupo de estudiantes sentados en círculo que conversaban animados y reían. Me agradó verlos. Pasaría unas horas en la biblioteca preparando mis clases de esa semana. Seguía pensando en quién podría acompañarme a la operación. ¿Guillermo? No.

Quería llegar a casa antes de que se hiciera de noche. Así que tomé mis cosas y salí de la biblioteca. Tenía hambre. Pensé que podía comer algo en el camino y de ese modo desentenderme de preparar algo para la cena. Desde el puente peatonal que sirve para cruzar la avenida de El Dorado junto a la salida suroriental de la universidad pude ver en el horizonte una explosión de rojos y anaranjados revueltos con el azul del cielo y el blanco de las nubes. El sol estaba medio oculto bajo un grupo de nubes enmarañadas y estáticas, definidas, que sobresalían en el trasfondo del cielo despejado. Contra esas nubes se estrellaba la luz ya decadente del sol y salía por encima y por debajo de ellas filtrada y dispersada en todas las direcciones. El espectáculo era grandioso. Soportable, me dije, en un arranque de lirismo, tan solo porque es tan fugaz. Me detuve unos minutos sobre el puente y esperé en calma a que retornara en esa parte del mundo, la sabana de Bogotá, el equilibrio de colores del fin del atardecer y el momento posterior en que estos se desvanecen y podemos entonces establecer distintamente que un día más ha pasado, que estamos en la noche.

Encontré un sitio en el que por un precio aceptable ofrecían un combo de arroz con pollo y gaseosa. Cambié la gaseosa por una cerveza y la tuve que pagar aparte. Me sentía ligero y tranquilo. Volví a pensar en quién podría acompañarme a la operación del lipoma. No se me ocurría nadie y eso me inquietó.

El arroz con pollo estaba caliente. Pude notar que no estaba recalentado sino recién hecho. Me produjo un placer básico y me quitó el hambre. Era tan grande la porción que pedí que me empacaran algo menos de la mitad para llevar. Haría un *calentao* con

huevo al desayuno. La idea, tan simple, me produjo una ligera ilusión.

Vagué con la mirada por las otras mesas. El sitio estaba casi desierto a esa hora. Solamente había una mesa ocupada por una familia completa: el padre serio y distante, de pose autoritaria, la madre obsequiosa concentrada en repartir un pollo y unas papas saladas entre todos, en servir gaseosa de una enorme botella; y los hijos, una chica y un chico, casi de la misma edad, animados y seguramente en ese momento muy felices, hablaban inquietos. La chica contaba una historia para todos y el hermano le hacía contrapunto con preguntas y observaciones. Me llamó la atención el rostro tieso e indiferente del papá. No me gustó. En un momento hubo silencio entre ellos. Todos comían. No somos mucho más que seres que comemos, pensé. Los dejé. No había nada más que llamara la atención en el lugar. Así que pensé en la clase que preparaba, intenté darle algún orden en mi imaginación, mientras terminaba la cerveza. Me dieron ganas de estar pronto en casa, sacar los apuntes y continuar con la clase.

Mientras caminaba por las calles animadas de El Recuerdo pensé en María, la enfermera que había cuidado a Pedro Juan en los últimos días, para que me acompañara a la extracción del lipoma. Es el tipo de servicios que presta una enfermera. Tenía su teléfono. Podría llamarla. La idea me pareció tonta y la deseché inmediatamente.

Al guardar el arroz con pollo empacado en la nevera me acordé repentinamente de Ofelia. Trabajaba aún conmigo, una vez cada dos semanas, me ayudaba con el aseo general y con la cocina. Esa semana vendría. ¡Eso es!, me dije, le pediré a Ofelia que me

acompañe a la cirugía y contaremos esas horas como un día de trabajo. ¿Por qué no se me había ocurrido antes?

# 3

Me desperté embotado una mañana después de varias horas de insomnio a la madrugada. Ya eran las ocho y quería seguir durmiendo. Me costaba trabajo mantener los ojos abiertos y pensar en que pronto tendría que incorporarme y actuar. Actuar, hacer, vivir. No era temprano, pero yo había pensado en medio del insomnio que como no tenía que salir por la mañana, podría usarla para recuperar horas de sueño. Ahora estaba despierto, con la cabeza embotada y con ganas de seguir durmiendo. Lo intenté varias veces sin lograrlo. Traté entonces de que al menos mi cuerpo descansara. Me acomodé boca arriba recostando mi cabeza sobre una segunda almohada, puse mis manos sobre el plexo solar y respiré profundamente. Mantuve los ojos cerrados.

De un momento a otro me fui haciendo consciente de un sonido que provenía de alguno de los apartamentos vecinos. Era un sonido extraño, animal; un lamento. Por momentos me pareció demasiado articulado para ser un sonido animal. Quería decir eso que alguien, un ser humano, se lamentaba. Me sobresalté y agucé mi atención para identificar lo que oía. Los gemidos cesaron. Así que fue ese sonido lo que me despertó, pensé. En ese instante reinaba de nuevo el silencio y yo seguía despierto, con ganas de dormir y sin poder hacerlo.

Al cabo de un rato volví a oír el lamento, pero antecedido de unos ladridos. Unos ladridos que se iban convirtiendo en aullidos y

después se volvían lamentos. Era un perro. Quité las cobijas y me senté a un lado de la cama. Escuché con atención. Un perro lloraba como un ser humano en el apartamento vecino. Si no fuera porque después de un buen rato de lamentos hacía una pausa e iniciaba un nuevo ciclo de ladridos y de aullidos de perro, uno podía creer que un ser humano lloraba. Pero era un perro, y lo que menos hacía era ladrar; lo que más, lamentarse y gemir. Nunca había oído algo semejante y ni siquiera sabía que el vecino de al lado tuviera un perro.

Me levanté y preparé café. Mientras lo tomaba pensaba en lo que haría esa mañana. Por la tarde tenía una de mis clases en la Universidad Javeriana y ya la tenía preparada. Revisaría los apuntes y las lecturas. Quizás también podría revisar la versión final de la ponencia sobre la idea de substancia, que tenía que leer pronto en el coloquio de profesores. Iba a ser difícil concentrarse con ese perro aullando y gimiendo en el apartamento de al lado. Pensé en llamar a Alicia. Eso haría: desayunaría, me bañaría, me despejaría, entraría a la vida y llamaría a Alicia.

El perro se silenciaba por unos minutos para después iniciar nuevamente el ciclo de ladridos, aullidos y lamentaciones. Desayuné y salí al corredor. Me paré frente a la puerta del vecino. Podía sentir al perro husmeando por la rendija. Timbré. El perro ladró inmediatamente, con más vehemencia que antes. Nadie abrió. El animal estaba solo. Me alejé entonces de la puerta y esperé a que le pasara la excitación que yo había provocado. Se calmó y volví a mi apartamento procurando no hacer ruido. Al cabo de un rato empezó de nuevo a ladrar y a llorar. Decidí entonces salir otra vez. Me acerqué lentamente a la puerta y me quedé parado a pocos

centímetros de ella. Husmeaba por debajo de la puerta pero no ladraba. Podía ver ahí su sombra, la presencia de su cuerpo quieto. Me agaché con cuidado y puse mi mano en la rendija. Me olió. Sentía su respiración en los dedos. Así estuvimos un rato. Posé, casi aplasté, una de mis mejillas contra el suelo para ver lo más que podía a través de la rendija. Ahí estaba él, sentado y curioso. Parecía un perro de tamaño medio. No podía ver nada preciso de él, ni siquiera su color. Le hablé y cuando percibí que estaba tranquilo y confiado, metí hasta donde pude los dedos índice y corazón por la rendija. Pude tocar su nariz húmeda y él hubiera podido morderme, pero me lamió. Entonces le volví a hablar. Gimió. Saqué mis dedos de la rendija y me puse de pie. Cuando me quise alejar para volver a mi apartamento, el perro empezó a llorar. Entonces me devolví, me acuclillé, volví a dejar que oliera mis manos y lamiera mis dedos mientras le hablaba. Se calmó. Regresé en silencio, caminando en puntillas, al apartamento.

Tenía que contarle esto a Alicia. Entonces la llamé. La llamé varias veces, pero no pude comunicarme con ella. Lo dejé. Cuánta falta me hacía. Me dolía estar tan lejos de mi hija y ese sentimiento se mezclaba con la rabia que me producía el hecho de que por mantener la rigidez en los horarios y proteger a Alicia de la tristeza, Silke no hiciera mucho para que mis conversaciones con ella fueran más regulares. Tenía que defenderme de ese dolor y de esa rabia haciéndolos a un lado en ese momento de mi vida. Ya habría tiempo para ellos. ¿Podría vivir tan lejos de Alicia? Todo se puede. Lo único que arrasa el poder de obrar es la enfermedad. De resto, todo se puede. No es verdad.

Me senté a la mesa con mis apuntes desplegados y algunos libros. Aparte de leer y releer no hacía nada más. No podía concentrarme. Revisé el correo electrónico con indolencia y después leí un rato la prensa. Y me hastié de todo lo que era noticia ese día y de esa engañosa necesidad de estar cerca de las cosas cuando las buscamos en los periódicos. No era aceptable que sintiera hastío en la mitad de la mañana. Me desconecté, entonces, de la red, me la prohibí. Volví a abrir el archivo con mi ponencia sobre la substancia. Y empecé a releerla desde el principio, despacio. Si no avanzaba no importaba. Por pura disciplina debía lograr no desprenderme de ella hasta alcanzar una versión que me dejara satisfecho. Todos los días tenía que dedicarle al menos dos horas hasta dejarla muy pulida. Esa determinación me dio alguna tranquilidad. Pero la ponencia me aburría. No había pasado aún del tercer párrafo cuando de repente volvió a ladrar y a llorar el perro del vecino. Intenté seguir con la lectura pero no pude. Me puse los audífonos y busqué música en la red. Quizás algo de canto gregoriano podría ser compatible con la revisión de la ponencia sobre la substancia. Tampoco eso sirvió. Era inútil. Había que salir del apartamento. Tomé el portátil, mis cuadernos y un par de libros y me dirigí a la biblioteca de los posgrados. Trabajaría allí por el rato que quedaba de la mañana, almorzaría cualquier cosa cerca de la Universidad Nacional y después me iría a la Universidad Javeriana a dictar mi clase. Quizás algo de movimiento me ayudaría a despejar la mente.

El perro volvió a ladrar cuando yo daba dos vueltas con la llave al cerrojo de la puerta. Dejé el computador y mi maletín a un lado y me le acerqué nuevamente. Le hablé y volví a pasar mis dedos por la rendija. Se calmó. Le dije que me tenía que ir porque con sus

ladridos y sus gemidos no me dejaba trabajar. Y le toqué la nariz; él me lamió. Cuando llegué al ascensor oí sus ladridos y que empezaba de nuevo a lamentarse.

Eran cerca de las ocho de la noche cuando llegué al apartamento del piso 12. Estaba muy cansado. Calenté una pasta que había sobrado de la noche anterior y busqué las noticias. Después de comer me fui quedando dormido frente al televisor. No podía acostarme tan temprano, eso arruinaría la noche. Me incorporé entonces y fui a dar una vuelta por el parque. La noche era tranquila y no tan fría como otras, quizás porque en los últimos dos días no había llovido. Di un ritmo continuado a mi marcha con la intención de que el paseo nocturno me sirviera de ejercicio físico ligero. No quería concentrarme en nada preciso, estaba muy extenuado para eso, sino que dejé que cursaran libremente los pensamientos tal y como iban apareciendo.

Pensé, no sé por qué, tal vez porque me pasé descuidadamente la mano por la cicatriz al acomodarme el cuello de la camisa, en la operación del lipoma. Había tenido lugar unas semanas atrás y todo había salido bien. Mi pensamiento era ligero y sin oriente. Se trató de un simple lipoma, de una bola de sebo. No tenía cáncer. Recordé, nunca olvidaré, el momento en que me pusieron la anestesia general. Así exactamente debe ser la muerte. Mi conciencia había desaparecido en un instante. Y había vuelto a aparecer unas horas después cuando me desperté en una sala de recuperación. ¿Qué pasó entre un momento y el otro? Simplemente que estuve muerto. La anestesia general me agradó: nunca en mi vida había dormido

tan profundamente, sin sueños, sin el riesgo a ser despertado por alguna estimulación. Muerto. En eso debería consistir dormir. Hay quienes dicen que, en efecto, cuando dormimos morimos un poco. Pero eso no es así si se lo compara con la anestesia general. Por muy profundamente que estemos dormidos de manera natural, siempre hay una conexión con la periferia. Al menos es mi caso. No conozco el dormir profundo. Cualquier cosa, un leve frío, un momento de calor, un ruido lejano, me despierta. Toda la mitología que se suele tejer sobre el momento de la muerte me pareció, me parece, una tontería. Quien haya sido sometido a la anestesia general sabe lo que es la muerte y lo que es volver de ella. Sin misterios. Ese pensamiento me llevó a Pedro Juan y a alguna de nuestras conversaciones sobre la muerte. Ahora lo sabía porque yo mismo había muerto por un par de horas. Él no despertó, esa es toda la diferencia. Algún día no despertaré, por eso no es una gran diferencia.

Quise continuar con mi conversación imaginaria con Pedro sobre la muerte pero nada definido salió. Había que seguir con el ensayo sobre la muerte, aunque en ese momento no tenía cabeza para algo así. Pensé más bien en lo profundo que fue dormir bajo el efecto de la anestesia y eso me volvió a asombrar. Era un pensamiento sin exigencias, tenía que ver ante todo con una suerte de sensación agradable: la de la desconexión absoluta. Debe ser muy reparador y muy sano dormir profundamente. Pensé que debería hacer algo para al menos aproximarme a ese estado de gracia. Se me ocurrió que, por lo pronto, podía comprar en la farmacia tapones aislantes del ruido para los oídos. Hacía tiempo quería hacerlo y siempre lo olvidaba.

Un buen rato después, con sueño ya y en la cama, acomodé en mis oídos los tapones de silicona. Pude constatar que la reducción del ruido proveniente del exterior era bastante aceptable. Apagué la lámpara, acomodé mi cara sobre la almohada y me envolví bien en las cobijas. En ese preciso instante pensé en el perro del vecino. Lo había olvidado por completo. Olvidé que quería hablar con el dueño. Pero no había oído al perro por la noche. Me quité uno de los tapones para detectar algún sonido cercano que me indicara que había un perro en el apartamento de al lado. Nada. Me lo volví a acomodar y me dije con una sonrisa: por lo visto estos tapones sirven para alejarlo a uno del ruido externo, no del interno.

# 4

La Universidad Javeriana queda cerca del Parque Nacional, al que tenía muchos deseos de ir desde que llegué a Colombia. Un día fui a dar una vuelta por él antes de entrar a mi seminario sobre «Problemas del racionalismo». Tenía tiempo. El Parque Nacional es muy popular y está ligado desde hace décadas a la historia de la ciudad. Empieza al oriente, cerca de las montañas, y se extiende por la ladera del cerro llamado del Cable, de modo que buena parte es empinada y boscosa. Lo atraviesa una quebrada que nace en el cañón que el cerro del Cable forma con una estribación del de Monserrate. Después de recorrer de oriente a occidente la parte norte del parque, la quebrada se convierte en un caño pestilente, como todas las quebradas que desde las montañas orientales van a dar a la sabana de Bogotá, algunas a nutrir sus humedales al oeste, otras a terminar de ensuciar el río que la recorre.

El sol punzaba intensamente sobre mi cabeza. Me acerqué a un puesto de mazorca asada que había sobre el andén de una de las calles estrechas que penetran el parque y busqué una banca sombreada para comerla. Al lado del puesto de mazorcas había otro en el que vendían jugo de naranja recién exprimido. Cuando acabé la mazorca, fui de nuevo a los puestos de venta callejera y tomé un vaso grande de jugo. Después empecé a ascender a la parte alta, escarpada y boscosa, del parque.

Caminé en línea casi recta por un atajo delgado, hecho de pisadas sobre el pasto y por el que el visitante se ahorra dar las vueltas de la pequeña carretera que serpentea por la ladera hasta llegar a uno de los puntos más altos del parque. Llegué fatigado. Que el atajo fuera en línea casi recta hacía tortuosa la subida. Más tarde, a la bajada, me di cuenta de que caminar por la estrecha carretera serpenteante no solo era más agradable sino mucho más lindo, porque varios de sus tramos estaban flanqueados por pinos, eucaliptos y algunas acacias. El único problema eran los carros. Podían sortearse en algunas partes gracias a algunos escasos andenes, pero ni su ruido ni sus gases se podían evitar. Por fortuna, pocos carros tomaban esa carretera.

Empecé a devolverme hacia la parte baja del parque. No lejos de la carretera, formado de manera natural, seguramente por las recién pasadas lluvias, había un pantano con helechos, pastos altos y revueltos, y juncos que brillaban y se mecían sosegados por el viento tranquilo de esa mañana soleada. También, aunque desde un fondo oscuro, brillaba el agua. Busqué un sitio estable, una roca, para sentarme al lado de la pequeña ciénaga, maravillado sobre todo por los juncos altos y flexibles.

Continué el descenso bordeando la misma carretera angosta. En medio de una pradera descubierta, entre la carretera y el caño, pude ver un enorme eucalipto derribado, que ya había sido tajado en varias partes. Los trozos, sin embargo, no habían sido removidos y conservaban todavía uno junto al otro la forma larga del árbol. Bajé hacia él. Me acerqué a la raíz, que se hallaba levantada, arrancada del suelo y rota. Desde los bordes del enorme hueco que había dejado tras la caída se podían ver algunos de los brazos de esa raíz

quebrada. Los seguí, hasta donde se alcanzaban a ver alzados sobre la superficie de tierra y pasto por el peso del colosal árbol desplomado, y presentí que no eran profundos. Los tentáculos de esa raíz se expandían por la tierra, pero no eran profundos. Algunos sobresalían incluso. Las lluvias habían ablandado la tierra, había soplado seguramente un fuerte vendaval y ellos no pudieron soportar el peso de ese árbol del que eran parte. Y entonces se partieron.

—¡Las raíces no son profundas! —grité en la soledad de esa pequeña pradera inclinada, y me eché a llorar.

Había vivido mi vida creyendo que las raíces de los árboles eran profundas y que a mayor altura que alcanzara un árbol, mayor era la penetración honda de sus raíces en la tierra oscura; que con esa penetración buscaban ellas los nutrientes que le daban la vida al árbol pero que ellas también constituían la compleja estructura que hacía posible al árbol rebelarse orgulloso en contra de la bruta gravedad y aferrarse al suelo con propiedad y con dignidad, para aspirar sin descanso a la luz del sol. Ahora descubría que a la resistencia que produce el crecimiento hacia lo alto de un árbol las raíces no buscan oponerse yendo directamente hacia abajo y hundiéndose en la tierra, sino que una vez alcanzada una determinada profundidad, se empiezan a expandir más bien horizontalmente. Y eso hace a los árboles fatalmente dependientes de la contextura del terreno. Cuántos años creciendo así hacia el sol sin interrupción, pero mucho menos hacia abajo y solo de modo tan expuesto hacia los lados, para terminar partiéndose en un instante y caer. Me pareció mendicante el modo como la raíz de ese eucalipto se había agarrado a la tierra. Pensé en un náufrago que araña una

tabla con sus dedos flacos y su fatiga. El árbol se había desplomado con las raíces rotas, y sus tentáculos eran como dedos flacos que arañaban miserablemente la superficie de la tierra.

Sentí entonces la voz delicada de Pedro Juan en mi interior, la misma voz serena de las últimas horas de su vida, que me decía:

—No llores, papá. Todo es resultado del equilibrio. Y los equilibrios naturales son frágiles. Además, ese árbol no había crecido recto y ya estaba viejo.

—No lloro por eso —murmuré—. Esa raíz levantada, desnuda y partida, ese enorme árbol abatido, me parecen humillantes. Pero lo que más me desconsuela es la desilusión: creía que la altura de un árbol era directamente proporcional a la fuerza penetrante de su raíz. Que los árboles crecen y expanden su fronda porque están arraigados profundamente a la tierra. Y resulta que no es así.

—Sí es así, pero no solo así. Un árbol también se expande por debajo y sus raíces no solo se hunden en sentido vertical. ¿Sabías que en los bosques los árboles se comunican entre sí a través de las raíces y que se dan soporte mutuo? No solo físico, sino también orgánico. En tiempos de sequía los más adultos les pasan nutrientes a los más pequeños. Lo principal no es el árbol sino el bosque. El árbol solitario es más bien una rareza.

Lo mismo pasa con el ser humano, pensé, y sentí que de la voz de Pedro no quedaba nada en mí, aunque sí la imagen de su rostro cuando cerraba mis ojos; era la imagen de una dulce sonrisa compasiva.

Me quedé un rato mirando fijamente la base del árbol con la raíz fracturada. La toqué. Me metí en el hueco que dejó su caída, toqué la tierra, ensucié mis manos con ella, la olí. Ese árbol llevaba varios

días ahí derribado, quizás semanas. Seguramente vendrían a retirar en algún momento los pedazos del enorme tronco que había sido cercenado con una motosierra y que aún yacía en el sitio en que había caído. Supuse que, en cambio, irían a dejar ahí la base con la raíz elevada. Se convertiría en humus de la tierra. Pude ver que en algunas partes ya le nacía lama o que surgían de entre su corteza y de los sitios en que más se pegaba al suelo algunas pequeñas plantas parásitas; también un par de helechos de hojas verdes encendidas y dentadas, tersas.

—Ya no eres un eucalipto —le dije al árbol mientras tocaba con delicadeza uno de los helechos—, pero serás muchas otras cosas. Seguirás vivo de múltiples maneras diferentes. Moriste como eucalipto pero seguirás viviendo de otras formas. O no, seguirá ahí en lo que era un eucalipto la vida de muchas maneras. Que caiga un árbol por crecer en suelo blando y húmedo y por ser abatido por un vendaval y por estar viejo, y que muera, por más bello, grande e imponente que haya sido, es algo que no compite en significado con el hecho poderoso de que ahí donde él murió surge apretada la vida. La muerte no es.

Tomé varias fotos del eucalipto y de su base con su raíz quebrada e invadida por nueva vida y pensé de repente en los juncos robustos y alegres que acababa de ver hacía un rato en la pequeña ciénaga luminosa. No los había fotografiado, a pesar de lo bellos y serenos que me habían parecido. Me devolví hacia la parte alta del parque para tomarles una foto. No estaban lejos de allí. Cuando estaba arriba, a tan solo una vuelta del pantano por la carretera del parque, giré mi cuerpo y pude ver otra vez desde lo alto el árbol acostado y tajado; su raíz y su base desenterradas con violencia. Era verdad

que no tenía una forma recta. Me detuve, suspiré hondamente y dije en voz alta, en un lamento lento:

—¡Ay, Pedro Juan! Aquí querría estar contigo en este momento. ¿Qué haré sin ti?

Y estallé en llanto nuevamente. Me tapé la cara con las palmas de las manos, como si quisiera negarme a ver el mundo. Al cabo de unos minutos volví a descubrir el rostro y me retiré las lágrimas de las mejillas. Luego de inhalar y exhalar varias veces, profunda y contenidamente, ya recuperado del llanto, seguí caminando rumbo al pantano de los pastos altos y los juncos. Me paré frente a él. No tenía ninguna gana de fotografiarlos; solo quería contemplarlos de nuevo. Esperé a que aparecieran una y otra vez los brillos del agua y la luz reflejada del sol sobre las hojas delgadas y planas de los juncos. Luego bajé por la misma carretera estrecha por la que acababa de subir.

# 5

Una noche desperté en medio de un vendaval. Oía silbar el viento que soplaba con fuerza por el corredor abierto del piso 12 y se metía por los agujeros de las escaleras, separadas de la estructura del edificio por piezas huecas de cemento liviano que formaban una suerte de mosaico gris. Los vidrios de las ventanas vibraban y por un momento creí que el edificio se mecía. No podía ser. Me quité los tapones de los oídos y me recosté en el espaldar de la cama. Eran las dos y media de la noche. Mala hora para estar despierto. El edificio no se mecía, pero el viento sacudía las ventanas y parecía que fuera a romperlas. Pensé que había que ponerle un refuerzo de pasta a esos vidrios en los bordes. Me paré, prendí la luz y los examiné. ¿Por qué se irían a romper esa noche si no se habían roto ya? Porque siempre hay un momento para que ocurran las cosas. Di una vuelta por el apartamento e inspeccioné las ventanas de la sala comedor. También necesitaban un refuerzo con pasta, pero no, no se iban a romper esa noche. Tantas cosas no pueden ocurrir al mismo tiempo. ¿Quién dijo? ¿Cuántas?

Apagué las luces de la sala y me senté en el sofá cama. Daba la impresión de que estuviera en un pequeño buque en medio de una tormenta. Aunque no llovía. Era una ventisca seca. Las calles estaban desiertas, los semáforos cambiaban las luces en un automatismo solitario y exacto. Las luces de las casas y de los edificios residenciales que podía ver cerca, en el barrio vecino,

estaban apagadas. Todos duermen, pensé. No, no todos. En un quinto piso de un edificio aledaño había una luz prendida. Yo ya la había visto en otras ocasiones, en otros desvelos. Era una luz amarilla discreta cubierta por una cortina beige no muy gruesa. Otro insomne solitario. ¿Qué hará?

Fui a la cocina por un vaso de agua y después volví a la cama. Me tapé de nuevo los oídos con los tapones, decidido a no pensar en la tormenta de viento, y puse mi cuerpo en posición horizontal mirando al cielo raso. Posé, como de costumbre, las manos con las palmas abiertas en el plexo solar y empecé a respirar despacio y profundamente. Al cabo de un rato en esa posición se entrecortó mi respiración y me sobresalté por algo parecido a un ronquido; entonces volteé mi cuerpo hacia el lado contrario de la ventana y me dormí.

Soñé. Hacía mucho que no soñaba. Soñé que preparaba mi suicidio. Tenía varios frascos frente a mí en la mesa del comedor, un catéter que debería poner yo mismo en alguna de mis venas y una mascarilla conectada a uno de los frascos por una manguera. Me tendría que instalar la mascarilla con un caucho a la nuca y debería inhalar de ella en algún momento, cuando ya todo estuviera listo. Aunque se trataba de la misma mesa del comedor que tenía en el apartamento del piso 12, no estaba en el piso 12, sino en un sitio más bajo, indefinido. Desde ahí podía ver un parque, que no era el parque del Centro Nariño. Vi que Leticia deambulaba por él. Qué sola está, me dije, ¿qué pensará cuando sepa de mi muerte? ¿Creerá que mi vida fue peor que la suya?

De repente apareció María, la enfermera que cuidó a Pedro Juan en los días finales. Se situó enfrente de mí y me hizo abrir las

piernas. Se metió entre ellas y empezó a hacerme masajes en el abdomen y en el plexo solar, masajes previos a algún procedimiento clínico. Llevó una de sus piernas hasta mi pene y lo apretó contra su muslo. Estaba casi encima de mí mientras me masajeaba. Se separó en un momento de mí, tomó el catéter, lo acopló a una jeringa y me la clavó debajo del ombligo. Me desperté sobresaltado y pude sentir que mi pene erecto, también sobresaltado, salía de la bragueta de la piyama. Sudaba. Tardé unos segundos en reconocer el sitio en el que estaba y eso me produjo vértigo.

Por lo menos una señal de vida, pensé ya sabiendo dónde estaba y mientras guardaba con cuidado el pene dentro de la piyama. Intenté sosegarme. ¿Para qué ahora esa señal de vida? ¿Y para qué son acaso las señales de vida? La vida no tiene un para qué, de modo que hay que seguir viviendo sin él.

Lo que más me inquietó del sueño no fue lo que ocurrió en él y me hizo despertar, sino el estado interior que viví en él. Yo estaba deprimido y ese estado se presentaba con mucha vivacidad en el sueño. Era como si reprodujera en la mente un estado alterado inconfundible, como estar borracho, y lo experimentara tal cual. Normalmente nos impresionan los sueños en relación con cosas que vemos en ellos de manera, digamos, externa, pero raras veces ocurre que nuestra mente en el sueño finja estados internos, de modo que parezcan muy vivaces, como genuinas situaciones de la conciencia. En ese sueño no solo estaba en contacto con los objetos que manipulaba y estaban fuera de mí (el catéter, los frascos, la mascarilla, todo lo que aparecía como en el espacio) sino que además me sentía en él profundamente deprimido, casi al borde del llanto, hasta que apareció la enfermera. De ahí en adelante toda la

simulación onírica tenía que ver con una mezcla y una extraña sucesión de placer y dolor en el cuerpo. Y esto último fue extraño, pero como es extraño lo que ocurre y amalgamamos en muchos sueños. Me alteró, pero no me alarmó. La fuerte vivacidad y la duración del estado interno, en cambio, me produjeron un desconcierto enorme, del que tardé tiempo en recuperarme.

Miré la hora. Eran las tres y media de la mañana. Había dormido poco y tenía la sensación de que solo muy brevemente el sueño había sido profundo. La ventisca continuaba pero ya los vidrios no vibraban. Podía oír que el viento silbaba hacia el lado del corredor: lo sentía entrar a la habitación. Era un viento frío. Enderecé brevemente el torso sin levantarme para ver por la ventana si el vecino insomne del piso quinto seguía despierto. La luz de su habitación estaba apagada. Volví a acostarme e intenté dormir. Tenía sueño. Los silbidos del viento eran fuertes, aunque indefinidos, no provenían de un solo sitio sino de muchos. El sonido era muy distinto al de unas horas antes. Volví a poner mi cabeza boca arriba y situé una vez más las manos sobre el abdomen con el propósito de darle calor. No podía dormir, pero tenía que dormir.

Así me quedé por lo menos media hora, boca arriba, agarrado a las cobijas y cubriéndome hasta el cuello con ellas. Seguía inquieto por lo que había soñado. Me preocupaba todo de ese sueño, me molestaba. ¿Qué se puede hacer con los sueños que son inevitables pero que al mismo tiempo revelan tantas cosas? Pues nada. Aceptarlos, porque no se le puede preguntar a nadie ni a uno mismo por ellos.

Palpé la cicatriz del lipoma operado en el hombro. Todo se había confundido en mi mente en ese sueño. Pensé en mi muerte. Qué

ridículo había sido sentir ese miedo innecesario por la operación de la bola de sebo. No quisiera morir en una clínica cuando me toque. Da igual. Si ya morí durante dos horas en una clínica, ¿por qué no quedarme en una de ellas ya definitivamente muerto? ¿Qué más da? No más pensamientos, supliqué; era necesario dormir. Tuve frío, tuve miedo.

Me quité en un momento los tapones de los oídos para sentir la verdadera dimensión de la tormenta. No había nada. No había tormenta. El cielo estaba en silencio. Mi corazón latió de prisa, temí un ataque de asma. No salía aún de mi espanto, cuando oí a lo lejos el ruido de una motocicleta. Alguien iba ya al trabajo desde muy temprano. Eso me alivió. La vida seguía sin mí y yo tendría que volver a ella. Tenía que dormir. Hice ejercicios conscientes de respiración por unos minutos: inhalaba profundamente y exhalaba con contención. Varias veces, hasta que me tranquilicé. Acomodé otra vez los tapones en los oídos y muy pronto me volví a quedar dormido. El sueño venció esta vez al asombro y al miedo.

# 6

Cerca de las nueve de la mañana me despertó el perro del vecino. Era el mismo ciclo de la vez pasada: primero los ladridos, después unos gemidos indiferenciados, para terminar con las lamentaciones casi humanas. Y así una y otra vez después de un silencio, que podía ser breve o no. Me levanté. Me lavé la cara en el lavamanos con agua fría para despertarme y me cambié. Puse a hacer un café y me acerqué a la puerta del vecino. Timbré, para cerciorarme de que hubiera alguien, pero nadie acudió. El perro ladró. Entonces me puse de cuclillas, como la vez anterior, y le hablé con suavidad. Le dije que se calmara, que no pasaba nada, y puse mi mano en la rendija para que me olfateara. Dejó de ladrar. Estábamos muy cerca el uno del otro. Sentí el vaho de su respiración. Metí entonces nuevamente los dedos índice y corazón por debajo de la rendija y toqué su nariz húmeda. Él me lamió, también me mordisqueó cariñosamente. Empezamos a jugar. Yo movía de un lado a otro los dedos y él los perseguía. Yo los sacaba y él trataba de cogerlos con sus patas delanteras. Yo los volvía a meter por la rendija y él volvía a lamerlos. Hasta que sonó la cafetera. Le dije que regresaría en un rato, que tenía que tomar un café porque me acababa de despertar y yo sin café por las mañanas no entendía nada, no era nadie. Lloró cuando me alejé y empezó de nuevo a ladrar. Le prometí un pedazo de mortadela para más tarde y entré al apartamento a tomar un café, y a desayunar, y a prepararme para el día.

Tenía el día libre. Quería almorzar en el norte de la ciudad, ir a alguna librería y visitar algunas galerías. Por la mañana escribiría un poco, de lo que fuera, o leería. Estaba abierto para lo que fuera. Todo dependía de mi estado de ánimo, al que atendería con cuidado y sin presión después de una ducha. Era un día prometedor y sin afanes. Un entusiasmo sereno me movía a hacer las cosas y a buscar el curso de mis rutinas. El cielo estaba en parte despejado, aunque las nubes se empezaban a aglomerar al oriente y una calina informe se desgajaba por las montañas azules y negras. Podría llover en la tarde. Como podría no llover. Miré hacia el norte hasta donde alcanzó mi vista. La calina había borrado en algunos lugares la línea de las montañas.

Mientras me duchaba, podía oír los ladridos del perro ensordecidos por las paredes y por el agua caliente que me golpeaba la cabeza y rodaba por el cuerpo. Al cabo de un rato el perro se calmó, para después empezar de nuevo sus lamentaciones y sus ladridos. El ciclo se repetía mientras me vestía, tomaba más café y preparaba el desayuno. Corté en cuatro pedazos una lonja delgada de mortadela y la dejé sobre el mesón de la cocina para dársela al perro más tarde. Primero tenía que desayunar yo mismo. Lo hice con parsimonia, tomé varias tazas de café y encendí el computador. Abrí la bandeja de correo y encontré ahí un mensaje del director del Departamento de Filosofía de la Universidad Nacional en el que informaba que el Consejo de la Facultad había decidido no aprobar, «por ahora», mi solicitud de reintegro, que me extenderían un semestre más el contrato de profesor ocasional y que después se vería qué determinación se tomaría. Nada era seguro. Me decía también que pasara por su oficina para comunicarme más detalles.

Era una mala noticia pero no me sorprendió en absoluto. Ya me habían sugerido que era improbable que aprobaran un reintegro antes del primer año. Sin embargo, alguna esperanza tenía de que sucediera. Ahora ya lo sabía. Tenía que seguir trabajando con los curas de la Javeriana y como profesor ocasional. Suspiré. Había que aceptar lo que pasaba e insistir. Ese día no me preocuparía, seguiría con mis planes.

Eché un vistazo a otros mensajes sin importancia y cerré la bandeja de entrada de correos. No quise mirar los periódicos sino que me fui directamente a mis archivos personales. ¿Cuál de los varios archivos que tenía empezados debería abrir? Se me ocurrió echar una mirada a unos apuntes viejos que había iniciado en el verano pasado, pocos días antes de partir de Alemania. El archivo llevaba el nombre «Mis pesares». Como tenía un día libre y abierto para mí, me pareció buena idea ocupar esa mañana en una actividad puramente ociosa. Revisar esos apuntes era como ordenar una colección de estampillas, organizar la biblioteca o pegar fotos de papel en un álbum.

Me abstraje en esa revisión toda la mañana, escribí cosas nuevas y pensé en que podía darle alguna forma a esos escritos. Tenía más anotaciones de las que yo mismo imaginaba. También había hecho otras en mi cuaderno de tareas, del que me servía a veces en las horas de insomnio. Muchas de esas notas eran planes, esquemas, frases que indicaban por dónde seguir, recordatorios. Quizás podría hacer algo con ellas: un diario, una narración desventurada, el testimonio de una vida que naufragaba; algo que me sirviera para comprender, o al menos para salir de mis ahogos; algo para mí. ¿De qué sirve hacer cosas así solo para uno? Spinoza dice que el

conocimiento del vínculo de la mente con la naturaleza constituye el bien verdadero, y que alcanzar ese mismo conocimiento en compañía de otras personas es el bien supremo. Haciendo girar esa misma idea diría que no es posible alcanzar ese bien en la soledad y que lo poco que se logre de ello a solas, si no puede ser compartido con otros, llegará a ser algo alejado del bien y la alegría o, en el mejor de los casos, algo inútil.

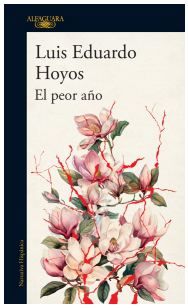
El perro no ladró ni se lamentó durante las más de tres horas que estuve en mi actividad febril. Cuando estimé que ya era hora de salir, recogí mis cosas y arreglé la cocina. Ahí estaba la rebanada de mortadela. La tomé y me acerqué con ella a la puerta del vecino. El perro no estaba ahí. Tenía reservada la mortadela para cuando ladrara, pero como no lo había hecho, ni había llorado, me desentendí de ella. Ahora no sabía qué hacer. Tal vez no tenía sentido dársela. Decidí que sí se la daría y esperé a que apareciera. No aparecía. Hice ruido por debajo de la rendija con mis manos, arrastré de un lado a otro un pedazo de mortadela, di toquecitos a la puerta, pero nada, no daba señas de vida. Entonces me atreví a timbrar. Era absurdo, porque eso significaba que lo llamaría y excitaría, cuando la función de mis cuidados era tranquilizarlo cada vez que apareciera desconsolado y nervioso. No reaccionó al sonido del timbre. Volví a golpear a la puerta cerca de la rendija, volví a timbrar. Nada. Silencio completo.

Regresé al apartamento con la tajada de mortadela. ¿Qué habría podido pasar? ¿Se habría quedado dormido? ¿Tan profundamente? Los perros no duermen tan profundamente. ¿Habría llegado el dueño y se lo habría llevado a pasear? No. Lo hubiera oído. Pero yo nunca oía a ese vecino, ni cuando llegaba, ni cuando se iba. Nunca

lo había visto, de hecho. Todo era de repente muy extraño. ¿Y si estaba ahí adentro y se había muerto? Tampoco podía ser. Hacía apenas unas horas que el perro había dado muestras de estar sano y activo. Pensé que era una tontería llevarle mortadela. ¿De dónde esa creencia absurda de que la única relación que uno puede tener con un animal es la de alimentarlo? A lo mejor el perrito solamente quería cariño y contacto. Me senté en el sofá cama. Un sentimiento de extrañeza me invadía. Poder expresarlo con palabras era, es, un reto quizás insuperable: me empezó a parecer extraordinario que yo fuera yo. Algo tan simple y habitual como que yo soy el que soy me pareció extraordinario. Era como si la conciencia se desdoblara: una percibía el mundo y mis propios estados y otra estaba como detrás de esta y se preguntaba por qué tenía que ser justamente yo el que era consciente de todas las cosas, el que tenía exactamente esa vida y no otra. La primera forma de conciencia me parecía normal, sin misterios, la segunda se me hizo extraordinaria, abismal. No reconocía nada preciso en ella, no me reconocía. Podría ser cualquier otro. Ser yo mismo el que soy y he sido me pareció azaroso, fortuito, innecesario, algo así como el resultado de una mezcla aleatoria de circunstancias. Claro que podía captar que fuera una persona definida, con su nombre propio, con la conciencia de ser la misma; una entre millones. Pero que esa persona fuera yo mismo no me decía nada. Podía ser cualquier otro. Nada substantivo había en mí distinto a lo que me inventara de mí mismo. Nada.

Decidí olvidar al perro, cerrar la cortina de esa extraña conciencia detrás de la conciencia, y salir. Iría a la librería, como lo había planeado; visitaría las galerías. Dejaría actuar a mi conciencia, la primera, como un piloto automático y observaría el mundo, estaría

en él, lo manosearía, pero no pensaría en lo que soy. Tomé mi libretica de apuntes por si se me ocurría escribir algo, di dos vueltas ruidosas, ostensibles, al cerrojo, y desde ahí eché un último vistazo a la rendija vacía de la puerta del vecino. Esperé unos minutos. Luego me metí en el ascensor y desparecí. Mientras bajaba en él y oía que el motor arrancaba y tensionaba las sogas de metal que lo suspendían, recordé que más o menos por esos días, un año atrás, Pedro Juan se estaba recuperando de su operación. Qué mal año, pensé. El peor.




«El sufrimiento que produce un hijo que sufre nos corta la mirada, nos angosta el paisaje. Los hijos son heridas abiertas que nunca cierran solas. Hay que obligarlas a cerrar».

Francisco Salamanca es un profesor de Filosofía que vive en Fráncfort junto a su hija Alicia y su pareja Silke. En Bogotá ha quedado su hijo mayor, Pedro Juan, un joven al que le diagnostican cáncer. El padre regresa a Colombia para acompañarlo en su tratamiento, y así comienza lo que será el peor año de su vida.

A medida que la enfermedad avanza, Francisco intenta encontrar en la filosofía algún alivio a la pérdida del amor, a la paternidad y a la muerte. Al final, ante el dolor solo resta seguir adelante y hallar consuelo en los momentos en los que el tiempo se detiene y es posible sentir que somos, de alguna manera, eternos.

«Es una novela profunda, filosófica, de una minuciosa exploración psicológica, que desemboca en un elogio tácito de la racionalidad impotente».

Del acta del jurado del XVI Concurso Nacional de Novela y Cuento de la Cámara de Comercio de Medellín para Antioquia



EDUARDO LUIS HOYOS

Luis Eduardo Hoyos (Bogotá, 1959). Ha sido profesor del Departamento de Filosofía de la Universidad Nacional de Colombia por más de treinta años. Es autor, entre otros, de los libros *El escepticismo y la filosofía trascendental* (2001), *Ensayos de filosofía práctica y de la acción* (2014), *Cartas sobre el amor y la destrucción* (2019) y *El frasco de miel. Estudios sobre Kant* (2024). Actualmente escribe, camina y cuida un bosque.

© Andrea Mejía



Título: *El peor año*
Primera edición: febrero de 2025

© 2025, Luis Eduardo Hoyos
© 2025, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. S.
Carrera 7 # 75-51, piso 7, Bogotá, D. C., Colombia
PBX (57-601) 7430700
penguinlibros.com

Esta obra fue ganadora del XVI Concurso Nacional de Novela y Cuento organizado por la Cámara de Comercio de Medellín para Antioquia en la categoría Novela. El jurado estuvo conformado por Alberto Ruy Sánchez, Ana Roda, Camilo Hoyos, Mario Jursich y Patricia Trujillo.

© Diseño: Penguin Random House Grupo Editorial, inspirado en un diseño original de Enric Satué
Diseño de cubierta: © Penguin Random House Grupo Editorial / Juan Camilo Ortiz Alfonso
Imágenes de cubierta: AIDesign360, Freepik (flores) y daboost, Freepik (textura de fondo)

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección de la propiedad intelectual y el derecho de autor. El derecho de autor estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del derecho de autor al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso previo y expreso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Por favor, tenga en cuenta que ninguna parte de este libro puede usarse ni reproducirse, de ninguna manera, con el propósito de entrenar tecnologías o sistemas de inteligencia artificial ni de minería de datos.

ISBN 9786287778054

Conversión a formato digital: Numerikes

# Índice


El peor año
Dedicatoria
Epígrafe
Hay que aprender a endurecer el corazón
- 1
- 2
- 3
- 4
- 5
- 6

Si es que vas a agarrar, agarra fuerte
- 1
- 2
- 3
- 4
- 5
- 6
- 7
- 8

¿Es amor esto que siento?
- 1
- 2

- 3
- 4
- 5
- 6
- 7
- 8
- 9
- 10
- 11
- 12
- 13
- 14
- 15
- 16

Las raíces no son profundas

- 1
- 2
- 3
- 4
- 5
- 6

Sobre este libro

Sobre el autor

Créditos